

Jean Plaidy

Luz
sobre Lucrecia

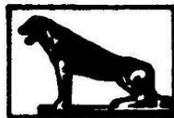


los borgia

Javier Vergara

Jean Plaidy

Luz
sobre Lucrecia



JAVIER VERGARA EDITOR
Barcelona/Buenos Aires/Santiago de Chile

Título original
Light on Lucrezia

Edición original
Robert Hale Limited

Cubierta
Farré

Traducción
Moisés Prelooker

© 1958 by Jean Plaidy

© 1983 Javier Vergara Editor S.A.
San Martín 969 - Buenos Aires - Argentina

ISBN 950-15-0211-2

Impreso en la Argentina / Printed in Argentine
Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

NOTA DE LA AUTORA

Después de profundizar en las vidas de los Borgia, resulta difícil comprender por qué Lucrecia ha tenido tan mala reputación. Podría haber sido porque muchos escritores del pasado creían, con razón, que un repugnante sensacionalismo era más aceptable que la verdad. Para el lector más inteligente de hoy esto no es así, y una muchacha desconcertada, nacida en una sociedad corrompida, que luchaba por mantener su integridad es, según creo, una figura más interesante y convincente que una maligna y sórdida envenenadora.

¿Cuál es, me pregunté, la solución del enigma de Lucrecia? ¿Existió realmente esa devoción antinatural hacia el padre y el hermano? ¿Por qué, cuando dejó su familia para vivir en Ferrara, pareció llevar una vida casi ejemplar, y hubo tan pocos escándalos con respecto a ella? Es verdad que hubo dos lances amorosos después de su matrimonio con Alfonso d'Este, pero uno parece haber sido casi enteramente platónico, mientras que el otro fue llevado a cabo como una relación secreta, y teniendo en cuenta el carácter licencioso de esa época, esos lances no podrían revestir ninguna significación especial. ¿Dónde estaba la maligna envenenadora, descrita en obras como la ópera de Donizetti, oculta en esa muchacha serena y gentil?

Por todos estos motivos he derramado esta luz sobre Lucrecia, he puesto en este libro lo que hallé.

En mi búsqueda de la verdadera Lucrecia, me han ayudado considerablemente las obras que se mencionan a continuación.

Un esbozo de civilización italiana. Decio Pettoello, PhD.

Historia de las repúblicas italianas en la Edad Media. J.C. L. Sismondi.

(Reelaborada y complementada a la luz de la investigación histórica por William Boulting.)

Francia. William Henry Hudson.

El antiguo régimen en Francia. Frantz Funck-Brentano.

La vida y la época de Lucrecia Borgia. María Bellonci. Traducido por Bernard

Wall.

Lucrecia Borgia. Un capítulo extraído de la Moral del Renacimiento italiano.
Ferdinand Gregorovius.

El casamiento en Ferrara. Simon Harcourt-Smith.

Lucrecia Borgia. Joan Haslip.

Alma Roma. Albert G. Mackinnon, M.A.

Adriano VII. Fr. Rolfe (Frederick Baron Corvo).

Isabella d'Este, marquesa de Mantua, 1474-1539, un estudio del Renacimiento.
2 Vols. Julia Cartwright.

Lucrecia Borgia. Las crónicas de Tebaldeo Tebaldei, Período del Renacimiento.
Algernon Swinburne, con comentario y notas de Randolph Hughes.

Memorias de los duques de Urbino, ilustrando las armas, las artes y la literatura italiana de 1440 a 1630. 3 Vols. James Dennistoun of Dennistoun.

César Borgia. Charles Yriarte. Traducido por William Stirling.

César Borgia. William Harrison Woodward.

La vida y los tiempos de Rodrigo Borgia, el Papa Alejandro VI. Rvdo. Arnold H. Mathew, D.D.

Crónica de la casa de los Borgia. Frederick Baron Corvo.

La vida de César Borgia. Una historia y algunas críticas. Rafael Sabatini.

J. P.

EL NOVIO DE NÁPOLES

Al frente de la cabalgata que viajaba hacia el norte desde Nápoles a Roma iba un inquieto joven de diecisiete años. Era muy apuesto y estaba lujosamente ataviado. Su jubón estaba bordado en oro y llevaba un collar de rubíes; quienes cabalgaban con él demostraban un profundo respeto cuando se dirigían al joven, y resultaba evidente que era de alto rango.

Sin embargo, su estado de ánimo se reflejaba en el de sus acompañantes, que no cantaban ni gritaban entre sí como lo hacían habitualmente; había entre ellos una atmósfera de reticencia, casi de temor, que indicaba que si bien avanzaban constantemente, hubiesen anhelado volver por la misma ruta que estaban recorriendo.

—Ahora no podemos estar lejos de Roma —dijo el joven a un miembro de su guardia.

—Menos de un día a caballo, mi señor —fue la respuesta.

Esas palabras parecieron repercutir en toda la comitiva como el fragor lejano de un trueno.

El joven miró a sus hombres, y comprendió que ni uno solo entre ellos hubiese deseado cambiar su propio lugar con el de él. ¿Qué susurraban entre sí? ¿Cuál era el significado de sus miradas de lástima? Lo sabía. Era: “Nuestro pequeño duque está caminando directamente hacia la red”.

El pánico se apoderó de él. Sus dedos apretaron compulsivamente las riendas. Deseaba detenerse, dirigirles la palabra de una manera infantil, decirles que después de todo no irían a Roma; quería sugerirles que si no se atrevían a volver a Nápoles, debían constituir una pequeña banda y vivir en las montañas. Serían bandidos. El rey de Nápoles sería su enemigo. También lo sería Su Santidad el Papa. Pero, diría a los gritos, aceptemos su enemistad. Cualquier cosa es preferible a ir a Roma.

Sin embargo, sabía que era inútil protestar: sabía que debía seguir su marcha a caballo hacia Roma.

Pocos meses antes, no tenía noción de que su vida tranquila se vería perturbada. Tal vez se había detenido demasiado en la infancia. Se afirmaba que era demasiado joven para sus diecisiete años. La vida había sido muy placentera para él. Cazaba todos los días, volviendo a la noche con la caza, agradablemente agotado, pronto para festejar y dormir, y estar preparado para la partida de caza del día siguiente.

Debería haber sabido que como miembro de la casa real de Aragón no podría seguir llevando indefinidamente una vida tan placentera pero, tal como lo decía su tío el rey, sin objeto.

Llegó el día en que fue convocado a la presencia del rey.

El tío Federico lo recibió con sus modales joviales, y no había logrado contener la sonrisa, pues era amante de las bromas y lo que debía decir a su sobrino le parecía una muy buena broma.

—¿Qué edad tienes, Alfonso? —le preguntó. Y cuando Alfonso se la dijo, continuó sonriendo—: Entonces, mi muchacho, ha llegado la hora de que tengas una esposa.

Esa declaración no contenía nada especialmente alarmante. Alfonso sabía que pronto tendría una esposa. Pero el tío Federico, el bromista, no lo había dicho todo.

—No estás suficientemente dotado, sobrino, para satisfacer a la novia en quien he pensado para ti —prosiguió—. ¡Oh, no! Una ramita bastarda, aun de nuestra noble casa, no es suficiente. Por tal motivo te ennobleceremos. Alfonso de Aragón, serás duque de Bisceglie y príncipe de Quadrata. ¿Qué tienes que decir a eso?

Alfonso declaró su complacencia por sus nuevos títulos. Pero estaba ansioso, según dijo, por conocer el nombre de su novia.

—Todo a su debido tiempo, todo a su debido tiempo —murmuró Federico, como si deseara reservarse la broma un poco más.

Alfonso recordó, aunque en esa época era muy pequeño, de qué manera el tío Federico, que no era rey entonces sino sólo hermano del rey, había venido a Nápoles desde Roma y les había contado que había sido apoderado de la hermana de Alfonso, Sanchia, en su casamiento con Goffredo Borgia, y de qué manera había divertido ampliamente a los invitados, en especial al Papa, imitando a la novia como si ésta fuera una púdica virgen. Como todos sabían que Sanchia estaba lejos de ser una púdica virgen desde mucho antes de su casamiento con el pequeño Goffredo, se trataba de una gran broma; era ése el tipo de bromas con las cuales se divertían el tío Federico e indudablemente otros también.

Alfonso se preguntó si era una broma similar la que ahora divertía a su tío.

—Tienes diecisiete años —dijo Federico—. Tu novia es un poco mayor, pero sólo un poco. Tiene dieciocho años, sobrino, y está considerada como una de las muchachas más hermosas de Italia.

—¿Y su nombre, Majestad?

Federico se acercó a su sobrino y acercó la boca a su oído.

—Sobrino —le dijo—, duque de Bisceglie y príncipe de Quadrata, te vas a casar con la hija de Su Santidad, Lucrecia Borgia.

Desde el momento en que su tío pronunció el temido nombre, Alfonso no conoció la paz. Circulaban muchos rumores siniestros con respecto a esa familia, y su futura novia no los había eludido. Todos temían al Papa. Se decía que poseía poderes sobrenaturales, y debía ser así, pues a los sesenta y siete años tenía el vigor de un hombre joven. Su mente estaba tan vigilante y tan astuta como lo había sido siempre y se rumoreaba que sus amantes eran tan numerosas como lo habían sido en los días de su juventud. Pero no era el vigor o la habilidad diplomática del Papa lo que se debía temer.

Por toda Italia circulaban continuamente rumores con respecto a las misteriosas muertes de quienes contradecían la voluntad del Papa. Él y su hijo César habían formado, según parecía, una asociación infernal y cada vez que se mencionaban sus nombres, la gente bajaba la vista y se atemorizaba, pues se decía que bastaba una mirada para ocasionar la ira de los Borgia; esa cólera podía significar el puñal de un asesino, una zambullida final en el Tíber o, lo que tal vez era aún más temido, una invitación a cenar a la mesa de los Borgia. Quienes vivían a la sombra de los Borgia no podían relajar su vigilancia, debían estar continuamente sobre alerta, observando y esperando, llenos de perplejidad.

Era a esta existencia sombría que su tío condenaba al joven Alfonso, y no en sus bordes, donde podría subsistir contando con una cierta dosis de oscuridad, sino en su mismo centro.

Su nuevo cuñado sería ese César Borgia cuyas manos se habían teñido en fecha tan reciente con la sangre de su propio hermano. Había rumores concernientes a su relación con Lucrecia, y se decía que la amaba con un amor que iba más allá del que un hermano debería sentir por su hermana. El rumor agregaba que odiaba a todos aquellos que merecían el afecto de su hermana, y que trataba de destruirlos; por consiguiente, los ojos fríos y rencorosos de César se dirigirían inmediata e inevitablemente hacia el novio de Lucrecia.

¿Y Lucrecia? ¿Cómo se imaginaba a esta joven novia, mientras cabalgaba hacia Roma?

Como una mujer audaz y descarada. Las historias referentes a su relación con su padre y su hermano eran escandalosas. Giovanni Sforza, el esposo de quien se había divorciado, tenía mucho que contar sobre esa mujer perversa e incestuosa que había sido su esposa. Sforza, es verdad, estaba encolerizado porque el Papa lo había marcado con el estigma de la impotencia. Era natural, según decía el tío Federico, que deseara vengarse, ¿y cómo podía hacerlo mejor que difamando a la esposa cuya familia había insistido en que

se divorciara de él? Pero ¿era verdad que Lucrecia, cuando se presentó ante los cardenales y los enviados en el Vaticano declarándose *virgo intacta*, estaba embarazada en realidad de seis meses? ¿Era verdad que el niño que había dado a luz tres meses después había sido sacado clandestinamente del Vaticano, su amante había sido asesinado, y su fiel criada, que había compartido los secretos de Lucrecia, había sido estrangulada y arrojada al Tíber?

Si esas historias eran ciertas, ¿qué clase de mujer era ésta a la cual su tío lo enviaba? En ese momento el Papa y su aterrador hijo estaban ansiosos por concertar el matrimonio, ¿pero qué ocurriría si con el tiempo terminaran por no considerarlo de su gusto? Giovanni Sforza, según se decía, había eludido la muerte escapando, pero había escapado con vida sólo para ser difamado como impotente.

¿Qué destino esperaba al recién nombrado duque de Bisceglie?

Se iban acercando cada vez más a Roma, y a medida que la distancia disminuía, sus temores aumentaban.

Esos temores se habrían calmado en alguna medida si hubiese podido ver a su futura esposa en ese momento. Estaba en su apartamento con una labor en las manos, mientras su pelo dorado, recién lavado, se derramaba aún húmedo sobre sus hombros. Parecía muy joven e inmadura; estaba pálida, y en los últimos meses había adelgazado y su expresión revelaba una intensa tragedia, mientras se inclinaba sobre su tarea.

Sus mujeres, que se sentaban con ella, charlaban, tratando de disipar sus pensamientos melancólicos. Hablaban de la inminente llegada del duque de Bisceglie.

—He oído decir que es un hombre muy apuesto.

—Madonna Sanchia no cabe en sí de placer al pensar en su llegada.

Lucrecia las dejaba hablar. ¿Qué importaba? Nada de lo que dijeran podía hacerla feliz. No le importaba si era el hombre más guapo del mundo. Sólo había un esposo que ella quería, y que nunca tendría. Tres meses antes habían extraído su cuerpo del Tíber.

“Pedro, Pedro” murmuró, y con un supremo esfuerzo impidió que sus lágrimas se derramaran.

¿Cómo podría romper con esa desdichada costumbre, con esa preocupación por el pasado? Hasta una época reciente tenía el don, heredado de su padre, de no mirar nunca hacia atrás. Ahora, cuando veía a uno de los chambelanes de su padre en los apartamentos del Vaticano, o tal vez desde la ventana de este palacio de Santa María in Portico, creía, durante un solo y extático segundo en una pesadilla que la atormentaba, que era verdaderamente a Pedro a quien veía. Pedro, joven y hermoso, como lo había sido en los días en que se habían amado y soñado con una vida que llevarían

juntos. Cuando veía a una mujer que llevaba a un niño o escuchaba el llanto de un bebé, la angustia volvía.

“Quiero a mi bebé —susurraba—. “Ahora... aquí, en mis brazos... lo quiero ahora. ¿Qué derecho tienen de quitármelo?”

El derecho de la fuerza era la respuesta. Estaba impotente entre sus manos. Mientras ella se encontraba indefensa, habían atraído a Pedro hacia su muerte; ella, una mujer débil por el parto, se encontraba agotada y le habían robado su bebé.

Había agitación afuera, y una de sus mujeres dijo:

—Es Madonna Sanchia que viene a visitarte, Madonna.

Y allí estaba Sanchia con sus tres constantes acompañantes, Loysella, Bernardina y Francesca; Sanchia, alegre y vivaz. Sanchia de Nápoles, que se burlaba de la etiqueta romana.

Lucrecia no miraba nunca a Sanchia sin asombro, pues era la mujer más llamativamente hermosa que había conocido. Lucrecia, con su cabello rubio, sus pálidos ojos, su piel delicada, su serena expresión y ese mentón ligeramente retraído que le daba un aspecto de perpetua inocencia, era considerada una belleza, pero al lado de Sanchia, de cabellos negros y ojos azules, parecía incolora. De Sanchia se decía que se interesaba por la brujería, y que por eso poseía esa extraordinaria belleza que los hombres encontraban irresistible. Lucrecia creía que Sanchia era capaz de cualquier cosa. Pero durante los meses recientes se había establecido entre ambas un vínculo creciente, pues era Sanchia quien la había reconfortado como nadie más podía hacerlo. Lucrecia había descubierto abismos insospechados en el carácter de Sanchia. Ésta, que tenía un montón de amantes, sonreía ante la trágica relación de Lucrecia con Pedro, y su consejo era: “Toma más amantes. Es la manera de olvidar”.

Pero eran diferentes, y Sanchia debía comprenderlo.

Ahora Sanchia fruncía el ceño ante el trabajo de costura que veía en las manos de Lucrecia.

—Allí estás bordando, cuando mi hermano puede llegar en cualquier momento.

Lucrecia sonrió gentilmente.

—Se pensaría que es tu esposo el que está viniendo, y no tu hermano.

Sanchia hizo una mueca; se sentó en uno de los sillones de alto respaldo de la sala, y sus tres mujeres trajeron taburetes y se sentaron a sus pies. Las mujeres de Lucrecia se habían apartado, aunque esperaban que no se les pediría que se fueran, pues la conversación de Sanchia era invariablemente picante e indiscreta, por tal motivo, si Lucrecia olvidaba pedirles que se fueran —y en los últimos tiempos estaba muy distraída— podrían quedarse y enterarse de muchas noticias interesantes.

—¡Ah, mi esposo! —dijo Sanchia—. No me interpretes mal, querida hermana. Amo a tu hermano, mi pequeño Goffredo, pero soy una mujer que exige a un esposo ser algo más que un bonito muchachito.

—Mi hermano se siente feliz de ser tu esposo —murmuró Lucrecia.

—Pero es tan joven. Demasiado joven para mí.

—Ahora tiene dieciséis años.

—Pero yo tengo veintiuno, y él aún me parece un niño. Sabes que nunca ha sido un esposo para mí...

La voz de Sanchia era baja pero penetrante. Sabía que las mujeres la escuchaban. Quería que ellas la oyeran, deseaba que en toda Roma se difundiera la noticia de que su matrimonio no se había consumado. No era verdad, y desgraciadamente para Sanchia, esa consumación había sido presenciada por el rey de Nápoles y un cardenal. Pero Sanchia pensaba en el divorcio, y sabía que si declaraba con firmeza suficiente que el matrimonio no había sido consumado, esa declaración podría ser aceptada.

—Pobre pequeño Goffredo —dijo Lucrecia.

Sanchia dejó de lado bruscamente el tema.

—Cómo brilla tu pelo. Sonríe, Lucrecia. Parecería que estás pensando en un funeral, en lugar de un casamiento.

—Es porque aún no ha visto al duque —dijo Loysella.

—Cuando lo veas te sentirás encantada —le señaló Sanchia—. Es muy parecido a su hermana. —Sanchia rió—. Ahora esperas que solamente seamos parecidos en cuanto al aspecto, ¿no es así?

—Oh, Sanchia —dijo Lucrecia, y extendió su mano tocando la de su cuñada. Sanchia la miró con alarma. “¡Pobre Lucrecia!”, pensó. Había sufrido demasiado por ese asunto de Pedro Caldés. Debía dejar de pensar en eso. Tal vez Alfonso estuviera allí ese mismo día: no debía encontrar a una Lucrecia triste, pensando por la muerte de su amante asesinado.

—Deseo hablar a solas con Madonna Lucrecia —dijo ella, dejándose llevar por un impulso.

“¡Sola!” Loysella, Francesca y Bernardina le lanzaron una mirada de reproche.

—Sí —les dijo Sanchia con firmeza—, quiero decir sola.

Sanchia, hija ilegítima de un rey de Nápoles, era capaz de asumir súbitamente la dignidad de la realeza, y cuando lo hacía, sus íntimas sabían que esperaba una obediencia inmediata, por lo cual se levantaron y dejaron el apartamento. Las asistentes de Lucrecia las siguieron.

—Ahora —dijo Sanchia— se han ido y podemos hablar con libertad. Lucrecia, deja de lamentarte, te digo.

Lucrecia sacudió la cabeza y dijo con una voz quebrada:

—¿Cómo hacer eso... a voluntad?

Sanchia corrió hacia ella y la rodeó con sus brazos.

—Lucrecia: ha pasado tanto tiempo.

—Tres meses. —La sonrisa de Lucrecia era una mueca—. Juramos sernos fieles para siempre, y dices que tres meses es mucho.

—Todos los amantes se juran fidelidad eterna —dijo Sanchia con impaciencia—. Significa: “Te seré fiel hasta tanto dure nuestro amor”. Eso es

lo más que se puede esperar.

—Nuestro amor fue diferente.

—Todos los amores son diferentes. Si tu Pedro hubiese vivido ahora lo habrías olvidado. Es porque lo asesinaron... porque hicieron un mártir de él... que lo recuerdas.

—Lo recordaría durante toda mi vida, sin importar lo que ocurriera.

—Lucrecia, fue tu primer amante. ¡Ese hombre con el cual te casaron. Giovanni Sforza... —Sanchia arrugó la nariz con disgusto— nunca lo amaste!

—Es verdad —dijo Lucrecia—. Nunca lo amé. Y ahora... creo que lo detesto.

—No es tu amigo. ¿Quién podía esperarlo? Ha sido señalado como un impotente. Nunca te lo perdonará, Lucrecia. Será tu enemigo para toda la vida.

—Mentí —dijo Lucrecia—. Firmé el documento porque insistieron y yo era débil. Tal vez Dios me castigue por la mentira que dije.

Sanchia sacudió la cabeza con impaciencia.

—No tenías otra alternativa que firmar el documento. ¿Acaso Su Santidad y César no habían decidido que debías firmar?

—Pero debería haberlos enfrentado. Nuestro matrimonio se consumó... muchas veces.

—¡Cállate! Es algo que sabemos, pero que nunca mencionamos. Y ahora estás divorciada, hermana, estás libre de Sforza. Nunca digas en voz alta esas palabras, nunca admitas que tu matrimonio se consumó. Pero Lucrecia, por favor, deja de lamentarte. Pedro ha muerto; nada puede traerlo de vuelta a la vida, y es un episodio que ha concluido. Aprende a olvidar. Fue tu primer amor, lo sé, y lo recuerdas. Pero cuando hayas tenido muchos amantes, encontrarás difícil recordar a qué se parecía.

—Olvidas, Sanchia, tú que has tenido amantes desde que eras una criatura, que has conocido a tantos que no puedes recordarlos a todos, olvidas que planeábamos casarnos, que tenemos un hijo.

—No deberías lamentarte por tu hijo. Será bien cuidado.

—¿No comprendes, Sanchia? En algún lado vive un bebé... mi bebé. Alguna mujer extraña lo alimenta y lo calma cuando llora. Es mi bebé... mi propio hijo, ¡y me pides que lo olvide!

—No deberías haber tenido el hijo, Lucrecia. —Sanchia rió súbitamente—. No puedo evitarlo. Pienso en ti, de pie ante los dignatarios, jurando solemnemente que tu matrimonio con Sforza no fue consumado, y que en consecuencia eras *virgo intacta*, cuando en realidad estabas embarazada... y al cabo de tres meses nacería tu hijo.

—No hables de eso. Sanchia, es más de lo que puedo soportar.

—Querida hermana, sufres tan profundamente porque eres joven. Te aseguro que cuando llegue mi hermano la historia será diferente. ¡Oh, por qué no está aquí! ¿Debo cansarte con el relato de sus muchas virtudes, y de cómo él y yo fuimos muy buenos amigos cuando éramos muy jóvenes? ¿Te contaré

cómo escapamos a la isla de Ischia en la época de la invasión francesa? Pero ya antes te he relatado estas cosas. Te diré algo más, Lucrecia. Sí, te hablaré de mí, para que puedas olvidar tus propias penas. Yo y Goffredo nos divorciaremos.

—No puede ser.

Los ojos azules de Sanchia brillaron.

—¡Oh, pero es así! Ese es el motivo por el cual despedí a las mujeres. Aún no ha llegado el momento de que conozcan este secreto.

—Goffredo tendrá el corazón destrozado. Te adora.

—Se está pensando en su futuro, y él estará complacido de transferirme a mi nuevo esposo.

—¿Y por qué será así?

—Porque mi nuevo esposo es alguien a quien adora: César.

—Pero no es posible —dijo Lucrecia rápidamente.

—Si el Papa y César deciden que lo desean, se hará.

—César desea desde hace mucho tiempo dejar la Iglesia, y nuestro padre se ha opuesto siempre.

Sanchia se acercó un poco más a Lucrecia y le dijo en un susurro:

—¿Sabes quién es el amo ahora?

Lucrecia se mantuvo silenciosa. Sanchia había logrado lo que se había propuesto: desviar los pensamientos de Lucrecia de su propia infelicidad.

—He observado a menudo —dijo Sanchia—, que Su Santidad se remite a César, y que trata de complacerlo siempre. Al parecer, César es aún amado más de lo que fue amado nunca Juan Borgia. ¿No lo has observado? César desea una esposa, ¿y quién es más apta para ser su esposa que yo?

Sanchia rió maliciosamente, y sus ojos miraron más allá de Lucrecia, de tal modo que ésta comprendió que pensaba en muchos encuentros apasionados con César, la personalidad más fuerte y más temida de Roma, el más fascinante entre los hombres, el único a quien Sanchia consideraba digno de ser su esposo.

—¿Quieres decir —dijo Lucrecia— que estás encarando seriamente este asunto?

Sanchia asintió.

—Pero mi padre ha deseado siempre que uno de sus hijos lo siga en la silla papal. Eso es lo que César debía hacer.

—Bien, está Goffredo.

—Los cardenales no estarán nunca de acuerdo.

—¿Aún no conoces a tu familia, Lucrecia?

Lucrecia se estremeció. La conocía, por cierto, la conocía demasiado bien, pues los asesinos de su amante habían sido su padre y su hermano.

Sanchia se estiró como un gato al sol en un gesto erótico y lleno de expectativas.

Lucrecia, que la observaba, sintió un renovado temor por el futuro.

En sus apartamentos del Vaticano, el Papa recibió a su hijo César, y cuando sus asistentes se inclinaron, saliendo, y el padre y el hijo quedaron solos, Alejandro posó su mano sobre el hombro de César y, acercándolo, murmuró:

—Hijo mío, pienso que nuestro pequeño plan se va a desarrollar de una manera tal que te complacerá.

César se dio vuelta y miró a su padre con una deslumbrante sonrisa, que alegró el corazón del Papa. Desde la misteriosa muerte de su hijo Juan, Alejandro había redoblado su devoción hacia César. Juan había sido el hijo favorito de Alejandro, pero aunque Alejandro sabía que César había sido el asesino de su hermano había transferido a ese hijo el afecto que sentía anteriormente por Juan, junto con los honores que lo materializaban.

Entre esos Borgia existía un lazo que era incomprensible para quienes no pertenecían a la familia. No importaba lo que hicieran sus miembros, y cualquiera que fuera el padecimiento que se provocaran el uno al otro, el lazo no se aflojaba. Había entre ellos un sentimiento tan fuerte —en la mayor parte de los casos era amor, pero en el caso de Juan y César había sido odio— que todas las otras emociones palidecían ante este sentimiento familiar.

Ahora Alejandro miraba a ese hijo que era conocido como el hombre más perverso de Italia, y no sentía más deseo que el de complacerlo. César era apuesto —todos los hijos del Papa lo eran— y su cabello tenía el mismo color castaño que el de Goffredo. Sus rasgos eran marcados; su cuerpo, gracioso; sus modales, los de un rey; en esa época su piel estaba ligeramente manchada, como consecuencia de un ataque del “mal francés”.

César llevaba sus hábitos de cardenal con arrogante desdén. Pero había una luz en sus ojos, porque tenía grandes esperanzas de desechar esos hábitos antes de que pasara mucho tiempo. Y Alejandro se sentía feliz, porque iba a hacer que el deseo de César se convirtiera en realidad.

—¿Bien, padre? —dijo César, con una leve pizca de impaciencia en la voz.

—Estoy comenzando a creer que fue un feliz acontecimiento aquel en que el rey francés, Carlos, decidió que vería una partida de tenis después de la cena. —El Papa sonrió—. ¡Pobre Carlos! Lo imagino con su reina en Amboise. ¿Quién habría pensado que una diversión tan inocente como ver un partido de tenis podría haber sido tan importante para él... y para nosotros?

—Sé —dijo César— que fue a los fosos del castillo de Amboise, pasó a través de la abertura en la galería, y como esa abertura era muy baja, nuestro pequeño Carlos golpeó la cabeza contra el arco.

—Fue un golpe tan leve —prosiguió el Papa— que apenas lo sintió, y sólo después de volver a su apartamento en el castillo sufrió un colapso y murió.

—Y ahora Luis XII está en el trono, y he oído decir que está tan decidido como su antecesor a recuperar lo que considera como los derechos franceses en Italia.

—Nos hemos desembarazado de Carlos. También lo haremos de Luis, si fuera necesario —dijo Alejandro—. Pero Luis, según creo, nos va a ser muy útil. He decidido que Luis será nuestro amigo.

—¿Una alianza?

El Papa asintió.

—Habla en voz baja, hijo mío. Es un tema que debe mantenerse en secreto entre nosotros dos. El rey Luis XII desea divorciarse de su mujer.

—Eso no me sorprende.

—Pero ella es una mujer pía, una buena persona, y el pueblo de Francia la reverencia.

—Jorobada, fea y estéril —murmuró César.

—Pero pía, no obstante. Está dispuesta a renunciar al trono y a retirarse a un convento en Bourges. Desde luego, si se concede un divorcio al rey Luis.

—Necesitará una dispensa de Su Santidad si desea lograrlo —dijo César con una mueca.

—Pide mucho. Desea casarse con la mujer de su antecesor.

César asintió.

—He oído decir que Ana de Bretaña es una bonita criatura, aunque un poco renga: pero dicen que su gracia y su encanto hacen más que compensar su renguera.

—Sus propiedades de Bretaña son vastas y ricas —agregó el Papa—. Por ese motivo... Luis está ávido de poseerlas... y de poseerla.

—¿Y qué piensa Su Santidad en cuanto a otorgarle lo que pide?

—Eso es lo que deseo discutir. Enviaré un mensaje al rey de Francia, diciéndole que estoy examinando en profundidad la posibilidad de otorgarle esa dispensa. Luego le hablaré de mi hijo, mi amado hijo, que desea dejar la Iglesia.

—¡Padre!

Había lágrimas en los ojos de Alejandro. Le encantaba proporcionar tanto placer a su hijo amado.

—No dudo, mi queridísimo hijo, de que antes de que pase mucho tiempo estarás en condiciones de despojarte de la púrpura que tantos anhelan y de la cual tanto deseas escapar.

—Comprendes mis sentimientos, padre. Es porque sé que mi destino no está en la Iglesia.

—Lo sé, mi queridísimo hijo, lo sé.

—Padre, ordena mi liberación y te prometo que no lo lamentarás. Juntos veremos a toda Italia unida bajo el Toro de los Borgia. Nuestro emblema resplandecerá en todas las ciudades, en todos los castillos. Italia debe unirse, padre: sólo así podremos hacer frente a nuestros enemigos.

—Tienes razón, hijo mío. Pero no hables con otros de estos asuntos, como me hablas a mí. Nuestra primera tarea consiste en liberarte de la Iglesia, y pediré la ayuda de Luis, a cambio de su divorcio. Pero le pediré más que eso. Tendrás una propiedad en Francia y... una esposa.

—¿Padre, cómo puedo demostrarte mi gratitud?

—No hablemos de eso entre nosotros —dijo el Papa—. Eres mi hijo bienamado y mi mayor deseo es brindar honores, gloria y felicidad a mis hijos.

—¿Qué son esos rumores de un divorcio entre Sanchia y Goffredo?

El Papa sacudió la cabeza.

—¡Sobre la base de que el matrimonio no se ha consumado! No me gusta. La gente hablará del divorcio de Lucrecia y Sforza, y reavivaremos ese escándalo. Espero tener pronto al muchachito conmigo aquí, y deseo con ansias que llegue ese día. No, aún no habrá divorcio. Y tú, hijo mío, con los títulos que se te conferirán cuando dejes la Iglesia, no desearás un matrimonio con la esposa divorciada de tu hermano. ¿Por qué deberías hacerlo? Sanchia es una hermosa mujer, muy experta en las artes del amor, ¿pero necesitas el matrimonio para disfrutarla? No tú, hijo mío. Has disfrutado de todo lo que quisiste como amante de Sanchia durante todos estos meses. Continúa disfrutándolo. Yo no lo impediría. ¡Pero casarte con Sanchia! Es una princesa, lo admito, pero ilegítima. ¿Qué dirías de una princesa legítima de Nápoles, César?

César sonreía.

“Santa Madre de Dios”, se dijo el Papa, “qué hermosos son mis hijos y cómo tiembla mi corazón por el amor que siento hacia ellos.”

Alfonso, duque de Bisceglie, entró silenciosamente a caballo a Roma. No había muchedumbres alineadas en las calles ni flores derramadas en su camino. Llegó sin ser anunciado. El Papa había querido que no hubiese una entrada ceremonial. El escándalo del divorcio de Lucrecia era demasiado reciente, pues se había producido sólo seis meses antes, y como durante ese período Lucrecia había tenido un hijo —¿y cómo era posible, por más precauciones que se tomaran, mantener esas cosas completamente en secreto?— era mejor que el nuevo novio llegara sin ceremonias.

Mientras tanto, Alfonso llegaba con aprensión a Santa María in Portico.

Sanchia, que esperaba su llegada, se encontraba con Lucrecia. Adivinaba los sentimientos de su hermano. Sabía que venía con reticencia, y conocía bien los relatos que él había debido escuchar sobre la célebre familia en la cual entraba por su casamiento. No venía como un novio respetado, como un príncipe victorioso, sino como un símbolo del deseo de Nápoles de amistad con el Vaticano.

“No temas, hermanito”, murmuró Sanchia, “yo te cuidaré.”

Pensaba pedir a César que fuera amigo de su hermano; lo plantearía como una condición, pues César era su amante. Si César demostraba amistad hacia el joven Alfonso —y César podía ser encantador cuando lo deseaba— otros harían lo mismo. El Papa, cualesquiera que fueran sus planes, sería amable; y Lucrecia, por más que lamentara la muerte de Pedro Caldés, sería

gentil con Alfonso.

Sanchia anhelaba mostrar a su hermano el poder que tenía en el Vaticano. Su amor por otros hombres surgía con fuerza y se desvanecía con rapidez, pero su amor por su joven hermano era constante.

Lucrecia, Sanchia y sus mujeres bajaron para dar la bienvenida al prometido de aquélla; no bien Lucrecia lo vio su interés se acrecentó, era como si la sombra idealizada de Pedro Caldés se esfumara un poco. Alfonso era un muchacho muy apuesto. Resultaba muy parecido a Sanchia y poseía los mismos intensos colores, pero no tenía el desenfreno de ésta y demostraba un serio deseo de complacer del cual carecía Sanchia, y que resultaba muy atractivo.

Lucrecia se sintió conmovida por la forma en que se asió a su hermana y la emoción que demostraba.

Luego se quedó de pie ante su novia, y en los hermosos ojos azules de pestañas oscuras apareció una sorpresa que encontró imposible reprimir.

—Soy Lucrecia Borgia —dijo Lucrecia.

Era fácil leer sus pensamientos, pues había en él una ingenuidad que le recordó que ella era mayor que Alfonso, aunque sólo un poco. Había oído hablar muy mal de ella, y esperaba... ¿qué esperaba? ¿Una criatura depravada y descarada, que le infundiría terror? En cambio encontró una muchacha amable, un poco mayor que él, pero que parecía joven, tierna, serena, gentil y muy hermosa.

Le besó las manos, y sus labios eran cálidos y trémulos; sus ojos azules se llenaron de emoción al enderezarse para contemplarla.

—Mi deleite es superior a todo lo que es posible imaginar —murmuró.

No eran palabras fútiles; y en ese momento se disipó un poco de esa pena sombría que la había abrumado durante los últimos meses.

Sanchia estaba reclinada en un sofá, rodeada por sus damas, cuando fue anunciado César.

Les había dicho que antes de que pasara mucho tiempo deberían despedirse del pequeño Goffredo porque ya no sería su esposo. El método empleado en el divorcio con Sforza había tenido tanto éxito que Su Santidad sentía la tentación de reiterarlo.

—Pero yo —decía ella— no estaré embarazada de seis meses cuando me presente ante los cardenales y declare que mi matrimonio no se ha consumado.

Loysella, Francesca y Bernardina rieron con gran placer. Las aventuras de su ama constituían una fuente de gran placer para ellas, y trataban de emularlas en la mejor forma posible.

Les había hecho jurar que mantendrían el secreto, y lo habían hecho.

—Tu futuro esposo está en la puerta —susurró Loysella.

Sanchia golpeó su mejilla alegremente.

—Entonces es mejor que me dejen. Le pedí que viniera. Le exigí que lo hiciera.

—Debes acostumbrarlo a la obediencia —rió Bernardina.

Pero ya César estaba en la habitación, y su frivolidad se desvaneció. Las miraba con aire autoritario, sin tener en cuenta sus obvios encantos, como lo hacía a veces, sino con impaciencia, como si fueran objetos inanimados que lastimaran sus ojos. Podían hacer chistes sobre él cuando no estaba presente, pero no bien hacía su aparición tenían conciencia de ese poder para infundir terror que tenía.

Hicieron una rápida reverencia y salieron de la habitación, dejándolo a solas con su ama.

Sanchia levantó una mano.

—César, ven —dijo—, siéntate en mi sofá.

—¿Deseabas verme? —le preguntó, sentándose.

—En efecto. No estoy muy complacida contigo, César.

El cardenal levantó las cejas con altanería, y en los ojos azules de Sanchia brilló una súbita cólera, mientras proseguía.

—Mi hermano está en Roma. Ha estado aquí todo un día y toda una noche y sin embargo has hecho caso omiso de él. ¿Es ésta la cortesía que debes mostrar a un príncipe de Nápoles?

—Oh.... es sólo un bastardo —murmuró César.

—Y tú... mi buen señor... ¿qué eres, te lo ruego?

—Pronto seré el amo de Italia.

Los ojos de Sanchia echaron destellos. Así sería. Estaba segura, y se sentía orgullosa de él. Si alguien podía unir a Italia y gobernarla, ese hombre era César Borgia. Estaría a su lado cuando tuviera el mando supremo. César necesitaría una reina, y esa reina sería ella. Se sentía exultante e intensamente feliz, pues había un solo hombre con quien anhelaba casarse, y ese hombre era César Borgia. Y así sería. No bien se divorciara se celebraría su matrimonio y pronto toda Italia debería reconocerla como su reina.

Ahora él la estaba mirando, y ella le tendió los brazos. Él la abrazó, pero al ponerle los brazos alrededor del cuello Sanchia advirtió la distracción de él.

Se retiró y le dijo:

—Pero te pido que otorgues a mi hermano el respeto que le es debido.

—Es lo que he hecho. Merece poco.

Sanchia levantó la mano y lo abofeteó. Él la tomó por la muñeca y una sonrisa de placer cruzó su rostro, mientras le doblaba el brazo hasta que ella chilló de dolor.

—¡Detente! —gritó—. César, te lo ruego, me romperás los huesos.

—Te enseñaré a no comportarte como un mendigo en el Corso.

Luego ella observó lentamente las marcas en la muñeca.

—Te pido —le dijo con expresión malhumorada— que visites a mi hermano, para darle la bienvenida a Roma.

César desechó su pedido.

Ella prosiguió.

—Si es que debe ser verdaderamente tu hermano...

—Nunca consideré al primer esposo de Lucrecia como mi hermano. Tampoco lo haré con el segundo.

—¡Celoso! —replicó rápidamente Sanchia—. Insensatamente celoso de los enamorados de tu hermana. No puede sorprender que en toda Italia haya escándalo con respecto a tu familia.

—Ah —dijo él sonriendo lentamente—. Somos una familia escandalosa. Pienso, mi querida Sanchia, que el escándalo no ha disminuido desde que te uniste a nosotros.

—Insisto en que des la bienvenida a mi hermano.

—Es suficiente con que mi padre haya enviado a llamarlo y que esté aquí.

—Pero, César, debes rendirle algún pequeño honor. Debes mostrar a la gente que lo haces, si no por el hecho de que se convertirá en el esposo de Lucrecia, al menos debido a que es mi hermano.

—No comprendo —dijo César con una cruel falta de expresión.

—Si yo voy a divorciarme... si voy a verme libre de Goffredo y vamos a casarnos...

César rió.

—Mi querida Sanchia —dijo—, no voy a casarme contigo.

—Pero... debe haber un divorcio.

—Su Santidad no está ansioso de que haya otro divorcio en nuestra familia. Como sabes, la Iglesia deplora el divorcio. No, continuarás casada con tu pequeño Goffredo. ¿De qué puedes quejarte con respecto a él? ¿Acaso no es un esposo amable y complaciente? En cuanto a mí, cuando me vea libre de estos hábitos, me buscaré una esposa en otra parte.

Sanchia no podía hablar; le parecía que la furia la asfixiaba.

—Además —prosiguió César, saboreando los esfuerzos de Sanchia por mantener bajo control esa furia—, cuando adquiera mis títulos y te puedo asegurar que serán extraordinarios, deberé mirar más allá de una princesa ilegítima. Puedes comprenderlo con facilidad.

Ella aún no podía hablar. Su rostro estaba blanco, y César observó sus dedos largos y delgados que tironeaban la falda de su vestido. Aún sentía el escozor de esos dedos en sus propias mejillas; aún podía ver la marca de sus propios dedos en las muñecas de Sanchia. Su relación había sido siempre ardiente; habían impuesto su pasión el uno al otro, y muchos de sus encuentros más satisfactorios habían comenzado con una pelea.

—Mi esposa —prosiguió César, azotando las heridas que había abierto con el látigo de la humillación que probablemente le causaría más dolor— será indudablemente una de tus cercanas parientes: la hija de tu tío, el rey de Nápoles, su hija legítima, la princesa Carlota.

—¡Mi prima Carlota! —gritó Sanchia—. ¡Te engañas, cardenal Borgia! ¡Borgia bastardo! ¿Crees que mi tío, el rey, te permitiría casarte con su hija?

—Su Santidad y yo tenemos muy buenas razones para creer que está ansioso de que se realice este casamiento.

—Es una mentira.

César se encogió levemente de hombros.

—Ya verás —dijo.

—¡Verlo! No lo veré nunca. No ocurrirá nunca. ¿Crees que tú tendrás a Carlota? Mi tío querrá una recompensa por ella.

—Tal vez —replicó César— será suficientemente sensato para ver en mí lo que busca para ella.

En la antesala sus mujeres, oyendo la risa alocada de Sanchia, temblaron. En este encuentro había algo diferente. Con seguridad no era una de esas violentas querellas que terminaban en ardientes relaciones amorosas que dejaban a su ama ronroneando como una gata satisfecha, mientras la peinaban y ella les hablaba de la virilidad de César.

—Puedo decirte —chilló Sanchia— que nunca tendrás a Carlota.

—No chilles, te lo ruego, tus mujeres creerán que te estoy matando.

—Podrían sospecharlo con facilidad. ¿Qué es un asesinato más en tu vida? ¡Asesino! ¡Embustero! ¡Bastardo! ¡Cardenal!

Él se quedó al lado del sofá, riéndose de ella.

Sanchia se levantó y le hubiese rasguñado la cara, pero César estaba preparado; la tomó por la muñeca, y ella lo escupió.

—¿Ha llegado para ti el momento de pensar en el matrimonio? —gritó—. Según las marcas que te hice en la cara, yo no lo creería.

Él la zarandó.

—Deberías controlar tu mal genio, Sanchia —le advirtió.

—¿Estás tan calmo, César? —preguntó ella.

—Sí, por una vez lo estoy.

—No pienses que puedes venir aquí y tratarme como tu amante mientras haces esos planes con Carlota.

—No lo había pensado —dijo él—. Me cansas, Sanchia. Con tus ambiciones, me cansas.

—Sal de aquí —gritó ella.

Y ante su asombro, él la arrojó de nuevo sobre el sofá y partió.

Ella lo siguió fijamente con la mirada. Se sentía profundamente herida, pues la había golpeado en el punto más vulnerable.

Sus mujeres acudieron y la encontraron llorando silenciosamente. Nunca la habían visto silenciosa; nunca la habían visto tan infeliz.

La adularon, la peinaron, derramaron ungüentos sobre su frente febril, le dijeron que no debía llorar pues eso afeaba sus hermosos ojos.

Por último, dejó de llorar y, levantándose de un salto, juró venganza contra César Borgia, juró que usaría todos sus poderes para impedir el matrimonio con su prima. Haría una imagen de cera de César y le perforaría el corazón con alfileres al rojo vivo. El mal se derramaría sobre él, porque la había herido profundamente y se había regocijado al herirla.

—¡Por todos los santos! —gritó—. Me vengaré de ti, César Borgia.

Ese era el día de la boda de Lucrecia, el día de su segunda boda.

La otra, la que se había realizado cinco años antes, cuando ella tenía trece, ahora le parecía la escena obsesionante de una pesadilla, horrible e imaginaria. No quería pensar en ella. En esa época era demasiado joven para consumir el matrimonio, y el hombre que estaba a su lado era siniestro y falto de atractivos, un viudo a quien su belleza parecía no impresionar de ninguna manera.

Deseaba ser feliz. Ahora comprendía qué parecida era a su padre. Sabía hasta qué punto había sufrido amargamente cuando Juan, su hijo más amado, había sido asesinado. Así se sintió ella cuando se le dijo que el cuerpo de Pedro Caldés había sido retirado del Tíber. En ese momento había gritado a los santos: “Por vuestra propia bondad dejadme morir”. Alejandro debía haber proferido palabras similares.

El Papa se había recuperado con rapidez. Había pasado de los recuerdos de los muertos al deleite por los vivos. Era sabio: ella creía que era el hombre más sabio de la tierra: su conducta en las crisis había sido siempre un ejemplo. Ahora ella comprendía más que nunca que necesitaba seguir su ejemplo.

Deseaba amar a su novio. ¿Era muy difícil? Era joven y apuesto y, aunque se habían encontrado por primera vez hacía sólo tres días, ya se estaba volviendo ardiente. Había sentido temores por lo que podría encontrar; esos temores se disipaban. Así debía desaparecer también su propia pena. En los brazos de Alfonso, su legítimo amante, olvidaría esa pasión por Pedro Caldés que había estado condenada desde el comienzo.

¡Qué contenta estaba de que hubiese venido sin ceremonias a Roma, permitiéndoles conocerse el uno al otro antes del día de la boda! Se sintió complacida cuando Alfonso le susurró:

—Eres completamente distinta de la esposa que yo esperaba que estaría aquí.

—¿Estás complacido por lo que encontraste? —le preguntó ella, y él le contestó:

—He quedado atontado por el placer.

Ella creía que Alfonso hablaba con la sinceridad de la juventud, más que con la adulación de un cortesano.

Lucrecia tenía razón. Alfonso se sentía feliz, sólo pensaba en ella. Sabía que César lo odiaba porque iba a ser el esposo de Lucrecia, pero eso no parecía importarle. Los guardias papales hacían apuestas sobre cuánto tiempo tardaría el Papa en decidir que su nuevo yerno era inútil para sus fines, y cuánto tiempo después de eso Alfonso dejaría de existir, pues un segundo divorcio provocaría algo parecido a un escándalo, y aun al astuto Alejandro le

sería difícil lograrlo. Sin embargo, Alfonso no se preocupaba. Estaba por casarse con Lucrecia, y sólo tenía tiempo para pensar en eso.

Sus mujeres vestían a Lucrecia con un traje largo de color oro, recargado de perlas, y en el que se mezclaban las armas de Borgia y Aragón. Alrededor de su cuello había rubíes de valor inestimable y la brillante esmeralda que adornaba su frente daba un poco de color a sus pálidos ojos. Parecía tener una edad apenas mayor que cuando se había casado con Giovanni Sforza.

Fue llevada con sus asistentes a los apartamentos privados del Papa en el Vaticano, a ese cuarto que conocía tan bien, donde estaban los murales de Pinturicchio y el cielorraso sobre el cual estaba tallado el toro dorado y la corona papal.

Allí la esperaba Alfonso, y cuando ella lo miró con su magnífica ropa de casamiento, no tuvo dudas de que era el hombre más apuesto de Italia.

El Papa sonrió benignamente a la joven pareja, y se sintió divertido por lo que advirtió en los ojos de ambos.

Se arrodillaron ante el trono papal y se realizó la ceremonia de casamiento. De acuerdo con las antiguas costumbres se colocó una espada desenvainada sobre las cabezas de la novia y el novio. Esta tarea le correspondió a un capitán español, Juan Cervillón, y mientras estaba de pie, muy tieso, con la espada sobre las cabezas de esta hermosa pareja, muchos ojos se dirigieron hacia esa reluciente hoja, y en muchas mentes se planteó la pregunta: ¿cuánto tiempo pasará antes de que descienda sobre nuestro pequeño novio?

La ceremonia terminó, y llegó el momento del festejo y las celebraciones. Lucrecia caminó al lado de su esposo y aun su vestido rígido por los bordados y las perlas y cargado de joyas, no podía admitir comparación con su gracia. Delicada y elegante como era, parecía mantenerse apartada de las burdas chanzas, que eran comentadas por el Papa. Su esposo estaba encantado con ella y ambos parecían mantenerse al margen de los invitados. Todos observaban cómo estaban absortos el uno por el otro, y el Papa lo señaló a los que se acercaban a él.

—¡Qué deliciosa pareja! —gritó—. ¿Vieron ustedes alguna vez dos esposos más bellos? Y afirmo que están tan ansiosos el uno del otro que desean que el festejo y la danza terminen. El casamiento se consumará antes de que pase mucho tiempo, no tengo ninguna duda.

Al llegar al apartamento donde estaba preparado el banquete, uno de los miembros del séquito de Sanchia, que había oído que su ama había sido profundamente humillada por César y que estaba decidido a demostrar su lealtad, avanzó el pie mientras pasaba uno de la comitiva de César, y el hombre cayó cuan largo era al piso. Esto causó mucho regocijo en el séquito de Sanchia y varios saltaron sobre el hombre caído y comenzaron a apalearlo.

Los españoles de sangre caliente, servidores de César, no estaban dispuestos a permitir que se tratara así a uno de los suyos; intervinieron en la riña, y pronto hubo un pandemonio en todo el apartamento.

Intervinieron cardenales y obispos, tratando de pacificar los ánimos, instando a los protagonistas a desistir, por temor al desagrado del Papa, pero había demasiado ruido para que fueran escuchados, y los apasionados españoles y napolitanos continuaron la pelea.

Un obispo fue derribado, otro estaba sangrando por la nariz y Alejandro, que no podía dejar de reírse por dentro al ver a sus obispos despojados de su dignidad, se entretuvo por unos instantes antes de poner fin a la riña con voz autoritaria amenazando con un terrible castigo a todos los implicados a menos que desistieran inmediatamente de pelear.

Se hizo la calma y aquéllos, que hasta un momento antes habían estado defendiéndose y atacando con vigor, se deslizaron hacia sus lugares, mientras Alejandro llevaba a la novia y al novio a la mesa del banquete.

Pero la pelea era un presagio. Varios de los presentes sabían lo que indicaba. Los rumores de un posible matrimonio entre César y Sanchia habían circulado mucho. Parecía que los partidarios de Sanchia tenían una cuenta que saldar con los de César. ¿Podría significar eso que César, una vez obtenida su libertad de la Iglesia, buscaría una novia en otras partes?

El aspecto enfadado de Sanchia apoyaba esta teoría, como también lo trasuntaba el aspecto de astuta satisfacción de César.

Entonces el Papa pidió música y entretenimientos, comportándose como si no hubiese ocurrido nada extraño.

Se sucedieron las canciones, las danzas y las representaciones teatrales. En su transcurso César apareció vestido como un unicornio, y tal era su belleza y dignidad que los ojos del Papa brillaron de orgullo, y aun los de Lucrecia se apartaron por un instante de los de su esposo, y sólo pudo mirar a su hermano.

Lucrecia bailaba con su esposo con aire extático, y no había sentido nunca tanta felicidad desde el momento en que le comunicaron la muerte de Pedro.

Mientras danzaban juntos, Alfonso le dijo:

—Esta es la noche más feliz de mi vida.

—Estoy contenta —le dijo Lucrecia—. Seremos felices juntos, tú y yo, Alfonso.

—Aunque cualquier cosa nos ocurra, tendremos nuestra felicidad para recordar —dijo él, súbitamente serio.

—Haremos que esté siempre con nosotros —le dijo ella—. No necesitaremos mirar hacia atrás... sólo hacia adelante, Alfonso. —Le sonrió con ternura—. Estabas asustado cuando oíste que ibas a casarte conmigo, ¿no es cierto?

—Había escuchado chismes —confesó él.

—Chismes malos respecto de mí. Siempre se habla mal de mi familia. No

debes creer en eso.

Alfonso miró sus ojos de color claro y pensó: “¿No sabe? No puede saberlo. Y ¿cómo podría comprender... ella, que es tan joven e inocente?”

—Alfonso —continuó ella—, quiero que sepas que he sido infeliz, tan infeliz que nunca creí que reiría de nuevo. Hoy me has visto reír, Alfonso. Es la primera vez desde hace muchos meses, y es porque tú has venido.

—Me haces muy feliz.

—Debes hacerme feliz, Alfonso. Por favor, hazme feliz.

—Te amo, Lucrecia. ¿Es posible que en tres breves días se pueda amar tan profundamente?

—Así lo espero. Pues creo que estoy comenzando a amarte yo también, y quiero ser amada... quiero ser amada profundamente.

—Lucrecia, nos amaremos el uno al otro, entonces... todos los días de nuestra vida.

Le tomó la mano y la besó y fue como si hubiesen hecho un voto tan solemne como el que habían formulado ante el trono papal.

El Papa, al observarlos, soltó una risa ahogada y observó a uno de sus cardenales:

—Es una vergüenza mantenerlos alejados del lecho nupcial. ¿Habéis visto alguna vez a dos amantes más ansiosos?

LA DUQUESA DE BISCEGLIE

Los cardenales que se habían reunido para el Consistorio estaban molestos. Hubiesen deseado seguir el ejemplo de sus colegas y presentar alguna excusa que les permitiera estar ausentes de Roma en ese momento.

El Pontífice, desde su trono papal, los saludó con su habitual benevolencia, pero quienes conocían a Alejandro sabían bien cuál era la decisión que había tomado, bajo el manto de esa benignidad. Una vez más, les sería presentada una de las escandalosas peticiones que Alejandro presentaba de vez en cuando en beneficio de su familia; se enfrentaban con la certeza de estar moralmente obligados a oponerse al deseo de los Borgia, y sabían que carecerían del coraje de hacerlo.

Recordaban con disgusto el reciente divorcio, cuando tantos entre ellos habían sido engañados por el aspecto inocente de Lucrecia Borgia. Sabían plenamente que el Papa y su familia iban a lograr otro triunfo.

Alejandro observaba a César mientras se ubicaba ante la asamblea, e hizo lo mejor que pudo para dominar el orgullo que sentía. César tenía razón; era el hombre indicado para gobernar a Italia, y podría lograr mejor sus ambiciones estando en libertad con respecto a la Iglesia.

César sostenía entre sus delgados dedos el rollo sobre el cual Alejandro y él habían pasado tanto tiempo, mientras pedía a sus colegas cardenales que le prestaran atención.

La voz de César era gentil. Alejandro le había advertido que debía ser humilde y, cosa sorprendente, César obedecía a su padre en este sentido. Alejandro era un hombre dispuesto a salirse con la suya, pero siempre trataba de lograrlo de una manera pacífica, si era posible. En ese sentido, difería de César, quien se sentía tan impaciente para lograr sus deseos que a menudo no se preocupaba de la forma en que lo hacía.

—No fue por mi propia voluntad que entré en la Iglesia —dijo—. Nunca he tenido una vocación religiosa.

Consciente de que muchos ojos se posaban sobre él, Alejandro dejó caer su cabeza sobre el pecho, en una actitud de desaliento, como si lo que estaba diciendo su hijo le causara el más profundo dolor. A pesar de su despliegue de

sorpresa y angustia, todos sabían, desde luego, que el deseo de Alejandro era que César fuera relevado de su cargo, y que había redactado esas mismas palabras que ahora César estaba pronunciando. También sabían que los cardenales que se negaran a actuar en consonancia con sus deseos deberían temer represalias.

—Mi conciencia me exige que plantee estos hechos ante vosotros — prosiguió César— pues no veo otro curso de acción posible que apelar a vuestra merced y bondad, y confío que en vuestra compasión encontraréis oportuno liberarme de mis votos.

Se hizo un silencio. Una vez más los cardenales dirigieron la mirada hacia el Santo Padre, que ahora había levantado el rostro para que todos pudieran ver la preocupación que lo embargaba.

César apeló al Papa.

—Si yo estuviera libre —gritó en tono alto y confiado— dedicaría mi vida a mi país. Visitaría a los franceses, que nos ponen en gran peligro a todos, y daría mi vida para salvar a nuestro país de la invasión y traer la paz a esta tierra.

Luego habló Alejandro.

—Lo que pide el cardenal César Borgia de Valencia constituye un grave asunto. Requiere una profunda reflexión y deliberación de esta asamblea, de tal modo que no se puede dar una respuesta en forma inmediata.

César se retiró, mientras los cardenales discutían su caso. No había un sólo hombre entre ellos que no considerara todo este procedimiento como una farsa. El papa Borgia deseaba que César fuera relevado de sus votos; ¿y quién se atrevería a oponerse al papa Borgia?

César abandonó la sala con el corazón alegre, sabiendo que antes de que terminara la semana lograría su ambición de toda la vida. Sería un soldado y conduciría sus ejércitos, libre de la restrictiva influencia de la Iglesia.

Entró en el apartamento de su hermana, donde se encontraba Lucrecia con su esposo. Alfonso, el feliz desposado, se acercó involuntariamente a su esposa cuando entró su cuñado.

—¡Ah! —gritó César—. La feliz pareja. ¡Vaya, hermana, vaya, hermano, toda Roma habla de vuestro mutuo placer! ¿Dicen la verdad?

—Soy muy feliz — le dijo Lucrecia.

—Nos sentimos muy felices el uno con el otro —agregó Alfonso.

César sonrió con su lenta y sardónica sonrisa, y mientras miraba al apuesto muchacho una cólera momentánea se apoderó de él. ¡Semejante jovencito! Apenas salido de la nurserí. ¡De mejillas lisas y bonito! La piel de César, antes hermosa, ahora estaba manchada e indudablemente quedaría así por el resto de su vida. Era extraño que él, que sentía que no pasaría mucho tiempo antes de que toda Italia estuviera a sus pies, envidiara de ese modo las

lisas mejillas de un muchacho apuesto.

—¡Vamos —gritó— no parecéis complacidos de verme!

—Siempre nos sentimos complacidos de verte —dijo Lucrecia con rapidez.

—No permitas que tu esposa hable por ti, hermano —dijo César, mientras una leve sonrisa burlona se insinuaba en las comisuras de su boca—. Deberías ser el amo, lo sabes.

—No —dijo Alfonso—, entre nosotros no es así. Deseo complacer a mi esposa, nada más.

—¡Fiel esposo! —murmuró César—. Lucrecia, vamos a tener días de celebración. Prepárate. ¿Qué clase de fiesta debo disponer para tu placer?

—Ya hubo muchas celebraciones —dijo Lucrecia—. Alfonso y yo somos bastante felices sin ellas. Tenemos nuestra casa, nuestras danzas y la música.

—Y otros placeres, el uno en compañía del otro, no lo dudo. Oh, vosotros sois recién casados. No obstante, habrá celebraciones. ¿Sabes, Lucrecia, que antes de que pase mucho tiempo me despojaré de mis hábitos de cardenal?

—¡César! —Corrió a él y se arrojó en sus brazos—. Me siento muy feliz. Es lo que has deseado durante tanto tiempo. Y por fin ha llegado. ¡Oh, queridísimo hermano, cómo me alegro contigo!

—Y estás lista para bailar conmigo en un baile que daré. ¿Estás dispuesta a verme matar un toro o dos?

—Oh, César... eso no. Me asusta.

Él la besó con ternura, y poniendo su brazo alrededor de la cintura de ella la atrajo hacia sí para abrazarla; se quedó mirándola, la espalda a Alfonso, el cual, tal como César se había propuesto, sintió que quedaba excluido.

Alfonso se quedó de pie, en situación embarazosa, observando la escena; y de pronto todos sus temores lo asaltaron de nuevo y comprobó que no podía controlar su temblor. No podía apartar la vista de ellos: el hermano y la hermana más discutidos de Italia, tan graciosos ambos, con esa ligera semejanza entre ellos, y sin embargo con un contraste tan marcado. Allí estaba César, violento y aterrador, decidido a dominar, y Lucrecia, delgada y aferrada a él, deseando ser dominada. Al verlos de este modo, las dudas y las sospechas de Alfonso volvieron, y decidió pedir a Lucrecia que dejara ese lugar que ahora le parecía nocivo. Deseaba rescatar a Lucrecia; si bien había nacido entre ellos, no les pertenecía; deseaba alejarla enseguida de su familia y vivir en paz con ella.

Escuchó sus voces.

—¿Pero no me pedirías que me mantuviera apartado mientras otros matan los toros?

—Lo haría. Lo haría, por cierto.

—Pero, mi queridísima, entonces ¿te avergonzarías de tu hermano?

—Nunca me avergonzaría de ti. Y tú arriesgas la vida con los toros.

—No yo. Puedo competir con cualquier toro.

César se dio vuelta y la atrajo hacia él, por sobre su cabeza echó por un

instante una sonrisa de burla triunfante hacia Alfonso. Luego la soltó súbitamente y gritó:

—Pero hemos olvidado a tu pequeño esposo, Lucrecia. Parece como si estuviera por estallar en lágrimas.

Alfonso sintió que la sangre afluía a su rostro. Quiso adelantarse, pero César se interpuso entre Lucrecia y su esposo, con las piernas abiertas, la mano sobre la empuñadura de su espada y aunque Alfonso deseaba desenvainar la suya propia y desafiar a ese hombre en ese preciso momento a la lucha, y a una lucha a muerte si era necesario, sintió como si sus piernas no se pudieran mover, y que estaba en presencia del demonio, que había arrojado un sortilegio sobre él.

César rió y salió, y cuando ya no estuvo allí, el coraje de Alfonso volvió a él. Se dirigió hacia Lucrecia y la tomó por los hombros.

—No me gustan sus modales —dijo. Los ojos de Lucrecia estaban muy abiertos y tenían un aspecto inocente—. Es... demasiado posesivo. Es casi como si...

Pero no pudo decirlo. No tuvo coraje. Había preguntas que quería hacer, y temía hacerlas. Había sido feliz, y deseaba seguir siéndolo.

Lucrecia le puso los brazos alrededor del cuello y lo besó en esa forma gentil que nunca dejaba de constituir una fuente de excitación para él.

—Es mi hermano —dijo simplemente—. Fuimos criados juntos. Hemos compartido toda la vida y eso nos ha hecho buenos amigos.

—Parecería que cuando está cerca ignoras a cualquier otro.

Ella apoyó la cabeza contra su hombro y rió.

—Eres por cierto un marido celoso.

—Lucrecia —gritó él—, ¿tengo motivos para serlo?

Entonces ella alzó la mirada hacia él, y sus ojos aún estaban llenos de una límpida inocencia.

—Sabes que no deseo a otro esposo —dijo—. Me sentía infeliz, desesperadamente infeliz, y nunca creí que reiría de nuevo, llena de alegría. Luego viniste tú, y desde que llegaste he encontrado la felicidad.

Él la besó con creciente pasión.

—Ámame, Lucrecia —le rogó—. Ámame... a mí solamente.

Se aferraron el uno al otro, pero aun en los paroxismos de la relación amorosa Alfonso no pudo desembarazarse del recuerdo de César.

César estaba en el ruedo. Los que se habían reunido allí lo miraban con admiración, pues era el más hábil matador de Roma. Su origen español resultaba evidente pues, ágil y gracioso, doblaba su cuerpo elegante a un lado y a otro, apartándose del camino del toro que se precipitaba sobre él en el preciso momento en que la muerte parecía inevitable.

Alfonso, sentado al lado de Lucrecia, observaba que los dedos de su

esposa estrujaban el bordado de su vestido y percibía la ansiedad que ella experimentaba. Alfonso no comprendía. Podría haber jurado que se sentía feliz porque César partiría pronto hacia Francia; sin embargo ahora, observando sus cabriolas en el ruedo, estaba igualmente seguro de que en ese momento ella sólo tenía ojos para su hermano.

Alfonso murmuró: “Dios de los cielos, Santa Madre y todos los santos, no lo dejéis escapar. Haced que el toro furioso sea el instrumento de la justicia, pues muchos han muerto de una manera más horrible por su mano”.

Sonriendo fríamente, Sanchia observaba al hombre que había sido su amante. Pensaba: “Espero que el toro lo alcance, lo pisotee bajo sus coléricas pezuñas... y no lo mate... no, sino que lo mutile de tal modo que no pueda nunca caminar, correr o saltar de nuevo, ni hacer nunca el amor a su Carlota de Nápoles. ¡Carlota de Nápoles! ¡Tiene muchas posibilidades! Pero que pierda su belleza y que su virilidad se destruya, de tal modo que pueda ir a él y reírme en su cara y mofarme de él como se ha mofado él de mí”.

Entre quienes observaban la escena, había otros que recordaban padecimientos que les habían sido causados por César Borgia, y muchos oraban pidiendo su muerte.

Pero si César hubiese muerto en ese día, había tres personas que lo habrían llorado con sinceridad: el Papa, que lo miraba con la misma mezcla de orgullo y temor que Lucrecia; la propia Lucrecia, y una cortesana pelirroja llamada Fiammetta que había logrado enriquecerse con sus favores y había descubierto que lo amaba.

Pero a pesar de todos los deseos de los espectadores presentes en el ruedo ese día, César salió triunfante. Mató a sus toros. Apareció ante todos como la personificación de la elegancia, aceptando con aire indolente el aplauso de la muchedumbre. Y parecía un símbolo del futuro, que se preparaba a darle el triunfo. Sus gestos orgullosos parecían dar a entender que el vencedor de los toros sería el vencedor de Italia.

El Papa envió a llamar a su hijo para poder darle la alegre noticia.

—Luis promete no ser mezquino, César —gritó—. ¡Mira lo que te ofrezco! Es el ducado de Valence, y un digno ingreso con el título.

—Valence —dijo César, tratando de ocultar su alegría—. Sé que es una ciudad sobre el Ródano, cerca de Lyon, en el Delfinato. La renta... ¿cuál es?

—Diez mil escudos por año —rió entre dientes el Papa—. Una suma considerable.

—Una suma considerable, verdaderamente. ¿Y Carlota?

—Irás a la corte francesa y comenzarás enseguida tu cortejo. —La expresión del Papa se ensombreció—. Te echaré de menos, hijo mío. No me gusta tener dispersa a la familia.

—Tienes a tu nuevo hijo, padre.

—¡Alfonso!

Los labios del Papa adquirieron una expresión de desprecio.

—Parecería —dijo César entre dientes— que el único miembro de la familia que está complacido con su nueva adquisición es Lucrecia.

El Papa murmuró en tono indulgente:

—Lucrecia es una mujer, y Alfonso es un joven muy apuesto.

—Me desagrada verlos juntos.

El Papa posó su mano sobre el hombro de su hijo.

—Ve a Francia, hijo mío. Trae de vuelta a la princesa Carlota no bien puedas.

—Lo haré, padre. Y cuando Carlota sea mía, plantearé mis pretensiones al trono de Nápoles. Padre, nadie impedirá que tome aquello que pretendo.

El Papa asintió con expresión sabia.

—Y —prosiguió César— si soy heredero de la corona de Nápoles, ¿de qué nos servirá el pequeño esposo de Lucrecia?

—Eso sería mirar demasiado adelante —dijo Alejandro—. Yo vencí mis dificultades en el pasado porque no intenté superarlas hasta que estuvieron cerca.

—Cuando llegue el momento, sabremos cómo tratar a Alfonso, padre.

—Sin duda alguna lo sabremos. ¿Acaso no hemos sabido siempre cómo tratar los obstáculos? Ahora, hijo mío, nuestra preocupación inmediata es tu propio matrimonio, y no deseo que aparezcas ante el rey de Francia como un mendigo.

—Necesitaré dinero para equiparme.

—No temas. Lo encontraremos.

—¿Gracias a los judíos españoles?

—¿Por qué no? ¿No deberían retribuir la protección que les di contra la Inquisición española?

—Lo harán... con alegría —dijo César.

—Ahora, hijo mío, ocupémonos de tus necesidades... tus necesidades inmediatas.

Elaboraron planes los dos juntos, y el Papa demostró tristeza porque pronto debería despedirse de su hijo amado; además, experimentaba temores porque en otra época había declarado que César permanecería en la Iglesia, y ahora César se había liberado. Alejandro sintió de pronto el peso de los años, y en ese momento comprendió que su fuerte voluntad, que lo había llevado al triunfo durante muchos años turbulentos, se estaba subordinando cada vez más a la de su hijo César.

Los días de los preparativos terminaron. Los orfebres y los plateros habían trabajado día y noche en los tesoros que el duque de Valence llevaría consigo a Francia. Las tiendas de Roma fueron despojadas de todos los

hermosos brocados, sedas y terciopelos, pues nada, según declaró el Papa, era demasiado fino para su hijo César; las herraduras de los caballos debían ser de plata y los arneses de las mulas, labrados en oro; la ropa de César debía ser más hermosa que cualquiera que se pudiese encontrar en Francia, y las joyas más espléndidas de la familia debían ser transformadas en anillos, broches y collares para César. Nada de lo que usara, aun los artículos más íntimos de tocador, debía ser de cualquier metal menos precioso que la plata. Iba a Francia como huésped de un rey, y debía presentarse como un príncipe.

Partió de Roma en un día soleado de octubre, con un aspecto verdaderamente principesco, en su capa de terciopelo negro (cortada a la moda francesa) y su sombrero con plumas. Por debajo de la capa se podía ver su jubón de raso blanco, bordado en oro, y las joyas que resplandecían sobre su persona eran deslumbrantes. Como detestaba cualquier recuerdo de que era un ex cardenal, había cubierto su tonsura con una peluca enrulada, que le daba el aspecto de un joven; de este modo, quienes lo observaran en las calles no podrían advertir las desagradables manchas, que había dejado el “mal francés” en su piel.

Ya no era más cardenal de Valencia sino duque de Valentinois, y los italianos lo llamaron “Il Valentino”.

El Papa se mantuvo de pie en su balcón, con Lucrecia a su lado, y al alejarse la comitiva por la Via Lata, ambos apretaron los puños y las lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas.

—No te aflijas. Pronto estará una vez más con nosotros, mi pequeña — murmuró Alejandro.

—Así lo espero, padre —contestó Lucrecia.

—Trayendo a su esposa con él.

Alejandro había sido siempre optimista, y ahora se negaba a creer que César pudiera fracasar. ¿Qué importaba si el rey de Nápoles había declarado que su hija nunca se casaría con un Borgia; qué importaba si era imposible confiar en el taimado Luis; qué importaba si todos los reyes de Europa estaban dispuestos a protestar ante la idea de que el bastardo de un Borgia se casara con una princesa real? César lo lograría a pesar de todo, se decía el Papa a sí mismo; pues ese día, mientras miraba la deslumbrante figura que se alejaba a caballo, pensaba en César como en su propia reencarnación, era como él mismo, Rodrigo Borgia, había sido hacía más de cuarenta años.

Con la partida de César la paz reinó en el palacio de Santa María in Portico, y la joven pareja se entregó al placer. Alfonso olvidó su temor a los Borgia; era imposible sentir miedo cuando el Papa se demostraba tan afectuoso y encantador. En cuanto a Lucrecia, era la esposa más cariñosa del mundo.

Todos comentaban la alegría de Lucrecia. Pasaba casi todos los días en

compañía de Alfonso; planeaba danzas y banquetes para dar placer a su esposo, y el Papa participaba con frecuencia en la diversión. A Alfonso le parecía increíble haber podido estar atemorizado. El Papa era evidentemente un padre lleno de afecto, que sólo podía abrigar los más cálidos sentimientos hacia quien brindaba tanta felicidad a su hija.

Lucrecia surgía como líder de la moda; no sólo las mujeres llevaban pelucas rubias imitando su hermoso pelo sino que estudiaban cuidadosamente los vestidos que llevaba, y los copiaban. Lucrecia sentía una complacencia infantil, y pasaba horas enteras con los mercaderes, buscando telas, explicando a sus modistas cómo debían usarlas, eligiendo los colores verdes, azules claros y oro, en tonos rojizos y negros, todos los matices que acentuaban sus pálidos colores y realzaban su elegancia femenina.

Lucrecia se sentía temerariamente alegre, lo cual se debía en parte al descubrimiento de que podía ser feliz de nuevo, contrariamente a sus propias creencias. Pasaba días enteros sin pensar en Pedro Caldés, y cuando lo hacía era para asegurarse a sí misma que su amor había sido un capricho pasajero que nunca podría haber resistido tanta oposición. Su padre tenía razón, como siempre. Había debido casarse con un hombre de noble cuna, y con seguridad era la mujer más feliz de la tierra, pues Alfonso era noble y además, el esposo que ella amaba.

En su apartamento la escuchaban reír y cantar, y todos cambiaban sonrisas entre sí. Era agradable vivir con Madonna Lucrecia, resultaba reconfortante saber que había abandonado toda idea de entrar en un convento. ¡Un convento! Con seguridad no era el lugar para una persona tan alegre y agradable, tan capaz de ser feliz y brindar felicidad como Lucrecia.

En el fondo de su corazón, sabían que la paz de ese hogar se debía a la ausencia de una persona, pero nadie la mencionaba. ¿Quién podía dudar que una palabra ociosa pronunciada ahora podría ser recordada años después? Además “Il Valentino” no se quedaría para siempre en el exterior.

Los días pasaban con suma rapidez, y cuando en diciembre Lucrecia supo que iba a tener un bebé sintió que su dicha era completa.

Alfonso la cuidaba hasta extremos ridículos. Lucrecia debía descansar, según declaró. No debía olvidar la preciosa carga que llevaba.

—Aún es demasiado pronto para pensar en eso, mi querido —le dijo ella.

—No es nunca demasiado pronto para cuidar los más grandes tesoros de uno.

Ella se quedaba recostada en la cama, con Alfonso a su lado, mientras hablaban del niño. Meditaban sobre el sexo de la criatura. Si fuera un varón serían los padres más orgullosos de la tierra, y si fuera una niña sentirían no menos orgullo. Pero esperaban un varón.

—Desde luego, tendremos un varón —declaró Alfonso, besándola con

ternura—. ¿Cómo sería posible, en este matrimonio perfecto cualquier otra cosa? Pero si fuera una niña y se pareciera a su madre, entonces pienso que seríamos igualmente dichosos. Sólo veo para nosotros una vida feliz, juntos.

Luego hicieron el amor y se declararon uno a otro sus muchas perfecciones y que la mayor felicidad que habían conocido en su vida provenía de la otra parte de la pareja.

—Un día —dijo Alfonso— te llevaré a Nápoles. ¿Te gustaría vivir lejos de Roma?

—Tú estarás allí —le contestó Lucrecia— y allí estará mi hogar. Sin embargo...

Él le tocó la mejilla con ternura.

—No desearás estar separada de tu padre durante mucho tiempo —dijo.

—Lo visitaremos a menudo, y tal vez él nos visitará.

—¡Cuánto lo quieres! A veces pienso que lo amas más que a cualquier otro.

Lucrecia contestó:

—Es a ti, esposo mío, a quien quiero más que a cualquier otro. Pero amo a mi padre de una manera diferente. Tal vez del mismo modo que se ama a Dios. Siempre estuvo presente, sabio y cariñoso. Oh, Alfonso, no puedo contarte el centenar de atenciones que he recibido de su mano. No lo amo como te amo a ti... tú eres parte de mí... estoy completamente a gusto contigo. Eres mi perfecto amante. Pero él... es el Santo Padre de todos nosotros, y mi propio y tierno padre. No compares mi amor por él con el que siento por ti. Déjame ser feliz con ambos amores.

Alfonso recordó súbitamente la fuerte risa sardónica de César, y tuvo la extraña sensación de que el espíritu de César lo perseguiría durante toda su vida, burlándose de él en sus momentos más felices, mancillando el brillo de su amor. Pero no lo mencionó.

Tanto él como Lucrecia tenían con frecuencia la sensación de que debían aplazar el futuro. Debían gozar de la perfecta felicidad del presente. Sería una locura pensar en lo que podría venir, cuando lo que ocurría realmente les brindaba tanto placer. ¿Acaso se pensaba en las tormentas de nieve cuando se merendaba durante las cálidas tardes de verano en los viñedos cerca del Coliseo? No se podían echar a perder esas veladas perfectas diciendo: “Será menos agradable dentro de dos meses”.

Sanchia estaba intranquila. Echaba de menos sus apasionadas reuniones con César. Se aseguraba a sí misma que lo odiaba y había tomado a muchos amantes desde su partida, pero ninguno la satisfacía.

Pensaba constantemente en él, en Francia, cortejando a Carlota, la hija legítima de su tío, y la humillación que padecía era intensa. Ella, que había sido acusada de brujería a causa de su poder sobre los hombres, que aún no

había sido abandonada nunca por un amante, era insultada, y de una manera abierta, porque todos sabían que en cierta época César había tenido la intención de casarse con ella.

Ahora, con su ducado francés y sus propiedades y riquezas francesas, César se sentía demasiado importante para casarse con una princesa ilegítima, y buscaba una prenda más elevada.

Se enfurecía en presencia de sus mujeres; a medianoche, en el secreto de su apartamento, hundía alfileres en la imagen en cera de César, pero al mismo tiempo lloraba a un amante perdido, sabiendo que ningún otro hombre podría cautivarla de ese modo.

Sanchia podía fingir alegría en público, tratando de ocultar su mortificación, pero en la corte papal muchos conocían sus sentimientos, y hubo alguien que intentó aprovechar la situación en su beneficio.

El cardenal Ascanio Sforza, hermano de Ludovico, duque de Milán, y primo de ese Giovanni Sforza de quien Lucrecia se había divorciado en fecha reciente, observaba a Sanchia con atención, y creía que podría utilizarla en el juego político que se proponía desarrollar. Los Sforza se habían sentido muy incómodos desde que se volvió evidente para ellos que los lazos entre Francia y el Papado se estaban tornando más firmes. No habían confiado nunca en Alejandro. Ahora, al haberse convertido “Il Valentino” en un duque francés, que esperaba casarse con una princesa, la cual, si bien era hija del rey de Nápoles, tenía una madre francesa y había sido educada en la corte francesa, parecía que antes de mucho tiempo habría una alianza entre Francia y el Estado Papal. Era lógico suponer que las ambiciones francesas no se habían reducido con la muerte del rey Carlos, y que algún día habría otra invasión francesa. Si eso ocurriera, Milán, sobre la cual los franceses creían tener derechos a través de la Casa de Orleans, sería el primer objetivo. Ludovico había perdido su reino en una oportunidad, y estaba ansioso por no perderlo de nuevo; por tal motivo los Sforza se sentían muy inquietos al ver que César Borgia iba a Francia como huésped de su principal enemigo.

Las mujeres tenían gran influencia sobre el Papa. Era inevitable en el caso de un hombre, que por más perspicaz y diplomático que fuera, era conocido como el hombre más carnal de toda Italia. Había encontrado siempre irresistibles los atractivos femeninos, por lo cual, al estar César lejos, le pareció a Ascanio Sforza que se podría actuar sobre el Papa a través de las mujeres de su corte.

Por consiguiente, visitó a Sanchia y pronto pudo poner a prueba hasta el fondo la magnitud de su rencor contra César.

—Sé —comenzó astutamente— que vuestro tío está abrumado por el honor que le está por conferir “Il Valentino”.

Sanchia se sintió incapaz de controlar su furia.

—¡Honor! —gritó—. Mi tío no considerará sus aspiraciones como un honor. Tal vez pida la mano de Carlota, pero no la obtendrá.

—Los Borgia tienen una forma de pedir que puede ser irresistible.

—No cuando se refiere al matrimonio de la hija de mi tío.

—Pero es una alianza poderosa, la de Francia y el papado.

Los ojos de Sanchia ardieron.

—¡Una alianza impía! —gritó—. No ha pasado mucho tiempo desde que los franceses invadieron a Italia. Recuerdo bien cómo tomaron posesión de Nápoles y arrojaron a mi padre del trono. A causa de eso se volvió loco. Recuerdo que tuvimos que buscar refugio en la isla de Ischia. Parece extraña esta amistad entre “Il Valentino” y quienes trajeron tanta aflicción a Italia.

—Una cosa muy extraña, una cosa sumamente infausta —murmuró Ascanio—. Los más afectados deberían hacer todo lo que estuviera a su alcance para impedirlo. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo con todo mi corazón —dijo Sanchia.

—Nosotros, los Sforza de Milán, nos sentimos inquietos.

—¡Y tenéis motivos, por cierto!

—Y vosotros, los de Nápoles, habéis padecido también con los franceses.

Sanchia estuvo de acuerdo.

—Nápoles y Milán han sido enemigos en el pasado —observó Ascanio—, pero se deberían olvidar las antiguas diferencias cuando un enemigo poderoso amenaza a ambos.

Era verdad. Sanchia deseaba llenar sus días con intrigas, y esas intrigas se dirigían contra su amante infiel. Se sentía excitada, y comprendía que Ascanio Sforza podía ser más eficaz en ocasionar la caída de César Borgia que los conjuros que murmuraba mientras hundía alfileres en una figura de cera.

Tenía un nuevo interés en la vida. Ascanio Sforza se convirtió en un visitante constante.

Ahora Lucrecia y Alfonso tenían su propia pequeña corte, y en los apartamentos de Santa María in Portico reinaba la alegría. Ambos descubrieron un amor común por la música y la poesía, y su aliento a los poetas y a los músicos originó la formación de un grupo intelectual a su alrededor.

Un día Sanchia apareció en una velada llevando con ella al cardenal Ascanio Sforza.

Lucrecia lo recibió amablemente, pero se sorprendió al verlo en compañía de Sanchia, pues la enemistad entre Milán y Nápoles era de larga data. Sin embargo no dio señales de lo que sentía, y mientras tocaba el laúd para el mayor placer del cardenal, Alfonso hizo un aparte con su hermana y le preguntó cómo se le había ocurrido traerlo, pues no sólo los Sforza eran los enemigos de los aragoneses, sino que uno de ellos había sido el primer esposo de Lucrecia, y en vista de las calumnias que había derramado sobre ella no parecía de buen gusto invitar allí a uno de sus familiares.

Sanchia sonrió afectuosamente a su hermano, mientras le explicaba:

—Alfonso, amas mucho a Lucrecia, y ella te ama. Eres feliz y estás en paz. ¿Has olvidado los sentimientos que tenías mientras entrabas a Roma a caballo no hace mucho tiempo?

—Eso era antes de que yo conociera a Lucrecia.

—No era sólo a Lucrecia a quien temías.

—El Papa ha sido mi buen amigo, y César ya no está aquí.

—Los estados de ánimo del Papa son variables, hermano, y César no permanecerá para siempre en Francia. Planea casarse con nuestra prima Carlota. Y cuando lo haya hecho, volverá.

Alfonso sacudió la cabeza con impaciencia. Estaba poco dispuesto a echar a perder su placer, y pensar en la vuelta de César podía lograrlo.

—No se le permitirá casarse con Carlota.

—No —gritó Sanchia—. Pero volverá, y cuando vuelva tal vez traiga a los franceses consigo. Alfonso, ¿has olvidado nuestra huida a Ischia? ¿Recuerdas nuestra vuelta a Nápoles? ¿Recuerdas lo que vimos... los relatos que escuchamos? Si vienen los franceses, eso ocurrirá de nuevo y César Borgia podría marchar con ellos, como aliado de los franceses.

—Los Borgia contra Nápoles...

—Contra Nápoles y Milán, y toda Italia. Son traicioneros, y César no te quiere, hermano.

—Oh, olvídale. Tal vez tenga un accidente en Francia. No puedo creer que los franceses lo quieran.

—No eres un niño, Alfonso. Enfrenta la verdad. Debemos hacer frente a César. Nápoles, Milán... y tantos estados como podamos encontrar para ayudarnos. Ese es el motivo por el cual Ascanio Sforza viene a estos apartamentos. Es nuestro nuevo amigo, y habrá otros. Alfonso, éste será su lugar de reunión. Aquí, mientras hay danzas, música y lectura de poesías, nos reuniremos con nuestros amigos y estaremos firmes y preparados si llega el momento en que sea necesario romper la alianza entre los Borgia y los franceses.

—Eso es política —murmuró Alfonso—. No me gusta. ¿Por qué se debería hablar de guerra y de luchas cuando hay poesía, música y amor?

—¡Hermano idiota! —lo reprendió Sanchia—. Si quieres seguir disfrutando de las cosas buenas de la vida, debes aprender a protegerlas.

Alfonso frunció el ceño. No quería pensar en cosas desagradables, pero las palabras de Sanchia le recordaron todo lo que había temido mientras cabalgaba encaminándose hacia Roma.

—¿Y qué piensas que dirá Su Santidad cuando sepa que aquí se reúnen hombres y mujeres, no para hablar de música y poesía sino de política... de una peligrosa política?

—¿Por qué debería saberlo?

—Porque podría estar aquí cuando se hable de esos temas.

—No seremos tan tontos de hablar de ellos en su presencia.

—Sus espías le irán con chismes.

—Es allí donde seremos más listos que él. Sólo contaremos nuestros secretos a quienes están con nosotros. Por eso, debemos tener cuidado con Lucrecia. Siempre será leal al Papa y a su hermano. En esa familia existe una devoción de unos por otros que estaría más allá de todo lo que se pudiera creer si no la presenciáramos todos los días. Debemos tener cuidado con Lucrecia.

—Pero éste es su palacio. Soy su esposo. ¡Me estás pidiendo tener secretos con ella!

—Sal de tu sueño de enamorado, hermano tonto. ¿Quieres que te quiten a Lucrecia? Lo harán, si no les eres útil; y si hubiera una invasión francesa y el Papa estuviera en relaciones de amistad con los franceses, ¿qué crees que te ocurriría? Difícilmente podrían decir que tu matrimonio no se ha consumado. Ustedes dos han hecho evidente la forma en que han pasado sus noches. No, no escaparías con el divorcio, hermano.

Alfonso comenzó a temblar; ella lo hacía volver a todos sus terrores. Al comienzo de su matrimonio había padecido pesadillas, despertándose en un sudor frío, aferrándose a Lucrecia y pidiendo consuelo. Soñaba que la espada desnuda que se había sostenido sobre ellos durante su boda descendía lentamente, y que la mano que la sostenía era la de César; el Papa sonreía en la escena con su sonrisa afectuosa y benigna, con la cual, de una extraña manera ordenaba a César que lo asesinará.

Sanchia le hacía volver todos sus temores hacia los Borgia.

—Pero Alfonso, mi querido hermano, tenemos todo un período para trabajar. Si nos mantenemos unidos podremos derrotar a los franceses. Nunca habrían avanzado contra nosotros si toda Italia se hubiese mantenido unida. Vencieron porque los pequeños principados quedaron separados y fueron tragados uno tras otro por el monstruo francés. Vamos a trabajar juntos; constituiremos una fuerte alianza y seguiremos de cerca todo lo que ocurre entre Francia y Roma. Tendremos a nuestros espías en el Vaticano, que nos mantendrán informados. Y Milán y Nápoles enfrentarán juntos esta alianza que está haciendo César Borgia con los franceses para ganar posesiones en Francia y a nuestra prima Carlota.

—¿Pero qué debo hacer? —preguntó Alfonso con desesperación.

—Trabajar con nosotros. Habla a Lucrecia cuando estén solos. Conviértela en forma gradual en una de los nuestros, suavemente, sutilmente, de tal modo que no perciba que está trabajando contra su padre. Se puede inducirla a pedir ciertos favores a Su Santidad. Sabes que no puede negarle nada.

Alfonso hizo una mueca y Sanchia se rió de él.

—Seremos audaces, Alfonso. La vida es buena, ¿no es cierto? Pero recuerda con qué rapidez puede cambiar, con qué rapidez cambió una vez para nosotros. No permitiremos que cambie de nuevo. Mantendremos lo que tenemos. Estás comenzando a comprender, según creo.

Alfonso asintió.

Lucrecia lo llamaba. Deseaba que cantara, mientras ella lo acompañaba con el laúd; y mientras sonreía e iba hacia ella, Sanchia se sintió complacida de ver que era capaz de ocultar su malestar.

Alfonso comprendió rápidamente la sensatez de las palabras de su hermana; en las semanas siguientes habló de vez en cuando con Lucrecia, aludiendo muy ligeramente a las excelentes cualidades de Ascanio Sforza, a quien no se debía culpar de los defectos de su pariente Giovanni. Dijo que era deseable una amistad entre Nápoles y Milán, y sostuvo la posibilidad de una unión, de tal modo que si hubiese otra invasión francesa la enfrentarían juntos.

—No habrá invasión francesa —dijo Lucrecia— porque mi hermano César es amigo del rey francés, y es primordialmente para impedir esa calamidad que ha ido a Francia.

Entonces Alfonso repitió lo que había insinuado Ascanio.

César estaba desde hacía mucho tiempo en Francia y no había noticias de su casamiento. Era conveniente no decir esas cosas al Papa, pues sabían cómo adoraba a su hijo, pero tal vez los franceses consideraran a César como un rehén pues, aunque aparentemente era festejado en Francia, el astuto rey francés parecía querer retenerlo allí.

Lucrecia se alarmó realmente, y en Alfonso aumentó el resentimiento que le causaba su continua preocupación por su familia.

Ahora quedaría absorbida por César, pensando en su hermano, tal vez retenido contra su voluntad en Francia, en lugar de continuar disfrutando del amor y la pasión que compartían.

¿Acaso César iba a ser siempre una sombra sobre su vida matrimonial?

Pero Lucrecia advertía que Alfonso tenía razón en no alarmar al Papa, y como deseaba que la paz reinara a su alrededor, estaba muy dispuesta a creer que la amistad entre Nápoles y Milán sería ventajosa.

Fue así como durante esos meses el apartamento de Lucrecia se convirtió en el núcleo de un nuevo partido, cuyo principal objetivo consistía en unir los estados de Milán y Nápoles contra los franceses, mientras el papado era amigo de Francia.

En el gran salón proseguían las celebraciones de la boda. En la cabecera de la mesa estaba sentado el rey de Francia, contento de que la mujer con quien había deseado casarse fuera por fin su esposa. A su lado estaba la reina Ana, joven, hermosa, con ojos astutos que revelaban su satisfacción.

Ella, la viuda del difunto rey Carlos, no había demostrado gran deseo de convertirse en la esposa del rey Luis; pero todos percibían la satisfacción que debía sentir al verse por segunda vez reina de Francia.

Era una mujer rica, y algunos podían decir que sus propiedades de Bretaña eran la presa que Luis buscaba. Pero eso no era todo. La pobre y

jorobada Jeanne no sólo había sido simplota y torpe sino también estéril, un pecado imperdonable en la realeza.

Ana sabía que era una presa, y se sentía orgullosa de eso. A los veintitrés años estaba en una edad de pleno florecimiento de sus encantos y esperaba dar a Luis los hijos que necesitaba. Era optimista acerca de su futuro pues Luis, si bien parecía más viejo, sólo tenía treinta y siete años, y les quedaban muchos años para tener hijos.

Entre los huéspedes se encontraba ese hombre extraño, César Borgia, conocido en Francia como el duque de Valentinois. Era un hombre peligroso, este Valentinois y tal vez por eso Luis se había decidido a tratarlo con cautela. Luis era un hombre prudente. A menudo se mofaban de él por lo que llamaban su avaricia, pero él decía que prefería que sus cortesanos rieran de su tacañería antes que ver a sus súbditos llorar por sus despilfarros. Por ese motivo, aun en su boda a duras penas tenía el aspecto de un rey, y el hombre más magníficamente vestido y enojado entre los invitados era el duque de Valentinois.

César esperaba mucho de esa noche, más que de cualquier otro momento desde que había comenzado a advertir la actitud francesa hacia él, pues Carlota asistía al baile, y cuando levantó la vista pudo verla: joven, medianamente bonita, con algo en ella que le recordaba a Sanchia. Educada en la corte de Ana de Bretaña, era pudibunda, de acuerdo con las pautas de César, pero éste encontraba fascinante su aspecto. Tenía pocas dudas de que una vez que se le permitiera encontrarse con la muchacha la levantaría en vilo; se casaría con ella cualquiera que fuera la oposición que tuviera que encontrar.

Desconfiaba de los franceses. Eran gente sutil y astuta, y constituía una nueva experiencia para él encontrarse entre personas que no le demostraban temor. No bien desembarcó en Marsella comprendió que estaba en un país donde el emblema del Toro que Pastorea no infundía un terror inmediato entre quienes lo miraban. Su reputación se le había adelantado; esa gente lo conocía como un asesino y un hombre políticamente ambicioso, pero no le temían.

Ahora, mientras observaba al andrajoso rey, contento con su esposa recién casada, recordó de nuevo el viaje que había hecho para llegar a ese país, espléndidamente ataviado, con su magnífico séquito y sus caballos herrados en plata, con sus vestidos deslumbrantes, de brocado y terciopelo mezclado con raso, con sus telas doradas y sus joyas, cada una de las cuales valía una fortuna. Más que todo este esplendor, llevaba con él la bula de divorcio, que debía entregar personalmente a Luis, como un presente de Su Santidad. No, no un presente, un favor por el cual Luis debía pagar caro.

Pero la gente salió de sus granjas y sus casas para contemplarlo mientras cabalgaba. Parecía que se reían a sus espaldas de su aspecto altanero, y escuchó murmullos, que, según comprendió, se proponían que oyera.

“¡Todas estas riquezas, y para un bastardo!”

“¿Es con el fin de proveer joyas para el bastardo del Papa que hemos dado dinero a nuestros curas? ¿Hemos pagado nuestras indulgencias para que se pudieran comprar estas joyas?”

“¡Qué esplendor! ¡Nuestro poderoso rey es un pordiosero al lado de éste, y se trata tan sólo de un insignificante duque de Valence!”

Eran hostiles. César debió haber llegado con mayor humildad si hubiese deseado impresionar a los franceses.

Desde el primer momento sintió que se mofaban de él, que la vieja capa de lana y el manchado sombrero de castor de Luis estaban destinados a llamar la atención hacia la falta de gusto del advenedizo duque, que era tan sólo un bastardo. César era un extranjero, y se lo hicieron sentir.

Recordaba vivamente su primera reunión con el rey en Chinon, donde se encontraba la corte francesa en ese momento. Luis era demasiado hábil para reprocharle su esplendor o demostrarle que lo había advertido, pero le señaló que Carlota de Nápoles estaba con Ana de Bretaña, y que de la futura reina dependería el momento en que se les permitiría encontrarse.

César sospechó una traición y retuvo la bula de divorcio.

¿Acaso no era un acuerdo de negocios? ¿El precio de la bula no era el casamiento, así como títulos y propiedades en Francia?

No era así, señaló Luis cuando César continuó reteniendo la bula, pues era un hombre que cumplía con su palabra, y ¿cómo podría negociar aquello que no estaba en condiciones de ofrecer? César tenía sus propiedades. Era duque de Valence y tenía lo que Luis había prometido: su permiso para buscar el matrimonio con Carlota. Luis había cumplido plenamente; ahora pedía la bula de divorcio.

Fue entonces cuando César comenzó a respetar a esa gente, y a comprender que debía ser más discreto en sus pedidos. No había más posibilidad que entregar la bula a Luis, el cual, complacido con lo que había logrado, comenzó a hacer planes para casarse, y dijo a César que él también estaba en libertad de seguir adelante con su cortejo.

Pero los meses pasaban y se le negaban oportunidades. Ana de Bretaña le dio a entender que no le había prometido nada. En cuanto a ella, no deseaba en demasía su propia boda. Era el rey quien representaba el papel de un ardiente galán.

César no dudaba de que una vez que tuviese una posibilidad de cortejar a la muchacha pronto ésta sería su esposa. Conocía las murmuraciones que se hacían sobre él; adivinaba lo que se estaba diciendo en Roma y que allí sus enemigos, que no se habían atrevido a mencionar su nombre mientras estaba en Roma, ahora debían estar escribiendo epigramas en las paredes.

También Carlota tenía conciencia de su presencia. A menudo sus ojos se dirigían hacia él. César le sonreía, y ponía en pleno funcionamiento esa fascinación con la cual sabía dominar a las mujeres italianas.

Ella se sentaba a comer, pretendiendo estar absorbida por la comida y la conversación del hombre que tenía a su lado. ¡Qué insultante resultaba que el

rey y la reina le permitieran sentarse al lado de ese hombre! ¿Y quién era? Tenía cabellos rubios y era de piel lisa. César prestaba mucha atención al cutis de los demás, porque nunca había recuperado su tersura juvenil, y este defecto, si bien atenuado por sus rasgos notablemente hermosos, lo irritaba.

Preguntó a su vecino:

—¿Quién es ese hombre sentado al lado de Doña Carlota?

La respuesta vino con un alzar de hombros:

—Algún barón bretón, según creo.

Era evidente, pensaba César, que se trataba de un hombre sin importancia. Y cuando la fiesta terminó y comenzó el baile, la reina recordó evidentemente sus obligaciones, pues llamó a Carlota para que se sentara a su lado y mandó a llamar a César.

Carlota de Nápoles miraba al hombre de quien había oído decir tantas cosas: César Borgia, cuya escandalosa conducta con su prima Sanchia había sido tema de habladurías aun en Francia. Lo comparó con el gentil barón bretón, y se dijo: “¡Nunca... nunca! Preferiría morir”.

César se inclinó sobre su mano. Su mirada la habría alarmado si no hubiese estado en ese atestado salón de baile y no hubiese sentido la calma protección de la reina.

—¿Tenemos el permiso de Su Majestad para bailar? —preguntó César a la reina.

Ana replicó:

—Mi señor duque: tenéis el mío, si tenéis el de la dama.

César tomó la mano de Carlota y casi de un tirón la hizo poner de pie. Carlota estaba demasiado asombrada para protestar, era evidente que César no conocía la etiqueta de la corte francesa. No importaba. Bailaría, pero nunca, nunca se casaría con él.

Era elegante, ella debía admitirlo.

César dijo:

—Esas danzas francesas, ¿cómo las compararíais con nuestras danzas italianas o nuestras danzas españolas?

—¡Vuestras danzas italianas! ¡Vuestras danzas españolas! —comentó ella—. He pasado tanto tiempo en Francia que ya hablo de mis danzas francesas.

—¿No creéis que ha llegado el momento de que dejéis Francia y volváis a vuestro hogar?

—Soy feliz aquí. La reina es amable conmigo y la quiero mucho. No deseo dejar su servicio.

—Carecéis de espíritu de aventura, Carlota.

—Tal vez —dijo ella.

—Pero os equivocáis. Hay mucho para disfrutar en la vida si salís a buscarlo.

—Tengo la suerte de haber encontrado tanto que no necesito buscar más —contestó ella.

—Pero sois tan joven. ¿Qué sabéis de las aventuras y los placeres que el mundo tiene para ofreceros?

—¿Queréis decir como los que disfrutáis con mi prima?

—Entonces, ¿habéis oído hablar de eso?

—Vuestra fama ha llegado a Francia, mi señor duque.

—Llamadme César.

Ella no contestó sino que pareció concentrarse en sus pasos.

—Sabéis por qué estoy aquí —dijo él.

—Sí. Habéis venido para cobrar lo que os deben: ¡el precio que se ha pedido por el divorcio del rey!

—¡Qué francesa sois! Toda decoro en un momento dado, toda impetuosidad al instante siguiente. Confieso que encuentro fascinante esta combinación.

—Entonces, como mi franqueza no os ofende, seré aun más franca. Conozco vuestras intenciones con respecto a mí.

—Eso me complace. Ahora podremos prescindir de un largo cortejo.

—Mi señor duque, no he recibido indicaciones de mi padre de que puedo consideraros como un pretendiente.

—Pronto tendremos eso.

—En eso estáis equivocado.

—No me conocéis. No me acobardo ante una pequeña oposición.

—Sin embargo, vos, mi señor, que sentís tanta devoción por la legitimidad, pues en caso contrario, por qué no esperáis a mi prima Sanchia, que es tanto más hermosa que yo y por quien, si los rumores no mienten, ya tenéis cierto afecto, parecéis tener pocas consideraciones por la misma devoción en otros.

Se puso colérico, mientras sus mejillas enrojecían. La muchacha, a pesar de toda su mojigatería, tenía una lengua aguda; y en cuanto a él, no iba a tolerar un cortejo prolongado; había perdido bastante tiempo, y se estaba convirtiendo en un hazmerreír, lo cual consideraba intolerable, tanto en Francia como en Italia.

—La legitimidad —replicó él—, es invaluable para quienes carecen de cualidades que la hacen poco importante.

—Y vos, mi señor, ¿estáis ricamente dotado de tales cualidades?

Le apretó la mano, y ella hizo una mueca.

—Pronto descubriréis cuán ricamente estoy dotado —replicó.

Soltó la presa y ella murmuró:

—Fruncís el entrecejo, mi señor duque. Os ruego que no lo hagáis. Parecería que no estáis satisfecho con vuestra pareja. Si así fuera, os pido que me conduzcáis a la reina.

—No haré tal cosa —contestó él—, hasta que tenga la oportunidad por la cual he estado esperando desde que puse el pie en este país, de hablaros.

—Entonces, mi señor, os ruego que habléis.

—Mi primer propósito al venir a Francia es haceros mi esposa.

—Olvidáis, mi señor, que soy una princesa de Nápoles y que no deberíais hablarme de este modo a menos que ya hubierais obtenido el consentimiento de mi padre.

—Es el deseo de Su Santidad.

—No quise hablar del Santo Padre. Me refería al rey, mi padre.

—Sabe que el Papa desea que se celebre nuestro matrimonio.

—No obstante, mi señor, no he recibido instrucciones de escucharos.

—Ya vendrán.

—Mi señor, comprenderéis que, como una hija obediente, debo esperar esas instrucciones.

—Es evidente que sois una dama de carácter fuerte. Advierto que sois de las que toman sus propias decisiones.

—Tenéis razón. He decidido esperar las instrucciones de mi padre. Veo que la reina me hace señas de volver a ella. ¿Me conduciréis hacia ella?

—No —dijo César.

Pero ella se desasíó y haciendo una reverencia se dio vuelta con lentitud y regresó caminando al lugar donde estaba la reina.

César se quedó de pie durante algunos segundos, lanzándole miradas furiosas, luego advirtió que unos ojos divertidos lo estaban observando. Encontró a una muchacha de mirada audaz y le dirigió su atención sin dejar todo el tiempo de bufar con una cólera que le resultaba difícil ocultar, pues advertía que Carlota era mucho más amable con ese insignificante noble bretón de lo que había sido con él.

Luis convocó a César a su presencia. Los ojos perspicaces del rey francés evaluaron el rebuscado jubón, y las joyas que resplandecían en las manos y el cuello. César encontraba difícil contener su irritación cuando estaba en presencia de rey de Francia. Esa decidida falta de expresión en el rostro de Luis era más hiriente para su amor propio que las burlas. César creía que la escasa medida en que el rey apreciaba sus galas significaba: “Comprendemos por qué deben engalanarte de este modo, mi duquesito bastardo. Estas fruslerías pueden parecer muy preciosas para un bastardo, y aun más para quien acaba de huir de sus hábitos de cardenal”.

En Francia, César había debido aprender a contenerse, lo cual no era fácil para un hombre de su temperamento.

Se arrodilló ante el rey, y le pareció que Luis experimentaba un malicioso placer en mantenerlo de rodillas durante un tiempo mayor que el habitual.

Por último se le pidió que se levantara. Entonces Luis dijo:

—Las noticias no son buenas, mi señor duque, y lamento profundamente que me corresponda hacéroslo saber.

La expresión de Luis era de conmiseración, pero César no podía librarse de la idea de que detrás de esa expresión había cierto placer.

—Vienen de Nápoles —prosiguió el rey—. Federico se niega tercamente a consentir vuestro matrimonio con su hija.

—¿Por qué, Majestad? —preguntó César, y el tono imperioso de su voz hizo enarcar las cejas reales durante una fracción de segundo.

Se produjo un silencio, y luego César agregó:

—Ruego a Vuestra Majestad que me digáis con qué fundamentos el rey de Nápoles objeta mi boda con su hija.

—Con motivo de vuestro nacimiento.

—¡Mi nacimiento! Soy el hijo del Papa.

La boca de Luis se dilató levemente en las comisuras.

—Es una conclusión lamentable pero sin embargo lógica, mi señor, que los hijos de los papas deben ser ilegítimos.

César cerró el puño derecho y golpeó con él la palma de su mano izquierda. Encontraba difícil reprimir su deseo de tomar a ese hombre por los hombros y sacudirlo, por más rey que fuera.

—Eso es una locura —gritó.

El rey asintió con expresión de tristeza.

—Y —prosiguió César— no dudo, teniendo en cuenta el poder y la decisión de Vuestra Majestad de cumplir su contrato con mi padre, que haréis caso omiso de las objeciones de este insignificante monarca.

—Mi señor duque, olvidáis que he cumplido con mi parte de mi convenio. Os di vuestra propiedad y vuestro título y mi consentimiento para que cortejarais a la dama. No puedo tomar el lugar de un padre, cuando ella tiene un padre que vive.

Podríamos casarnos aquí, Majestad, y entonces ¿qué podría hacer su padre?

Luis dio a su cara una expresión profundamente escandalizada.

—¿Me pediríais que me interpusiera entre una hija y su padre? No, ni siquiera por mis amigos podría hacerlo. Además, he recibido protestas de toda Europa. Aquí hay una de mi hermano de Inglaterra., el rey Enrique VII. Me dice que se siente profundamente escandalizado por la posibilidad de que se permita a la bastardía vincularse con la realeza, y de que un hijo de Su Santidad se case con la legítima hija de un rey. —Luis sonrió—. Pienso incluso que nuestro hermano de Inglaterra, está un poco escandalizado por el hecho de que Su Santidad tenga un hijo, pero eso no viene al caso.

—¡Y es un Tudor! —gritó César, negándose a controlar su cólera—. ¿Pueden sentirse los Tudor tan seguros de su propia legitimidad?

Las cejas del rey se levantaron de nuevo, y su expresión se volvió tan fría que César comprendió inmediatamente que tal vez fuera un rehén en una tierra extranjera.

—No podría discutir los asuntos de mi hermano con vos —dijo Luis secamente. Hizo un gesto con la mano, para indicar que la entrevista había terminado.

César dejó coléricamente el apartamento. Sus asistentes, que lo

esperaban a respetuosa distancia, lo siguieron. Los miró con aspereza. ¿Sabían que había sido humillado?

Resistió el impulso de tomar a uno de sus hombres por la oreja, arrastrarlo a su apartamento y ordenar que se le cortara la lengua. Estaba decidido a lograr que nadie llevara chismes a Roma de lo que estaba padeciendo en Francia. ¡Primero ser burlado por esa muchacha alocada; luego ser tratado como un hombre de poca monta por el rey! Y lo que el rey hacía hoy, lo harían sus amigos mañana.

Pero la prudencia lo contuvo. En un instante había tenido un destello de comprensión de cuál era su posición. ¿Qué ocurriría si decidiera partir de Francia inmediatamente? ¿Se le permitiría irse? ¿Podría casarse con Carlota cuando parecía que toda Francia y Europa estaban contra él? ¿Iba a volver a Roma convertido en un hazmerreír?

Debía ser cuidadoso, no olvidando ni por un instante que no podía comportarse en Francia como lo hacía en Italia.

Por consiguiente, registró en su memoria la cara de ese hombre que, según le pareció, había demostrado que le divertía el hecho de ver humillado a su amo. Lo recordaría, pero se le debía dejar la lengua a ese hombre mientras estuvieran en suelo francés.

Ahora que iba a tener un hijo, Lucrecia se dijo que ése era el momento más feliz de su vida. Se negaba a mirar hacia atrás, se negaba a mirar hacia adelante. El presente le resultaba totalmente satisfactorio.

Cada día que pasaba el amor por su esposo parecía fortalecerse; y el Papa, al ver ese amor, parecía ansioso por asegurarle que también él sentía un gran afecto por su yerno.

En los apartamentos de Santa María in Portico los cardenales y los hombres de letras continuaban reuniéndose; había murmullos e insinuaciones, y la intención política de esas reuniones se volvió más insistente. El partido antipapal y antifrancés crecía, y como las reuniones se celebraban en los apartamentos de Lucrecia, Alfonso parecía ser uno de sus líderes.

Pero, al igual que Lucrecia, Alfonso se cansó rápidamente de la política. Apenas tenía dieciocho años, y en la vida había cosas mucho más interesantes que la intriga. Se sentía levemente impaciente con hombres como Ascanio Sforza, quien debía estar observando continuamente —o así le parecía— el comportamiento de otros en materia de desaires, insultos e insinuaciones. Pero la vida era buena. Había que disfrutarla. Ese era el lema de Alfonso.

El Papa tenía un aspecto encantador, y se ocupaba en forma muy solícita de su felicidad. Nadie se sentía más complacido que él del embarazo de Lucrecia, y Alfonso se sorprendió al ver a este hombre asombroso pasar de las dignidades de su santo oficio a los tiernos cuidados de su hija. Caminaba con

la pareja en los jardines del Vaticano, hacía planes para su nieto, y les hablaba con su sonora voz musical, de tal modo que Alfonso casi podía ver al muchachito jugando en los jardines en los próximos años. Parecía increíble que alguien deseara ser enemigo de un hombre semejante; y mientras César permaneciera en Francia, Alfonso estaba seguro de que sería completamente feliz.

Un día el Papa le dijo:

—Tú y yo, en compañía de dos de mis cardenales, iremos a una partida de caza hacia Ostia, pues allí los bosques están llenos de animales y lograremos buenas presas. —Rió al observar la expresión de Alfonso—. En cuanto a Lucrecia, debe quedarse aquí tranquila durante algunos días y descansar. Me parece que últimamente tiene un aspecto algo cansado, y debemos pensar en la criatura. Y tú, hijo mío, durante todo el tiempo en que disfrutes de la cacería, estarás esperando el momento de tener el placer de volverte a encontrar con Lucrecia. Oh, eres un joven afortunado.

Lucrecia declaró que debía ir, pues sabía cuánto disfrutaba una larga partida de caza, y le señaló que sólo estaría ausente pocos días. Fue así como Alfonso partió en compañía del Papa y de los cardenales Borgia y López; y observó otro aspecto del carácter de este hombre que era su suegro: el de deportista y cazador. Comenzó a creer en los rumores que había oído, que afirmaban que Alejandro poseía poderes mágicos, pero ahora creía saber que no provenían del demonio sino de Dios.

Alfonso no olvidaría nunca el retorno de esa cacería, la alegría de cabalgar hacia Roma en el pálido sol de febrero y de ver a Lucrecia en el balcón, mirándolos mientras se acercaban.

Ella bajó para saludarlos y quedó de pie entre ellos, rubia y delgada, pues el embarazo de dos meses aún no era manifiesto; allí, entre los venados, las cabras salvajes y otras piezas obtenidas en esa cacería, Alfonso abrazó a su esposa con una ternura y un deleite que hicieron afluir lágrimas a los ojos del Papa y sus cardenales.

El joven gritó:

—Soy feliz... feliz de estar en casa.

Se asombró al pensar que lo que ahora llamaba su casa era esa ciudad a la cual había llegado con no poco temor hacía muy poco tiempo.

Ella lo había echado de menos, según le dijo cuando estuvieron solos. Contaba las horas que faltaban para su regreso.

—¿Creiste alguna vez que podía haber una felicidad igual a ésta? —le preguntó Alfonso.

—No —le contestó ella—. No lo creía.

Era verdad, pues durante su relación amorosa con Pedro Caldés había sabido siempre que no podrían disfrutar nunca de placeres como éste. Había

soñado con una pequeña casa lejos de Roma en la cual ella, Pedro y su hijo vivirían; sabía que si hubiese logrado su felicidad con Pedro habría perdido mucho de lo que compartía con su padre. Ahora no perdía nada. Se sentía completamente feliz; estaba segura de que cuando su hijo naciera dejaría de soñar con ese otro hijo que en una época había tenido tanta importancia para ella como el que llevaba en su seno ahora. Continuó diciendo a Alfonso:

—No, no creía que pudiese haber tanta felicidad, pero ahora pienso que puede existir una felicidad aun mayor. La experimentaré cuando tenga a nuestro hijo en mis brazos.

Se quedaron dormidos, con los brazos entremezclados y en su sueño parecían dos niños inocentes.

Al día siguiente Lucrecia comprendió qué endeble podía ser la felicidad.

Sanchia vino a sus apartamentos por la mañana.

—Va a ser un día de sol —le dijo—. Debemos prepararnos para el viaje hasta los viñedos del cardenal López.

Lucrecia recordó. La noche anterior el cardenal había formulado su invitación a las damas, que la habían aceptado con alegría.

—¡Vamos! —dijo Sanchia—. El embarazo te sienta bien, Lucrecia. Pareces más hermosa que hace dos meses.

—Es la felicidad la que me sienta bien —contestó Lucrecia.

—¿No estás decepcionada con mi pequeño hermano? —preguntó Sanchia.

—Conoces mis sentimientos hacia él.

—Cúidalo, Lucrecia. Cúidalo cuando César regrese a casa.

—¿Tienes noticias de César?

—Sé que no se va a casar con Carlota, pero lo sabía antes de que fuera.

Lucrecia dirigió una triste sonrisa a su cuñada. Sabía que Sanchia tenía celos, y lamentaba su infelicidad.

Sanchia dijo con fiereza:

—Se fue en octubre. Ahora estamos en febrero. Sin embargo, sigue sin casarse. Yo te digo, Lucrecia, que César no es más que un rehén de los franceses. Las ataduras son de seda, podríamos decir, pero son ataduras, no obstante. ¿Por qué César no se casa? ¡Porque el rey de Francia desea retenerlo en Francia!

—Quieres decir que tiene tanto apego a César...

Sanchia rió.

—¿Piensas que todo el mundo ama a tu hermano como tú? ¡No! El rey de Francia planea un ataque a Italia, y si retiene al amado hijo del Papa como rehén, puede estar seguro de que estará libre de una interferencia papal cuando ejecute el ataque.

—¡César... rehén!

—¿Por qué no? Ya una vez lo fue, recuerda. Escapó en Velletri y de este modo infligió a los franceses una humillación que no deben haber olvidado con facilidad. Tal vez aún la recuerden.

—Pero el rey de Francia rindió grandes honores a mi hermano. Oímos hablar constantemente de los espectáculos que ofrece para darle placer.

Sanchia acercó su cara a la de Lucrecia y susurró:

—Uno de los que han acompañado a César a Francia ha escrito que los honores que se rinden a César son como aquéllos que se otorgaron a Cristo el Domingo de Ramos, cuando menos de una semana después se escucharon gritos de “¡Crucifícalo!”

—¡Sanchia! ¡Quieres decir que César está en peligro!

—No dudo de que sabrá cuidarse. Pero no obtendrá a Carlota. —Sanchia se alzó de hombros—. Ven, ¿qué toca llevarás?

Lucrecia intentó dedicar su atención a las tocas. No creía que César estuviera en peligro. Si no se casaba con Carlota, obtendría a alguna otra. Pronto estaría de regreso. Ella no permitiría que los temores que sentía por su hermano ensombrecieran su felicidad.

Partieron hacia los viñedos del cardenal López. Eran muy hermosos, bajo el débil sol de febrero, y Lucrecia estaba decididamente alegre, ansiosa por desterrar los pensamientos molestos que Sanchia había suscitado.

El cardenal López había preparado una recepción para los visitantes, que se sentaron para mirar carreras o participaron en los juegos al aire libre que había organizado para entretenerlos. Hubo muchas risas, pero de vez en cuando Lucrecia sentía el anhelo de estar con Alfonso para poder comentarle las palabras de Sanchia, que la habían hecho sentir algo molesta, y tratar de que la tranquilizara. No hablaría con su padre, porque si bien desestimaría los rumores, en su fuero interno podría preocuparse; pero estaba segura de que Alfonso los descartaría como ridículos, porque sabía que era eso lo que ella quería de él.

Mientras sentía ese anhelo de estar con Alfonso, gritó mientras bajaban una de las pendientes hacia los establos:

—¡Apresurémonos! ¡Corramos!

Bernardina, que estaba cerca, detrás de ella, dio un grito de alegría, y tirando del vestido de Francesca, exclamó:

—Vamos. Llegaré primera a los establos.

Lucrecia gritó:

—¡No tú! —Y se alejó corriendo.

Iba primera cuando su pie tropezó con una piedra y, al doblársele el tobillo, cayó; por desgracia, Bernardina la seguía demasiado de cerca y cayó sobre ella. Francesca cayó sobre Bernardina y durante algunos segundos ambas apretaron a Lucrecia contra el suelo con todo su peso. Se reían mientras se ponían de pie; luego, de pronto dejaron de reír, pues Lucrecia no se había movido. Estaba tendida, con el cuerpo doblado e inmóvil, exactamente en la posición en que había caído.

El Papa estaba sentado al lado de su hija. La habían llevado de nuevo a su palacio y acostado; luego hicieron saber al Vaticano que se había producido un accidente y que los médicos temían que las consecuencias podrían ser serias. Lucrecia yacía blanca e inmóvil, había perdido al bebé.

Fue reconfortante, cuando abrió los ojos, ver a su padre a su lado. Le tendió una mano y él la tomó. Comprendió inmediatamente lo que había ocurrido, pues percibió el pesar en sus ojos. La pérdida de un nieto podía hacerlo más desdichado que la noticia de que los franceses estaban en las afueras de Roma.

—Queridísimo padre... —comenzó.

Ahora él sonreía, dispuesto a calmarla.

—Te pondrás mejor, hija mía —murmuró—. Tu debilidad pasará.

Ella susurró:

—Mi bebé...

—Es tan sólo un accidente desafortunado, nada más. Dos personas que se aman, como tú y Alfonso, tendrán muchos hijos más. En cuando a éste... no sabemos siquiera si era un varón.

—Varón o niña, yo lo amaba.

—Ah, todos nosotros lo amábamos, pero no podía ser. —Se inclinó sobre la cama—. Y, querida hija, estás a salvo. Pronto estarás bien. Doy gracias a los santos por esta merced. ¿Debo condolerme por un nieto que no ha nacido, cuando mi queridísima hija se ha salvado para mí? Cuando me trajeron la noticia de tu accidente me asaltaron terribles temores, y grité que si algo le ocurriese a mi Lucrecia, yo no tendría más interés en la vida. Rogué por tu vida como nunca había rogado antes; y ya lo ves, Lucrecia, mis oraciones han sido escuchadas. Mi amada está a salvo. Y el niño... Pero te digo que habrá más hijos.

—Padre —le dijo ella—, quédate cerca de mí. No me dejes aún.

Él sonrió y asintió.

Lucrecia se quedó recostada, tratando de pensar en los hijos que ella y Alfonso tendrían; cuando tuviese un hijo, un hijo vivo, dejaría de llorar a éste, deseaba pensar en el futuro; quería olvidar las molestas palabras que había escuchado con respecto a su hermano César.

Mientras tanto, César permanecía insatisfecho en Francia. Hubiese deseado no haber emprendido nunca la aventura francesa. Pensaba que lo habían humillado como nunca lo habían hecho antes en toda su vida. Carlota de Nápoles lo odiaba, y había declarado a todas sus amigas, quienes se habían asegurado de que sus comentarios alcanzaran los oídos de César, que ella

nunca sería conocida como “Madame la Cardinale”, como seguramente ocurriría si se casara con Borgia.

Cuando se encontraban, lo que ocurría con frecuencia, ella trataba de tener un aspecto inocente y le daba a entender que no debía censurarla por su propia falta de éxito en su cortejo, no hacía más que obedecer a su padre, que era apoyado en su decisión por toda la realeza de Europa salvo, desde luego, el rey de Francia.

Era una posición mortificante, pero César debía controlar su ira y fingir que no estaba inquieto y que su preocupación no aumentaba cada vez más a medida que pasaban las semanas.

Un día el rey mandó llamarlo. Su reina estaba con él y no despidió a los pocos ministros que estaban cerca del trono; César lo consideró como un insulto más.

—Tengo graves noticias para vos, mi señor duque —dijo Luis, y César percibió que algunos de los hombres que estaban alrededor del trono tenían dificultades en reprimir una sonrisa.

—¿Majestad? —dijo César, esforzándose para mantener su control.

—Dos de nuestros súbditos se han casado —dijo Luis— y temo que no os va a gustar.

—¿Tengo algún interés especial en estos súbditos de Vuestra Majestad? —preguntó César.

—Un gran interés. Uno de ellos es la princesa Carlota.

César sintió una incontrolable contorsión en los labios, la sangre le inundó el rostro, apretó los puños con tanta fuerza que sus uñas, que se hundían en sus palmas, le hicieron manar sangre.

Se oyó tartamudear, y su voz pareció comenzar en un susurro y terminar en un rugido.

—¿Casada..., Vuestra Majestad?

—Sí, la fresca se ha casado con su noble bretón. —El rey se alzó de hombros—. Desde luego, obtuvo el consentimiento de su padre para el matrimonio, y la reina y yo consideramos que en estas circunstancias el asunto estaba fuera de nuestras manos.

—Su Majestad el rey de Nápoles parece muy complacido con el matrimonio de su hija —dijo con rapidez Ana de Bretaña.

Los dedos de César sentían el prurito de tomar la espada y atacar a la pareja real, en ese momento y allí mismo. Eran sus enemigos; ellos lo habían concertado todo. ¡Y pensar que era él quien les había traído la bula que les permitió casarse! Lo estaban insultando deliberadamente, diciéndole que el rey de Nápoles no objetaba a un noble bretón sin gran importancia, en tanto que no aceptaría a César Borgia, el hijo del Papa, como su yerno.

Era intolerable. Le estaban pidiendo que aguantara una humillación demasiado grande.

Tal vez Luis lo comprendió, pues dijo rápidamente:

—Ah, mi señor duque, hay otras damas en nuestra corte. Tal vez sean

menos caprichosas.

“Santa Madre”, rogó César, “mantenme calmo. Detén esta carrera loca de mi sangre, que me pide que mate.”

Se las compuso para decir:

—¿En qué dama ha pensado Vuestra Majestad?

Luis sonrió con expresión agradable.

—Esta es una amarga decepción. Pero pienso en un buen matrimonio para vos. Mi pariente, el rey de Navarra, tiene una hija joven y bonita. ¿Qué opinaríais de un casamiento con la joven Carlota de Navarra?

César sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. Se había decidido por Carlota de Nápoles, pero Carlota de Navarra no resultaba una alternativa despreciable.

—Alain D’Albret —prosiguió el rey—, adelantaos, primo, y decidnos lo que pensáis de un matrimonio entre nuestro buen amigo, el duque de Valentinois, y vuestra pequeña Carlota.

El rey de Navarra se adelantó hasta el rey de Francia. Su aspecto era hosco. Dijo:

—No me parece, Majestad, que un cardenal tenga el derecho de casarse.

—El duque ya no es un cardenal —le recordó el rey.

César gritó:

—He sido eximido de mis votos. Estoy tan en condiciones de casarme como cualquier otro hombre.

—Necesitaría estar seguro de que un hombre que ha sido en una época cardenal se encuentra libre de todos los lazos eclesiásticos antes de que yo le diera una hija mía —dijo Alain D’Albret tercamente.

César exclamó:

—¡Sois un tonto! Todo el mundo sabe que soy libre.

Se produjo un silencio a su alrededor. El aspecto de Luis era frío. Este extranjero había olvidado la estricta etiqueta de la corte de Francia.

César dijo con rapidez:

—Imploro perdón. Pero estos asuntos os podrían ser probados.

—Necesitarían ser probados —dijo el áspero Alain.

—Debéis perdonar su cautela —agregó el rey, pasando con la mirada de Alain a César—. Es un padre, con los sentimientos de un padre.

—Vuestra Majestad puede explicarle que soy libre.

—Le daremos una prueba completa —dijo el rey—. Pero eso requerirá un poco de tiempo.

—Necesitaré las máximas pruebas, Vuestra Majestad —declaró Alain.

El rey se levantó y yendo hacia Alain lo tomó del brazo; luego se dio vuelta y mirando a César, lo tomó por el otro brazo y caminó con los dos hombres hacia el alféizar de una ventana, donde les habló en voz muy baja, mientras quienes habían contemplado la escena anterior conversaban entre sí, respetando el deseo de secreto del rey.

—La prueba llegará —dijo el rey a Alain. Su Santidad no perderá tiempo

en suministrarla. —Se volvió hacia César—. El hermano de Carlota, Amanieu, será vuestro hermano, mi señor duque. Hace mucho tiempo que desea su capelo de cardenal. ¡Un capelo de cardenal, Alain! Me parece que si vierais a vuestro hijo en posesión de eso, apresuraríais vuestra decisión, ¿no es cierto?

—Una prueba, Majestad —dijo Alain—. Necesito tener una prueba... una prueba para mí y un capelo de cardenal para mi hijo; entonces... no me opondría a aceptar un esposo para mi hija.

César estaba silencioso. Debía tener una esposa. No podía enfrentar la humillación de volver a Roma sin una. Y Carlota D'Albret era la hija de un rey, como lo era Carlota de Nápoles.

Vio en este matrimonio un medio de salvar las apariencias, pero al mismo tiempo estaba cansado.

¿Era verdad lo que se murmuraba en toda la corte: “El rey mantiene a César Borgia aquí como rehén”? ¿Había sugerido este matrimonio para demorar la partida de César de Francia, con el objeto de convertirlo en un visitante complaciente, en lugar de tenerlo mal dispuesto? César creía que en ese momento Luis planeaba un ataque contra Milán. ¿Acaso él, el gran César, debía ser colocado una vez más en la humillante posición de un rehén?

Pero el matrimonio con una mujer de la realeza de Francia le serviría.

Decidió casarse con Carlota con la mayor rapidez posible.

La corte de Francia estaba en Blois, y el motivo era la boda de César Borgia, duque de Valentinois, y Carlota D'Albret.

El rey estaba complacido. Se sentía invariablemente encantado de encontrarse en ese hermoso castillo, sobre las orillas del Loire, tan grandioso y al mismo tiempo tan exquisito, construido en distintos declives, lo cual lo hacía a la vez pintoresco y majestuoso. Luis amaba a Blois más que a cualquier otro de sus castillos, pues era allí donde había nacido un día de junio del año 1462 y fue en ese mismo castillo, en una noche de abril de 1498, adonde un mensajero le había traído la noticia de la muerte del rey Carlos, y arrodillándose ante él había gritado: “*Le Roi est mort! Vive le Roi!*”

Blois le brindaba recuerdos muy especiales.

Por ese motivo se sentía complacido de que este matrimonio se celebrara en Blois. Sus ejércitos estaban preparados para marchar contra Milán, y había logrado retener al amado hijo del Papa en suelo francés durante siete meses. Su matrimonio lo mantendría allí durante varios meses más, pues no partiría de Francia hasta que su mujer estuviera embarazada. Además, ahora los Borgia estaban vinculados por matrimonio con la casa real francesa, un gran honor para ellos, que sin duda alguna reconocerían.

Cuando Luis estuviera listo para invadir Italia, tendría la poderosa influencia del Papa de su lado, y podría congratularse de una diplomacia a la altura de la de Alejandro VI. Había obtenido su divorcio y el apoyo del Papa, todo por la hija de Alain D'Albret, y un título y una propiedad insignificantes.

Por ese motivo se sentía satisfecho y benévolo, mientras contemplaba las celebraciones. ¡Y qué celebraciones eran éstas! Que el Borgia pagara. Quería esplendor y, en consecuencia, que lo tuviera. Su padre era uno de los hombres más ricos del mundo. Que estos Borgia hicieran ostentación de su riqueza ante los ojos de los cínicos franceses. Mejor que la gastaran en festejos matrimoniales que en ejércitos para hacer frente a los franceses.

El tiempo era cálido y soleado, y los campos alrededor del castillo tenían un aspecto encantador. Se aclamó como una idea excelente que las celebraciones se realizaran al aire libre, y se colocaron tapizados bordados con flores formando tiendas cuadradas sin techos, de tal modo que el cielo azul y claro era visible. Estas paredes de tapices convertían a las praderas en un palacio, con un gran salón de banquete y otro de baile, teniendo como alfombra el pasto y como techo el cielo.

El Papa, encantado con el convenio, había enviado cofres de joyas para la novia, y la pequeña Carlota, que había sido criada sencillamente, se sentía deslumbrada.

Tenía dieciséis años, y era joven aun para su edad. Era una novia pequeña y tranquila, y cuando sus ojos asustados encontraron los de él, aun César se sintió conmovido por su sencillez. También comprendió que ella estaría dispuesta a admirarlo, pues le parecía demasiado espléndido para su persona y, al haber estado tan alejada del mundo, no había oído hablar de su reputación.

César, sentado a su lado en el banquete y al bailar juntos bajo el cielo azul en el salón de baile rodeado por tapizados, decidió hacerla feliz mientras estuviera con ella, pues ya había decidido que no bien estuviera embarazada, él volvería a Roma.

Sus ambiciones eran tan firmes como siempre. Tenía el plan de conquistar a Italia. La embarazaría y la dejaría como castellana de sus propiedades francesas; luego volvería para convertirse en conquistador de su tierra natal y tal vez del mundo.

Pero no se lo dijo a su esposa, y mientras bailaba, muy apuesto en su traje de casamiento, fascinó a esa muchacha tan simple con su ingeniosa conversación y sus tiernas miradas. Quienes lo conocían bien se maravillaron ante ese cambio, y durante un cierto tiempo se olvidaron de sentir pesar por la pequeña Carlota D'Albret.

En cuanto a Carlota, estaba lejos de sentir lástima por sí misma. Era la esposa de uno de los hombres más discutidos del mundo, y lo había encontrado encantador, alegre aunque sentimental, tierno aunque apasionado.

De ese modo, bajo el cielo de mayo en Blois, la novia y el novio soñaron su futuro, y la novia se hubiese sorprendido de saber que en los sueños de ese esposo divertido aunque tierno, ella apenas figuraba.

En esa época Lucrecia estaba embarazada una vez más y visitaba a su padre todos los días.

Cuando García, el mensajero de César, llegó a Roma con la noticia de que la boda se había celebrado efectivamente, Alejandro se sintió tan excitado como si se hubiese tratado de su propio matrimonio. Envío por Lucrecia inmediatamente e hizo comparecer a García ante él, aunque el pobre hombre, agotado por la fatiga del viaje, se derrumbó a los pies del Papa.

Alejandro, al ver su estado, le hizo traer una cómoda silla, ordenó que se le sirvieran vino y alimentos para reconfortarlo, pero no le permitió que se alejara de su vista hasta haberle contado de nuevo lo que ocurría en Blois.

—El matrimonio ha sido celebrado, muy Santo Señor —jadeó García.

—¿Y la consumación?

—También eso, Santidad. Esperé hasta la mañana para poder traer noticias de eso.

—¿Cuántas veces? —preguntó el Papa.

—Seis, Santidad.

—Digno hijo de su padre —gritó Alejandro, riendo—. Mi amado hijo. Estoy orgulloso de ti.

—Su Majestad el rey de Francia congratuló a mi señor duque por su hazaña, Santidad.

Eso hizo reír aún más a Alejandro. García prosiguió:

—Diciendo, muy Santo Señor, que mi señor duque había vencido a Su Majestad.

—¡Pobre Luis! ¡Pobre Luis! —gritó el Papa—. ¿Acaso esperaba que un Valois pudiera rivalizar con un Borgia?

Luego fue necesario contarle de nuevo todos los detalles de la ceremonia, hasta la consumación, de la cual gustaba oír hablar una y otra vez.

Durante varios días se lo escuchó murmurar:

—¡Seis veces! No está mal... no está mal de ningún modo, hijo mío.

Disfrutaba repitiendo el relato. Lo repitió varias veces a cualquiera que no lo hubiese escuchado, y a menudo a quienes ya lo habían escuchado, embelleciéndolo aquí y allí, multiplicando las joyas y el esplendor y no olvidando nunca las “seis veces”; y reía con fuerza hasta que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Era maravilloso, pensaba Lucrecia, verlo tan contento. Sólo había pasado un mes desde la concepción de su hijo, pero se sentía de nuevo completamente feliz. Su padre estaba encantado, César tenía una esposa, ella tenía a su amado Alfonso, y ambos iban a tener un hijo. ¿Qué más podía desear en el mundo?

Sanchia se sentía inquieta. Abordó a su hermano cuando lo vio salir de

los apartamentos de su esposa.

Alfonso estaba tarareando una alegre tonada que Lucrecia tocaba a menudo en su laúd, y su expresión contenta, casi extática, irritó a Sanchia.

—Alfonso —gritó—, ven a este pequeño cuarto donde podamos estar tranquilos. Necesito hablarte.

Alfonso abrió sus hermosos ojos, tan parecidos a los de ella, llenos de sorpresa, y dijo:

—Pareces molesta, Sanchia.

—¡Molesta! Desde luego, estoy molesta. Así lo estarías tú también si tuvieras un poco de juicio.

Alfonso se sentía algo impaciente. Sanchia había cambiado desde que César había partido. Ninguno de sus amantes la complacía, y estaba continuamente insatisfecha.

—Bien —dijo Alfonso obstinadamente—, ¿qué te inquieta?

—Los franceses están planeando una invasión.

Alfonso deseaba bostezar; reprimió el deseo con esfuerzo.

—Es inútil volver la espalda a lo que debo decirte porque lo encuentras desagradable, Alfonso. Debes escucharme. Ascanio Sforza está alarmado.

—Siempre está alarmado.

—Porque es un hombre con buen sentido, y tiene oídos dispuestos para lo que ocurre a su alrededor.

—¿Qué ocurre a su alrededor?

—Intrigas.

—En verdad, Sanchia, siempre fuiste amante de las intrigas. Te confieso que era más divertido cuando se trataba de intrigas de amor.

—¿Qué ocurrirá cuando César regrese?

—Juraría que serás su amante, a pesar de su esposa francesa.

—Ahora está aliado firmemente con el rey de Francia, y los franceses han deseado siempre Milán y... Nápoles. Nosotros pertenecemos a Nápoles. No lo olvides, Alfonso. César no perdonará nunca a nuestro tío por negarle a Carlota. Se unirá a los franceses contra el tío Federico. No me gustaría estar en Nápoles cuando César entre con sus tropas.

—Somos de Nápoles —dijo Alfonso—, y somos el yerno y la nuera de Su Santidad, que es nuestro amigo.

—¡Alfonso, tonto... tonto!

—Estoy cansado, Sanchia.

—Oh, ve con tu esposa —gritó Sanchia—. Ve... y goza de tu amor, por el poco tiempo que te queda. Alfonso, estás advertido. Debes tener gran cuidado cuando César vuelva a Italia.

—Acaba de conseguirse una esposa —gritó Alfonso, mientras su mentón se arrugaba.

—No todos los esposos son tan fieles como tú, hermano. Algunos tienen ambiciones, además de hacer el amor. —Ella le tomó súbitamente el brazo—. Eres mi hermano —le dijo—, y estamos unidos, como siempre lo estuvimos.

—Sí, Sanchia, sí, por cierto.

—Entonces... no te adormezcas en una falsa seguridad. Mantén abiertos los ojos y los oídos, hermano. Cerca de nosotros hay peligro... peligro para nuestra casa... y no olvides que aunque eres esposo de Lucrecia, también eres un príncipe de Nápoles.

Goffredo, que ahora tenía diecisiete años, percibía la tensión y estaba decidido a no ser dejado de lado. El Papa demostraba gran placer por el matrimonio de César y el embarazo de Lucrecia, y a Goffredo le parecía que le quedaba poco tiempo para interesarse en su hijo más joven. A menudo la gente era menos respetuosa con él de lo que se hubiera atrevido a serlo con César y el difunto Juan. Goffredo conocía el motivo. Era porque muchos afirmaban que no era el hijo del Papa, y Goffredo tenía la incómoda sensación de que el propio Alejandro tendía a adoptar la misma opinión.

Goffredo admiraba a los Borgia con una intensidad de sentimiento que no podía sentir por ningún otro. Creía que si no fuera aceptado como uno de ellos la vida no tendría ningún sentido para él.

En consecuencia, decidió llamar la atención sobre la similitud existente entre él, César y el difunto Juan, y comenzó a vagar por las calles después del anochecer en compañía de sus asistentes, entrando en tabernas, buscando a mujeres y causando pendencias entre los hombres. Ese había sido un pasatiempo favorito de Juan antes de morir, y Goffredo anhelaba que la gente dijera: “Oh, sigue el mismo camino que sus hermanos”.

Una noche, cuando él y sus hombres iban de juerga sobre el Puente de San Angelo, el guardia les dio el alto.

Goffredo, algo alarmado, pero decidido a comportarse como un Borgia, avanzó pavoneándose y preguntó qué creía estar haciendo ese humilde sujeto al obstruir el placer de un Borgia.

El guardia desenvainó su espada y dos de sus soldados acudieron con rapidez a su lado. Goffredo hubiese preferido retirarse, pero eso era algo que ni César ni Juan hubieran hecho nunca.

El guardia era un hombre valiente; además, se sabía muy bien en toda Roma que el Papa no era tan fanáticamente afecto a Goffredo como lo era a los otros miembros de su familia. César estaba en Francia, Juan había muerto, y los guardias de la ciudad de Roma habían decidido que no permitirían que el miembro más joven de la familia sembrara el terror en los corazones de los buenos ciudadanos romanos. Se debía darle una lección.

—Os pido, mi señor —dijo el hombre cortésmente—, que prosigáis con tranquilidad vuestro camino.

—Y yo te pido —vociferó Goffredo— que te ocupes de tus asuntos.

—Yo me ocupo de mi deber —replicó el guardia—, que consiste en defender a los ciudadanos de Roma.

Después de eso, Goffredo no tuvo más alternativa que acometer al hombre con una furia que, según suponía, podía compararse con la que tan a menudo había demostrado César, pero el guardia lo esperaba. Su espada traspasó el muslo de Goffredo, y el joven cayó gimiendo al suelo.

Cuando Sanchia vio que le traían a Goffredo hasta su casa, pensó que estaba muriendo. Su herida sangraba profusamente, mientras yacía inerte sobre una camilla construida de prisa, el rostro incoloro, los ojos cerrados.

Sanchia preguntó qué había ocurrido, y se le dijo que el guardia había atacado a su esposo porque se había negado a proseguir tranquilamente su camino.

—¡Vamos! —declaró uno de sus hombres—, si no hubiera habido tantos de los nuestros para rodearlo y protegerlo, habría tenido sin duda el mismo destino de su hermano, el duque de Gandia, y tendríamos que haber dragado el Tiber en busca de su cuerpo.

Sanchia estaba encolerizada. En primer lugar, llamó a los médicos para que asistieran a su esposo, y cuando se aseguró de que su vida se salvaría, dio libre curso a su cólera. Nadie se habría atrevido a atacar a César o a Juan como lo habían hecho con Goffredo. Era un signo de que no se acordaba a su esposo el respeto debido al hijo del Papa.

En consecuencia decidió que el guardia que había atacado a Goffredo debía ser severamente castigado, como una advertencia a todos los que podrían pensar que podían maltratar a su esposo con impunidad.

Pidió una pronta audiencia a Alejandro, y se enfureció inmediatamente a causa de su falta de preocupación por el destino de Goffredo. No despidió a sus asistentes ni le concedió esa cálida y tierna sonrisa que dirigía habitualmente a todas las mujeres hermosas.

—Santidad —gritó Sanchia—, ¿no se está haciendo nada para llevar a ese hombre a la justicia?

El Papa demostró asombro.

—Me refiero —prosiguió Sanchia— a ese soldado que se atrevió a atacar a mi esposo.

El Papa adoptó una expresión de tristeza.

—Lamento que el pequeño Goffredo esté herido. Es un asunto lamentable. Pero el guardia que lo atacó cumplía tan sólo con su deber.

—¡Su deber al atacar a mi esposo! ¡Al herirlo casi de muerte!

—Sabemos muy bien que Goffredo estaba actuando de una manera impropia, y que cuando se le pidió cortésmente que prosiguiera con tranquilidad su camino se negó y se dispuso a atacar al guardia. En mi opinión, a nuestro hombre sólo le quedaba una alternativa. Debía defenderse a sí mismo... y defender la paz de Roma.

—¿Queréis decir que permanecerá sin castigo?

—Ya se ha dado el castigo. Goffredo fue el infractor: a él le correspondía el castigo.

—¡A vuestro propio hijo!

El papa se alzó de hombros y permitió que una expresión de duda se deslizara por su rostro, lo cual enfureció a Sanchia. Que negara la paternidad de su esposo, aquí, ante los otros, resultaba intolerable. Perdió el control de sus sentimientos.

—¡Es vuestro bastardo! —gritó.

—Es un tema acerca del cual siempre hubo algunas dudas.

—¡Dudas! ¿Cómo puede haber dudas? Es parecido a vos. Se comporta como vos. ¡Es igual a todos los Borgia que vagan por las calles en busca de mujeres para violar!

—Mi querida Sanchia —dijo el Papa—, sabemos que sólo en parte eres real, y eso, sólo como bastarda, pero te ruego que no expongas tu baja sangre en peleas indecorosas.

—Diré la verdad —gritó Sanchia—, sois el Papa, pero sois padre de incontables hijos. Os sienta mal negar los derechos de cualquiera de ellos, pero uno tan cerca de vos como Goffredo...

El Papa la silenció.

—Te pido que te vayas, Sanchia.

—¡No me iré! —gritó ella, si bien percibía el asombro y el agudo interés, o tal vez deleite, de todos los que estaban al alcance del oído—. No despreciasteis mi nacimiento cuando me casasteis con Goffredo.

—Eres una esposa adecuada para Goffredo —dijo el Papa—. Estoy poco seguro acerca de quién fue su padre. Puede ser que tu madre no estuviera segura de quién fue el tuyo.

—Soy la hija de un rey de Nápoles.

—Así dice tu madre. Se sabe que en ciertas ocasiones se ha producido una cierta divergencia respecto de la verdad, y de acuerdo con tu conducta parecería que ésta fue una de esas ocasiones.

Los ojos azules de Sanchia arrojaron chispas. Era un insulto a su cuna y a su belleza. En ninguna oportunidad anterior el Papa había demostrado tanta cólera hacia una mujer hermosa. Dirigiéndose a ella, le dijo con frialdad:

—¿Estás dispuesta a dejarme por tu propia voluntad?

Era una amenaza, y cuando vio a los dos fornidos hombres que estaban avanzando hacia ella, al no tener deseo de aumentar su humillación haciéndose alejar a los empujones de la presencia del Papa, se inclinó fríamente y se retiró.

Se sintió más calma en su propio apartamento. Se dijo que eso indicaba el agudo peligro en que se encontraba su país. Era evidente que el Papa se había propuesto mantenerse firmemente al lado de los franceses. Había sido insultada; ¿qué destino reservaba el Papa a su hermano? Aun Lucrecia no sería capaz de salvarlo. ¿Había salvado acaso a Pedro Caldés?

Muy poco tiempo después de esta entrevista con el Papa, Ascanio Sforza

vino a visitarla. Le habían llegado noticias de su encuentro con Alejandro y él, al igual que Sanchia, estaba lleno de recelo.

—Es seguro de que la invasión es inminente —dijo.

Sanchia estuvo de acuerdo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Quedaos donde estáis y descubrid todo lo que podáis. Continúa siendo amiga de Lucrecia, pues a través de ella es posible saber lo que ocurre aquí en Roma. Partiré no bien sea posible a Milán. Mi hermano Ludovico debe comenzar inmediatamente sus preparativos, y estaré allí para ayudarlo. En cuanto a tu hermano...

—Sí —dijo Sanchia ansiosamente—. ¿Qué ocurrirá con mi hermano?

—Resulta difícil adivinar qué destino le reservan.

—El Papa está lleno de afecto hacia él en este momento.

—Y dispuesto a insultar a su hermana ante otros miembros de su séquito.

—Tal vez yo lo haya agujoneado. Estaba muy encolerizada.

—No, no os habría tratado como lo hizo si quisiera obtener la buena voluntad de Nápoles. No confiéis en su amistad hacia vuestro hermano. Cuando los franceses lleguen, César estará con ellos, y cuando César esté en Roma, tratarán de eliminar a vuestro hermano. César odia siempre a los esposos de Lucrecia, y el hecho de que Lucrecia sea realmente fiel a éste no hará que César lo odie menos.

—¿Pensáis que mi hermano está en peligro inmediato?

Ascanio asintió lentamente.

—Estará en peligro cuando se sepa que yo he partido a Milán. El Papa conoce nuestras reuniones; sería imposible que no se hubiera enterado. Tiene sus espías en todas partes, de tal modo que sabe que estamos sobre alerta. Desde el momento en que yo parta de Roma, el peligro aumentará para Alfonso.

—¿Entonces, lo más atinado para él sería partir enseguida hacia Nápoles?

—Tratad de persuadirlo de que se aleje sin demora.

—No será fácil. Encontrará difícil alejarse de Lucrecia.

—Como lo amáis —advirtió Ascanio— rogadle que huya para salvar su vida.

Lucrecia estaba recostada en la cama mientras sus mujeres la peinaban. Estaba embarazada de casi seis meses y su estado se notaba con facilidad. Pero se sentía feliz. Tres meses más, se decía, y nuestro hijo nacerá. Estaba planeando la cuna que tendría.

—¿Es demasiado pronto? —preguntó a sus mujeres—. ¿Por qué no debería tener el placer de verla ante mí cuando me despierto, para poder

decirme: “Sólo ochenta y cuatro días... ochenta y tres, ochenta y dos...”

Sus mujeres hicieron apresuradamente el signo de la cruz.

—Parecería tentar a Dios, Madonna —dijo una.

—Esta vez todo irá bien —dijo Lucrecia con rapidez.

Luego volvió a uno de esos viajes infelices al pasado. Se vio embarazada de seis meses como ahora, vestida con las voluminosas enaguas que Pantisilea, la pequeña criada que la había asistido en el convento, le había provisto, de pie ante los cardenales y los enviados y jurando ser *virgo intacta*, para poder divorciarse de Giovanni Sforza.

“Tal vez”, se decía a sí misma, “tengo mala suerte. No conozco a mi primer hijo, que es criado por alguna mujer en esta ciudad. (Santa Madre, haz que sea dulce con mi pequeño.) Y luego ese pequeño que perdí antes de saber si era varón o niña”.

Pero esta vez era diferente. Este niño recibía los mayores cuidados. Estaba vivo en ella, vivo y fuerte; y todo indicaba que era un embarazo sano.

—Mi señor se demora —dijo—. Lo esperaba antes.

—No tardará mucho en llegar, Madonna —le dijeron.

Pero esperó, y él no vino. Dormitó. Qué cansancio le provocaba ese sano pequeño que llevaba en ella; tocó levemente su cuerpo hinchado y sonrió con ternura.

“Esta vez todo irá bien. Es un varón”, murmuró, “con seguridad es un varón. Lo llamaré Rodrigo, por el mejor padre, el más cariñoso que haya tenido una mujer”.

Oyó voces en la antesala, se sentó y escuchó. ¿Por qué era posible, por el tono de la voz, advertir que algo iba mal?

—Madonna está durmiendo. Espera hasta que se despierte.

—Ella querría saberlo enseguida.

—No. Es más feliz ignorándolo. Déjala dormir hasta que despierte.

Se levantó y poniéndose una bata fue a la antesala. Un grupo de personas sobresaltadas la miraba fijamente.

—Algo ha pasado —dijo—. Os ruego que me lo digáis con rapidez.

Nadie habló inmediatamente, y ella los miró en actitud suplicante.

—Os ordeno que me digáis de qué se trata —dijo.

—Madonna, el duque de Bisceglie...

Su mano se dirigió hacia el drapeado que llevaba en el cuello, y lo asió como si buscara apoyo. Los rostros de esas personas parecían fusionarse en uno sólo y retroceder, y una de sus mujeres corrió hacia ella y la rodeó con un brazo.

—Está bien, Madonna. No le ha ocurrido ningún daño —la tranquilizó la mujer—. Ocurre tan sólo que ha dejado Roma.

Lucrecia repitió:

—¡Ha dejado Roma!

—Sí, Madonna, partió con un pequeño séquito hace algunas horas, iba a caballo hacia el sur a toda prisa.

—Yo... comprendo —dijo ella.

Regresó a su cuarto, seguida por sus mujeres.

Llegó una carta de Alfonso.

Se la entregaron a Lucrecia una hora después de que ella se enteró de su partida. La tomó ansiosamente; sabía que no podía haberse alejado de ella de buena gana, sin una sola palabra.

La leyó. Le escribía que la amaba. Su vida no tenía sentido sin ella. Pero se había visto obligado a dejarla. Llegaban a sus oídos noticias de conspiraciones para quitarle la vida. Sabía que si esas conspiraciones tenían éxito, significarían la mayor infelicidad para ella, y estaba más preocupado por la infelicidad que su muerte le infligiría que por cualquier otro motivo, pues si muriera, ¿qué importancia podría tener cualquier cosa para él? Estaba inseguro en Roma, como sabía desde siempre que lo estaba, pero había permitido que su felicidad lo enceguerciera con respecto al riesgo que corría; ahora que el peligro estaba tan cerca no se atrevía a esperar más. Le destrozaba el corazón tener que dejarla, pero no estarían separados durante mucho tiempo. Le imploraba que partiera de Roma, y se reuniera con él en Nápoles. Allí estarían seguros para proseguir su idilio lleno de felicidad.

Lucrecia leyó la carta varias veces; lloró sobre ella, y aún estaba leyéndola cuando fue anunciado el Papa.

No permitió que ella se levantara, se acercó a su cabecera y, tomándola en sus brazos, le dio besos apasionados.

El Papa despidió a sus mujeres, y en ese momento Lucrecia advirtió la cólera que le causaba la huida de Alfonso.

—Es un joven tonto, un tonto joven asustado —bramó Alejandro; y Lucrecia percibió en ese momento que Alejandro había perdido algo de esa calma majestuosa que había sido su instrumento principal en los días de sus primeros triunfos—. ¿Por qué huye de una esposa joven y hermosa como tú?

—No ha huido de mí, padre.

—Todos dirán que ha huido de ti. Giovanni Sforza se divertirá, no lo dudo, y puedes estar segura de que todo el mundo lo sabrá. ¡Y tú tendrás su hijo en tres meses! Este joven idiota no tiene noción de la posición que ocupa gracias al matrimonio que ha hecho con un miembro de nuestra familia.

—Padre queridísimo y muy Santo Padre, no lo juzgues con dureza.

—Te ha herido, mi niña. Estoy dispuesto a juzgar con dureza a cualquiera que lo haga.

—Padre, ¿qué te propones hacer?

—Traerlo de vuelta. Ya he enviado soldados a buscarlo. Confío en que pronto recuperarán a este alocado muchacho para nosotros.

—Se siente inquieto, padre.

—¡Inquieto! ¿Qué derecho tiene de sentirse inquieto? ¿No ha sido tratado

como uno de los nuestros?

—Padre, se está preparando una tormenta. La amistad de César con los franceses...

—Mi pequeña Lucrecia, no debes atormentar esa cabeza dorada con asuntos tan impropios. Su finalidad ha sido siempre deleitar los ojos, no reflexionar sobre política. Ese esposo tuyo se ha hundido en un laberinto de desinteligencias, porque creyó que podía entender cosas que estaban más allá de su comprensión. Los culpables son esa hermana y sus amigos, no lo dudo. Confío en que no te han contaminado a ti con sus locas ideas.

—Esas ideas ¿serían tan locas, padre, si hubiese una guerra con los franceses?

—No sientas ningún temor. Siempre te protegeré. Y te devolveré a tu esposo. Es lo que deseas, ¿no es cierto?

Lucrecia asintió. Comenzó a llorar, y si bien sabía que el Papa detestaba las lágrimas, no podía contenerlas.

—Ven, sécate los ojos —le rogó, y al hacer Lucrecia un movimiento para obedecerle, quedó al descubierto la carta de Alfonso, que ella había ocultado debajo de las mantas de la cama, y el Papa la vio.

La levantó, pero Lucrecia se la quitó con rapidez de las manos. La expresión de Alejandro reveló que se sentía algo herido, y Lucrecia dijo con rapidez:

—Es una carta de Alfonso.

—¿Escrita después de que se fue?

—La escribió antes de irse y envió a un mensajero con ella. Explica por qué se ha ido y... y...

El Papa deseaba evidentemente apoderarse de la carta, y esperaba que su hija se la mostrara, pero Lucrecia no lo hizo, y él era un diplomático demasiado hábil para pedírsela y enfrentar tal vez una negativa. No quería nada desagradable con Lucrecia, y ahora sabía que Alfonso lo consideraba su enemigo; en consecuencia, Lucrecia se vería presionada en dos sentidos contrarios. El Papa estaba decidido a mantener su dominio sobre su hija y sabía que podría lograrlo mejor si continuaba adoptando con ella la actitud de un padre benevolente y comprensivo.

—Me pregunto por qué no te llevó con él —dijo Alejandro—. Declara amarte mucho, y sin embargo te deja.

—Es por mi embarazo. Él temía que el viaje tuviera que ser hecho con tal prisa que podría hacernos daño a mí y al niño.

—¡Sin embargo decide dejarte!

—Quiere reunirse conmigo no bien sea posible en Nápoles.

El endurecimiento de la boca del Papa no fue perceptible para Lucrecia. Alejandro estaba decidido a no permitir que Lucrecia dejara a su padre para reunirse con su esposo.

Alejandro vaciló durante algunos instantes, y luego dijo.

—No puede sentir tanta ansiedad por tu estado como yo. Pero tal vez es

joven y no comprende que el embarazo puede ser una experiencia riesgosa. No te permitiría viajar tan lejos hasta que haya nacido tu hijo.

Sus ojos se encontraron, y en ese momento Alejandro comprendió que Lucrecia ya no era niña, y que la había subestimado. Conocía las rivalidades que existían; tenía plena conciencia del carácter posesivo del amor de su padre hacia ella, y de que Alfonso tenía motivos para desconfiar de las intenciones de su suegro hacia él.

Lucrecia comenzó a llorar una vez más. No podía contener las lágrimas. Eran lágrimas de dolor y desesperación.

Y Alejandro, que no podía tolerar las lágrimas, le besó la frente en forma leve y se retiró en silencio.

Alfonso llegó a Nápoles y, a pesar de que el Papa exigía su regreso inmediato, se negó a volver; tampoco su tío, el rey Federico, estaba dispuesto a entregarlo.

Esta situación enfureció al Papa, que comprendió que toda Italia sabía que Alfonso tenía buenos motivos para estar asustado, pues estaba dispuesto a abandonar a una esposa de la cual, según todos sabían, estaba profundamente enamorado.

Alejandro había tenido desmayos con mayor frecuencia durante los últimos tiempos, y había ocasiones en que el rostro se le inundaba de sangre, las sienas le latían, y le resultaba difícil recuperar esa apostura que, según sabía, era una de sus principales ventajas.

Esta era una de las ocasiones en que le resultaba imposible mantenerse calmo.

Mandó llamar a Sanchia y le dijo que podía prepararse para partir inmediatamente hacia Nápoles; como el rey estaba decidido a retener a su hermano, también podía tenerla a ella.

Sanchia se sintió estupefacta. No tenía deseos de dejar Roma, y lo puso inmediatamente en claro ante el Papa.

Alejandro no la miró, y su voz era fría.

—No estamos discutiendo tus deseos, sino los míos —le dijo.

—Santidad, mi lugar está aquí, con mi esposo.

—Tu lugar está allí donde yo digo que debe estar.

—Muy Santo Señor, ruego que consideréis esto.

—Ya lo he considerado, y tal es mi decisión.

Sanchia perdió los estribos.

—Me niego a ir —dijo.

—En tal caso —reiteró el Papa— será necesario trasladarte por la fuerza.

Había desaparecido el hombre cortés con las mujeres. Su belleza no significaba nada para él. Sanchia nunca hubiese creído que sería posible.

Gritó, llena de una cólera humillada:

—Si me voy, llevaré a Goffredo conmigo.

—Goffredo se queda en Roma.

—¡Y Lucrecia! —gritó ella—. Llevaré a Lucrecia y a Goffredo conmigo.

Ellos me acompañarán. Lucrecia anhela reunirse con su esposo. Si mi lugar está en Nápoles, también el suyo está allí.

Y con cierta satisfacción, pues percibió que lo había alarmado, Sanchia partió.

Fuera del palacio de Santa María in Portico, un brillante cortejo se preparaba a partir. Había cuarenta y tres carrozas y entre ellas una espléndida litera con almohadones bordados en raso carmesí y un baldaquín de color damasco, destinado a llevar a Lucrecia. Había sido diseñado por el propio Papa para permitir la mayor comodidad a una mujer embarazada durante un viaje largo y aburrido.

Ahora Lucrecia estaba reclinada en la litera, y Goffredo había montado a caballo; juntos, al frente del cortejo, partían de Roma en dirección a Spoleto.

De pie en el Pórtico de la Bendición se encontraba Alejandro, decidido a ver a su hija antes de que dejara Roma; su sonrisa era tierna y llena de afecto, y elevó tres veces la mano para bendecirlos antes de que partieran.

Lucrecia se sentía feliz de irse de Roma. Los últimos días habían sido muy agitados. Sanchia había sido obligada a volver a Nápoles, muy en contra de su voluntad, y Lucrecia sabía que este viaje a Spoleto se hacía porque su padre temía que ella y Goffredo se escaparan y se reunieran con su esposo y su esposa en Nápoles.

Se encontraban bajo custodia, de una manera benigna y afectuosa; no había dudas al respecto. Los rodeaban asistentes que habían jurado que no los perderían de vista, y que deberían responder al Papa si se escapaban.

El Papa había hablado con Lucrecia de este viaje que debía hacer a Spoleto. Era su amada hija, según dijo, y deseaba honrarla. La iba a nombrar gobernadora de Spoleto y Foligno, un cargo que habitualmente correspondía a cardenales o sacerdotes de alto rango. Pero quería que todo el mundo supiera que respetaba a su hija tan profundamente como la amaba; y ése era el motivo por el cual iba a conferirle ese título.

Lucrecia sabía que se trataba tan sólo de la mitad del motivo. Alejandro temía que ella huyera, y no habría podido soportarlo, no deseaba hacerla su prisionera en Roma, y por eso la convertía en su prisionera en Spoleto. Allí, ella viviría en lo que era prácticamente una fortaleza, y Spoleto, al estar a doscientos cuarenta kilómetros al norte, establecía una distancia entre Lucrecia y Alfonso mayor que si se hubiese quedado en Roma.

También sabía que sus continuas lágrimas lo cansaban. Alejandro deseaba que ella riera mucho, le cantara canciones, lo divirtiera; no podía tolerar las lágrimas.

El viaje fue fatigoso, y tardaron seis días en llegar a Spoleto. En su estado, debía enfrentar muchas incomodidades, aun en su litera carmesí acolchada y en el palanquín de raso que el Papa había tenido la previsión de

equipar con un escabel.

Sin embargo, Lucrecia se sentía más feliz de lo que había sido desde la partida de Alfonso, pues su padre le había dicho que haría todo lo que estuviese a su alcance para que pudiera reunirse con su esposo, y no dudaba que lograría llegar felizmente a esa situación en pocas semanas, enviando a Alfonso a Spoleto para que le hiciera compañía.

Era imposible dudar de la habilidad de Alejandro para lograr lo que se había propuesto, y Lucrecia creía que antes de que pasara mucho tiempo Alfonso estaría realmente con ella.

Cuando cruzaron las praderas y ella vio el gran castillo, austero e imponente, dominando la ciudad, sintió como si estuviera dirigiéndose a una verdadera prisión pero, se dijo a sí misma, si Alfonso se reunía con ella en ese lugar, sería una prisionera muy feliz.

En la ciudad, los habitantes la esperaban para darle la bienvenida; sonriente, pasó bajo los arcos de flores, y escuchó con profundo placer, a pesar de su cansancio, los discursos de bienvenida. Aunque había llegado a primera hora de la tarde a Spoleto, no pasó entre la Torretta y la torre Spiritata hasta que el sol estuvo a punto de ponerse.

Dentro del castillo fue acompañada a la corte de honor, con sus muchas arcadas, donde entregó las instrucciones que el Papa le había dado a los dignatarios que estaban reunidos allí. Escuchó nuevos discursos; fue aclamada como gobernadora de Spoleto y mientras escuchaba y sonreía encantadoramente a todos, rogaba: “Santa Madre de Dios, envíame a Alfonso aquí”.

Se sentaba ante una ventana, mirando hacia la ciudad o a través del barranco del Monte Luco, esperando a Alfonso.

Pasaron varias semanas, agosto terminó. Estaba en setiembre y en noviembre debía nacer su bebé.

Pensaba constantemente en Alfonso; anhelaba verlo. Y un día, a mediados de mes, sus mujeres la despertaron de su sueño, y Lucrecia sintió un estremecimiento de alegría en sus voces. No tuvo tiempo de levantarse de la cama antes de que la puerta se abriera de par en par y Alfonso se precipitara en sus brazos.

Se aferraron el uno al otro, sin habla, mientras las manos temblorosas de Lucrecia recorrían el rostro de él, como para asegurarse de que era Alfonso en persona y no algún fantasma, conjurado en un sueño.

—Alfonso —murmuró por fin—: Así que... has venido. Al comienzo él se sintió un poco avergonzado.

—Lucrecia, no sé cómo pude haberte dejado, pero pensé que era lo mejor. Pensé...

Ella nunca había sido amante de las recriminaciones.

—Tal vez fue lo mejor —dijo; y ahora que estaba con ella, deseaba olvidar que en algún momento la había dejado.

—Lucrecia, creí que te reunirías conmigo. Si hubiese sabido que permaneceríamos separados durante tanto tiempo nunca me habría ido.

—Eso ha terminado. Estamos juntos de nuevo —le dijo ella—. Oh, Alfonso, mi amado esposo, creo que nunca te permitiré que te alejes nuevamente de mi vista.

Les llevaron comida, y cenaron en la cama de Lucrecia. Había risas en el apartamento. Algunos de los nobles y las damas entraron y danzaron allí, y mientras tocaba su laúd, Alfonso cantaba. Estaban juntos de nuevo, uniendo de vez en cuando sus manos, como si estuvieran decididos a no separarse nunca más.

Los enamorados se sentían felices en Spoleto. Alfonso estaba con ella, y su carácter no le permitía alarmarse pensando en lo que podría depararles el futuro. El Papa había hecho posible que disfrutaran de esa felicidad, y lo aceptaban como su cariñoso padre.

En consecuencia, no permitieron que la invasión francesa a Italia los preocupara. Oyeron decir que Ludovico, incapaz de lograr ayuda de su aliado Maximiliano, emperador de Austria, que luchaba contra los suizos, había huido de Milán llevando a su hermano Ascanio con él, y dejando a Milán abierta a los franceses. Aunque se trataba de un brillante político, Ludovico no era un luchador, como lo había demostrado durante la invasión anterior; podía hacer planes, pero necesitaba un líder militar para llevar a cabo esos planes. Parecía que Luis iba a obtener una victoria tan fácil como la de Carlos algunos años antes.

Llegaron noticias que despertaron a los enamorados de su apasionada devoción. César estaba en Milán.

—Pronto veré de nuevo a mi amado hermano —gritó Lucrecia—. Anhele oírlo hablar de sus aventuras en Francia. Me pregunto cómo pudo tolerar su esposa separarse de él.

Y Alfonso, escuchándola sintió de nuevo que esa sombra fría se extendía sobre su vida. Siempre había sido César quien lo había alarmado más que cualquier otro.

Pero era muy fácil olvidar. Lucrecia traía su laúd, Goffredo cantaba con ellos, y ambos llamaban a los hombres y a las mujeres para el baile.

Alejandro se sentía lleno de regocijo. César había vuelto, y no pasaría mucho tiempo antes de que abrazara a su amado hijo. Los franceses se habían apoderado de Milán y los napolitanos se sentían alarmados; pero el Papa en el

Vaticano estaba muy contento. César era pariente del rey de Francia, y ahora los franceses y los Borgia serían aliados.

Alejandro ya había elaborado sus planes para el futuro reinado de los Borgia, que sería el suyo. Había llegado el momento de tomarlo en sus manos; Milán, Nápoles, Venecia, todos los estados y principados italianos estarían ocupados en protegerse de los franceses. Ese era el momento en que César podía avanzar con los ejércitos papales. Ese era el momento de formar el Estado de Romagna. Ciudades como Imola, Forli, Urbino, Faenza y Pesaro (oh, sí, Pesaro, con seguridad, así se vengarían de Giovanni Sforza por los rumores que hacía circular con respecto a la familia Borgia) caerían todas ante César. Y aquí estaba César, en Italia, con sus aliados franceses, esperando apoderarse de su reino.

Había una sola cosa que irritaba a Alejandro en ese momento: estar separado de su hija. Por tal motivo envió mensajes a Spoleto, ordenando a Alfonso que llevara a su esposa a Nepi (la ciudad que en la época de su elección a la silla papal había entregado a Ascanio Sforza a cambio de su apoyo, y que después le había arrebatado de nuevo), donde él, Alejandro, se reuniría con ellos.

¿Por qué César no podía ir a Nepi desde Milán? Allí, él y Alejandro podrían discutir sus planes para el futuro.

César partió de Milán, ansioso de reunirse con su familia. Anhelaba ver de nuevo a Lucrecia, aunque tendría que encontrarse con su esposo; deseaba disfrutar del calor de la admiración de Goffredo, pero fundamentalmente deseaba escuchar los planes que había hecho su padre para su propia promoción.

Por fin César hacía lo que siempre había querido hacer: era un soldado, y las fuerzas papales estarían a sus órdenes.

Era estimulante sentir de nuevo sobre su rostro el aire italiano. En Francia había tenido siempre conciencia de que estaba en una tierra extranjera y de que se lo vigilaba continuamente. Los franceses sentían aversión hacia él; le habían infligido muchas humillaciones, y César no era de los que olvidaban.

Mientras cabalgaba por la ruta de Milán a Nepi pensaba en lo que le gustaría hacer a los estudiantes de la Sorbona, si estuviera a su alcance castigarlos. Habían puesto en escena una comedia basada en el matrimonio de César, experimentando un placer particular en difamar a César y al Papa. Luis declaró que deseaba que se interrumpiera esta obra teatral, pues la comedia, representada muchas veces, era la comidilla de todo París; había enviado incluso a dos de sus funcionarios a la capital para impedir su representación, pero los estudiantes, en número de seis mil, se negaron a suspenderla, y Luis mismo debió ir finalmente a París a prohibir este insulto a alguien que debería

haber sido un huésped honrado por él.

César no podía vengarse de los estudiantes, pero lo haría de otros. Tenía un archivo mental de todos los que lo habían ofendido, aun con la palabra o la mirada más ligera. Todos morirían, de una manera u otra, pues la doctrina de César era que nadie podía insultarlo y sobrevivir.

Pero la venganza debía esperar. En primer lugar, tenía que conquistar su reino, y realizar el gran sueño de su vida.

Lucrecia lo esperaba mientras él cabalgaba hacia el castillo de Nepi, y fue la primera en darle la bienvenida. Estaba muy gruesa, pues le faltaban pocas semanas para el nacimiento, y eso lo irritó mientras la abrazaba, pues le recordó a Alfonso, su esposo y todos los rumores que había escuchado acerca del afecto que los unía.

—Ha pasado tanto tiempo, César, tanto tiempo —gritó ella.

Él le tomó el rostro entre las manos y lo examinó con atención. Por lo menos su cara había cambiado poco.

—Tenías en quién pensar: tu esposo y este hijo — le dijo.

—¿Crees que algo me impediría pensar en ti?

Era la respuesta que esperaba; la clase de respuesta que ella había aprendido a dar en los días de la nurserí.

El Papa lo saludó, tomándolo entre sus brazos, y lo besó con afecto, mientras el rostro le temblaba de emoción.

—Mi amado hijo, ¿por fin... por fin!

—Padre, habría deseado que hubiese sido antes.

—No importa, ahora estás aquí, y nos sentimos contentos.

César dirigió tan sólo un seco saludo hacia su cuñado; Alfonso quedó sorprendido, y la sonrisa de bienvenida se congeló en su rostro. Miró rápidamente a Lucrecia pero ésta, con quien había compartido todas las emociones desde que se había reunido con ella en Spoleto, hacía caso omiso de él. Alfonso percibió el orgullo que resplandecía en los ojos de su esposa, orgullo por ese hermano que tenía.

El Papa y César se encerraron juntos. Se inclinaron sobre los mapas, mientras esbozaban el reino de Romagna.

—Una por una, estas ciudades deben caer ante nosotros —dijo el Papa—. No caben dudas de que algunas, aterradas por la guerra, se rendirán sin lucha.

—Sabré cómo aterrorizarlas —le dijo César.

—Los italianos son un pueblo que ama el placer —prosiguió el Papa—. La invasión de Carlos lo demostró. Les gusta desfilar con hermosos uniformes; significan belleza y color, y ellos son grandes amantes de la belleza y el color. Les gustan los carnavales, las batallas fingidas; les gusta el desfile de héroes vencedores... pero la verdadera batalla... ¡no! No creo que nuestra tarea sea

difícil.

—La cumpliré con facilidad.

—Tienes confianza, hijo mío.

—¿Acaso todos los generales no deben tener confianza antes de la batalla? Creer en la derrota equivale a ir al encuentro del desastre.

—Vas a ser un gran general, hijo mío.

—¿Acaso no te lo dije siempre? No olvides, padre, que debo recuperar mucho tiempo.

Su mirada era acusadora, y el Papa pestañeó, sintiéndose súbitamente viejo, como si hubiese entregado las riendas a ese hijo testarudo y le hubiese pedido que condujera su carruaje.

Alejandro miró el mapa y trazó una línea con el dedo.

—Someteremos a todos los barones romanos —dijo—. Todos tendrán que subordinarse a la autoridad papal. Eres gonfalonero de la Iglesia, hijo mío.

Los ojos brillantes de César miraron los de su padre. Sí, Romagna estaría bajo control papal, y, como el Papa estaría bajo el control de su hijo, César sería pronto el amo de esos estados. Y su ambición no se detendría allí.

César se proponía unir a toda Italia y gobernar como rey.

En su dormitorio de Nepi, Alfonso y Lucrecia estaban juntos, recostados. Era temprano, por la mañana, y Lucrecia percibía la inquietud de su esposo.

—Alfonso —susurró—. ¿Qué te preocupa?

—No puedo dormir —le contestó él.

—¿Por qué no, Alfonso?

Él se mantuvo silencioso; ella se elevó sobre los codos y aunque no podía ver el rostro de su esposo, lo tocó levemente con los dedos. Él le tomó la mano y la besó apasionadamente. La suya estaba temblando.

—¿Qué te preocupa, Alfonso? —le preguntó de nuevo.

Él vaciló. Luego mintió:

—No sé. Debe haber sido alguna pesadilla.

Ella lo besó de nuevo y se acostó a su lado.

Alfonso sabía cuán profundamente Lucrecia amaba a su hermano, demasiado profundamente, según decían muchos, y no lograba reunir fuerzas para decirle: “Es la presencia de tu hermano aquí en Nepi. Mientras esté aquí, encontraré imposible estar en paz. Es como si el castillo estuviera lleno de sombras, fantásticas, grotescas y horribles, que colgaran sobre mí. Hay sombras de advertencia y sombras amenazadoras. Y sueño con César, de pie sobre mí, con la espada desnuda en la mano y esa sonrisa a medias que se burla de mí y que es tan cruel”.

Hubo regocijo general en el Vaticano, pues Lucrecia dio a luz con felicidad a un varón.

Decidieron llamarlo Rodrigo, como el Papa, y nadie parecía más complacido que el abuelo del niño, que examinó inmediatamente al bebé y declaró que el pequeño se le parecía en algo más que en el nombre. Yendo y viniendo por la habitación de Lucrecia con el joven Rodrigo en los brazos, parecía haber recuperado toda su perdida juventud. Ya hacía planes para el futuro del muchacho, y preguntaba a todos los presentes si alguna vez habían visto a un niño más sano que este nieto que acababa de tener.

Lucrecia, recostada en su magnífica cama de Santa María in Portico, si bien estaba contenta por el niño, se sentía agotada por el parto, que había sido largo y arduo. Alfonso permanecía al lado de su cama, teniéndola de la mano, complacido ante la actitud del Papa hacia su hijo.

César no los había acompañado en su regreso a Roma, y ahora que estaba lejos, Alfonso podía olvidar las noches de terror que había pasado.

Fuera de la plaza de San Pedro se oía el ruido de los ejercicios militares de los soldados, pues los ejércitos papales se preparaban para marchar; y aunque el Papa se mostraba encantado con este nuevo bebé, sus soldados eran los enemigos de los parientes del padre.

Sanchia estaba en Roma, pues Lucrecia había rogado al Papa que permitiera volver a su cuñada; incapaz de negar los deseos de su hija, Alejandro no puso obstáculos al regreso de Sanchia, y cuando ella volvió la trató como si no hubiese habido diferencias entre ellos.

Lucrecia se sentía complacida de tenerla con ella, Alfonso estaba más que complacido, estaba aliviado. No podía tener a muchos amigos a su alrededor, y confiaba por completo en su hermana.

Era el día del bautismo del infante Rodrigo, y hubo una gran ceremonia en el palacio de Santa María in Portico. Nadie hubiera adivinado que tan recientemente el Papa había declarado que los señores de Pesaro, Forli, Urbino, Imola y Faenza habían perdido sus derechos sobre estos dominios por no haber pagado el diezmo a la Iglesia, y que esta declaración fue la señal para que César iniciara su serie de ataques.

En el momento del bautismo del bebé, todo era alegría en el palacio de Lucrecia. Ella se sentía demasiado débil para levantarse, por lo cual estaba recostada en la cama, entre sus almohadones de raso rojo bordados de oro; y en su cuarto se habían colgado telas de terciopelo, de ese delicado color azul que Lucrecia había puesto de moda y al cual se había dado el nombre de azul alejandrino.

A su cabecera se acercaron muchos huéspedes, los hombres y las mujeres más importantes de Roma; traían regalos y felicitaciones, y todos le transmitieron sus buenos deseos por la salud y la prosperidad de su bebé.

Lucrecia estaba muy cansada, pero se mantuvo sentada en sus cojines, sonriendo con valentía, mientras su padre contemplaba la escena con una mirada de aprobación. Era la forma de demostrar su amor por ese hijo de Lucrecia, de decirle que ese pequeño Borgia tendría su parte de amor y que disfrutaría de esa devoción infatigable que Lucrecia conocía muy bien porque la había experimentado en carne propia.

En la capilla se reunieron muchos cardenales y cuando se acercó el momento del bautismo avanzaron en una procesión espléndida desde la capilla del palacio hasta la Capilla Sixtina, que estaba adornada con las “Hijas de Yetro” de Botticelli y la “Entrega de las Llaves” de Perugino.

El bebé era sostenido por Juan Cervillón, el valiente capitán español a quien Lucrecia había terminado por considerar como su amigo; y el pequeño Rodrigo, vestido con brocado de oro con bordes de armiño, tenía un aspecto espléndido.

En el altar el arzobispo de Cosenza (Francesco Borgia) recibió al bebé de manos de Cervillón y lo llevó hasta la fuente, mientras el cardenal Caraffa realizaba la ceremonia bautismal.

El deseo del Papa era que después de la ceremonia el niño fuera entregado a un miembro de la familia Orsini, para que todos los presentes pudieran interpretarlo como un símbolo de su deseo de amistad con ellos.

El efecto del gesto se echó a perder cuando el joven Rodrigo, después de portarse perfectamente desde el momento en que dejó Santa María in Portico y durante toda la ceremonia en la Capilla Sixtina, estalló en un berrido de angustia cuando un miembro de la familia Orsini lo tomó, y continuó llorando fuertemente hasta que fue tomado por otro par de brazos.

Un mal augurio, dijeron los que observaban la escena. Los Orsini debían cuidarse del Santo Padre, y él de ellos.

Los días que siguieron al bautismo fueron inquietos, y aun Lucrecia y Alfonso no pudieron eludir la tensión.

El amigo de Lucrecia, Juan Cervillón, vino a verla el día después del bautismo y le dijo que había estado alejado de su hogar durante mucho tiempo, que deseaba volver a Nápoles para poder ver a su esposa y a su familia.

—Debéis ir, Juan —le dijo Lucrecia—. No se puede esperar que estéis separado de ellos durante tanto tiempo.

—He pedido autorización a Su Santidad —le contestó.

—¿Y os la ha dado?

—Sí, pero con cierta reticencia.

Alfonso, que se había reunido con ellos y que los escuchaba, dijo:

—Es comprensible. Lo habéis servido bien.

—Nunca olvidaré —dijo Lucrecia— que fuisteis vos, Juan, quien

persuadió al rey Federico para que permitiera a mi esposo unirse conmigo en Spoleto.

—Fui meramente el embajador de Su Santidad.

—Pero trabajasteis bien para nosotros, lo sé, querido Juan. No os alejéis sin despediros de nosotros y cuando lo hagáis, quiero que me prometáis que no estaréis mucho tiempo alejado de nosotros.

Él le besó la mano.

—Lo prometo —dijo.

Ese día César regresó. Estaba ansioso por conseguir más dinero para su campaña, y varias veces conferenció a solas en forma prolongada con el Papa, discutiendo sus planes.

Vino a ver a Lucrecia, le dijo que parecía pálida y fue seco con Alfonso, como si lo acusara de la fragilidad de Lucrecia; apenas miró al bebé.

Lucrecia se enteró de que César había interrumpido al Papa cuando éste elogiaba a su nieto.

—Está celoso —dijo Alfonso a Lucrecia, y ella observó que el temor volvía a los ojos de su esposo, y que cuando César estaba cerca era un hombre distinto—. Está celoso de mi amor por ti y del tuyo por mí, del amor de tu padre por ti y nuestro hijo.

—Estás equivocado —lo tranquilizó Lucrecia—. Está excesivamente ansioso porque he tardado mucho tiempo en recuperarme del nacimiento del pequeño Rodrigo. Siempre hemos sido una familia muy afectuosa.

—¡Una familia afectuosa! —gritó Alfonso—. Es tan afectuosa que un hermano mata al otro.

Ella lo miró con una expresión herida, que lo indujo a apresurarse a apaciguarla:

—Hablé sin pensar. Repetí habladurías. Perdóname, Lucrecia. Olvidemos lo que he dicho. Olvidemos todo, salvo que nos amamos y que estamos juntos.

Pero no era posible olvidar esos temores, pues dos días más tarde ocurrió una tragedia terrible.

Alfonso se enteró de lo que había ocurrido y acudió pálido y tembloroso a ver a Lucrecia.

—Se trata de Juan Cervillón, murió; ahora nunca regresará a su casa en Nápoles. Su esposa y sus hijos no lo verán nunca, como esperaban. Ha muerto apuñalado anoche, cuando salía de una cena.

—¡Juan... muerto! Pero si ayer estaba con nosotros.

—Los hombres mueren rápidamente en Roma.

—¿Quién le ha hecho esta cosa terrible? —gritó Lucrecia.

Alfonso la miró pero no le contestó.

—Llevarán a sus asesinos a la justicia —prosiguió Lucrecia.

Alfonso meneó la cabeza y dijo con amargura:

—La gente recuerda la muerte de tu hermano, el duque de Gandia. Murió después de salir de una cena. Juan ya ha sido enterrado en Santa María in Transpontina, en el Borgo Nuovo, y se afirma que no se permitió a nadie ver

sus heridas.

Lucrecia se cubrió el rostro con las manos. Alfonso prosiguió, casi histéricamente:

—Se lo escuchó, poco antes de morir, hablando mordazmente del asunto de Sanchia y tu hermano César, y se dice que conocía demasiados secretos papales para que se le permitiera salir de Roma.

Lucrecia mantenía el rostro oculto entre las manos. No deseaba ver el temor que aparecía en el de su esposo.

La muerte de Juan pareció el comienzo de una nueva época de terror. Hubo varias muertes por apuñalamiento en callejuelas después del oscurecer; algunos cuerpos fueron rescatados del río, y hubo muchos que murieron misteriosamente, en una forma tal que nadie podía decir cómo había sucedido. Se veían atacados por enfermedades de síntomas variables; algunos parecían estar intoxicados y morían mientras dormían. Había una circunstancia semejante en muchas muertes misteriosas: quienes morían habían cenado en la mesa de los Borgia no mucho antes de fallecer.

Los Borgia tenían una nueva arma, toda Roma sabía en qué consistía: el veneno. Tenían sus boticarios especiales, que trabajaban para ellos componiendo y perfeccionando sus recetas de venenos, según se decía; los habían traído desde Borja, su ciudad natal en las fronteras de Aragón, Castilla y Navarra; y habían aprendido esos secretos de los moros. Los moros españoles y los sutiles italianos eran una combinación formidable, y su resultado era la *Cantarella*, ese polvo que estaba comenzando a ser temido por todos aquellos a quienes su vida diaria ponía en contacto con los Borgia.

Fernando d'Almeida, el obispo portugués de Ceuta, fue la siguiente víctima de importancia. Había estado con César en Francia, y se afirmaba que lo había visto más de una vez humillado. Murió misteriosamente, en el campamento, con el hijo del Papa.

Mientras tanto, las operaciones militares de César proseguían con el mayor éxito, y ahora estaba listo para dedicar su atención a Forli, que se encontraba en las manos de la condesa de Forli, Caterina Sforza, reputada como una de las mujeres más valientes de Italia.

Tenía plena conciencia de que no podría resistir contra César. Imola, el primer baluarte de Caterina, ya había caído ante sus tropas, y ella envió mensajeros de Forli a Roma que imploraban merced al Papa.

El Papa no tenía la intención de dar merced, pues Forli debía caer ante César, y había sido elegida para que fuera una parte importante del ducado de Romagna. En consecuencia, hizo arrestar a los mensajeros, y cuando se los torturó “confesaron” que la carta que llevaban al Papa había sido tratada con un veneno con el que se proponían causar su rápida muerte.

Hubo consternación en el Vaticano. Cuando Lucrecia se enteró de la

noticia, acudió corriendo a su padre e irrumpió sin ceremonias en su presencia. Se arrojó a sus brazos y lo besó una y otra vez.

—¡Vamos, vamos! —la tranquilizó Alejandro, acariciándole el largo pelo dorado—. ¿Qué motivos hay para que te sientas tan excitada?

—¡Podrían haberte matado! —gritó Lucrecia.

—Ah —dijo Alejandro—, vale la pena correr ese riesgo para ver cómo se preocupa mi amada hija por su padre.

—Padre, la vida sin ti sería intolerable.

—¡Y eres una esposa! ¡Y eres una madre!

Sus ojos estaban alertas, vigilantes. La respuesta deseada era: “¿Qué son éstos para mí sin mi amado, mi sagrado Santo Padre, mi afectuoso padre terrenal?”

Ella le besó las manos y él sintió que estaban húmedas por sus cálidas lágrimas. Esas lágrimas no le disgustaban.

—Todo está bien, mi queridísima —murmuró—. Todo está bien. Somos demasiado astutos para ellos, nosotros los Borgia.

—¡Que hayan podido atreverse! —gritó ella.

Luego se detuvo, pues recordó los rumores que había escuchado acerca de hombres que habían cenado en las mesas de los Borgia y se habían despedido de la vida. Pensó en el pobre Juan Cervillón, que había estado tan alegre y feliz un día, anticipando su regreso a su familia, y cuyo cuerpo yacía en el sepulcro menos de veinticuatro horas más tarde.

César marchó sobre Forli, decidido a vengar la amenaza a la vida de su padre. No tendría piedad por Forli, cuya condesa se había atrevido a dar a los Borgia una dosis de su propio remedio. Ella debía comprender el poder del Toro que Pastorea.

Desde las almenas de su castillo Caterina observaba a los soldados acampados abajo. Su situación era desesperada, pero no estaba dispuesta a ceder antes de infligir grandes daños al enemigo. No hacía parte del carácter de Caterina ceder sin lucha. Era la hija ilegítima del duque Galeazzo Maria Sforza y, por consiguiente, su antepasado era el famoso *condottiere*, Francesco Sforza. Sólo tenía dieciséis años cuando se casó con Girolamo Riario, sobrino del papa Sixto, que lo hizo conde de Forli. Ese hombre fue célebre por su crueldad y poco después de su matrimonio con Caterina el pueblo se levantó contra él, entró en el castillo, lo despojó de las ropas y arrojó su cuerpo desnudo desde las torres. Luego Caterina se casó con Giacomo de Feo, que sufrió un destino similar a manos del populacho; pero esta vez Caterina ya tenía más años y, decidida a vengarse, reunió a sus soldados y persiguió a los asesinos de su esposo hasta su aldea, donde ordenó que todo hombre, mujer y niño debía ser cortado en pedazos, cosa que se hizo. Ese era el tipo de mujer en que Caterina se había convertido.

Ahora se encontraba al frente de la batalla, dirigiendo a sus soldados, luchando hasta el fin, exigiendo todos los sacrificios posibles a César y sus hombres, pero sabiendo que al final, a causa de la superioridad del enemigo en armas y en número debían derrotarla.

Cuando César se abrió paso y entró en el castillo ella lo esperaba, con su largo pelo cayendo en desorden sobre sus hombros. Era una mujer madura, pero hermosa y de carácter tempestuoso.

—Me rindo —dijo ella con dignidad.

—Porque no tenéis otra alternativa —le recordó César.

César se acercó a ella y se quedó mirándola; sus ojos se encontraron, y los de César estaban llenos de una crueldad oculta.

Esta era la mujer que había intentado envenenar a su padre; era lo que habían dicho sus mensajeros al torturárselos. Le haría ver qué ocurría a quienes creían poder oponerse a los Borgia.

Caterina observó a su adversario. Había oído hablar de la caballería de los franceses, y recordaba que cuando Julia Farnese había caído en manos de Yves d'Allegre, ese galante capitán francés, había salido ilesa.

—Exijo —prosiguió ella— ser entregada a los franceses.

—¿Por qué? —dijo César—. ¿No sois mi prisionera? No supongáis que os dejaré ir.

En ese momento, Caterina se sintió feliz de haber enviado lejos a sus hijos. En cuanto a ella, se trataba de una mujer que había tenido muchas aventuras y se afirmaba con cierto fundamento que desde la muerte de sus esposos se había rodeado de hombres que trabajaban de todo corazón para ella, teniendo como única recompensa un lugar en su cama.

Ella comprendía el significado de la luz que brillaba en los ojos de César. No estaba alarmada; en realidad, se sentía excitada, si bien no le permitiría percibirlo. Su misma crueldad y los rumores que había oído acerca de su barbarie ejercían atractivo sobre su salvaje naturaleza.

—¿Qué queríais de mí? —preguntó, extendiendo una mano para rechazarlo.

César dio un golpe a esa mano, y ella hizo una mueca de dolor.

—Exijo el *droit de seigneur*.

Los ojos de Caterina echaron destellos.

—No contento con la violación de mi ciudad, ¿queréis violar mi persona?

—Veo que comprendéis perfectamente vuestra difícil situación —dijo César.

—Pido que os alejéis de mí.

—No os corresponde pedir sino someteros —dijo César.

Sus ojos brillaron con una repentina lujuria, mientras la tomaba por los hombros. Esa salvaje mujer iba a luchar, y él disfrutaría de un encuentro como los que había tenido con Sanchia. Gritó en alta voz:

—Todos vosotros podéis dejarme a solas con la condesa.

Ella trató de eludirlo, y la lucha comenzó.

La risa de César era demoníaca. Ella lucharía y con seguridad sería la perdedora. Debía recordar que había tomado por asalto el castillo; debía saber que todo baluarte debía caer ante él.

Esto era algo más que una aventura sexual; era un símbolo.

César volvió a Roma. Llegó como un héroe de conquista, y el Papa preparó una magnífica ceremonia para que todos pudieran comprender el orgullo que sentía por su hijo.

En realidad, César regresaba en un estado de ánimo que estaba lejos de ser triunfal. Se había visto obligado a volver a Roma sólo para obtener más dinero y modificar sus planes, pues en forma inesperada Ludovico, con el auxilio de Maximiliano de Austria, había reconquistado Milán, y los franceses habían considerado necesario llevar todas sus tropas a la agitada región de Lombardía. Como César había llevado a cabo toda su campaña con la ayuda de sus aliados franceses, encontró de pronto que sus ejércitos estaban tan desprovistos de medios que a duras penas le quedaba una cantidad suficiente de hombres para mantener guarniciones en las ciudades que había conquistado. Por consiguiente, no le quedaba otra cosa que hacer que volver a Roma.

Pero no estaba ansioso de que el mundo supiera hasta qué punto dependía de los franceses; por lo tanto, César debía volver triunfante, como lo habían hecho los romanos victoriosos en el pasado.

El lema de César era *Caesar aut nihil* (César o nada). Estaba decidido a mantener lo que había conquistado y a lograr aún más.

Poco después de la captura de Forlì el cardenal Giovanni Borgia vino a la ciudad para felicitar a su pariente por su victoria; pero repentinamente lo atacó una violenta enfermedad, y murió pocas horas después.

Hubo murmuraciones sobre el uso de la *cantarella*, y aunque parecía haber pocos motivos se sospechó que César había asesinado a su pariente. Se sabía que César necesitaba escasos motivos para hacerlo: era suficiente una mirada para producir su enojo y hacerle decidir que quien la había echado no era apto para seguir viviendo.

A causa de la muerte del cardenal César decidió entrar en Roma dando señales de duelo. Fue un espectáculo eficaz, y el pueblo que lo observó se mantuvo silencioso. Un centenar de carruajes, que desfilaba delante de los soldados estaban drapeados de negro; no había tambores ni pífanos, y el único ruido que se oía en las calles de Roma era el de las pisadas y el rodar de los vehículos. Los guardias suizos llevaban un uniforme de terciopelo negro, y mientras marchaban las grandes plumas negras de sus sombreros les daban el aspecto de aves de rapiña.

El propio César tenía un aspecto sombrío, vestido con terciopelo negro, pues los colores oscuros acentuaban el castaño vivo de su pelo y su barba. A

su lado cabalgaban su hermano Goffredo y Alfonso, los cuales, por instrucciones del Papa, habían ido a las puertas de la ciudad para entrar en ella a caballo con César.

Por sobre los soldados flotaban las banderas con los emblemas del Toro y las flores de lis doradas de Francia.

Lucrecia, que observaba desde el balcón, no podía apartar la vista de los tres hombres, todos muy guapos, César en el centro, con su jubón de terciopelo negro, pero apartado de los jóvenes brillantemente vestidos y enjorjados que iban a su lado.

Lucrecia advirtió que su guapo esposo estaba nervioso. En sus ojos se percibía esa expectativa, ese furtivo terror que había observado antes, cuando Alfonso estaba en compañía de su hermano.

La llegada de César se produjo en la época del carnaval, y en el jolgorio del pueblo se celebró un tema que complacía sin duda alguna al Papa. Hubo mascaradas que describían las victorias de César sobre sus enemigos; se escribieron poemas y canciones acerca de sus brillantes tropas y sus audaces campañas.

César estaba de buen humor. No tenía dudas de que alcanzaría su destino. Bailó con Lucrecia en presencia de su padre, y sus bailes fueron los de España. Renovó su persecución a Sanchia, y se decía en toda Roma que eran nuevamente amantes. Goffredo idolatraba a su hermano y trataba de copiarlo en todo; se sentía feliz de que su esposa complaciera al gran César, y se atribuía un gran mérito por haberse casado con ella para poder proporcionar a César la mejor amante que había tenido. En cuanto a Sanchia, sus sentimientos hacia él eran complejos; lo odiaba, pero lo encontraba irresistible; y, tal como antes, su odio acrecentaba su pasión.

Pero había algo que impresionó a César en ese momento. Lucrecia ya no era una niña, ya no era tan dócil; y comprendió, con gran disgusto, que su lealtad hacia su esposo podría resultar mayor que la que sentía por él.

Lucrecia había estado presente en las oportunidades en que miembros de la facción napolitana y la milanesa se habían reunido y habían conspirado contra César Borgia. ¡Lucrecia, su propia hermana, tal vez estuviera trabajando contra él!

César observó la devoción del Papa hacia su nieto. Si el bebé estaba en los jardines del Vaticano, Alejandro encontraba cualquier pretexto para acercarse a él. Se estaba volviendo casi loco en su adoración por su nieto, y hasta cierto punto ésa era la medida de su amor por Lucrecia.

Con creciente suspicacia César comenzó a evaluar el estado de la situación en el Vaticano. El esposo de su hermana era su enemigo y ejercía gran influencia sobre Lucrecia que, a su vez, tenía gran influencia sobre el Papa.

No había una sola persona a quien se debiera permitir dominar al Papa; y sólo había una a quien su hermana debía servir: César Borgia.

Comenzó a elaborar planes respecto de ese muchacho muy apuesto pero muy débil con quien habían casado a Lucrecia.

Encontraba difícil ser cortés con el joven tonto, y se irritaba cada vez más al verlos juntos, al presenciar un centenar de pequeños signos de su loco y profundo amor. Al pensar en el anhelo que sentían el uno por el otro César se sentía impulsado a algo parecido a una locura de la cual ni siquiera la desmesurada sensualidad de Sanchia podía extraerlo.

Se sentaba a reflexionar en sus cuartos, situados sobre los del Papa en el Vaticano, pues al volver a Roma no había ido a su propio palacio, y allí hacía sus planes. Gobernaría Roma, de la cual ahora era el amo, pues sus tropas estaban acampadas en todos los alrededores de la ciudad, y la ley estaba en sus manos. Si alguien cometiera una infracción, y una infracción podía ser una palabra ociosa pronunciada en una taberna contra César Borgia, no la repetiría. Las horcas sobre el puente de San Angelo estaban bien provistas con cuerpos colgados, una lección para que todos los vieran.

Era el amo de Roma. Era *Caesar*.

¿Por qué debía permitir que un joven insignificante y alocado lo irritara?

Los truenos y los relámpagos rasgaban la oscuridad sobre la ciudad eterna. Era la fiesta de San Pedro, y no se veía un alma en las calles, pues todos habían huido a la carrera para refugiarse en las casas cuando los primeros goterones comenzaron a caer. La lluvia inundaba las calles y rebotaba en el empedrado. El cielo estaba totalmente oscuro, y en sus casas la gente temblaba.

Alejandro se encontraba en sus apartamentos con el obispo de Capua y su chambelán, Gasparre, examinando algunos asuntos formales y sin importancia.

—¡Qué oscuro está! —dijo el Papa, mirando hacia arriba—. No veo bastante para leer.

—La tormenta se vuelve cada vez más intensa, muy Santo Señor —dijo el obispo.

—Debemos encender luz —replicó el Papa—. Y vean, la lluvia está entrando por las ventanas.

Gasparre caminaba por el apartamento para ir a pedir luces y el obispo había ido a la ventana, cuando el cielorraso encima del sillón papal se derrumbó.

Gasparre gritó, lleno de alarma, y él y el obispo, asfixiados por el polvo que llenaba el ambiente, corrieron hacia el lugar en que el Papa había estado sentado.

No pudieron levantar las pesadas vigas, por lo cual salieron del

apartamento a la carrera pidiendo ayuda.

—El Papa ha muerto —gritó Gasparre—. El techo se ha derrumbado y él ha quedado enterrado entre los escombros.

Guardias y oficiales corrieron a los apartamentos, y no pasó mucho sin que se difundiera la noticia en toda Roma: “El Papa ha muerto. Es la obra de Dios. Ha sido abatido a causa de sus malas acciones. Dios le ha quitado la vida, del mismo modo que él y su hijo han quitado la vida a tantos hombres”.

El pueblo se preparaba a amotinarse, como lo hacía invariablemente al morir un Papa. Los más prudentes se parapetaron en sus casas, y en los portones del Vaticano se colocaron guardias.

En el apartamento del Papa, los hombres trabajaban esforzadamente para levantar los escombros que habían caído.

—No puede estar vivo —decían.

Hacían el signo de la cruz: creían que lo que veían era la obra de Dios. Sin embargo, se asombraban de que Dios no se hubiese llevado a César con su padre. Los cuartos de César, sobre los del Papa, habían sido sacudidos, su piso se había hundido y era debajo de éste que ahora estaba enterrado el Papa; pero César había dejado su apartamento sólo unos instantes antes de que el rayo golpeará la chimenea y un trueno sacudiera el techo.

César oyó la noticia y fue corriendo al apartamento de su padre.

Estaba horrorizado. En esos momentos comprendió que necesitaba a su padre tanto como lo había necesitado durante toda su vida.

Si el Papa moría, habría un nuevo Papa, ¿y qué ocurriría entonces con los grandiosos planes de César? ¿De qué manera podría llevarlos a cabo sin la ayuda del Santo Padre? ¿Quién lo respetaría sin el poder de su padre atrás?

—Oh, padre mío —gritó—. No debes morir. No morirás.

Pidiendo palas y picos, se abalanzó sobre los escombros, con las manos sangrantes, mientras el sudor se derramaba por su cara.

—Mi señor —le dijo Gasparre con la voz entrecortada—, su Santidad no puede estar vivo.

César se dio vuelta y golpeó al chambelán en la cara.

—¡Trabaja más duro! —chilló—. Está aquí abajo, y no está muerto. No está muerto, te lo aseguro.

Bajo sus órdenes sus hombres obedecieron: sudando y jadeando, levantaron las grandes vigas, y por fin César descubrió una parte del manto del Papa. Lo tomó con un grito de triunfo, y en pocos e intensos minutos Alejandro, inconsciente y sangrando por las heridas recibidas, quedó expuesto a su vista. César gritó:

—Ayudadme a llevarlo a su cama. Llamad a los médicos. Que nadie se demore. Si mi padre muere todos vosotros moriréis.

Alejandro estaba muy débil, pero no había muerto y cuando César se

arrodilló y dio en alta voz gracias a Dios y a los santos por la salvación de su padre, abrió los ojos y sonrió a su hijo.

—Oh, padre mío —gritó César— aún estás con nosotros. No debes dejarnos. No debes.

Su voz se había elevado hasta convertirse en un grito histérico, que al Papa le pareció un pedido de auxilio: sonrió lentamente con una hermosa sonrisa para tranquilizarlo y quienes observaban la escena dijeron:

—Estos Borgia no son humanos. Tienen poderes de los cuales no sabemos nada.

Los médicos dijeron que el Papa había sufrido un gran colapso, que padecía una fiebre aguda y que debía realizarse una nueva sangría.

—Entonces sacadle sangre —gritó César. Sus ojos centelleaban amenazadores—. Su vida está en vuestras manos. No lo olvidéis, pues yo nunca lo olvidaré.

Mandó a llamar a Lucrecia y se sentaron juntos en el cuarto del enfermo, tomados de los brazos, temerosos de que algo le ocurriera al hombre amado que estaba en la cama.

—Tú lo cuidarás, Lucrecia, sólo tú —insistió César, con los ojos dilatados por el temor pues creía que podría haber alguien que aprovechara esta oportunidad e intentara hacer al Papa lo que él y su hijo habían hecho a tantos. César acercó su cara a la de su hermana. Sí, tú... y nuestro padre... somos uno solo —prosiguió—. Debemos estar juntos... siempre. En eso reside nuestra fuerza y nuestra felicidad.

—Sí, César —contestó ella.

—No lo olvides, hermana. Podemos ser el Papa... podemos ser un general... podemos ser esposa y madre... pero primero, primero siempre, somos Borgia.

Ella asintió, y tuvo miedo. En lo ojos de César había percibido destellos que la aterraron.

Pero en ese momento en su mente no había ningún pensamiento que no fuera la salud de su padre. Sería su deber y su placer cuidarlo hasta que volviera a estar sano.

Alejandro era un titán. Pocos días después del accidente, que habría resultado fatal para la mayoría de los hombres de su edad, estaba sentado en la cama, tan alegre como siempre, con los miembros de su familia a su alrededor, con sus facultades intelectuales no disminuidas, recibiendo a embajadores, dirigiendo los asuntos de la Iglesia y el Estado con un vigor que habría sido sorprendente en un hombre veinte años menor. Sus ojos se detenían sobre un miembro de la familia con mayor afecto que sobre cualquier otro: su amada hija Lucrecia. César tenía conciencia de eso.

Alejandro había percibido la alarma y la pena de César, pero sabía que

en gran parte su emoción histérica se debía al temor de perder ese gran dosel protector de la influencia papal, bajo el cual se refugiaba César. Su hijo sabía, como lo sabían todos los jefes de estado en Italia, que una vez que ese dosel desapareciera, César y todos sus brillantes triunfos no durarían ni cuatro días. César tenía muy buenos motivos para mantener vivo a su padre.

Pero en los ojos de Lucrecia el temor no era por su propio futuro. ¡Querida niña imprevisora! No pensaba en eso. Apoyó sus manos contra el pecho de su padre y lloró, llena de amor. Le dijo:

—¡Muy amado, muy Santo Padre, cómo podría soportar la vida sin ti!

Era agradable saber que su hijo comprendía el valor de la protección de su padre; pero en ese momento percibir el desinteresado amor de su hija era más precioso que cualquier otra cosa en la vida de Alejandro.

La amaba más profundamente que nunca. Sus ojos la seguían por la habitación, y se sentía molesto cuando ella no estaba allí. El Papa declaró:

—No permitiré que nadie me atienda salvo mi hija.

Y cuando ella se arrojó a su lado en la cama y declaró con lágrimas en los ojos que estaría cerca de él noche y día, mezclaron sus lágrimas. En ese momento, como el Papa nunca había alentado el llanto, ni en sí ni en ninguno de su familia, la mantuvo apretada contra él, y gritó:

—¿Por qué lloramos? Deberíamos reír, hija, cantar canciones de alegría, pues ¿qué padre en este mundo fue bendecido nunca con tal hija, y qué hija ha tenido alguna vez un amor de padre como el que yo te doy?

Lucrecia decidió dejar Santa María in Portico y permanecer en el Vaticano. Se preparó un apartamento para ella, al lado del papal. De este modo Alejandro podía descansar tranquilo, sabiendo que a cualquier hora del día o de la noche sólo necesitaba llamarla para que ella acudiera a su lado.

Había dos hombres que observaban la situación con insatisfacción. Uno era César, porque advertía que la influencia de su hermana sobre su padre podía en cualquier momento eclipsar la de él; otra era Alfonso, porque Lucrecia se había mudado al Vaticano, donde no se le permitía estar con ella, y eso significaba que debía temporariamente ceder su esposa al padre de ésta.

Alfonso se irritaba y pasaba mucho tiempo con sus amigos, los hombres y las mujeres con los cuales se había reunido en los apartamentos de Lucrecia antes de la invasión francesa. En su mayoría eran napolitanos, que estaban alerta, evaluando la fuerza de la alianza entre los Borgia y los franceses.

César, que lo sabía, se decía que Alfonso era algo más que un motivo de irritación. Constituía un peligro. Lucrecia le era fiel; ¿qué podría no pedirle?, y conociendo su influencia sobre el Papa, ¿qué podría salir de eso?

A César le parecía que Alfonso —por más que fuera un joven desabrido— era uno de sus enemigos más peligrosos.

Durante ese mes de julio del año de Jubileo de 1500 hubo muchos

peregrinos en Roma. Llegaban cristianos de todas partes de Europa y muchos, por pobreza o por religiosidad, pasaban la noche durmiendo contra las paredes de la catedral de San Pedro.

Era una noche de luna llena, estrellada, y Alfonso estaba cenando con Lucrecia en su apartamento del Vaticano. Estaban solos y Alfonso, después de despedirse por última vez, se quejó amargamente de la necesidad de dejarla.

—Muy pronto, queridísimo, mi padre se recuperará —dijo Lucrecia—. Entonces estaré contigo en Santa María.

—Ya ahora está bastante bien como para que lo dejes —replicó Alfonso de mal humor.

—Me necesita aquí... por un poco más de tiempo. Sé paciente, mi querido esposo.

Alfonso la besó.

—Te echo mucho de menos. Lucrecia.

Ella le acarició la cara con ternura.

—Me sucede lo mismo.

—Queridísima Lucrecia, las noches parecen largas sin ti. ¡Aún sigo soñando...!

—¿Tus pesadillas, mi querido? Oh, si yo pudiera estar allí para reconfortarte y decirte que no hay nada que temer. Pero pronto, Alfonso... tal vez la semana próxima.

—¿La semana próxima, crees?

Ella asintió.

—Hablaré con mi padre.

—Esperaré con ansiedad la semana próxima.

Se abrazaron y, como se estaba acercando la medianoche, él la dejó.

Con sus caballeros de escolta, Tommaso, Albanese y su escudero dejó el Vaticano y entró en la plaza. Estaba muy tranquila, pues el lugar estaba desierto, salvo un grupo de peregrinos que se agolpaban sobre las gradas de San Pedro.

—Es posible —dijo Alfonso a Albanese— que la semana próxima ya no necesitemos hacer estos viajes. Mi esposa estará conmigo en Santa María.

—Me alegro, mi señor —contestó Albanese.

Se habían acercado un poco más al grupo de los peregrinos. Alfonso apenas los miraba porque se trataba de una escena común; pero al ponerse a caminar se produjo un súbito movimiento, un susurro, el ruido de rápidas pisadas y, sobresaltados, de pronto Alfonso y sus dos hombres se encontraron rodeados.

Todo sucedió en pocos segundos. Los peregrinos habían arrojado sus capas raídas, y sus espadas se alzaban, listas para la acción. Alfonso comprendió que había caído en una emboscada y que su vida estaba en peligro inminente. Pero era joven y fuerte, y experto con la espada.

—En guardia —gritó, y desenvainó su espada, pero mientras daba la orden su hombro resultó herido, y la sangre caliente se derramó por el

bordado dorado de su jubón.

Albanese y el escudero habían empuñado sus espadas y se estaban defendiendo bien contra los atacantes, pero estos últimos tenían la ventaja del número, y Alfonso ya se estaba debilitando por la pérdida de sangre.

La espada de uno de sus agresores le hirió el muslo, y con un gemido cayó desmayado al suelo. Entonces dos de los “peregrinos” trataron de levantarlo y arrojarlo sobre un caballo que esperaba, pero el valiente Albanese y el escudero, mientras llamaban a los gritos a los guardias papales, se lanzaron al ataque contra los que trataban de llevarse a Alfonso.

En los recintos del Vaticano se oyeron exclamaciones, seguidas por ruidos de pies que corrían.

—¡Dispersémonos! —gritó uno de los atacantes, y todos saltaron a caballo y se alejaron al galope, mientras el primero de los guardias papales hacía su aparición.

—¡Hemos sido atacados! —gritó Albanese—. Nuestro amo necesita urgente atención.

Levantaron a Alfonso y con la ayuda de los guardias lo llevaron al Vaticano.

—Mi esposa... —murmuró Alfonso desfalleciente—. Llevadme con mi esposa... y nadie más.

Lucrecia estaba con su padre, sentada a un lado de su cama, mientras Sanchia estaba en el otro, y ése fue el motivo por el cual Alfonso fue llevado al dormitorio del Papa.

Lucrecia dio un grito de horror cuando tendieron a Alfonso sobre el piso, y luego ella, junto con Sanchia, se precipitó hacia él y se arrodilló a su lado.

—¡Alfonso... mi queridísimo! —gritó Lucrecia.

Los ojos de Alfonso estaban vidriosos. Miró con aspecto suplicante la cara de Lucrecia.

—Sálvame, Lucrecia —murmuró—. No lo dejes acercarse a mí...

Sanchia dio órdenes a los hombres:

—Llamad a los médicos sin demora. ¡Traed agua caliente y vendas! Oh, hermano mío, no temas. Te salvaremos.

Pero él mantuvo los ojos fijos sobre Lucrecia mientras decía de una manera clara para que todos pudieran escuchar:

—¡Sé quién ha tratado de matarme. Fue tu hermano... César!

Luego cerró los ojos y todos los que se encontraban en el cuarto creyeron que nunca los abriría de nuevo.

Alfonso se encontraba en la Torre Borgia, en un cuarto cuyas paredes habían sido decoradas por Pinturicchio. Sanchia estaba con él, y también Lucrecia; habían cortado su jubón y restañado el flujo de sangre, mientras esperaban que los médicos llegaran y curaran sus heridas.

—Juntas y solas lo cuidaremos —dijo Sanchia a Lucrecia—. Es la única forma posible de que continúe viviendo.

Lucrecia estuvo de acuerdo. Ahora tenía conciencia de la realidad del terror que había ensombrecido la felicidad de Alfonso, y estaba decidida a cuidarlo hasta que se restableciera. Sabía contra quién debía protegerlo, y estaba decidida a hacerlo.

—Haré poner camas para nosotras en este cuarto —dijo.

—Camas para ambas —agregó Sanchia—. Lucrecia, si vive después del atentado de esta noche, debemos preparar nosotras solas su comida, y no debemos dejar el cuarto juntas. Una de nosotras debe estar siempre aquí.

—Así será —dijo Lucrecia.

Fueron interrumpidas por la llegada del embajador napolitano.

—¿Cómo está mi señor? —preguntó.

—Aún no podemos decirlo —contestó Sanchia.

—Su Santidad insiste en que permanezca aquí mientras los médicos curan sus heridas.

Sanchia asintió.

—¿Por qué tardan tanto los médicos en venir? —gritó Lucrecia—. ¿No comprenden que la demora es peligrosa?

Sanchia puso su brazo alrededor de Lucrecia.

—Mi querida hermana —le dijo—, estás con los nervios destrozados. Pronto estarán aquí... y si pasa esta noche... lo salvaremos. Tú y yo juntas.

Cuando llegaron los médicos, Sanchia llevó a Lucrecia a un rincón del cuarto, mientras se curaban las heridas de Alfonso y el embajador contemplaba la escena.

La voz de Sanchia era colérica y fría mientras susurraba:

—Lucrecia, ¿comprendes lo que esto significa... todo lo que esto significa?

—Escuché sus palabras —replicó Lucrecia.

—¡Debemos luchar contra él! Debemos luchar contra tu hermano y mi amante por la vida de Alfonso.

—Lo sé.

—Lo habrían tirado al Tíber, como hicieron con tu hermano Juan. Es el mismo método... que tuvo tanto éxito antes. Gracias a Dios, esta vez fracasó.

—Gracias a Dios —murmuró Lucrecia.

—Habrá otros intentos.

—No tendrán éxito —declaró Lucrecia con fiereza.

—El Papa comprende. Por eso insiste en que el embajador napolitano observe el vendaje de las heridas. No quiere que se diga que los médicos papales introdujeron veneno en su sangre. Lo amas, ¿no es cierto? Es tu esposo, y para ti debería ser más que cualquier otro. ¿Puedo confiarte a mi pequeño hermano?

—¿Puedo confiarte a ti mi esposo?

Luego comenzaron a llorar, y se reconfortaron una a otra, hasta que Sanchia dijo:

—No es momento para lágrimas. Si se recupera haremos traer un hornillo a esta habitación, y todo lo que coma será preparado por nosotras. Montaremos guardia sobre él, Lucrecia, mi pequeño hermano, tu amado esposo.

—Es maravilloso, Sanchia —dijo Lucrecia—, que en un momento como éste se pueda tener a alguien en quien se pueda confiar.

—Siento lo mismo —contestó Sanchia.

En las calles la gente formó pequeños grupos que hablaban del atentado contra la vida de Alfonso de Bisceglie. En el Vaticano había muchos cuchicheos e idas y venidas.

En el cuarto de enfermos, Alfonso oscilaba entre la vida y la muerte, y dos mujeres, con una mirada de ardiente fanatismo en los ojos, velaban por él. Se habían colocado dos camas en un rincón de ese cuarto, aunque no estaban ocupadas al mismo tiempo. Cuando Sanchia dormía, Lucrecia montaba guardia, y Lucrecia dormitaba mientras Sanchia vigilaba a Alfonso. Hicieron traer una cocina de campaña al apartamento para preparar su comida.

Sanchia pidió que los guardias apostados fuera del apartamento fueran aquellos en quienes ella podía confiar, miembros de su propia escolta y de la escolta de su hermano. Envió mensajes a su tío, el rey Federico, relatándole lo que había ocurrido, y como resultado *messer* Galeano de Anna, un conocido cirujano napolitano, llegó acompañado por *messer* Clemente Gactula, médico del propio Federico.

Por ese entonces parecía casi seguro que Alfonso sobreviviría, y cuando estuvo suficientemente bien para comprender que Lucrecia o Sanchia estaban constantemente con él y que sus médicos eran los que había enviado su tío, sintió una nueva confianza, y con eso, llegó una nueva fuerza.

El Papa estaba algo irritado porque su hija había desertado de su propio apartamento de enfermo para trasladarse al de su esposo. Insinuó que era algo melodramático que las dos mujeres vigilaran a Alfonso como si su vida aún estuviera en peligro.

Pero Alejandro estaba preocupado. Sabía muy bien quién era responsable del ataque, y eso significaba que sólo podía fingir que deseaba que los presuntos asesinos de su yerno fueran llevados a la justicia.

Se decía, en el Vaticano y en las calles, que si Alfonso se recuperaba de este ataque, no pasaría mucho antes de que padeciera otro, pues era evidente que César Borgia, el temido “Il Valentino” estaba detrás del atentado contra su vida.

Fueron días muy ansiosos para Lucrecia. ¿Cómo podía evitar el recuerdo de ese período de gran angustia, cuando había sabido que el cuerpo de su amante había sido encontrado en el Tiber? Sabía quién había dispuesto la muerte del pobre Pedro. Era el mismo que había tratado de abatir a Alfonso.

A veces su esposo la llamaba durante el sueño, y ella se precipitaba a su cabecera para tranquilizarlo. Sabía que sus pesadillas se referían siempre a un peligro amenazante, y había un nombre que nunca dejaba de murmurar: ¡César!

Lucrecia decidió ver a su hermano, debía hacerle comprender cuán profundamente amaba a Alfonso. César la amaba. ¿Acaso no habían estado siempre cerca? Con seguridad no podría continuar tramando la muerte de Alfonso si comprendiera hasta qué punto ella amaba a su esposo.

Dejó a Sanchia con Alfonso y fue al apartamento de César.

Los ojos de su hermano brillaron con una mezcla de afecto y especulación.

—Mi queridísima hermana, raras veces me has dado este placer últimamente.

—He estado cuidando a mi esposo.

—Ah, sí. ¿Y cómo está?

—Vivirá, César, si su atacante no realiza otro intento con éxito.

—¿Cómo podría hacerlo mientras sus dos ángeles guardianes lo vigilan?

—dijo César alegremente—. Pareces cansada, mi amada. Deberías descansar. O mejor aún, cabalgar conmigo. ¿Qué te parece... vamos a Monte Mario?

—No, César. Debo regresar donde está mi esposo.

Él le tomó la nuca entre las manos y la apretó gentilmente.

—¿No tienes tiempo para tu familia?

—Nuestro padre está bien de nuevo —dijo ella—, tú no me necesitas, y mi esposo ha sido herido casi de muerte. ¡Oh, César! —Su voz se quebró de repente—. Hay muchas habladurías escandalosas. La gente dice...

Titubeó y las manos de César le apretaron el cuello. Acercó su cara a la de ella, y el brillo de sus ojos la asustó.

—¿Qué dice la gente? —preguntó.

—Dicen que el que estuvo detrás del asesinato del duque de Gandia estaba detrás del intento del asesinato de Alfonso.

Lucrecia levantó la mirada y se obligó a mirarlo a los ojos.

—César —insistió—, ¿qué tienes que decir ante eso?

Advirtió que la boca de César se endurecía; tenía conciencia de la intensa crueldad de ese rostro, mientras él contestaba brutalmente:

—Si fue así, no hay duda de que tuvo sus motivos, y estoy seguro de que tu pequeño esposo merecía sus heridas.

Ella había tratado de decirse, contra su mejor juicio, que no podía ser César, pero encontraba imposible seguir engañándose.

César la atrajo hacia él, los dedos aún sobre su cuello, y ella sintió de pronto que la veía como una gatita, una bonita y juguetona gatita cuyos modales seductores lo deleitaban cuando se dignaba divertirse observándolos. La besó.

—No debes cansarte —le dijo—. Pero no insistiré en que salgas a cabalgar conmigo hoy. Me gustaría que lo hicieras por tu propia voluntad.

—Eso será cuando Alfonso esté del todo bien —contestó ella con firmeza, desprendiéndose de él.

—Mientras tanto —dijo César—, tú y la belicosa Sanchia lo cuidarán bien, sabiendo que lo que fracasa a mediodía puede tener éxito por la noche.

Ella bajó los ojos y no contestó. Su garganta estaba oprimida por una emoción que atribuyó al miedo.

De regreso en el apartamento, consultó a Sanchia.

—He estado con César, y sé que no descansará hasta que haya matado a Alfonso.

—Yo también lo sé —replicó Sanchia.

—Hará otro intento, Sanchia. ¿Qué podemos hacer?

—Estamos aquí para impedir ese intento.

—¿Es posible, Sanchia?

—No creo —dijo Sanchia— que mientras tú yo estemos cerca venga alguien a atacarlo. Hay sospechas sobre César. Si cualquiera fuera sorprendido *in fraganti* y llevado a la tortura, podría confesar. Una confesión que implicara a César no le gustaría a éste.

—Pero, sabiendo que César está implicado, mi padre no permitiría nunca que los asesinos fueran llevados a la justicia.

—Resultaría difícil asesinar a Alfonso aquí, en el propio Vaticano. No, creo que esperarán hasta que esté bien, y entonces lo atraerán con engaños a algún lugar solitario. Luego lo atacarán. Es más tarde cuando debemos temer un ataque semejante. Ahora debemos prevenirnos contra el veneno.

—Sanchia, estoy asustada. Veo sombras a mi alrededor por todas partes. Es como cuando era muy joven y estaba sola en la oscuridad, mirando entre las sombras, esperando que los animales salvajes y los fantasmas me atacaran.

—Hay una gran diferencia —dijo Sanchia con aire sombrío—. Estos no son fantasmas.

—Sanchia, debemos sacarlo de Roma.

—Durante días enteros varios planes han estado dando vueltas en mi cabeza.

—¿Qué podemos hacer?

—Lo lograremos. Tan pronto esté bien lo haremos salir clandestinamente de Roma. Lo disfrazaremos como uno de los chambelanes y lo enviaremos con una carta que escribiré a mi tío Federico. Lo haremos, Lucrecia.

—Gracias, Sanchia, gracias por todo lo que has hecho por mi esposo.

—Que es también mi hermano —le recordó Sanchia—. Escucha, Lucrecia. Cuando vengan los doctores mañana, los consultaremos. ¿Conoces a ese pequeño jorobado del séquito de Alfonso?

—¿El que dice que quiere tanto a Alfonso, y ha esperado fuera de su cuarto desde que ocurrió esto?

Sanchia asintió.

—Podemos confiar en él. Hay que alistar dos caballos, y no bien las

heridas de Alfonso hayan curado escapará. Mañana comenzaremos los preparativos para poner en ejecución el plan.

Lucrecia estaba sentada en la cama de Alfonso, teniéndole la mano. Él acababa de despertarse de una de sus pesadillas. Ella acercó su cara a la de él.

—Alfonso, mi queridísimo, todo está bien. Soy yo... Lucrecia.

Alfonso abrió sus ojos azules y ella sintió un impulso de ternura, pues se parecía mucho al pequeño Rodrigo.

—Lucrecia —murmuró—, quédate cerca.

—Estoy aquí. Aquí me quedaré. Trata de dormir, mi querido.

—Me asusta dormir. Sueño, Lucrecia.

—Lo sé, mi amor.

—Él está siempre aquí... en mis sueños. Se inclina sobre mí... con esa cruel sonrisa en los labios... con ese destello en sus ojos, y con la espada levantada. Hay sangre en la espada, Lucrecia. No es mi sangre. Es la sangre de su hermano...

—Te estás angustiando.

—No descansará hasta que se desembarace de mí, Lucrecia. Es tu hermano y lo has querido mucho. Lo has querido demasiado. Tu padre lo protege. Todos vosotros lo protegéis.

—Sólo tengo un pensamiento, Alfonso, protegerte a ti, hacer que estés bien. Escucha, mi querido, hay planes en marcha. Tan pronto estés bien escaparás de Roma.

—¿Y tú?

—Te seguiré.

—Ven conmigo, Lucrecia.

—¿Y nuestro bebé?

—Debemos ir todos juntos. No más separaciones.

Ella pensó que no sería fácil para los tres escapar. Pero no estaba dispuesta a perturbarlo señalándole las dificultades. Debía soñar con su huida. Debía reemplazar sus pesadillas con ese sueño feliz.

—Nosotros tres —le dijo—. Nos iremos juntos.

—Anhele que llegue esa noche. ¿Será de noche, no es cierto? Tú y yo... y el niño, alejándonos a caballo hasta que estemos seguros, Lucrecia. ¿Cuándo... cuándo?

—Cuando estés suficientemente bien.

—Pero requerirá mucho tiempo.

—No. Tus heridas están curando. Estás muy sano, según me dicen. Tu sangre está bien. Pocos se habrían recuperado con tanta rapidez como lo hiciste tú. Ahora no falta mucho. Piensa en eso, Alfonso. Piensa en eso todo el tiempo.

Pensó en eso, y cuando se durmió había una sonrisa feliz en sus labios.

Ahora Alfonso podía caminar por el apartamento. Se sentaba en el balcón, observando los jardines del Vaticano, y sentía el cálido sol en su rostro. Los médicos dijeron que pronto estaría en condiciones de andar a caballo.

Anhelaba con ansia que llegara ese día.

Al comienzo Sanchia o Lucrecia lo sostenían del brazo mientras caminaba tambaleándose por el apartamento, y fue un gran día aquel en que pudo ir sin ayuda hasta el balcón.

—Pronto —susurró Lucrecia.

—Debemos esperar —dijo Sanchia— hasta que esté suficientemente fuerte para soportar un largo viaje.

Hizo ejercicios, esperó, y el anhelo comenzó a ocupar el lugar del temor en los ojos azules de Alfonso.

El pequeño jorobado, de quien se había hecho amigo y que estaba dispuesto a dar su vida por él si fuera necesario, lo atendía constantemente. Un día, cuando Alfonso estaba sentado en el balcón, llamó al jorobadito para que le trajera una ballesta, con el fin de descubrir si tenía la fuerza necesaria para disparar contra un pájaro en los jardines.

Le trajeron la ballesta, e intentó tirar con ella.

No dio en el blanco y envió al jorobado al jardín a recuperar la saeta.

César caminaba por los jardines con Micheletto Corella, uno de sus capitanes, cuando vio al jorobado que corría rápidamente a través de la pradera para recuperar la saeta.

—¿No es ése el sirviente de mi cuñado? —preguntó.

—Lo es, por cierto, mi señor, y ahora ¿no veis al cuñado de vuestra señoría en la ventana, con la ballesta en las manos?

—¡Por todos los santos! —gritó César—. Hemos escapado de la muerte por poco.

El capitán devolvió a su amo su sonrisa.

—Si la saeta hubiese traspasado uno de nuestros corazones, mi señor, no estaríamos vivos, en verdad.

—¡En consecuencia... estaba atentando contra mi vida!

—Nadie podría censurar a vuestra señoría si, en estas circunstancias, exigierais la suya.

César posó la mano sobre el hombro de Micheletto; sonrieron. Era la oportunidad que habían estado esperando.

Era de tarde y muchos dormían en el calor del mes de agosto. Alfonso descansaba en su cama. El ejercicio de la mañana lo había cansado. Lucrecia y Sanchia estaban sentadas a ambos lados de la cama. Dormitaban levemente.

De pronto hubo conmoción fuera del cuarto, y Sanchia salió para ver lo que ocurría. Lucrecia la siguió. En la puerta, vieron a soldados que arrestaban a los guardias.

—¿Qué es esto? —preguntó Sanchia.

—Si os gusta, Madonna —explicó el capitán Micheletto Corella—, estos hombres están todos acusados de una conspiración contra el Papa.

—No es posible —gritó Lucrecia.

—Estas son mis órdenes, Madonna —fue la respuesta.

—¿Qué es esta conspiración? —preguntó Sanchia.

—No lo sé. Madonna. Tan sólo obedezco órdenes. —Las miró con respetuosa amabilidad, como si lo perturbara ver a dos damas tan hermosas en un estado de angustia. Prosiguió—: Su Santidad está sólo a dos puertas. ¿Por qué no vais hasta él y le pedís que ponga en libertad a estos hombres, si estáis tan seguras de su inocencia?

Lucrecia y Sanchia corrieron hacia los apartamentos del Papa. No estaba allí.

Luego, súbitamente, se miraron una a otra y, sin una palabra, corrieron con la mayor prisa posible hacia Alfonso. Era demasiado tarde.

Alfonso yacía cruzado en su cama. Había sido estrangulado por las manos crueles de Micheletto Corella.

EL CASTILLO DE NEPI

El cortejo fúnebre hizo su sombrío recorrido hasta la pequeña iglesia que estaba a la sombra de la catedral de San Pedro. Era el atardecer, y la luz de veinte antorchas mostraba el camino hasta Santa María delle Febbri. Las voces en sordina se mezclaban con las pisadas de los monjes que arrastraban los pies, mientras rezaban oraciones por el alma del muerto.

En los apartamentos de Santa Maria in Portico se sentía de lleno la tristeza del duelo. Los sirvientes, con los ojos enrojecidos, cuchicheaban, y los esclavos pasaban en puntas de pies, con la mirada baja.

Y en los cuartos de Madonna Lucrecia se podían escuchar voces llorosas. Las dos cuñadas se hacían mutuos reproches mientras trataban de consolarse.

Sanchia, con su belleza destrozada por la congoja, iba y venía por el apartamento de Lucrecia, en ciertos momentos furibunda, en otros dejándose caer sobre la cama de Lucrecia, llena de angustia.

—¡Cómo pudimos ser tan imbéciles! —exclamó.

Lucrecia sacudió la cabeza.

—Deberíamos habernos dado cuenta de que era una trampa.

—Todos los cuidados que tuvimos... cocinando su comida, vigilándolo, no dejándolo nunca ni por un instante sin una de nosotras... y luego... ¡ser tan imbéciles!

Lucrecia se cubrió el rostro con las manos.

—Oh, Sanchia, tengo la desdichada sensación de que llevo la tragedia a todos los que me aman.

—Termina con esas charlas —gritó Sanchia—. No se habrían atrevido si no lo hubiésemos dejado solo. No es la mala suerte lo que debes maldecir, sino tu propia estupidez... y la mía.

—Era un recorrido tan corto.

—Pero lo dejamos el tiempo suficiente para que ese bruto le pusiera los

dedos en la garganta y lo estrangulara.

—Dijo que Alfonso sufrió una hemorragia cuando se levantó con excesiva rapidez al entrar ellos en el cuarto.

—¡Hemorragia! —gritó Sanchia—. ¿Acaso no vimos los cardenales en su garganta? Santa Madre, ¿podré olvidar alguna vez?

—¡No lo hagas, te lo ruego, Sanchia!

Loysella llegó corriendo al apartamento, con ojos llenos de temor.

—“Il Valentino” viene hacia aquí —gritó—. Estará con vosotras muy, muy pronto.

Hizo una reverencia y salió corriendo. Ya no tenía ningún deseo de mirar con coquetería la llegada de César Borgia.

—¡Cómo puede atreverse! —gritó Sanchia.

Lucrecia temblaba. No quería verlo; temía que sus sentimientos se manifestarían sin ninguna restricción cuando debiera mirar ese hermano amado —¿ese hermano una vez amado?— que era el asesino de su esposo, como lo sabía toda Roma.

Se oyeron las pisadas de los soldados en las escaleras, y cuando la puerta se abrió de par en par, dos de ellos se quedaron a montar guardia mientras César entraba en el cuarto.

Lucrecia se había levantado. Sanchia permaneció sentada, mientras sus ojos azules destellaban de odio y desprecio.

—César... —tartamudeó Lucrecia.

La miró fríamente, observando con disgusto las señales de congoja.

Sanchia gritó:

—¡Asesino! ¿Cómo te atreves a venir aquí a violar nuestro dolor?

César miraba a Lucrecia y sólo hablaba con ella.

—Se ha hecho justicia.

—¿Justicia? —dijo Lucrecia—. ¡El asesinato de alguien que no hizo daño a nadie!

La voz de César era más gentil.

—Que no hizo daño no fue por culpa de él; intentó con todas sus fuerzas hacerlo. Actuó de tal modo que era evidente que se trataba de su vida o de la mía. No tuve otra alternativa que asegurarme de que no fuera la mía.

—Nunca te habría hecho daño —dijo Lucrecia—. Nunca me habría hecho daño haciéndote daño a ti.

—Eres demasiado gentil, hermana. No conoces los caminos de la ambición. ¡Vamos! Poco antes de morir atentó contra mi vida. Lo vi en la ventana, con la ballesta en la mano.

—No hacía más que tirar distraídamente para divertirse y poner a prueba su fuerza —dijo Lucrecia.

—No pensaba —gritó Sanchia — que te daría la excusa que buscabas.

César hizo caso omiso de Sanchia. Dijo:

—Ha habido conspiraciones... conspiraciones contra mí... conspiraciones contra el Papa. Queridísima hermana, has sido engañada a causa de tu

inocencia. Fueron tramadas en tus propios apartamentos; mientras conversabas de arte y música, de poesía y escultura, tu difunto esposo y sus amigos hacían sus planes. Su muerte fue justa.

—¿Confiesas el asesinato? —dijo Sanchia.

—Reconozco el justificable asesinato de Alfonso de Bisceglie y así morirán todos los traidores. Lucrecia, vengo para decirte esto: sécate las lágrimas. No te aflijas por alguien que era enemigo de tu familia, que conspiró contra tu padre y tu hermano. —Avanzó hacia ella y la tomó de los hombros—. Muchos miembros de tu casa han sido colocados bajo arresto. Es necesario, Lucrecia. Mi pequeña, no lo olvides. ¿Acaso no has dicho que cualquier cosa que seamos, somos en primer término Borgia?

Trataba de hacerla sonreír, pero la expresión del rostro de Lucrecia era pétrea.

Le dijo:

—César, déjame. Te ruego, te imploro... ahora aléjate de mí.

César dejó caer los brazos, y dándose vuelta salió repentinamente del cuarto.

El Papa mandó buscar a su hija, y la recibió con cierta reserva; su expresión muda y las señales de dolor en su rostro lo irritaron vagamente. Alfonso había muerto, ningún duelo podía resucitarlo. Ella tenía veinte años, era hermosa, y él iba a concertar un matrimonio digno para ella. ¿Por qué debía continuar lamentándose?

La besó y la mantuvo contra él durante algunos instantes. En el estado emocional en que se encontraba Lucrecia, ese gesto era suficiente para que ella estallara en llanto.

—Oh, ven, ven, hija mía —protestó Alejandro—, ya ha habido bastantes lágrimas.

—Lo amaba tanto, padre —gritó ella—. Y me culpo.

—¡Te culpas! Eso es insensato.

—Había jurado vigilarlo... y lo dejé... lo dejé durante un tiempo suficiente para que los asesinos de mi hermano lo mataran.

—No me gusta que se hable de este modo —dijo el Papa.

Lucrecia exclamó:

—Es verdad, padre.

—Tu esposo, hija mía, era un traidor para nosotros. Recibía a nuestros enemigos y conspiraba con ellos. Él mismo ocasionó su propia muerte.

—¡Padre... tú no puedes decir eso!

—Mi querida, debo decir lo que creo que es verdad.

—A tus ojos, César no puede hacer nada malo.

La miró con asombro.

—Hija mía ¡serías capaz de criticarnos a nosotros... a tu hermano y a tu

padre... y todo a causa de este enamoramiento por... un extranjero!

—Era mi esposo —le recordó ella.

—No era uno de los nuestros. Estoy escandalizado, estoy estupefacto. Nunca pensé que te oiría decir tales cosas.

Ella no corrió hacia él para pedirle perdón, como habría hecho pocos meses antes. Se quedó de pie, inmóvil, con una expresión fría, preocupándose poco por la desaprobación de su familia, tan grande era su pena, tan abrumador su sentimiento de pérdida.

—Padre —dijo por último—, te ruego que me permitas retirarme.

—Yo te ruego que te retires inmediatamente, pues es tu deseo —dijo el Papa, y nunca había hablado hasta entonces de una manera tan fría a su hija.

Alejandro se estaba irritando cada vez más. La situación era delicada. El rey de Nápoles exigía saber cómo había muerto su pariente. Todos los estados y los principados estaban analizando este asunto del asesinato de Bisceglie. Se recordó el asesinato de Juan, el duque de Gandia. “César Borgia ha asesinado a su hermano y ahora a su cuñado” se decía. “¿Cuál será la próxima víctima de ‘Il Valentino’? No resulta seguro entrar en esa familia.”

Y, reflexionaba Alejandro, era necesario encontrar a otro esposo para Lucrecia; pero habría que demorarlo hasta que se hubieran apagado algunos de los rumores más virulentos.

Pero ¿quién podría olvidar la desgracia del primer esposo de Lucrecia y el asesinato del segundo? El viejo Alejandro habría censurado a César por su acción precipitada al hacer asesinar a su cuñado de tal modo que resultaba fácil señalar quién era el asesino. El nuevo Alejandro no hizo tal cosa; utilizó su astuta mente con el objeto de crear justificaciones para su hijo. Llamó a César y discutieron el tema.

—Todos los estados y reinos del país nos están observando —comenzó—. Se dice que no hubo conspiración contra nosotros, que el asesinato fue por rencor y odio, y que Alfonso era un hombre inocente.

—¿Por qué debemos preocuparnos por sus opiniones?

—Siempre es mejor tender un manto de intenciones benevolentes y de sano sentido común sobre las propias acciones, hijo mío. Alfonso era un muchacho insensato, pero era un príncipe de Nápoles.

César castañeteó los dedos.

—¡Eso es para Nápoles y sus principitos bastardos!

—Debemos pensar en el futuro, César. No permitamos que se diga que un príncipe de Nápoles... o de Milán... o de Venecia... puede visitarnos aquí en Roma, disgustarnos de algún modo y perder la vida. Eso puede significar que cuando deseemos recibir a esos príncipes en Roma sentirán reticencias para venir... lo cual podría resultar inconveniente. No. Esas personas deben comprender que Alfonso estaba conspirando aquí contra ti... y que tuviste que

matarlo, simplemente, antes de que él pudiera matarte a ti. ¿Has encarcelado a los miembros de su séquito?

—Están en el Castillo de San Angelo.

—Que queden allí. Ahora debes realizar una investigación sobre estas conspiraciones y dar algunos informes a Nápoles... a Milán. Deben circular por toda Italia.

—Ya se ha hecho —gruñó César.

—No. No, mientras haya hombres y mujeres que recuerden lo que ocurrió.

—Muy bien. Lo haré... a su debido tiempo.

—Está bien, hijo mío. Y hazlo pronto, pues antes de que pase mucho tiempo nos dejarás para reincorporarte a tus ejércitos.

César se puso de pie súbitamente y comenzó a golpear la palma de su mano izquierda con el puño cerrado de la derecha.

—¡Y pensar —dijo— que mi propia hermana nos haya hecho esto más difícil!

—Es una esposa que amaba a su esposo.

—¡Amaba a nuestro enemigo! —gritó César.

—Es triste que ella pueda olvidar nuestros intereses a causa de su dolor por la pérdida —admitió el Papa.

César miró a hurtadillas a su padre. Poco tiempo antes Lucrecia era su hija favorita, y César podría haber jurado que disfrutaba de mayor favor en el Vaticano que otro. Ahora el Papa estaba menos complacido con su hija. Era extraño que César hubiese debido cometer un asesinato para desbancar a su hermana del primer lugar en la estima de su padre. ¡Tonta Lucrecia! Había dominado gracias a su amor hacia su padre, su amor gentil y desinteresado. Ahora había sido suficientemente insensata como para permitir que se viera que su dolor por la pérdida de su esposa superaba su amor hacia su padre; y Alejandro, que daba siempre la espalda a todo lo desagradable, sentía disgusto al advertir el dolor de su hija, y se irritaba ante las lágrimas que le surcaban el rostro.

—Ese esposo suyo, según parece, la embrujaba —prosiguió César—. Tuvimos poca importancia para ella mientras estuvo vivo. Ahora que lo ha perdido lo lamenta tan amargamente que toda Roma lo sabe. No ha aparecido en público desde que ocurrió eso, pero los sirvientes relatan cosas, y algunos transeúntes la han visto en los pórticos o en los balcones como una viuda dolorida de cara pálida. El pueblo, ese pueblo estúpido y sentimental, está dispuesto a llorar con ella y a exigir venganza contra quienes han desembarazado a Roma de un traidor, ¡porque al hacerlo han llevado lágrimas a los ojos de su viuda! —La voz de César se elevó hasta convertirse en un aullido—. Sanchia y ella... están juntas todo el tiempo, hablando de sus cualidades, incitándose una a otra a nuevas exhibiciones de dolor y gritando contra sus asesinos. Y ésta, padre mío, es Lucrecia Borgia, mi hermana, tu hija, que olvida que es una de los nuestros hasta tal punto que pide venganza

contra su hermano, aunque sólo sea en lo más profundo de su corazón.

—Nunca podría clamar venganza contra ti, César. Te quiere profundamente... no importa cuáles sean las fantasías pasajeras que la afligen.

—Te digo que en este momento sólo piensa en su muerto esposo. Sepáralas, pues fomentan maldades. Envía a Sanchia de vuelta a Nápoles. En cuanto a Lucrecia, aléjala de Roma. Nada bueno puede venir de mantenerla aquí.

El Papa se mantuvo en silencio durante algunos segundos.

Pensaba: “Esto demuestra buen sentido. Alejémosla de nosotros. Dejemos que reflexione tranquilamente sobre su pesar. En el fondo de su corazón es una Borgia. Es una de nosotros. No puede llevar luto mucho tiempo por alguien que no puede ser traído de vuelta, por más lágrimas que se derramen. Una breve estadía en un lugar tranquilo, y suspirará por los placeres de Roma, el afecto de su familia. ¿Acaso ha sido feliz durante mucho tiempo sin ella?”

Luego habló:

—Tienes razón, hijo mío. Sanchia volverá a Nápoles. En cuanto a Lucrecia, también partirá de Roma. Creo que una breve estadía en el castillo de Nepi resultaría beneficiosa para su salud.

Y así Lucrecia partió de Roma hacia el norte, a lo largo de la Via Cassia, pasando por Isola Farnese. Baccano, Monterosi, hasta el sombrío castillo de Nepi.

Situado en forma poco acogedora sobre una meseta rodeada por profundos barrancos, a lo largo de los cuales fluían pequeños arroyos, Nepi parecía el lugar apropiado para cultivar una pena. Pero Lucrecia no se sintió impresionada por su aspecto de distante soledad; tenía un único deseo: estar sola.

Desde los marcos de las ventanas hechos con roca contemplaba esa extraña comarca, viendo a lo lejos los muros de la ciudad, de toba de color rojizo oscuro, las aguas que corrían en las profundas hondonadas, los bosques de robles, que se elevaban negros e imponentes en el horizonte. Desde el torreón más alto del castillo podía divisar los grandes volcanes y las montañas de Viterbo; más lejos, Soracte y la meseta en pendiente que descendía hasta el Tíber centellante; y más lejos aun, en medio de una neblina azul, las Montañas Sabinas.

Ahora sólo había un consuelo en su vida: su niño Rodrigo; se alegraba de que fuera demasiado joven para comprender su pérdida.

Todas sus asistentes, que la acompañaron a Nepi, se sentían deprimidas, y se comportaban de acuerdo con la costumbre española del duelo, más ceremoniosa que la italiana.

Lucrecia se vestía de negro y se hacía servir la comida en platos de barro. Se encerraba en su apartamento durante horas enteras y reconstruía mentalmente esos dos años felices que había pasado con Alfonso, reviviendo pequeños detalles. La primera vez que se habían visto, la ceremonia de bodas, el nacimiento de Rodrigo. Y trataba siempre de no recordar ese horroroso momento en que ella y Sanchia habían regresado del apartamento del Papa, encontrándolo tendido a través de la cama... asesinado.

Pero ¿de qué manera podía apartar esos recuerdos de su memoria? Estaban siempre presentes. Se despertaba en el sueño pensando que Alfonso estaba a su lado. Lo llamaba por su nombre y tendía una mano para tocarlo. La soledad le resultaba intolerable.

El dolor la acompañaba durante todas las horas en que estaba despierta, y cuando firmaba sus cartas, se llamaba a sí misma la Desdichada Princesa de Salerno.

Giovanni Sforza contemplaba con horror la marcha de los acontecimientos. Sabía que lo que le había ocurrido al segundo esposo de Lucrecia podía haberle ocurrido con igual facilidad al primero. Por más contrariado que estuviera, maldiciendo continuamente al Papa, que había colocado sobre él el estigma de la impotencia, comprendía que tenía algún motivo para alegrarse, pues por lo menos había salvado la vida.

Pero, aun así, estaba en peligro.

César Borgia se proponía establecer el ducado de Romagna, y uno de sus baluartes sería la ciudad de Pesaro, de la cual Giovanni Sforza era señor.

Sabía, en ese día de setiembre, que César avanzaba incesantemente. Sabía que carecería de fuerzas contra él. ¿Y qué podía esperar Giovanni Sforza cuando se encontrara frente a frente con César Borgia? Giovanni había sido el esposo de la hermana de César y éste, que había asesinado a su segundo esposo y había planeado el asesinato del primero, no vacilaría cuando tuviera en sus manos al primer esposo. ¿Y qué clase de muerte podía esperar a manos de César Borgia? Muchos afirmaban que los relatos acerca de la vida escandalosa llevada por los Borgia habían sido puestos en marcha por Giovanni Sforza. Era verdad que siempre habían circulado murmuraciones contra ellos, pero él había agregado credibilidad a esos relatos.

Si ellos lo habían señalado como impotente, en represalia él los había infamado con el estigma de una conducta incestuosa.

Era evidente que al converger los ejércitos de César sobre Pesaro, éste no era un lugar adecuado para él.

¿Hacia dónde podía ir? ¿A Milán? Los franceses habían retomado una vez más Milán, y su pariente. Ludovico Sforza, era prisionero de Luis. Entonces pensó en los Gonzaga de Mantua, pues su primera esposa había sido hermana de Francesco Gonzaga, ese marqués de Mantua que había ganado la batalla de

Fornovo, siendo responsable de la expulsión de los ejércitos de Carlos VIII de Italia después de la primera invasión francesa.

Por ese motivo Giovanni Sforza se dirigió a Mantua, donde fue bien recibido por Isabella d'Este, esposa de Francesco Gonzaga.

Francesco era un gran soldado, que había logrado renombre por su valentía, pero su esposa Isabella era una mujer resuelta, con una opinión tan elevada de su propia familia, los Este, que consideraba inferiores a todos los demás. Isabella era inteligente, políticamente aguda, culta y guapa, pero había en ella una fría decisión de dominar a todos los que entraban en su esfera de influencia.

Cuando se casaron, diez años antes, Francesco la adoraba. Le parecía absolutamente maravillosa, combinando la hermosura con una mente despierta. En cuanto a ella, lo toleraba. Lo consideraba lejos de ser atractivo, pues si bien era alto y tenía una buena estampa, llevaba con toda evidencia la marca de sus antepasados alemanes; y los rasgos de los Hohenzollern no tenían atractivos para el concepto de belleza de Isabella. Su nariz tenía un aspecto aplastado, sus ojos parecían soñolientos, su frente, inmensa. Su encanto no conmovía a Isabella, quien se sorprendía de que otras mujeres lo apreciaran tan profundamente.

Francesco debió entregarse a lances amorosos fuera del matrimonio, pues era un hombre muy sensual y, en esa época, los hombres que no lo hacían eran acusados a menudo de impotencia.

¿Qué importancia tenía que tuviera amantes, se decía Isabella, mientras ella produjera hijos para la glorificación de su propia familia y la de él?

Corrieron rumores de que cuando descubrió, inmediatamente después de uno de sus partos, que se trataba de una niña, se levantó de la cama y la apartó de la primorosa cuna que había hecho preparar, según lo señaló, para un hijo varón.

Era una mujer fuerte, acostumbrada a dominar, de lengua viperina, ingeniosa, elegante, admirada y respetada, pero amada por pocos.

Había oído hablar mucho de las mujeres amadas por el Papa, y les guardaba envidia; por ese motivo estaba dispuesta a otorgar asilo a Giovanni Sforza cuando llegó a Mantua para implorarlo, y lo recibió con tanta calidez como podía esperarlo Sforza de una mujer de carácter.

—Mi querida marquesa —le dijo, inclinándose para besarle la mano—, llego a ti como un pordiosero sabiendo que el hermano de mi querida difunta Maddalena no me rechazará.

—Sin duda alguna no lo hará — dijo Isabella —. Desde luego, aquí encontrarás refugio. Debe haber algún lugar donde quienes han padecido a manos de estos escandalosos Borgia puedan encontrar reposo.

—¡Qué feliz me siento de haber venido!

Isabella lo miró con cierto desdén, pues era un hombre débil, y ella despreciaba la debilidad. Por otra parte, esperaba con ansias hablar con él en su pequeña corte y sonsacarle otras historias escandalosas acerca de los

infames Borgia.

Por ese motivo Giovanni fue bien recibido, y encontró de su gusto la culta corte de Mantua. Aquí no se consideraban las guerras como un asunto de importancia. Se discutía de literatura y de temas intelectuales. El duque, con su gloria militar, resultaba un intruso, cuyo lugar eran los establos donde criaba caballos que estaban siendo rápidamente conocidos como los mejores, no sólo de Italia, sino del mundo.

Nada deleitaba a Isabella más que reunir a su alrededor a la gente con más ingenio de Mantua y de otras partes de Italia que visitaban su corte. Deseaba ser conocida no sólo como la virtual gobernadora de Mantua sino también como una patrocinadora de las artes.

En sus apartamentos, era necesario que la conversación fuera aguda, y ella, Isabella d'Este Gonzaga debía reinar como una reina indiscutible. Su padre, el duque de Ferrara y sus hermanos respetaban todos su genio político; siempre lo habían respetado, y en consecuencia, Isabella se consideraba como el miembro más brillante de la familia más importante de Italia. No podía sorprender que se sintiera resentida al ver el ascenso de otra familia y el poder que las mujeres de esa familia parecían poseer sobre su jefe.

Ahora, con Giovanni Sforza en su salón, llevó la conversación al tema de los Borgia y declaró que Giovanni Sforza, quien tenía una experiencia íntima de esa extraña familia, podría decirles si las historias que escuchaban acerca de los escandalosos Borgia eran realmente verdaderas.

Fue así como Giovanni contó las historias que Isabella deseaba que contara.

¡Se había visto obligado a divorciarse de Lucrecia! ¿Por qué? Porque Su Santidad estaba tan enamorado de su hija que no podía tolerar que ella tuviera un esposo. ¡El matrimonio no se había consumado! Mentiras, todo mentiras. Se había consumado un millar de veces. Y la rubia e inocente Lucrecia, que se había presentado ante la asamblea tan recatadamente y se había declarado todavía virgen, se encontraba en realidad embarazada. Pero el niño no era de él.

Los apartamentos de Mantua se sacudieron por las risas. Se revivieron antiguos escándalos, y Giovanni sintió que de algún modo su vanidad herida quedaba apaciguada. No podía luchar contra los Borgia con las armas, pero podía hacerlo con la lengua.

Lucrecia, encerrada en sus apartamentos del castillo de Nepi, se inclinaba sobre la cuna de su hijo. Cada vez que lo miraba recordaba de una manera viva todos los maravillosos planes que ella y Alfonso habían hecho juntos, y lloraba de nuevo, diciéndose que este pequeño no conocería nunca a su padre.

Sus mujeres habían desistido de reconfortarla, habrían deseado que

Madonna Sanchia hubiese estado con ellas. También Sanchia estaba abrumada por el dolor, pero las dos damas podrían hacer mucho para reconfortarse una a otra.

Y de pronto uno de los pajes llegó corriendo a los apartamentos de Lucrecia para decirle que al castillo se estaban acercando soldados.

Lucrecia arrojó hacia atrás su pelo, que estaba menos brillante que de costumbre (olvidaba lavarlo con mucha frecuencia); su vestido era negro y sencillo, y no se parecía a la alegre Lucrecia que se enorgullecía tanto de los elegantes vestidos que usaba en Roma.

Corrió a la ventana para ver quiénes eran los soldados que venían a perturbar la paz de Nepi.

Al contemplar a los hombres que avanzaban, un brillante espectáculo se abrió ante sus ojos. Cantaban mientras marchaban, y había risas en sus filas. A su frente iban banderas amarillas y rojas, los heraldos emitían notas triunfales en sus trompetas de plata, y en esas notas había un alegre sonido que parecía disipar la melancolía de Nepi.

Y luego ella lo vio, cabalgaba al frente de sus tropas, el *condottiere*, con su brillante uniforme. Su corazón palpitó de orgullo al verlo ataviado de ese modo, y por primera vez en seis semanas, desde ese día muy trágico, Lucrecia sonrió.

Luego corrió hacia abajo para dar la bienvenida a su hermano.

César se bajó del caballo, arrojando las riendas a uno de sus hombres; corrió hacia ella, la alzó entre los brazos y le rió en la cara.

Ella lo miró por un instante, luego le tomó la cara entre las manos y gritó:

—¡César... oh, César!

Pero casi inmediatamente sintió como si Alfonso estuviera con ella, y recordó el apartamento en la torre de los Borgia y el cuerpo inmóvil de Alfonso cruzado en la cama.

—César —dijo—, ¿por qué has venido?

—Una extraña pregunta, hermana. ¿Cómo podía pasar a poca distancia de tu fortaleza y resistir la tentación de verte?

—Pensé que no vendrías aquí —contestó ella en tono sombrío.

La posó de nuevo en tierra y, poniéndole la mano en la cintura, le dijo.

—Estoy hambriento. Estamos todos hambrientos. ¿No puedes alimentarnos?

—No estamos preparados —contestó ella. Llamó a una de las enanas que miraban la escena con asombro—. Ve a las cocinas. Pídeles que cocinen todo lo que tengan. Al parecer, tenemos un ejército para alimentar.

La enana desapareció, y César, dirigiéndose a uno de sus capitanes, le dio órdenes de atender a sus hombres y de encontrarles un acantonamiento adecuado en la ciudad. En cuanto a él, pasaría la noche en el castillo de Nepi.

Cuando el capitán partió, César pidió a su hermana que lo llevara a la habitación donde pasaba la mayor parte de su tiempo, y ella lo hizo. Se

quedaron juntos, contemplando el impresionante escenario.

—¿Cómo van tus batallas? —preguntó ella.

—Tan bien —replicó él— que pronto estaré en posesión de mi reino.

—¿Acaso no dije siempre que lograrías tus deseos?

—Así es, hermana.

—Recuerdo muy bien cómo denostabas contra tus hábitos de cardenal.

—Ya ves —dijo César con seriedad—, todas esas irritaciones pasan. Al igual que la pena, parecen grandes cuando están cerca; a la distancia, son infinitamente pequeñas. Mira las Montañas Sabinas, desde esta ventana parecen tan sólo una cadena de neblina azul. Pero acércate a esos picos que sobresalen; tienen un aspecto diferente.

Ella sonrió, en señal de acuerdo, y él le puso la mano bajo el mentón y dio vuelta su rostro hacia el de él.

—Así ocurrirá contigo, hermana.

Ella sacudió la cabeza y no quiso enfrentar su mirada. Por un instante, la cólera brilló en los ojos de César.

—¿Aún tienes ideas negras, Lucrecia? —preguntó—. Oh, haces mal.

—Amé a mi esposo —contestó ella—. Tú, que no has amado nunca a una esposa como yo lo amé, no puedes comprender por qué su muerte me afecta tanto.

De pronto, él rió.

—Antes de que parta de aquí —dijo— estarás alegre una vez más.

—Escuché decir que sólo te quedarías aquí una noche.

—No obstante, antes de que me vaya dejarás de pensar en tu esposo.

Deja de pensar en él, Lucrecia. Deja de hacerlo, ahora mismo.

Ella se alejó.

—César —dijo—, no puedes comprender.

César cambió de tema.

—Ordenaremos que nos traigan comida aquí... aquí, en tu cuarto de sombras. Aquí comeremos solos, tú y yo. ¿Qué dices a eso, Lucrecia?

—Lo preferiría, en lugar de sentarme con tus hombres.

César comenzó a ir y venir por el apartamento.

—Lo imaginé de una manera diferente... pensé que me darías ansiosamente la bienvenida... que nos brindarías una velada alegre y feliz, un recuerdo que pudiéramos llevar con nosotros cuando entremos en batalla.

—No estoy para fiestas, César —dijo ella.

Entonces él se acercó nuevamente a ella y la tomó por los hombros.

—Sin embargo, antes de que parta, lo juro, tu estado de ánimo cambiará.

Lucrecia se permitió mirar el rostro de su hermano. Pensaba: “En una época, en este estado de ánimo César me habría asustado; ahora ya no me importa. Alfonso, mi amor, ha muerto, y cuando murió, dejó de importarme lo que pudiera ocurrirme”.

Los sirvientes tendieron la pequeña mesa en el cuarto desde el cual se veían las Montañas Sabinas; había una fuente de plata para César y una de barro para Lucrecia.

César, frunciendo el ceño, llamó a una sirvienta:

—¿Qué significa esto? ¿Qué es esto en lo que quieres que tu ama coma?

La sirvienta se sintió abrumada por ese terror que César nunca dejaba de inspirar.

—Si le place a vuestra señoría, es el deseo de Madonna Lucrecia comer en platos de barro en señal de viudez.

—Es desagradable —dijo César.

Lucrecia se dirigió a la sirvienta.

—Deja el plato. Es mi deseo comer en platos de barro mientras lleve el duelo de mi esposo.

—No comerás en platos de barro mientras estés sentada a la mesa conmigo, hermana.

—Soy una viuda, César. Observo la costumbre del duelo.

—Es correcto llevar el duelo cuando hay alguien por quien llevarlo —dijo César. Llamó a la sirvienta—. Trae una fuente de plata para reemplazar esta cosa horrible.

—No... —comenzó Lucrecia.

Pero César tomó el plato de barro y lo arrojó a la sirvienta.

—Una fuente de plata —ordenó riendo.

Se trajo una fuente de plata.

¿Qué importaba? pensaba Lucrecia. Nada podía importar ya. El hecho de comer en platos de barro ¿podría traer a Alfonso de vuelta? ¿Podría hacerle algún daño el hecho de que ella comiera en una fuente de plata?

Se sentaron y César comió, pero fue poco lo que pudo ingerir Lucrecia.

—No es de sorprender que parezcas más frágil que nunca —dijo César—. No puedo llevar un buen informe a nuestro padre.

—Te ruego que no lo inquietes con historias acerca de mi mala salud.

—Y yo te ruego que recuperes tu salud y tu ánimo. No lo harás nunca mientras estés abatida en este lugar. ¿Cómo puedes estar contenta aquí?

—Puedo estar tan contenta aquí como en cualquier otra parte.

—Lucrecia, renuncia a tu duelo. El muchacho ha muerto. Hay otros muchachos en el mundo. Te pido que comas. Ven... la comida es buena. Tienes aquí una excelente cocinera. Te ordeno que comas. Insistiré. Lucrecia: debes aprender a obedecer.

—Ahora no estamos en la nurserí —dijo ella.

Y pensó: “¡No! Esos días están muy lejos”. Y era como si el fantasma de Juan, su hermano asesinado, hubiese venido a la mesa con el fantasma de Alfonso.

Si ella se sentía perturbada por esos fantasmas, César no lo estaba. Había asesinado al esposo de ella y al hermano de ambos, y sin embargo no

daba señales de ningún remordimiento de conciencia. Para César, era necesario eliminar a ciertas personas, y las eliminaba. Cuando se habían ido, dejaba de pensar en ellas.

—Entonces fingiremos que estamos allí —dijo él.

Ella contestó resueltamente:

—En tal caso, también Juan estaría aquí.

—Hubo días felices —replicó él— en que tú y yo estábamos solos. Imaginemos uno de esos días.

—No puedo —gritó ella—. No puedo. Cuando pienso en los días de la nurserí recuerdo a Juan, tal como recordaré a Alfonso, mi esposo, cada minuto de mi vida.

—Estás hablando como una mujer histérica, Lucrecia. No es lo que espero de ti. Ven, sé mi dulce hermana. Lucrecia, yo estoy aquí. Yo, César. He venido con el expreso propósito de hacerte olvidar tu pena. Ahora... comenzaremos comiendo y bebiendo juntos. Ven, Lucrecia, sé mi dulce hermana.

De pronto se mostró gentil, apelando a su amor, y durante un instante ella olvidó que sus manos estaban manchadas con la sangre de su esposo; y luego se asombró de haberlo podido olvidar.

Comenzó a comer y, con los ojos de César sobre ella, tragó el contenido de su fuente de plata.

Él llenó una copa con vino y brindó por Lucrecia.

—¡A ti, mi amor! ¡A tu futuro! Que sea grande y glorioso.

—Y a ti, hermano.

—A nuestro futuro, entonces, que es uno y el mismo. ¿Cómo podría ser de otro modo?

Ella pensaba: “Es el hombre más grande de Italia. Un día todos lo aclamarán; y es mi hermano, que me ama... no importa lo que haga a otros. Me ama... y no importa lo que me haga, ¿cómo puedo dejar de amarlo?”

Ella tenía conciencia del antiguo sortilegio, y él lo sabía tanto como ella; estaba decidido a hacerle cruzar esa noche el puente sobre el abismo que separaba el pasado y el presente; cuando ella lo hubiese cruzado en forma segura, la haría mirar hacia atrás y le haría ver que el pasado era tan borroso y oscuro como las Montañas Sabinas contempladas desde el castillo de Nepi.

Después de la cena, se sentaron a hablar. Él quería que Lucrecia volviera a Roma. Este no era un lugar para ella. Era joven —sólo tenía veinte años— y ¿acaso iba a pasar el resto de sus días suspirando por aquello que nunca podría ser?

—Deseo permanecer aquí durante algún tiempo —le dijo ella—. Aquí tengo soledad.

—¡Soledad! Naciste para estar en compañía. Regresa a Roma. Nuestro

padre te echa de menos.

—No le gusta verme con mi dolor auestas.

—Entonces te verá sin él. Ansía verte de este modo.

—No puede ser. Por ese motivo me quedaré aquí, donde puedo sentir mi dolor tal como lo deseo.

—Ya no sentirás dolor por un hombre indigno —gritó César.

Ella se levantó, diciéndole:

—No escucharé estas palabras.

Él le cerró el camino.

—Lo harás —dijo. Tomó una hebra de su pelo entre las manos—. Es menos rubio de lo que era antes, Lucrecia.

—No me importa —contestó ella.

—Y este vestido —prosiguió César — parece un hábito de monja. ¿Dónde están tus hermosos vestidos?

—No me interesan.

—Escucha, mi niña, pronto tendrás un nuevo esposo.

—¿Crees que puedes seducirme con esposos como seducirías a un niño con dulces!

—Sí, Lucrecia. Y hablando de niños, ¿dónde está ese hijo tuyo?

—Está durmiendo.

—No lo he visto.

Había temor en los ojos de Lucrecia. César lo advirtió y se alegró. Sabía que si no lograba doblegarla por ningún otro medio, lo haría por medio del niño.

—No tienes interés en la criatura —dijo ella con rapidez.

Los ojos de César tenían una expresión astuta.

—Es el hijo de su padre.

—Su abuelo... lo adora.

—El afecto de su abuelo puede ser disipado por el viento.

—¡César —gritó Lucrecia—, no intentes hacer daño a mi hijo!

Él le puso la mano sobre el hombro y al tocar la tela negra de su vestido hizo una mueca.

—¡Es tan fea! —dijo—. Le sienta tan mal a mi hermosa hermana. No temas. No habrá ningún daño para tu hijo.

—Si alguien tratara de matarlo, como mataron a su padre, deberían matarme primero.

—No, no te excites. Alfonso fue un traidor. Intentó quitarme la vida, y por eso le quité la suya. Pero no me ocupé de criaturas. Lucrecia, sé seria. Sé razonable. Tendrás que volver a Roma, y cuando vuelvas, debes volver a ser tal como eras. Debes sorprender a Roma con tus modas; debes ser nuestra graciosa Lucrecia. Que la alegre Lucrecia regrese a su casa y deje tras ella a la viuda llorosa.

—No puedo hacerlo.

—Puedes. —Luego, en tono insistente: ¡Lo harás!

—Nadie puede obligarme a hacerlo.

Su cara estaba cerca de la de ella.

—Yo puedo, Lucrecia.

Ella estaba sin aliento y él sonreía de nuevo, de una manera tranquila y triunfal. El temor de años pasados asumía una forma definida; ella se aferró a ese temor, amando el temor tal como lo amaba a él. No se entendía a sí misma, y tampoco comprendía a César. Sólo sabía que eran Borgia y que los lazos que los ataban eran indestructibles mientras durara la vida.

Se sentía casi desmayar por el temor y el placer esperado. En su mente dos figuras se estaban confundiendo: César, Alfonso; Alfonso, César.

Podía perder el uno en el otro, y cuando lo hiciera perdería la mayor parte de su dolor. Miraba fijamente a César, con los ojos muy abiertos; y César estaba sonriendo, de una manera tierna, apasionada, tranquilizadora, como si le tomara la mano y la llevara hacia lo inevitable.

Él se había ido y ella estaba sola. Ahora todo tenía un aspecto diferente. El panorama era menos severo, a menudo Lucrecia miraba hacia las brumosas Montañas Sabinas. César había partido hacia nuevas conquistas. Iría de triunfo en triunfo, y sus victorias serían las de ella.

Había momentos en que lloraba amargamente y otros en que se sentía triunfante.

¿Cómo pudo pensar que se quedaría sola? Era una de ellos; era una Borgia, y eso significaba que amaba a los miembros de su familia con una pasión que no podía sentir por ningún otro.

Sin embargo, se sentía asustada.

Estaba pasando por muchas emociones. Se lavó el pelo y ordenó que se le trajeran sus hermosos vestidos; pero cuando miró su cara en un espejo se sintió sobresaltada por lo que vio. Creyó advertir secretos en sus ojos, que la aterraron.

Deseaba estar en Roma con su padre. Algún día César volvería a Roma.

Pensaba en la relación familiar que tenían como algo infinitamente tierno y sin embargo infinitamente siniestro. Anhelaba verse atada tan estrechamente por esos lazos familiares que no pudiera escapar; y a continuación, tenía conciencia de anhelar la huida.

Había momentos en que pensaba: “Nunca estaré en paz de nuevo a menos que escape. Quiero ser como otras personas. ¡Si Alfonso hubiese vivido; si hubiésemos podido alejarnos juntos de Roma; si hubiésemos podido vivir felizmente, normalmente!”

Temblaba al encarar el futuro. César había venido hacia ella a Nepi; había perturbado la triste soledad, la dolorosa paz.

Con una sensación de choque, recordaba que no era solo su hermano; era el asesino de su esposo.

Luego comprendió que debía escapar de la telaraña en la cual se veía atrapada cada vez más. Se sentía como una mosca que ha quedado adherida a esas hebras pegajosas, agarrada y atada, pero no de una manera tan segura que la huida fuera imposible.

Menos de un mes después de la visita de César a Nepi, llamó a sus asistentes, y dijo:

—Tengo autorización de mi padre para volver a Roma. Hagamos nuestros preparativos y partamos no bien podamos. Estoy cansada de Nepi. Siento que no deseo volver a ver nunca este lugar.

Cuando Lucrecia llegó a Roma, el Papa la trató como si su estadía en Nepi hubiese sido tan sólo una pequeña vacación placentera. No mencionó a Alfonso, y se demostró evidentemente complacido de tener de vuelta al joven Rodrigo.

El ejército de César estaba logrando sus objetivos, y el estado de ánimo del Papa era benévolo.

Caminó con Lucrecia por los jardines del Vaticano y discutió el tema que en ese momento lo preocupaba más.

—Mi querida —dijo—, no puedes quedar sola para siempre.

—Lo he estado durante muy poco tiempo —dijo Lucrecia.

—Bastante... bastante. Hay algo que de vez en cuando me fastidia, hija. No puedo vivir siempre, y desearía verte felizmente casada antes de dejarte.

—Un buen matrimonio una semana puede ser inadecuado la semana siguiente, y de acuerdo con mi experiencia el matrimonio parece un estado muy inestable.

—Ah, eres joven y hermosa, y tendrás muchos pretendientes. César me dice que Luis de Ligny se convertiría de muy buenas ganas en tu esposo.

—Padre, yo no me convertiría de buena gana en su esposa... ni en la de ningún hombre.

—Hija mía, es primo del rey de Francia y es un gran favorito del rey. Su futuro es brillante.

—Queridísimo padre, ¿te gustaría que te dejara para vivir en Francia?

El Papa hizo una pausa, y luego dijo:

—Confieso que eso me parece la gran desventaja de este casamiento. Además, el hombre pide una dote enorme y tiene exigencias desmedidas.

—En tal caso no queremos saber nada con él, padre. Durante un cierto tiempo me quedaré en paz contigo.

Alejandro rió con ella y declaró que se mofaría del amigo de Luis. No consentiría nunca dar a su hija a cualquiera que la llevara tan lejos de su padre.

No pasó mucho tiempo antes de que se hablara de otra oferta. Esta vez se trataba de Francesco Orsini, el duque de Gravina, que demostraba gran

interés por realizar la boda y había abandonado de una manera sumamente ostentosa a su amante favorita, para que todo el mundo supiera con cuánta seriedad encaraba el matrimonio.

—Es una lástima que la haya dejado —dijo Lucrecia—. Era completamente innecesario.

—Sería un buen pretendiente, hija. Desde luego, es ávido, al igual que otros, y pide cargos en la Iglesia, con buenos beneficios, para los hijos que tuvo en su anterior matrimonio.

—Que los pida, padre. ¿Qué importa? No es necesario que escuches sus pedidos, pues yo no los escucharé. ¿Por qué esos hombres buscan mi mano? ¿Acaso no han aprendido todavía que mis esposos son hombres desgraciados?

—Eres muy hermosa, infinitamente deseable —dijo Alejandro.

—No —contestó ella—; es más simple. Soy la hija del Papa.

—Pronto —prosiguió Alejandro—, César estará de regreso. Me hace feliz tener a mis hijos a mi alrededor.

¡César estará de regreso! Esas palabras retumbaban en sus oídos. Pensaba en la vuelta de César, cabalgando al frente de sus hombres, como un alegre *condottiere* que conquista todo lo que se extiende ante él. Sintió que estaba firmemente atrapada en la telaraña, y que no podía haber ninguna escapatoria.

Pero tal vez hubiera una forma de escapar. Si se casara con el soberano de algún estado lejano, se vería obligada a dejar su hogar y a vivir con su esposo.

Sería un amargo dolor, pero estaría libre, libre del poder de los Borgia, de la mancha de los Borgia; sería libre para ser ella misma, para olvidar, para vivir como lo había deseado siempre en lo más profundo de su corazón.

Ese fue el motivo por el cual, cuando se mencionó el nombre de Alfonso d'Este como un posible pretendiente, escuchó con cierta atención.

Alfonso d'Este era el hijo mayor del duque de Ferrara, y si ella se casaba con él dejaría Roma y viviría con su esposo en Ferrara, que algún día gobernaría, por ser heredero de su padre.

Por ese camino había una escapatoria.

EL TERCER MATRIMONIO

Cuando Ercole, duque de Ferrara, oyó hablar del deseo del Papa de que hubiera un matrimonio entre Lucrecia y su hijo Alfonso, se encolerizó.

El viejo duque era un aristócrata, y consideraba que ese plan de introducir una bastarda en la noble casa de Este representaba una impertinencia.

Ahora que tenía sesenta años, sabía que debía pensar en el día en que su hijo Alfonso sería el jefe de la casa, y lo hacía con una cierta dosis de recelo. Ercole era un hombre de buen gusto; profundamente religioso, en otra época había sido amigo de Savonarola, había brindado hospitalidad a este religioso y la mala conducta de los Borgia lo llenaba de horror.

Deseaba mantener apartada a Ferrara del resto de Italia y la había convertido en un centro de cultura. Alentaba la literatura y las artes, y sus pasiones eran la música y el teatro. Había brindado hospitalidad a un gran arquitecto, Biagio Rossetti y el resultado se ponía de manifiesto en las calles de la ciudad.

Un solo aspecto favorable tenía la proposición del matrimonio desde el punto de vista de Ercole: los Borgia eran ricos y si él y su familia se rebajaran en algún momento permitiendo el casamiento, podría pedir una dote enorme. Ercole era hombre que disfrutaba acumulando dinero y que detestaba gastarlo.

No es que su hijo Alfonso fuera alguien a quien pudiera perturbar la mala reputación de la familia con uno de cuyos miembros planeaban casarlo. Alfonso era un ser grosero, y Ercole no podía comprender cómo había engendrado a semejante hijo. Alfonso parecía tener como único deseo pasar sus días en su fundición, experimentando con cañones, y sus noches con mujeres, cuanto más humildes, mejor. A Alfonso nunca le habían gustado las damas de alto nivel; prefería una sirvienta joven, vivaz y de buenas carnes, o una prostituta de taberna; sus aventuras con compañías de baja estofa eran bien conocidas.

Al margen del amor por la música, heredado de su padre, no parecía pertenecer a la familia de los Este. Su hermano Ippolito habría sido un mejor

heredero; pero Ippolito, en su calidad de segundo hijo, llevaba los hábitos de cardenal, y en esto tenía algo en común con César Borgia: los detestaba.

¿Dónde estaba Alfonso ahora? se preguntaba Ercole. En su fundición, sin duda alguna, probando sus cañones. Tal vez algún día serían útiles en la guerra. ¿Quién podría decirlo? Tal vez debía hablar con Alfonso y transmitirle esta monstruosa sugerencia. Pero ¿cuál sería la utilidad de esto? Alfonso gruñiría, se encogería de hombros y se dispondría a pasar la mitad de la noche con la muchacha que le ofrecían como esposa y sin duda alguna pronto la dejaría embarazada, como ya lo había hecho con media docena de amantes.

El duque Ercole llegó a la conclusión de que no podría debatir el tema con Alfonso.

Comenzaba a comprender que sus hijos se estaban volviendo inmanejables. ¿Era un descubrimiento que debía ser hecho por todos los viejos? Ippolito, elegante y apuesto, despotricaba contra sus hábitos de cardenal. Ferrante, su tercer hijo, era de carácter violento, y no se podía saber nunca qué locas aventuras emprendería. Sigismondo era tranquilo, parecía carecer de la ambición de sus hermanos, y a él le hubiesen correspondido, evidentemente, los hábitos de cardenal. Luego estaba su hijo natural, Giulio, de maravillosos ojos oscuros, alegre y guapo, un favorito de primer orden de las mujeres. Ercole suspiró. Había hecho lo mejor que había podido con el objeto de lograr una alta posición en la Iglesia para Giulio, pero éste no se sentía ansioso de ascender y muy pronto había descubierto un método para seguir su propio camino.

También tenía una hija, Isabella, que se había casado con Francesco Gonzaga y ahora era marquesa de Mantua. Isabella debería haber sido un hombre. Ahora Ercole se hubiera sentido complacido de que ella hubiera estado con él para discutir esta propuesta de matrimonio. Sin duda alguna, había oído hablar del asunto en su castillo sobre el río Mincio y se sentía furiosa. Pensaba en ella con orgullo... en su castillo que contenía algunas de las mejores esculturas de Italia, junto con pinturas, libros y cualquier objeto digno de ser llamado hermoso. Isabella era lo que Ercole hubiera deseado que fuesen todos sus hijos: intelectual. Desde luego, debería haber sido un hombre. No obstante, se decía que gobernaba a Mantua como podría haberlo hecho cualquier hombre, y dirigía a su esposo y a sus súbditos; y se hablaba de ella como “la primera mujer de su época”. Isabella llamaba todo el tiempo la atención sobre sí misma. Hizo saber que su corte era un refugio de artistas; debía ser única; aun sus vestidos eran diferentes de los que usaban otras, pues los dibujaba ella misma y los hacía confeccionar con las telas más finas y los diseños más brillantes. Esos vestidos eran copiados, pero por ese entonces Isabella ya los había descartado.

Sí, Ercole deseaba, por cierto, que Isabella estuviera en Ferrara para darle su opinión acerca del propuesto matrimonio.

Pero su hija no estaba allí; por ese motivo, se veía obligado a ir a la fundición para discutir el tema con Alfonso.

Se encaminó hacia allí. Alfonso no se encontraba en el edificio, estaba recostado afuera, en la sombra, comiendo un trozo de pan y una cebolla. Sus trabajadores estaban a su lado, y mientras se acercaba, Ercole se estremeció de disgusto, pues resultaba imposible decir cuál de los hombres era el heredero de Ferrara y cuáles sus trabajadores. Alfonso estaba riendo de buena gana, posiblemente por algún chiste grosero, y se sentía plenamente a sus anchas. Aunque en esos momentos siempre estaba a sus anchas. No le preocupaba si los cortesanos consideraban toscos sus modales; eran como Alfonso deseaba que fueran, y no se disculpaba por ellos. Ni siquiera pensaba en sus modales. Pero al mismo tiempo era evidente que se sentía más feliz con la gente común.

Al acercarse el viejo duque los trabajadores se incorporaron rápidamente y se mantuvieron en actitud vacilante, arrastrando los pies, sin saber bien cómo actuar.

—¡Vamos, es mi padre! gritó Alfonso—. ¿Has venido para presenciar el disparo del cañón, padre?

—No —dijo el duque—. He venido para hablarte.

Agitó su mano blanca e imperativa ante los trabajadores, que echaron una mirada tímida a Alfonso, y al hacerles éste una seña, se alejaron.

—Ven, padre, siéntate aquí a la sombra —dijo Alfonso, acariciando el suelo a su lado.

El duque vaciló, pero se sentía acalorado y cansado; y había algo simpático en este gran oso que era su hijo mayor, por poco que tuviesen en común.

Miró a su alrededor durante un instante y luego se sentó en el pasto.

Alfonso dio vuelta la cara hacia él, y Ercole retrocedió por el fuerte olor a cebolla, mientras observaba que las manos de Alfonso estaban mugrientas y que bajo sus uñas había un ribete de espesa suciedad.

—Si un enemigo llegara en algún momento a Ferrara —dijo— lo haría volar con mi cañón.

—Confío en que sería eficaz —dijo el duque, alejando con un golpecito una mosca que se posaba sobre su manga de brocado—. El Papa me ha hecho saber que sugiere que un matrimonio entre su hija y tú sería deseable.

Alfonso continuó masticando cebolla, totalmente impasible. Su mente estaba ocupada por su cañón.

¡Qué insensible! pensaba el duque. ¿Qué pensaría una novia de él? ¿Qué había pensado de él su primera esposa? ¡Pobre Anna Sforza! Pero tal vez no habría debido decir “pobre Anna”. Anna sabía cómo cuidarse. No había sido del gusto de Alfonso. No era una mujer femenina, pero era grande y guapa. No tenía la más mínima posibilidad contra esas grasientas mujerzuelas, las sirvientas que llamaban la atención de Alfonso. ¿Se había alejado con un escalofrío de esas manos mugrientas, de ese aliento con olor a cebolla, de un esposo lleno de deseo animal y carente por completo de las exquisiteces de una vida refinada? Alfonso no perdía nunca el tiempo en un cortejo; veía a una

muchacha, la seducía y, si la experiencia le gustaba, la repetía. En caso contrario olvidaba el asunto. Alfonso era un hombre campechano y viril.

Anna Sforza no se sentía realmente molesta. Tenía sus propios gustos y aunque como esposa del heredero de Ferrara estaba dispuesta a darle hijos, se sentía evidentemente feliz cuando Alfonso pasaba sus noches con una humilde amante y la dejaba tranquila para que ella retozara con una hermosa negra a quien adoraba.

Pero Anna, aunque parezca extraño, en un intento de cumplir con su deber, había encontrado la muerte. Murió en el parto. No era la primera ni la última mujer a quien le ocurría eso; sin embargo, en el caso de Anna, parecía doblemente trágico.

—Bien, Alfonso, ¿qué tienes que decirme?

—Debe haber una boda —murmuró Alfonso en tono ausente.

—¡Pero con los Borgia!

Alfonso se encogió de hombros.

—¡Y ella es una bastarda! —prosiguió Ercole.

—Indudablemente obtendrás una buena dote con ella, padre —dijo Alfonso con una mueca—. Eso debería complacerte.

—Aunque fuera la dote más grande del mundo, yo no desearía que la casa de Ferrara se uniera con la de los Borgia. No obstante, si nos negamos, tendremos el Papado contra nosotros. Comprenderás lo que eso significaría en estos días de agitación.

Los ojos de Alfonso brillaban.

—Utilizaremos el cañón contra cualquiera que venga por aquí.

—¡El cañón! —gritó Ercole—. ¿Qué utilidad tiene tu cañón contra los ejércitos del Papa? Y sin embargo... y sin embargo...

—Te sorprenderías si los vieras en acción, padre.

—Los ejércitos del Papa...

—¡No, no! Mis cañones. En los próximos tiempos los cañones que haré ocuparán el primer lugar en el campo de batalla.

—Es de este matrimonio que deseo hablarte. ¿Oh, Alfonso, no puedes darte cuenta de lo que es?

Era el viejo lamento. Algunos años antes alguien había hecho una apuesta con ese hijo de que no sería capaz de caminar por las calles de Ferrara desnudo, con una espada en la mano. Alfonso había aceptado la apuesta y lo había hecho. No comprendía que el pueblo que observaba su marcha no olvidaría nunca lo que hacía el heredero de Ferrara.

¿Por qué no era Ippolito el hijo mayor? Pero Ippolito podría haber creado problemas. ¿O Ferrante? Ferrante era despiadado. ¿Sigismondo? Nadie quería que un cura gobernara un ducado. Giulio era un bastardo, mimado a causa de su belleza. Pero ¿de qué servía vociferar contra estos hijos? Alfonso era el mayor y, a pesar de toda su grosería, por lo menos era un hombre.

—Bien, no pareces perturbado en lo más mínimo —dijo el duque.

—Habrá compensaciones, no lo dudo —murmuró Alfonso—. Sus

pensamientos volvieron a la fundición: a esa hora del día, a menos que alguna muchacha apetitosa se cruzara en su camino, los cañones eran mucho más interesantes que las mujeres.

—Podría haber compensaciones, desde luego —convino el duque, levantándose—, pero ninguna sería suficiente para que yo aceptara con agrado la unión con esa familia de mala reputación.

Se levantó y se alejó caminando y, mientras lo hacía, oyó a Alfonso que llamaba a sus hombres con un silbido, de la manera más grosera posible.

En Urbino era época de carnaval y Guidobaldo di Montefeltre, el duque, se vio obligado a recibir a César Borgia mientras éste esperaba la rendición de la ciudad de Faenza.

El duque no se sentía complacido, pero no se atrevía a hacer otra cosa. César, que ahora había asumido el título de duque de Romagna, era un enemigo de temer, pues nadie podía sentirse enteramente seguro de la dirección en que marcharían sus ejércitos.

Por ese motivo el recién nombrado duque de Romagna llegó al castillo, y el duque y su orgullosa esposa, Elizabetta Gonzaga (hermana de Francesco Gonzaga, marido de Isabella d'Este) se vieron en la necesidad de recibir a César con todos los honores.

Elizabetta odiaba a los Borgia; tenía muchas cuentas que arreglar con ellos. Su esposo se había visto prematuramente afectado por la gota, y encontraba difícil caminar, después de haber sido un gran soldado, ahora era víctima de una inmovilidad periódica. Pero el duque era de carácter amable y estaba dispuesto a olvidar el pasado. Elizabetta, altanera, orgullosa, se consideraba como una aristócrata y sentía profundo resentimiento hacia los Borgia por la forma en que habían tratado a su esposo, pues era Guidobaldo el que había estado con Juan Borgia cuando se había librado una guerra contra los Orsini en Bracciano, y obligado a obedecer las órdenes poco eficaces desde el punto de vista militar, de Juan Borgia, Guidobaldo había sido herido y tomado prisionero. Durante los meses que pasó en una prisión francesa había contraído la gota y su salud había quedado deteriorada para siempre; durante ese período el papa Borgia no había hecho el más mínimo esfuerzo para hacerlo liberar, y fue su propia familia quien debió reunir con grandes dificultades el rescate necesario.

Esos asuntos producían rencor en una mujer orgullosa como Elizabetta; sólo una persona gentil como Guidobaldo podía olvidar.

Ahora se veían obligados a recibir como huésped a César, y como en el salón de baile César miraba a su alrededor en busca de la mujer más atrayente, Elizabetta lo observaba con los labios apretados. Deploraba la necesidad de recibir a una persona cuya reputación era tan mala.

Elizabetta, ataviada con una tela de terciopelo negro que consideraba

decorosa, insistía en que todas sus damas se vistieran de la misma manera, y César, acostumbrado al esplendor de las damas romanas, sentía desfallecer su espíritu.

Hubiera deseado no haber venido a Urbino. El viejo duque gotoso y su estirada esposa no eran los compañeros que él habría elegido, pero se divertía en cierto modo al observar su aprensión.

—Vosotros tenéis un dominio atrayente —les dijo, y les permitió advertir el destello de codicia que brillaba en sus ojos.

El duque y la duquesa no deseaban problemas con el Papa, y sabían que el poder de Alejandro respaldaba a su hijo.

Que temieran por su pellejo. Si no podían brindar a César la diversión que deseaba, por lo menos que lo dejaran disfrutar como pudiera.

Pero de pronto César descubrió entre los invitados una hermosa muchacha, e inmediatamente preguntó a Elizabetta quién era.

Elizabetta sonrió con aire triunfante.

—Es una niña virtuosa, Dorotea da Crema. Se ha quedado aquí durante un cierto tiempo, pero está por encaminarse hacia el encuentro con su futuro esposo.

—Es encantadora —dijo César—. Me gustaría hablar con ella.

—Se podría arreglarlo —dijo Elizabetta—. La llamaré, a ella y a su dueña.

—¿La dueña es esa dama gorda de negro? En tal caso, os ruego que no la llaméis.

—Mi señor, aun para vos no podemos prescindir de la costumbre.

—En tal caso —dijo César ligeramente— para disfrutar de la compañía de la belleza debo aguantar a la fuerza el dragón.

Dorotea era encantadora.

César preguntó si podía sacarla a bailar.

—Temo que no, mi señor —dijo la dueña—. La señora está por reunirse con su futuro esposo y, hasta que esté casada no se le permite bailar sola con ningún hombre.

—¡Sola... aquí en este salón de baile!

La dueña cerró los labios e inclinó la cabeza a un costado, con aspecto de alguien que ha chocado contra un obstáculo insuperable. La cólera de César estalló, pero la ocultó. Los ojos límpidos de la niña se posaron en él por un segundo, antes de bajar la vista.

—Es una costumbre absurda —dijo César en tono furibundo.

Nadie contestó.

Entonces se dirigió a la muchacha.

—¿Cuándo partís de aquí?

—Al fin de la semana —contestó ella.

Era muy inocente, lo temía y sin embargo se sentía un poco atraída. Tal vez había oído hablar de su reputación, tal vez le parecía el propio demonio. Pero aun la más inocente de las vírgenes debe sentirse algo excitada de ser

perseguida por el demonio.

—Me voy mañana —le dijo él . Y es mejor así.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque es mejor que no nos encontremos, dado que no se me permite bailar con vos. Siento que mi deseo de bailar con vos es avasallador.

Ella miró con ansiedad hacia su dueña, pero esa dama la miraba.

—¡Qué pesada es la etiqueta! —murmuró César—. Decidme, ¿quién es el hombre más afortunado del mundo?

—Dicen que sois vos, mi señor. Hablan de vuestras conquistas y dicen que toda ciudad a la cual os acercáis cae en vuestras manos.

—Es verdad, lo sabéis. Pero me refería al hombre con quien vais a casaros. Recordad que no se me permite bailar con vos, por consiguiente, no soy tan afortunado como lo habíais pensado.

—Ese es un tema trivial —contestó ella— en comparación con la conquista de un reino.

—Lo que deseamos intensamente no es nunca trivial. ¿Cuál es el nombre de vuestro esposo?

—Gian Battista Carracciolo.

—¡Oh, feliz Gian Battista!

—Es capitán del ejército veneciano.

—Me gustaría estar en su lugar.

—Vos... bromeáis. ¿Cómo podría ser así, para vos, que sois duque de Romagna?

—Hay algunos títulos a los cuales renunciaríamos a cambio de... otros.

—¿Títulos, mi señor? ¿Qué otro título podéis desear?

—Ser el amante de la hermosa Dorotea.

Ella rió.

—Esta es una conversación frívola, y no le gusta a mi dueña.

—¿Debemos complacerla?

—Debemos hacerlo, por cierto.

Elizabetta observaba la escena con satisfacción. Dijo a la dueña:

—Ha llegado el momento de que la persona a vuestro cargo se retire. No debemos cansarla mientras esté con nosotros. Le espera un largo viaje, que puede ser agotador. Recordad que estáis bajo mi responsabilidad y que debo tener en cuenta vuestra comodidad.

La dueña se inclinó y Dorotea se despidió de Elizabetta. Sus ojos se posaron durante un instante sobre la figura del duque de Romagna. Se estremeció levemente, y agradeció estar a cargo de su dueña, aunque a veces fuera algo fastidiosa.

César se sintió encolerizado y frustrado cuando ella se fue. Ya no estaba interesado en la recepción, pues las mujeres le parecían insulsas y remilgadas, y estaba lleno de un urgente deseo, que se estaba convirtiendo rápidamente en una necesidad: convertir a la preciosa Dorotea en su amante.

Dorotea partió de Urbino rodeada por sus amigos y asistentes.

Todos hablaban de la ceremonia y de los vestidos que llevarían y de que pronto entrarían en la República Veneciana, donde encontrarían a Gian Battista Carracciolo que los esperaba para darles la bienvenida.

Estaban cerca de Crevia cuando llegó galopando hacia ellos una tropa de caballería. No se alarmaron, no se les ocurrió que esos jinetes pudieran hacer ningún daño, pero cuando se acercaron más, advirtieron que estaban enmascarados, y Dorotea se sintió segura de percibir algo familiar en el líder que les gritó que se detuvieran.

La comitiva nupcial se paró.

—No se os hará daño —les dijeron—. Buscamos a alguien de la comitiva: los demás podéis continuar vuestro viaje sanos y salvos.

Dorotea comenzó a temblar, porque comprendió.

Su dueña dijo con voz temblorosa:

—Os equivocáis con nosotros. Somos simples viajeros en camino a Venecia. Vamos a asistir a una boda.

El hombre enmascarado que le había parecido familiar a Dorotea se acercó a ella, hizo de lado por la fuerza a su dueña y tomó las riendas de su caballo.

—No temáis —susurró.

Luego, conduciendo el caballo de la doncella tras él, se alejó del grupo, mientras uno de sus hombres hacía lo mismo con la más joven y bonita de las doncellas de Dorotea, y los hombres se alejaron al galope, llevando a las muchachas con ellos.

—¡Cómo os atrevéis! —gritó Dorotea—. Liberadme enseguida.

Su apresador se limitó a reír, y se advertía algo diabólico en su risa, que la llenó de terror.

Miró hacia atrás; pudo advertir al grupo en la ruta, rodeado por los soldados que impedían la persecución y comprendió que el hombre enmascarado que la había raptado era César Borgia; sabía lo que eso significaba, y que Gian Battista Carracciolo esperaba en vano a su novia, pues César Borgia la había visto, la había deseado y la había emboscado para satisfacer su lujuria.

Isabella d'Este se sintió furiosa cuando oyó hablar del propuesto matrimonio de su hermano con Lucrecia.

Escribió enseguida a su padre, el duque Ercole y le dijo que bajo ningún concepto Lucrecia Borgia podía incorporarse a la familia. Era absurdo. Esos Borgia advenedizos... ¿quiénes pensaban que eran para mezclar su sangre con lo mejor de Italia? Podía contarle muchas cosas acerca de los Borgia. Giovanni

Sforza, el primer marido de Lucrecia, había estado en su corte y hubiera sido imposible creer lo que tenía para contar si no se hubiese referido a los Borgia.

Se había dispuesto el divorcio, según dijo Isabella, porque el Papa estaba celoso del marido de Lucrecia y la quería toda para él. ¿Increíble? Pero así eran los Borgia. Se decía que Lucrecia había sido la amante de todos sus hermanos. También eso parecía absurdo. ¿Debía recordarle de nuevo que se trataba de los Borgia? ¿Se había enterado del último escándalo? Dorotea da Crema, en camino para encontrarse con su novio, había sido emboscada por César Borgia y raptada para violarla. Desde entonces no se había oído hablar de la pobre muchacha. ¡Y era con un miembro de la familia de ese bruto con quien su padre pensaba en casar al heredero de Ferrara!

Isabella tenía razón, reflexionaba Ercole. No quería a ningún Borgia en su familia; pero debía tener mucho cuidado en la forma de expresar su negativa al Papa.

En una época se había sugerido un matrimonio entre Alfonso y Louise d'Angoulême. Por consiguiente, Ercole escribió que lamentaba en grado sumo tener que rechazar la oferta hecha por el Papa, pero le explicaba que su hijo Alfonso ya había hecho promesas a esa dama y, en consecuencia, no estaba en condiciones de considerar el brillante matrimonio con la hija de Su Santidad que el Papa ofrecía tan generosamente.

Ercole se calmó. Alfonso debía casarse pronto. Pero no con una Borgia.

Cuando Alejandro recibió la carta de Ercole, se puso pensativo. Le resultaba evidente que Ercole no se sentía ansioso de aliar su casa con los Borgia. Entonces comenzó a encolerizarse.

Había otros asuntos que lo hacían meditar. El rapto y la violación de Dorotea estaba despertando indignación en toda Italia, y aun Luis de Francia había sumado su protesta, enviando en un gesto de desaprobación a Yves d'Allegre a César para protestar. Luis se había sentido realmente enfadado porque el novio, Carracciolo, declaró que tenía la intención de partir de Venecia y recorrer todo el país hasta encontrar a su novia. Como el ejército veneciano estaba bajo sus órdenes y se temía una invasión de Maximiliano de Austria, hubo gran consternación entre los franceses ante la perspectiva de que Carracciolo desertara para ocuparse de asuntos puramente personales.

César, enfrentado a los enviados del rey de Francia, negó tener conocimiento alguno del paradero de Dorotea.

—Tengo tantas mujeres como quiero —replicó—. ¿Por qué debería causar tantos problemas raptando a ésta?

Muchos fingieron aceptar sus palabras, comprendiendo que demostrar duda de poco serviría; pero Carracciolo juró venganza contra los Borgia, seguro de que el hombre que le había robado su novia era César.

En el Vaticano, el Papa proclamó con vehemencia que César era inocente

en el asunto de Dorotea, pero se sintió muy perturbado por la negativa del duque de Ferrara a aceptar a Lucrecia como una novia para su hijo.

Reflexionó sobre el duque, y estimó que su principal característica era la avaricia. Ercole era capaz de muchas cosas para evitar un gasto de dinero, pero si había algo de lo cual detestaba tener que desprenderse, aún más que del dinero, era de un solo metro cuadrado del territorio sobre el que gobernaba.

El Papa escribió a Ercole que lo entristecía saber que Alfonso ya estaba comprometido con otra dama, pero estaba seguro de que sería un gran bien para ambas casas que un matrimonio las uniera, y pensó que no debían dejar de lado el plan a la ligera. Alfonso no estaba disponible; Ippolito era hombre de la iglesia, en consecuencia, daría a Lucrecia al tercer hijo de Ferrara, Ferrante. Pero su hija era muy rica, y debía lograr un principado para ella. Su sugerencia —y su deseo, según dejó entender— era que Ferrante recibiera el sector de Ferrara conocido como Modena, que podía ser convertido en el estado de Modena, y gobernado por Ferrante y Lucrecia.

—¡Dividir Ferrara! —fue el comentario del viejo duque—. ¡Jamás!

Pero temía que el Papa fuera inflexible. Se sintió seguro de que sería así cuando al apelar a los franceses en busca de ayuda —Ferrara había sido aliado de Francia durante muchos años— Luis le dijo que un matrimonio entre los Este y los Borgia no desagradaría a los franceses. El consejo de Luis era continuar las negociaciones.

Entonces Ercole comprendió que Luis deseaba la ayuda del Papa para conquistar Nápoles; Francia era la aliada del Vaticano, y como consecuencia de esa circunstancia Ferrara debía sufrir.

Cuando Ercole recibió esa indicación de los franceses comprendió que debía aceptar aquello que detestaba.

Pero nunca se separaría de Ferrara. Era mejor olvidar antiguos contratos con Louise d'Angoulême. Como debía haber un matrimonio, era mejor que fuera el de Alfonso y Lucrecia.

El Papa, paseando con Lucrecia por los jardines del Vaticano, la llevaba del brazo mientras daban una vuelta entre las flores.

—Me hace muy feliz que hayas vuelto a ti misma —dijo a su hija—. Lucrecia triste era otro ser, no mi brillante hija. Y ahora sé que estás complacida con este matrimonio que tu cariñoso padre ha arreglado para ti.

—Sí, padre —contestó ella—, estoy complacida.

—Me apena que debas irte tan lejos del hogar.

—Pero me visitarás, y yo te visitaré, padre. Nunca estaremos separados durante mucho tiempo.

Él le apretó el brazo con ternura.

—Serás duquesa de Ferrara, mi preciosa. Desde el momento mismo del

matrimonio el título será tuyo. Afortunadamente el viejo Ercole no tiene esposa, de tal modo que tendrás el derecho de llamarte duquesa de Ferrara.

—Sí, padre.

—Un hermoso título, que te hará igual a las princesas de Italia. Eso es lo que siempre quise para mi muchachita.

Ella se mantenía en silencio, pensando: “Qué extraño es que yo espere con ansia este matrimonio. Qué extraño que desee irme de mi hogar”.

El regocijo que sentía se debía al hecho de que la huida era inminente. Estaba por desprenderse de los lazos. Los había imaginado como los hilos de una telaraña, pero estaban hechos de carne y sangre, y el desgarramiento sería doloroso.

¿Y este esposo que le destinaban? Había visto su retrato. Era corpulento, parecía fuerte, pero lo que más la había atraído al examinar ese retrato era la certeza de que no era un hombre capaz de perturbar su ser más recóndito. Le daría hijos y lo satisfaría; su esposo nunca desearía saber hasta qué punto había querido a sus antecesoras, cuánto había sufrido cuando el otro Alfonso fue asesinado, nunca trataría de descubrir el secreto de esa extraña relación entre ella y César, entre ella y su padre. Era un hombre práctico: tenía su taller y una multitud de amantes. Muchos de los niños de las aldeas de Ferrara habían sido engendrados por él. Era tosco, según se decía, grosero y sin embargo, en forma bastante extraña, todo lo que ella escuchaba decir de él la complacía. Sabía cuál era su deber y lo cumpliría, y su vida secreta permanecería inviolada. Estaría sola en Ferrara, en condiciones de reflexionar sobre su vida, de comprenderse a sí misma.

No era el matrimonio aquello que anhelaba; era la libertad, aquello en lo cual apenas osaba pensar como en una huida. Pero dejó que el Papa creyera que era el matrimonio lo que la complacía.

—Han hecho un trato poco ventajoso para nosotros, Lucrecia —susurró Alejandro—. Una dote de cien mil ducados y tesoros por valor de setenta y cinco mil ducados, así como los castillos de Pieve y Cento.

—Es mucho pedirte, padre, por desembarazarte de tu hija.

—¡Ah! —rió Alejandro—. Es el matrimonio que siempre quise para ti. ¡Duquesa de Ferrara, Lucrecia, mi amor! Alfonso, tu esposo, es el legítimo heredero de su padre. Es un hermoso casamiento, un espléndido casamiento. Y mi amada es digna de él.

—Pero se debe pagar un alto precio por eso.

—Hay más. Insiste en que se reduzcan sus diezmos, de cuatro mil ducados a cien. ¡Qué insolencia! Pero el viejo y astuto Ercole sabe que estoy decidido a lograr esta boda. También pide más honores para Ippolito. Y eso no será todo.

—Es demasiado.

—No. Daría mi tiara por tu felicidad, si fuera necesario.

Ella le sonrió, pensando: “Es verdad. Darías mucho para comprarme un matrimonio espléndido. Pero no pudiste lamentarte conmigo una sola hora

cuando mi esposo fue asesinado”.

El pequeño Rodrigo, que estaba en los jardines con su niñera, se acercó tambaleando.

—¡Oh! —gritó Alejandro, levantó al muchachito y lo meció sobre su cabeza. La mano regordeta de Rodrigo alcanzó la nariz bastante grande de Alejandro y trató de tirarla—. ¡Qué desfachatez! ¡Qué sacrilegio! —prosiguió Alejandro—. ¿Sabéis, joven señor, que es la sagrada nariz la que maltratáis así, eh?

Rodrigo gritó de placer y Alejandro, en un súbito arranque de amor, mantuvo al muchacho fuertemente apretado contra él, tan apretado que Rodrigo inició una ruidosa protesta. Alejandro lo besó y lo soltó. Sonrió a la niñera, una bonita criatura, y murmurando una bendición, posó su mano sobre el suave pelo de la doncella.

—Cuida a mi nieto —dijo con ternura. Anunció que visitaría la nurserí esa tarde. Allí encontraría un doble placer: la compañía del muchacho y la de su niñera.

Lucrecia, que observaba la escena, la encontró parecida a las antiguas costumbres que ella recordaba tan bien. Alejandro no cambiaba: era así como visitaba esa nurserí en la Piazza Pizzo di Merlo, donde ella y sus dos hermanos esperaban con ansiedad su llegada, con la misma ansiedad con que el joven Rodrigo la esperaría ahora. ¿Había entonces una bonita niñera que llamara su atención? Tal vez no: Vannozza, su madre, se aseguraría de que no la hubiera.

—Echarás de menos a Rodrigo cuando partamos hacia Ferrara dijo Lucrecia.

Hubo un breve silencio, y Lucrecia sintió un repentino temor.

Alejandro dijo amablemente:

—Si fuera necesario que lo dejaras aquí, sabes que recibiría las mejores atenciones.

De modo que todo había sido arreglado. Ella debía dejar a Rodrigo. Era muy poco probable que le permitieran llevarlo con ella.

Los Este no podían desear a este hijo de un matrimonio anterior. ¿Por qué no se le había ocurrido eso antes de demostrar que estaba dispuesta a la boda?

El Papa la miraba con ansiedad. Su rostro, según lo adivinaba ella misma, revelaba su dolor, y él recordaba las semanas en que ella había llevado el duelo de Alfonso. Ahora temía que ella se entristeciera y necesitaba desesperadamente que estuviera alegre.

—Oh, padre —dijo impulsivamente—, tal vez, después de todo, este matrimonio no me traerá felicidad.

Él le tomó la mano y la besó.

—Te traerá gran felicidad, mi Lucrecia. Nada debes temer. Puedes confiar en mí: cuidaré a Rodrigo. ¿Acaso no es tu hijo? ¿No nos pertenece?

—Padre... —vaciló ella.

—Piensas que tal vez yo no estaré siempre aquí.

—No hables de eso. Es más de lo que puedo soportar.

El Papa rió.

—Tu padre es un viejo, Lucrecia. Está cerca de los setenta años. Pocos viven tanto, y quienes viven hasta esa edad no pueden esperar vivir mucho más.

—No podemos pensar en eso —gritó ella—. No nos atrevemos a pensar en eso. Cuando éramos pequeños, eras tú... el tío Rodrigo, entonces... quien derramaba todos los beneficios. Eso no ha cambiado. Padre, si murieras, ¿qué sería de nosotros? Creo que sólo estaríamos vivos a medias.

Él disfrutaba de esa conversación. Sabía que no era adulación; no había exageración... o tal vez sólo un poco. Lo necesitaban ahora, como lo habían necesitado siempre. Su delicada Lucrecia, su fuerte César.

—Soy robusto y aún tengo mucha vida en mí —dijo él—. Pero, mi queridísima, para satisfacerte, el pequeño tendrá otro tutor, además de mí. ¿Qué opinas de nuestro pariente, Francesco Borgia? El cardenal es gentil, te ama, quiere al niño. ¿Te sentirías más feliz en tal caso, Lucrecia?

—Confiaría en Francesco —dijo ella.

—Entonces, así será.

Le tomó la mano y observó que estaba temblando.

—Lucrecia —dijo—, ya no eres una niña. Muy pronto haré una gira por los territorios papales. Te voy a dejar a cargo de mis tareas seculares.

Ella se sintió pasmada.

—Pero... soy una mujer, y ésa es una tarea que corresponde a tus cardenales más importantes.

—Me gustaría mostrarles que mi hija está a la altura de cualquier tarea con la cual, como una Borgia, se puede enfrentar.

Lucrecia sonrió en forma tímida; sabía que Alejandro entendía sus temores por la nueva vida que se abría ante ella. Quería que se probara a sí misma, deseaba inspirarle el coraje que necesitaría.

La amaba con una devoción tan grande como la que podía sentir por cualquier otra persona, y ella lo amaba. Lo amaba con fiereza, apasionadamente: y se preguntaba: “¿Pesa sobre nosotros, los Borgia, alguna maldición que hace que nuestro amor deba ser de una intensidad tal que llegue a un punto en nuestras vidas en que debemos alejarnos de él, huir de él?”

Roma estaba alegre: las calles, atestadas de gente; en la ciudad todos deseaban vislumbrar a Lucrecia en camino a Santa María del Popolo, donde iba a dar gracias porque el duque de Ferrara había firmado por fin el contrato matrimonial entre ella y su heredero, Alfonso.

El Papa había decidido convertir esa fecha en un gran acontecimiento, y con el típico amor por el espectáculo de los Borgia había dispuesto un desfile

histórico para deslumbrar incluso a los romanos. Como ocurría en todos estos espectáculos, el acontecimiento no era sólo de carácter serio sino también alegre; no se trataba sólo de una ceremonia solemne sino también de una mascarada. Los cañones de San Angelo retumbaban, y las campanas repiqueteaban en las siete colinas de Roma. Lucrecia, reluciente de joyas, el vestido adornado con oro y piedras preciosas, con una red en el pelo tejida con hebras de oro y con joyas, cabalgó triunfante a través de las calles. La acompañaban las damas y los caballeros de su corte, trescientos en total, junto con los embajadores de España y Francia.

La gente se amontonó alrededor de la entrada de la iglesia cuando Lucrecia hizo su ingreso hacia el impresionante pedernáculo de mármol de Alejandro, donde se arrodilló para dar gracias a Dios por otorgarle ese gran honor.

Su regencia en asuntos seculares durante la ausencia de Alejandro había sido un gran éxito; Lucrecia se ocupó de todos los asuntos no eclesiásticos, y los cardenales quedaron asombrados de su gravedad y su comprensión de los problemas.

Por primera vez en su vida Lucrecia conoció responsabilidades, y disfrutó la experiencia. El cardenal Giorgio Costa, que tenía ochenta y cinco años, se había convertido en su asesor especial y, enamorado de su juventud, había hecho mucho para que la regencia fuera un éxito. A esos cardenales les parecía imposible, mientras contemplaban a esta muchacha serenamente hermosa que deseaba tanto complacer y escuchaba con tanta gravedad sus consejos, creer en los perversos rumores que habían oído referentes a ella. Cuando el Papa volvió, se enteró inmediatamente del respeto ganado por ella, y comprobó que había dado un golpe maestro al designar a Lucrecia como regente.

Ahora ella salía de la iglesia. Estaba anocheciendo, y mientras regresaba a caballo al Vaticano el pueblo exclamaba: “¡Viva la duquesa de Ferrara! ¡Viva Alejandro VI!”

No bien oscureció comenzaron los fuegos artificiales y las enanas de Lucrecia, todas espléndidamente vestidas, se abrieron paso corriendo a través de la multitud, gritando: “¡Viva la duquesa de Ferrara!” y cantando canciones acerca de su virtud y su belleza.

El pueblo, que gustaba de un espectáculo de esta naturaleza más que de cualquier otra cosa, estaba del todo dispuesto a olvidar antiguos escándalos y a gritar fuerte: “¡Viva la virtuosa duquesa de Ferrara!”

El Papa estaba en el centro de las celebraciones, presidiendo el banquete, asegurándose de que los embajadores y todos los emisarios de las cortes extranjeras advirtieran hasta qué punto estimaba a su hija, esto era una señal de su afecto, también era una advertencia a los Este de cuál sería su cólera si intentaran desdecirse de su convenio o si al llegar su hija a Ferrara no le concedieran todo el respeto debido a su duquesa.

Y al día siguiente, según la costumbre tradicional, Lucrecia entregó su

vestido a su bufón, que se lo puso y cabalgó por la ciudad, gritando: “¡Hurra por la duquesa de Ferrara!” La muchedumbre lo siguió, riendo a carcajadas al ver al loco ataviado de ese modo, haciendo gestos obscenos a la “novia”; todo lo cual era observado por Lucrecia y el Papa con gran regocijo.

Ahora que Ercole había firmado el contrato matrimonial, había un asunto que el Papa deseaba solucionar desde hacía mucho tiempo, y que en ese momento juzgaba poder terminar. Un día, envió a llamar a Lucrecia y cuando acudió, después de recibirla con su afecto habitual, despidió a todos los asistentes y le dijo:

—Hija mía, ¡tengo algo para mostrarte!

Ella esperaba una joya, alguna pieza de espléndido brocado, algún artículo que fuera regalo de bodas para ella, pero se equivocaba.

El Papa fue a la puerta de una antesala contigua y habló a alguien que estaba esperando allí.

—Puedes irte —le dijo—. Yo tomaré al niño.

Luego volvió a Lucrecia, llevando de la mano a un hermoso muchachito de unos tres años.

Mientras Lucrecia miraba fijamente al niño, sintió que la sangre afluía a su rostro. Esos hermosos ojos oscuros eran iguales a aquéllos que había conocido una vez y los recuerdos se precipitaron hacia ella. Estaba en el convento de San Sisto donde un español de ojos oscuros la había visitado, apuesto, encantador, apasionado.

—Sí —dijo el Papa—, es él.

Lucrecia se arrodilló y tomó al muchacho entre los brazos, pero éste retrocedió desconcertado, mirándola solemnemente... con cierta desconfianza.

Lucrecia pensó: “¿Cómo podría ser de otro modo? Han pasado tres años desde que nació... y durante todos estos años no ha visto a su madre”.

—Ven, mi hombrecito —dijo el Papa—. ¿Qué tienes que decirle a la hermosa dama?

—Es hermosa —dijo el muchacho, tocando con un dedo moreno las joyas de los dedos de Lucrecia. Acercó su cara a esas manos y emitió un pequeño cloqueo de placer. Le gustaba el olor a almizcle con el cual ella perfumaba sus manos.

—Mírame, pequeño —dijo Lucrecia—, no a mis baratijas.

Entonces esos ojos solemnes la examinaron cautamente, y ella no logró resistir la tentación de tomarlo entre sus brazos y de cubrirle la cara con besos.

El Papa contemplaba la escena, benévolo y feliz. Su mayor alegría consistía en dar placer a sus seres amados y este muchachito, al igual que la mayoría de los niños y especialmente los que tenían sangre de los Borgia en sus venas, lo había cautivado inmediatamente.

—Por favor —dijo el muchacho—, no me gusta ser besado.
Eso divirtió al Papa.
—Más tarde te gustará, hijo mío —gritó—. Más tarde no desdeñarás los besos de mujeres hermosas.
—No me gusta ser besado —reiteró el muchacho.
—¿No has sido besado mucho? —preguntó Lucrecia.
El niño sacudió la cabeza.
—Creo que tendría la tentación de besarte a menudo —le dijo ella, lo cual hizo que el niño se apartara presurosamente de ella y se acercara al Papa.
—Al pequeño Giovanni le gusta su nuevo hogar, ¿no es cierto? —preguntó el Papa.
Los ojos del pequeño Giovanni se iluminaron mientras miraba el imponente semblante, que podría haber sido aterrador pero que se veía redimido por esa hermosa expresión que encantaba a jóvenes y viejos.
—Giovanni desea quedarse con el Santo Padre —dijo.
Los labios de Alejandro se crisparon de placer y emoción; las blancas manos acariciaron el espeso pelo rizado del niño.
—Entonces te quedarás, hijo mío, te quedarás, pues Su Santidad está tan complacido con Giovanni como Giovanni lo está con Su Santidad.
—Santidad, Santidad —salmodió Giovanni.
—Ven —dijo el Papa—, di tu nombre a la dama.
—Es Giovanni.
—¿Giovanni qué?
—Giovanni Borgia.
—¡Un Borgia, por cierto! No lo olvides nunca. Es la parte más importante. Hay millares de Giovanni en Italia, pero pocos Borgia; y ése es el nombre que estarás orgulloso de llevar.
—¡Borgia... Borgia! —repitió Giovanni.
—Oh, Giovanni —gritó Lucrecia—, ¿te importó dejar tu antiguo hogar?
Los ojos de Giovanni se ensombrecieron levemente.
—Este es mejor —dijo.
—Con seguridad lo es —dijo el Papa—; en él están Su Santidad y la hermosa Madonna Lucrecia.
—Madonna Lucrecia —murmuró el niño, casi con timidez.
Alejandro lo levantó y lo besó.
—Bueno —dijo—. Lo has visto.
—¿Se quedará aquí ahora?
El Papa asintió.
—Se quedará con su Santo Padre, que lo ama, pues eso es lo que desea.
Giovanni asintió con gravedad.
—Ahora volverá a su nursery, y tú y yo tendremos una pequeña conversación. Desearía que vieras qué feliz está aquí, y qué bien se lleva con su pequeño amigo y pariente.
El Papa, llevando al joven Giovanni, se encaminó hacia la nursery, donde

el pequeño Rodrigo estaba sentado en el suelo jugando con ladrillos, que intentaba convertir en torre. Cuando vio a Lucrecia se puso de pie y avanzó vacilante hacia ella.

Lucrecia lo alzó en los brazos y el niño no demostró resentimiento ante sus besos. Luego señaló a Giovanni y dijo:

—Giovanni.

La voz de Lucrecia se quebró por la emoción, mientras decía:

—¿Así que amas al pequeño Giovanni?

—El gran Giovanni —le recordó Rodrigo; luego su atención se vio cautivada por el gran rubí que Lucrecia llevaba en su collar, sus dedos se cerraron sobre él y sus grandes ojos lo miraban fijamente, llenos de admiración.

Lucrecia lo abrazó y sintió que las lágrimas afluían a sus ojos. Alejandro las vio y dijo:

—Dejemos a los niños con sus niñeras. Tengo algo que decirte.

Dejaron la nurserí y Alejandro colocó el brazo alrededor de su hija mientras la conducía de vuelta a su apartamento.

—Ya ves —le dijo—, he mantenido mi promesa. He enviado a buscarlo para que pueda ser criado como uno de los nuestros.

—Gracias, padre.

—Temo haberte dado la noticia de una manera demasiado repentina. Debería haberte preparado. Pero esperaba darte un gran placer, y no pude mantener por más tiempo escondido el regalo. Es un lindo muchacho, ya veo un Borgia en él.

Ella se dio vuelta hacia él de repente y se arrojó entre sus brazos.

—Lo lamento, padre, pero me trae de vuelta todos mis recuerdos... de una manera muy intensa.

Alejandro le acarició el pelo con suavidad.

—Lo sé, mi amada. Lo vi en tu rostro. Y estas lágrimas tuyas son lágrimas de alegría, ¿no es cierto? Ves que el muchacho ha sido bien atendido. No necesitas preocuparte en ese sentido. Le daré una propiedad y títulos. Será uno de los nuestros. No temas por su futuro, Lucrecia. Está en mis manos.

Ella besó esas manos.

—Las manos más amables y capaces del mundo —murmuró.

—Su mayor alegría está en dar felicidad a mi querida hija.

—Pero padre, es mi hijo, al igual que Rodrigo, y me entristece tener que dejarlos.

Es verdad, no puedes llevarlos contigo a Ferrara, pero sabes que aquí están seguros.

—Querías que tus hijos crecieran a tu alrededor, padre. Yo quiero lo mismo.

El Papa se mantuvo silencioso. Luego dijo:

—Lo sé. — Luego sonrió con expresión luminosa—. ¿Por qué no deberías tenerlos contigo... a su debido tiempo, Lucrecia? Sé que tienes mucha astucia,

eres encantadora y hermosa. Cuando querías algo de mí, ¿acaso no lo obtenías invariablemente? ¿Por qué? Porque eras encantadora y yo te amaba tanto que no podía negarme. No dudo de que pronto aprenderás a lograr lo que desees de tu esposo, como lo logras de tu padre.

—Quiere decir que con el tiempo podré persuadirlo de que me deje tener a los muchachos conmigo.

Él la besó con ternura.

—No lo dudo —dijo.

Era imposible que la llegada del pequeño Giovanni Borgia pasara desapercibida, y el nuevo niño del Vaticano se convirtió en el tema principal de conversación en ciertos círculos. ¿Quién es Giovanni Borgia? Era la pregunta del día. Se le dio un nuevo título, el *Infante Romano*.

Alejandro se sentía ligeramente perturbado. El problema del matrimonio con Ferrara parecía solucionado, pero no era así. Ercole daba a entender con suma claridad que el matrimonio no lo entusiasmaba, había regateado con sus ducados y sus honores como un mercader y Alejandro creía que aprovecharía la primera oportunidad para zafarse del compromiso. Sólo el temor del Papado y la agitación del momento en Italia lo habían hecho acceder; el arrogante aristócrata pensaba que su familia era demasiado buena para los Borgia; en su estiramiento, sentía repugnancia por una alianza con una familia que había provocado más escándalos que ninguna otra en Italia. Por tal motivo, era una lástima que en este momento hubiera otro escándalo, y que se refiriera a un niño de tres años.

¿Quién es el *Infante Romano*? Era imposible eludir la pregunta.

Isabella d'Este escribía a su padre, comunicándole su creencia en cuanto al parentesco del misterioso niño. Si se mencionara el nombre de Lucrecia en relación con el de ese niño, Ercole podía considerar que tenía amplios motivos para rescindir el acuerdo matrimonial.

Entonces Alejandro redactó una bula, cuyo principal motivo era legitimar al pequeño Giovanni, pues deseaba que este saludable muchachito de relampagueantes ojos negros fuera conocido como un verdadero Borgia, y la legitimación era el único medio de lograrlo. Declaró que el niño era hijo de César, duque de Valentinois, y de una mujer de Roma. A César, padre de tantos hijos ilegítimos, no le importaría aceptar la responsabilidad de uno más.

En consecuencia, el *Infante Romano* era el hijo de César Borgia, y eso explicaba por qué el Papa estaba encantado con el niño. Pero Alejandro se sentía inquieto. Debía tener en cuenta el futuro, los días en que podría no estar allí para proteger los intereses del niño.

Deseaba dejarle ciertas propiedades; en consecuencia, redactó otra bula que debía quedar secreta mientras viviera. En ella declaraba que el niño era

su propio hijo, engendrado por una mujer de Roma. Pero por el momento había logrado acallar los rumores. Había dado al mundo esta explicación de su amor y de su preocupación por el niño, y el misterio parecía estar resuelto. Por lo menos el ansioso Ercole no podría utilizarlo como una excusa para cancelar los planes de casamiento.

Mientras tanto, el rey de Francia planeaba su ataque a Nápoles. Sabía que aunque conquistara esa tierra no podría retenerla sin una investidura, y por tal motivo deseaba aplacar al Papa. Por consiguiente, había ayudado a César a conquistar Romagna, y César debía ser su aliado en la marcha sobre Nápoles.

Luis había hecho otra astuta jugada al formalizar una alianza con España. Al recibir ciertas concesiones — la adquisición de Apulia y Calabria— los españoles habían acordado mantenerse al margen y dejar que sus parientes aragoneses de Nápoles combatieran solos.

Luis exigió que César dejara guarniciones en las ciudades que había tomado y se uniera a él en la conquista de Nápoles, que Luis declaró formar parte de su contrato. César se sentía furioso, pues se le daba a entender en qué escasa medida sus triunfos se debían a él mismo. Era suficientemente realista para comprender que estaba bajo la influencia papal y la de Francia, y que si se eliminaban estas influencias se encontraría inerme ante sus enemigos.

Llegaron noticias perturbadoras de Maximiliano, que no se sentía complacido por la alianza francoespañola y preguntaba quiénes eran estos Borgia que actuaban como aficionados en la política europea. Hizo saber que estaba encarando la posibilidad de venir a Italia él mismo, y que destrozaría ese insignificante reino de Romagna, aunque sólo fuera por el placer de que los Borgia entendieran con claridad que eran tan sólo una familia sin importancia, uno de cuyos miembros había tenido la suerte de ser elegido como Papa.

Era humillante, pero no quedaba más remedio que obedecer a los franceses y marchar hacia Nápoles. Presa del pánico, Federico se rindió antes de la llegada de los soldados, y Luis le ofreció exilio en Francia, que aceptó con gratitud. La humillación se convirtió en triunfo, y César cabalgó lleno de gloria a través de Nápoles.

¡Ahora Federico era un exiliado, ese mismo Federico que se había negado a permitir que su hija se casara con un Borgia! Era un momento que César había anhelado durante mucho tiempo. Además, había muchos que se sentían fascinados por él y en los desfiles de la victoria hubo más ojos sobre César Borgia que sobre Luis de Francia.

Se celebraron bailes y banquetes, y en ellos César fue el centro de atracción. Muchas mujeres se sentían ansiosas de ser observadas por él,

aunque les habían llegado noticias de la masacre de Capua, y se decía que nunca se había visto un salvajismo tan bárbaro como el que exhibió César Borgia en la campaña napolitana. Muchos capitanes franceses, que se enorgullecían de su caballería, habían hecho saber que no deseaban que se los considerara como aliados de un hombre semejante.

César demostraba siempre la mayor brutalidad cuando creía que su dignidad había sido insultada, y con todas las crueldades que perpetró durante esa campaña se proponía mitigar las heridas que le habían infligido la princesa Carlotta y su padre, Federico.

En Capua había cabalgado por la ciudad abriéndose camino a cualquier casa donde oyerá decir que se podían encontrar hermosas muchachas jóvenes. Insistía en que debían ser vírgenes, por lo tanto era necesario que fueran de tierna edad. Descubrió a cuarenta y pidió que fueran llevadas a Roma alojadas en su palacio, y mantenidas allí con el objeto de formar un harén para su placer. Su forma de ejercer el mando era bárbara. A los hombres de quienes sospechaba que lo insultaban, aun con una sola palabra, les hacía cortar la lengua y las manos y los exponía a la vista del público hasta que murieran.

Se dispuso a divertirse, pero lo hizo de una manera tan libertina que poco tiempo después se vio aquejado de nuevo por la enfermedad ya contraída en su primera juventud, de la cual padecía periódicos ataques y que era conocida en toda Italia como el “mal francés”.

Esta enfermedad, que lo agotaba físicamente, nunca dejaba de producir efectos sobre su mente. Su salvajismo aumentaba, su cólera se manifestaba con facilidad aun mayor: al sufrir esos dolores, parecía estar lleno de un deseo demoníaco de infligirlos a otros.

Hubo un estremecimiento en toda Roma cuando César volvió para recuperarse y participar en las celebraciones del próximo matrimonio de su hermana.

Alfonso d'Este, trabajando en su fundición de día y divirtiéndose con sus incontables amantes de noche, era el miembro menos inquieto en la corte de su padre.

—¡Todo este jaleo por un matrimonio! —decía, riendo a carcajadas—. Hagamos este asunto de una vez por todas.

Sus hermanos Ippolito, Ferrante y Sigismondo, que iban a viajar a Roma para escoltar a Lucrecia a Ferrara, discutían con él, pero Alfonso apenas los escuchaba. Había continuas discusiones en esa familia, lo cual tal vez no fuera tan sorprendente, teniendo en cuenta que había tantos hermanos, todos de distintas opiniones.

Ippolito, el melindroso cardenal, que anhelaba llevar joyas y ropas de buen gusto, y que había incluso diseñado un hábito de cardenal de su propia elección, declaró que sentía suma ansiedad por ver a la novia. Había oído

muchas historias con respecto a ella. Tenía una reputación de hermosura, con un maravilloso cabello dorado, que probablemente estaba teñido o aclarado de algún modo. Consideraba que una mujer con semejante historia debía ser interesante.

Ferrante afirmó que anhelaba verla. ¡Una asesina incestuosa hacía la vida excitante en Ferrara!

Sigismondo hizo rápidamente el signo de la cruz y dijo que debían arrodillarse y orar para que ese matrimonio no originara ningún daño.

Alfonso se rió de ellos.

—Denlo por hecho —dijo—. Es una mujer como diez mil más.

—En eso estás equivocado, hermano —dijo Ferrante—. Es una seductora, y se dice que su hermano, César Borgia, asesinó a su otro hermano y al esposo de la misma Lucrecia a causa del deseo que sentía por ella.

Alfonso le dio una palmada en el hombro. Podría encontrar una docena como ella, cualquier noche, en cualquier burdel de Ferrara.

Bostezó. Se aprestó a volver a su fundición.

Ercole llamó a Ippolito. Resultaba inútil hablar con Alfonso. Ahora, más que nunca, encontraba difícil creer que Alfonso fuera su hijo. Se afligía al comprobar sus gustos de baja estofa, su sexualidad animal. Ercole se enorgullecía de que la corte de los Este fuera el centro de la cultura. ¿De qué manera podría continuar siéndolo cuando muriera y Alfonso gobernara en su lugar? El mismo había vivido tan castamente como se podía esperar que un hombre de su época viviera. Su esposa, Eleonora de Aragón, había sido virtuosa, le había dado seis hijos, cuatro de los cuales eran varones. Sus hijas habían sido motivo de orgullo para él; su querida Isabella, que ahora gobernaba en Mantua, y Beatriz, que había sido la esposa de Ludovico de Milán, pero que desgraciadamente había muerto. Él mismo sólo tenía dos amantes (tener menos lo habría hecho sospechoso de impotencia): una de ellas le había dado una hija cuyo nombre era Lucrecia, y la otra, la hermosa Isabella Arduino, le había dado su amado hijo Giulio, que era admirado en toda la corte por esos deslumbrantes y maravillosos ojos azules, tan parecidos a los de su madre que le recordaba continuamente su pasión del pasado.

Ercole era un caballero culto; Alfonso, al margen del único talento que tenía, el de tocar la viola, era un patán.

Por eso era a Ippolito a quien debía hablar de este matrimonio, y mientras hablaba lamentó, como lo había hecho muchas veces antes, que Ippolito no fuera su hijo mayor.

—No desespero del todo —dijo—, de desbaratar los planes del Papa.

Ippolito se sorprendió.

—¿En esta etapa tardía, padre?

—Hasta que la mujer esté realmente aquí hay esperanzas. El Papa nos está urgiendo a que partas hacia Roma enseguida. En consecuencia, llegarás a esa ciudad antes del invierno. —Ercole rió—. Lo estoy demorando. Le hice saber que la dote debe ser pagada en ducados grandes y no de pequeño

tamaño, y está protestando.

—¿Crees que eso postergará las cosas?

Ercole rió de buena gana.

—Evidentemente. Luego llegará el invierno, ¿y quién sabe lo que puede ocurrir en primavera?

—Padre, ¿qué disposiciones estás tomando para el viaje de las monjas de la hermana Lucía?

El rostro de Ercole se ensombreció. Ippolito había mencionado un tema que implicaba la erogación de dinero, cosa que siempre perturbaba a Ercole.

—Será costoso transportarlas de Viterbo a Ferrara —prosiguió Ippolito. Y temo, mi querido padre, que se te pedirá que pagues el viaje.

Ercole pensaba en la hermana Lucía de Narni, que había tomado a su cargo en Ferrara. Tenía mucho interés por los asuntos teológicos, siempre lo habían impresionado los milagros, y cualquiera que pudiera brindarlos estaba seguro de una bienvenida en su corte. Hacía algunos años la hermana Lucía, que estaba en un convento dominicano en Viterbo, había comenzado a formar estigmas en sus manos. Este fenómeno aparecía todos los viernes, y Ercole se había sentido tan impresionado por lo que escuchó de este milagro, y tan seguro de que la hermana Lucía debía ser una mujer muy santa, que deseaba que ella dejara Viterbo y se estableciera en Ferrara.

La hermana Lucía estaba dispuesta a hacerlo, pero sus superiores no le permitían partir, pues advertían que ella les haría obtener ganancias y gloria. Sin embargo, la hermana fue encerrada en un canasto, sacada clandestinamente del convento y llevada al duque Ercole quien, encantado con esa adquisición, la instaló en un convento construido especialmente para ella, y la visitaba con frecuencia, considerando los trapos manchados que ella llenaba de sangre los viernes como santas reliquias.

Pero la hermana Lucía deseaba tener a su alrededor las monjas con quienes había vivido en Viterbo, y después de muchas negociaciones se convino en que algunas de las monjas vinieran a compartir con la hermana Lucía la vida de convento en Ferrara.

Lo que causaba ahora una aguda preocupación a Ercole era el transporte de esas monjas. E Ippolito, observando a su padre con astucia, le dijo súbitamente:

—Las monjas deberían pasar a través de Roma. ¿Por qué no podrían viajar con la novia y su comitiva?

Ercole miraba a su hijo con aire especulativo.

Ippolito prosiguió:

—Entonces, padre, podrían viajar a costa de los Borgia.

—Es una buena idea, hijo mío —dijo Ercole.

—Y piensa, padre, que si te opones con éxito a la boda, además de todos esos ducados que perderás, deberás pagar el viaje de las monjas. Llevas las de perder, padre mío, si no aceptas a Lucrecia.

Ippolito estaba lleno de una risa secreta, al ver que la avaricia y el orgullo

familiar chocaban entre sí.

César buscó a su hermana. Estaba rodeada por sus mujeres, y en el apartamento se habían desplegado rollos de hermosas telas. Lucrecia estaba envolviendo con algunas de esas telas a una de sus mujeres y se dedicaba a una de sus ocupaciones favoritas, diseñar sus propios vestidos.

El brocado de púrpura intenso, que tenía un tono azul y que se llamaba “guinda” cayó de sus manos al ver a César. Sintió que la sangre abandonaba su cara y le pareció que se había quedado sin vida, incapaz de moverse. Cada vez que lo veía parecía advertir cambios en él. Se sentía impulsada por la piedad, el temor y la admiración. No había nadie como él en el mundo, ninguno que pudiera tener el mismo poder para conmovérla, herirla, llenarla de ternura y de miedo.

—¡Vaya, César...! —comenzó.

Su hermano sonrió mirando despreciativamente las finas telas.

—Veo que te estás preparando para la boda.

—Hay mucho que hacer —dijo ella.

Hizo una señal con la mano y las mujeres se dispusieron de buena gana a dejarla sola.

—Hermano mío —dijo—, me hace feliz verte de nuevo en Roma.

César rió, y se tocó la cara con sus hermosos y delgados dedos, tan parecidos a los de su padre.

—La razón de mi regreso no me hace feliz.

—Sufres mucho. Espero que la cura haya hecho su obra.

—Así me dicen, pero me pregunto a veces si me liberaré alguna vez de esta suciedad. Si supiera quién me la ha traído en esta ocasión...

Los ojos de César eran crueles, y ella se estremeció. Habían llegado hasta Lucrecia relatos de su bárbara crueldad con los napolitanos y ella, que deploraba la crueldad y cuyo gran deseo era vivir en paz con todo lo que la rodeaba, deseaba que César reprimiera su violencia.

—Bien, hermana —dijo—, no pareces complacida de verme.

—En tal caso, es porque advierto que no estás tan bien como desearía verte.

La tomó por el brazo, y ella trató de no demostrarle el dolor que eso le producía.

—He oído decir que este hombre con quien te están casando —dijo— es un patán. Alfonso. ¡Alfonso el segundo! No se parecerá al primer Alfonso... ese pequeño que tanto te deleitaba.

Ella no podía mirarlo. Susurró:

—Es nuestro destino casarnos cuando nos dicen que debemos casarnos, y aceptar la pareja que se elige para nosotros.

—¡Mi Lucrecia! —dijo él. Si Dios permitiera...

Ella sabía lo que él le quería decir, pero no iba a permitir que lo dijera. Lo interrumpió con rapidez:

—Nos encontraremos a menudo. Me visitarás en Ferrara; yo te visitaré en Romagna.

—Sí —dijo él—, así debe ser. Nada debe separarnos, Lucrecia. Nada, mientras haya vida en este cuerpo.

Acercó su cara a la de ella. Susurró:

—Lucrecia... tiembles. Estás asustada de mí. ¿Por qué, en nombre de todos los santos? ¿Por qué?

—César —le contestó ella—, pronto debo dejar Roma. Pronto... debo ir a mi matrimonio...

—Y estás asustada... asustada del hermano que te ama. Asustada porque es tu hermano... Lucrecia. No permitiré que estés asustada. Haré que me recibas bien... que me ames... me ames como yo te amo.

—Sí, César.

—Pues te amo como no amo a ninguna otra. Siempre, no importa con quien esté, es a Lucrecia a quien amo. Todas las demás son sosas, me cansan. No son Borgia. Lucrecia... Lucrecia... daría muchos... años de mi vida... si...

—No —dijo ella con fiereza—, ¡no!

—Pero yo digo sí —le dijo él.

Sus manos alcanzaron la nuca de Lucrecia. En ese momento ella pensó que iba a matarla porque la imaginaba con su nuevo esposo, y no podía tolerar esas imágenes.

Luego, de pronto, la soltó. Rió y su risa era amarga.

—La Borgia que hay en ti, Lucrecia, está oculta por la gentil serenidad de la mujer que decidió ser como todas las demás... la amable Lucrecia que anhela ser una esposa y una madre... sumisa y suave, Lucrecia que negaría su sangre Borgia en aras de la paz. Vendrás a mis apartamentos esta noche. Habrá una cena. Nuestro padre estará allí junto con otros. Y esa reunión será para tu deleite.

—Iré con el mayor placer —dijo ella.

—Sí, Lucrecia —le dijo él—, vendrás.

Esa noche en los apartamentos de César se desarrolló una orgía que sería recordada tanto como durara el nombre de los Borgia.

Fue concebida por el propio César; sus apartamentos estaban alumbrados por muchos candelabros brillantes, y había hecho colocar un trono papal, cuidadosamente cubierto con el brocado más fino. Sobre él se sentó el Papa, cerca de él, Lucrecia, y del otro lado, el propio César.

Hubo festejos, y las conversaciones fueron indecentes. César daba la pauta con el fresco recuerdo de la campaña de Nápoles, durante la cual su barbarie y su amor por los espectáculos orgiásticos se habían intensificado. El

Papa estaba expectante. Nada le gustaba tanto como lo que llamaba una reunión agradable, y no era hombre que se apartara de conversaciones soeces ni de un comportamiento obsceno.

César había ordenado que se trajeran al apartamento cincuenta cortesanas, algunas de las más conocidas de Roma, que vinieron dispuestas a hacer todo lo que se les pidiera, a condición de recibir un pago adecuado; y, hubiera pago o no, nadie osaría ofender a César Borgia.

El pago por el trabajo de esa noche iba a ser muy alto, por cierto, y además tenía el honor de trabajar para César y entretener al Santo Padre y la futura esposa.

Comenzaron bailando, y como la música se volvía más frenética, también lo hacían sus danzas. Había un solo tema: la seducción y la satisfacción, y lo recalcaron una y otra vez. César observaba con atención. Había hecho colocar sobre una pequeña mesa una selección de vestidos hechos con las sedas más finas, calzados de cuero y sombreros; dijo que éstos eran los premios que deseaba que distribuyera Lucrecia. Ella debía observar cuidadosamente, pues César deseaba que concediera los premios a quienes considerara más meritorias. El Papa aplaudía los bailes, y reía cuando las prostitutas comenzaron a sacarse sus distintas vestimentas, una tras otra.

Lucrecia estaba sentada muy inmóvil, tratando de mirar de reojo a su padre y a su hermano, con una sonrisa fija en el rostro.

Tal como había sido criada en esa edad peculiar, no se sentía escandalizada al ver a esas mujeres desnudas. Había visto danzas sugestivas muchas veces, había asistido a representaciones teatrales obscenas. A tales espectáculos, sólo podía aplicar las pautas de su época; pero ese entretenimiento era simbólico. Era la forma en que César le decía que era una de ellos, que les pertenecía y que aunque viviera con la mojigata familia de los Este, recordaría esa noche.

—Ahora —dijo César —comienza la competencia.

—Soy todo interés —dijo el Papa, con los ojos sobre una mujer regordeta de pelo negro, que se quitó la última de sus ropas.

César batió palmas, y se le trajo una fuente de castañas calientes.

—Las desparramaremos, y las damas las recogerán —explicó—. Y cada una tendrá un candelabro encendido en la mano mientras lo hace. Será fácil, en el estado en que se encuentran.

—Tu vino fue potente. Afirmando que no me sentiría inclinado a ponerme a buscar castañas por el suelo —dijo el Papa, tomando un puñado y arrojándolo a la cortesana de pelo oscuro.

Ahora todos en la habitación, salvo Lucrecia, se sacudían de risa al contemplar las travesuras de las prostitutas borrachas. Algunas chillaban cuando las velas encendidas en las manos temblorosas de otras las tocaban. Algunas cayeron al suelo y rodaron por el piso en busca de las castañas.

Esa fue la señal para que los servidores de César gratificaran la lujuria que la visión de las mujeres había despertado en ellos, y cuando les dieron la

señal procedieron a hacerlo.

El Papa estaba embargado por la risa, y apuntaba a una y a otra. César posó su mano sobre la de su hermana.

—Toma buena nota —le dijo—. Te corresponde adjudicar los premios a quienes se llevan mejor juntos.

Y Lucrecia se mantuvo sentada allí, llena de temor, el deseo de escapar nunca había sido mayor que en esa hora de vergüenza.

Sintió que no pertenecía a esos Borgia y que anhelaba huir. La aterraban y sin embargo tenía conciencia del fuerte sentimiento hacia ellos que poseía en su interior y que no podía experimentar hacia otros. ¿Era amor? ¿Era aprensión? ¿Era miedo?

No lo sabía. Sólo sabía que era la emoción más fuerte de su vida.

Estaba corrompida, y César había decidido que la mancha fuera indeleble. “¡No escaparás!” Eso era lo que le estaba diciendo. “Eres sangre de nuestra sangre, carne de nuestra carne. No puedes borrar en ti la mancha de los Borgia, porque es parte de ti misma.”

Por fin todo terminó. Se sentía enferma por el asco y el aborrecimiento, mezclado con el temor. Hizo lo que se le había pedido. Seleccionó a los ganadores y entregó los premios.

Sabía que siempre haría lo que se le pidiera. Sabía que la única escapatoria estaba en la fuga.

“Santa Madre de Dios”, oraba, “envíame a Ferrara. Haz que vengan por mí... pronto... Oh, que sea pronto, antes de que sea demasiado tarde.”

Ella esperaba, y sin embargo no venían. El Papa bufaba de cólera.

—¿Y qué, ahora? —preguntaba—. ¿Qué piden ahora? Un cargo en la Iglesia para el bastardo Giulio. Algo que no implique ningún trabajo, pero sí considerables ingresos. No lo obtendrá. ¿Un capelo de cardenal para su amigo, Gian Luca Castellini de Pontremoli? Tampoco obtendrá eso. ¿Qué espera? ¿Que el tiempo se ponga demasiado malo?

Lucrecia estaba fuera de sí por la ansiedad. César se encontraba enfermo pero se recuperaría. Se sentía atemorizada; la telaraña se estaba estrechando a su alrededor.

Escribió a su futuro suegro, diciéndole que con el mayor placer dispondría que las monjas fueran con ella cuando viajara a Ferrara.

Las cartas que recibió de su futuro esposo eran amables, pero no se daba ningún paso concreto.

“¿Qué haré?”, se preguntaba. “¿Es posible que hayan decidido no venir?”

Era noviembre, y con seguridad el viaje sería casi imposible en pocas semanas más. Estaban demorando deliberadamente el asunto.

El Papa, al ver su expresión abatida, trató de animarla y cuando se hizo entrar dos yeguas al corral con cuatro sementales, insistió en que ella mirara

desde las ventanas del Palacio Apostólico para contemplar la excitación allí abajo.

Varias personas se habían reunido para observar el espectáculo, y Lucrecia fue vista allí con su padre; se habló de esto en toda la ciudad, y Lucrecia creyó que con toda certeza llegaría a oídos de quienes trataban de difamarla a los ojos del viejo duque de Ferrara.

“¿No escaparé nunca?”, se preguntaba.

Estaba decidida a gustar a su nueva familia. En verdad, les rogaba que no le cerraran su vía de escape.

Rodrigo era un tema de gran preocupación para el duque Ercole; no quería asumir el gasto de mantener un niño proveniente de otro matrimonio de Lucrecia. Lucrecia puso públicamente al muchacho a cargo de su viejo primo Francesco Borgia, que ahora era cardenal de Cosenza, y le otorgó Sermoneta para que la familia Este no temiera que el niño significara gastos para ellos.

Y sin embargo, no venían. Lucrecia, en su desesperación, afirmó:

—Si no hay matrimonio con Ferrara, iré a un convento.

Y quienes la oyeron se asombraron de que esa joven, que había sido tan alegre, tan feliz, en plena posesión de su belleza, tan cuidadosa de su figura, tan entusiasta en el diseño de finos vestidos, pudiera pensar en abandonar su alegre vida para soportar los rigores de un convento.

No conocían el temor que se había apoderado de Lucrecia.

Llegó diciembre antes de que el cortejo partiera y, encabezado por los tres hermanos, Ippolito, Ferrante y Sigismondo, se encaminara hacia Roma. El tiempo era malo y la lluvia incesante, pero en el corazón de Lucrecia el temor se había atemperado, pues ahora estaba segura de que en pocas semanas más dejaría Roma.

Alejandro estaba tan excitado como un muchacho. Aparecía repentinamente en el apartamento de Lucrecia, y le pedía que le mostrara los últimos agregados a su ajuar: los brocados y los terciopelos en matices azules, rojizos y guinda, todos incrustados con joyas y cosidos con perlas; no podía evitar calcular el número de ducados que representaban estos hermosos vestidos, y señalaba a las mujeres:

—Ese sombrero vale diez mil ducados, y el vestido veinte mil.

César debía salir a caballo para recibir la cabalgata y conducirla a Roma, y afortunadamente, un día antes de la entrada a la capital el tiempo se despejó y brilló el sol.

César, espléndido, sobre un magnífico caballo, rodeado por ochenta alabarderos con los colores amarillo y negro del Papa, y acompañado por cuatro mil soldados, encontró la cabalgata que venía de Ferrara en la Piazza del Popolo y se colocó a su frente, al lado de Ippolito. Diecinueve cardenales

los recibieron en la Porta del Popolo y se pronunciaron muchos discursos de bienvenida. Los cañones del Castillo de San Angelo retumbaron mientras la comitiva se dirigía a caballo a la plaza de San Pedro y al Vaticano.

Allí estaba esperando Alejandro, y cuando terminó la bienvenida ceremonial y después de haber recibido incontables besos en su babucha, dejó de lado la ceremonia y abrazó a los hermanos de la casa de Este, señalándoles con lágrimas de alegría en los ojos el gran deleite que tenía al verlos.

Luego César debió conducir a los distinguidos huéspedes al palacio de Santa María in Portico, donde Lucrecia estaba esperando para recibirlos.

Estaba al pie de la escalera, bien preparada. A intervalos, ardían antorchas en la escalera. El escenario era espléndido, pues Lucrecia tenía toda la espectacularidad de los Borgia y, por grande que fuera su temor en cualquier momento, habitualmente no lo demostraba.

Había elegido para acompañarla como escolta a un noble español muy viejo, solemne, de barba gris y entrecana, y no podía haber mayor contraste con su fragilidad femenina. Su vestido de brocado, con su color favorito, guinda, estaba tieso por el oro y las joyas; su capa de terciopelo estaba forrada en marta cebellina, y en la cabeza llevaba una red de color esmeralda, profusamente decorada con perlas, mientras en su frente resplandecía un gran rubí.

Los tres hermanos Este, que habían estado tan ansiosos de ver a esa mujer a quien con mucha frecuencia habían designado como una incestuosa asesina, quedaron boquiabiertos por el asombro cuando se adelantaron para besarle la mano.

Ippolito pensó que era deliciosa; Ferrante estaba a punto de enamorarse de ella y aun Sigismondo se dijo que las historias que había oído respecto a ella sólo podían ser mentiras.

Comenzaron las celebraciones, que debían preceder y seguir al casamiento por poder.

El Papa estaba decidido a ofrecer festejos tales como nunca se habían visto antes, concebidos por él. Sentía un malicioso placer en desplegar su esplendor ante los príncipes de Este. Deseaba fervientemente que el viejo y tacaño padre de éstos estuviera en Roma, para poder escandalizarlo por completo. Les enseñaría cómo disfrutar de la riqueza. Eran los pródigos derrochadores los que hacían eso, no los avaros de este mundo.

Llevó aparte a los hermanos y les llamó la atención sobre la belleza de Lucrecia.

—¿No es encantadora? Ni un solo defecto. No es renga. Es perfecta, perfecta, os digo.

Les hizo preguntas acerca del duque y del novio.

—¿Cuánto mide vuestro padre el duque? Decidme, ¿es tan alto como yo?

—Es alto —explicó Ippolito— pero pienso que vos, tal vez Santidad, tenéis una leve ventaja.

Eso deleitó al Papa.

—Y mi hijo, el duque de Romagna, ¿es más alto que vuestro hermano Alfonso? Decidme eso.

—Nuestro hermano es alto, pero también lo es el duque de Romagna. No es fácil decirlo, pero tal vez el duque sea el más alto.

Eran las respuestas que el Papa deseaba, y se sentía tan complacido como un niño. Le encantaba el matrimonio de su hija con una de las familias más viejas y aristocráticas de Italia, pero no quería que nadie olvidara que los Borgia eran más poderosos que cualquiera, y si él se sentía complacido, el duque de Ferrara debía estarlo doblemente.

Susurró a Ippolito:

—Anhele ver las joyas que los Este entregaréis a mi hija.

Ippolito se sintió molesto, pues su padre le había advertido que las famosas joyas de los Este no iban a ser dadas a Lucrecia como un regalo que se le hace a una novia. Se le permitiría usarlas para sus celebraciones de boda, pero no debía pensar que serían de su posesión. Valían una fortuna, y pensar que saldrían de la familia de los Este era más de lo que el viejo duque Ercole podía soportar.

Ippolito le explicó al Papa con tanto tacto como le fue posible; Alejandro sonrió compungido, pero no se sentía seriamente molesto. Era suficientemente rico para mofarse de los setenta mil ducados que, según se decía, valían las joyas. Lo más importante era casar a Lucrecia, y ahora que la embajada estaba en Roma eso no demoraría.

El matrimonio se celebró a fines de diciembre. Escoltada por don Ferrante y don Sigismondo, Lucrecia fue acompañada a través de la plaza de San Pedro por un séquito deslumbrante. Tenía cincuenta doncellas de honor y veinte pajes, todos exquisitamente vestidos, y estos últimos llevaban los estandartes de los Este al lado del emblema del Toro que Pastorea.

Lucrecia, vestida con terciopelo carmesí y brocado de oro forrado de armiño, lucía muy hermosa, y el pueblo que se había reunido para observar la escena quedó boquiabierto por la admiración cuando ella entró en el Vaticano. La ceremonia no se celebró en los apartamentos íntimos de los Borgia, sino en la Sala Paolina. Lucrecia había pedido la autorización del Papa para esto, pues sentía que no podría soportar este matrimonio por poder arrodillándose donde lo había hecho durante la ceremonia que la había convertido en la esposa del otro Alfonso.

Aquí. Alejandro, César y trece cardenales la esperaban, y la ceremonia comenzó.

Lucrecia observó con rapidez que Sanchia no estaba presente, y se sintió

aliviada. Sanchia, al igual que ella, estaría pensando en Alfonso de Bisceglie. Era preferible que estuviera ausente en esta ocasión.

El obispo de Adria abrió la reunión y comenzó a pronunciar un sermón que amenazaba ser de larga duración. Pero el Papa estaba impaciente por llegar a la parte importante de la ceremonia; quería ver a su hija realmente casada y deseaba presenciar la entrega de las joyas de los Este a Lucrecia.

—¡Basta! ¡Basta! —murmuró—, agitando la mano blanca con impaciencia, y el sermón del obispo llegó a un fin brusco.

Luego Ferrante se adelantó y colocó el anillo en el dedo de Lucrecia.

—Lo hago —proclamó— en nombre de mi hermano Alfonso.

Luego trajeron la caja de las joyas, que fue ceremoniosamente entregada a Lucrecia, y el Papa casi no pudo contener la risa al escuchar las palabras cuidadosamente elegidas de Ippolito. Requería un gran tacto entregar un presente que no era en realidad un regalo, pero el acicalado Ippolito se las arregló muy bien y después de todo, no eran joyas lo que buscaban los Borgia. Podrían haber adquirido con facilidad joyas como ésas si las hubiesen querido.

Al aceptar las joyas, Lucrecia comentó más la exquisita artesanía que se había requerido para hacerlas que las propias joyas.

—¡Y ahora, a la fiesta y a la celebración! —gritó el Papa.

Y de este modo Lucrecia se casó por tercera vez.

La celebración continuó. Ahora Lucrecia, casada, aunque por poder, con el heredero de los Este, parecía presa de un enorme abandono. Recordó que sus días en el círculo del Vaticano estaban contados, y otro gran temor se apoderó de ella. En pocos días debía despedirse de su padre, y sabía que eso estaba constantemente en sus pensamientos. Cada vez que estaban juntos, Alejandro hablaba con excitación casi febril de las visitas que ella le haría y él a ella, en los años próximos. Enumeraba todas las ventajas de este matrimonio, como si tratara de convencerse de que valía la pena, aunque iba a alejar de él a su amada hija.

César estaba silenciosamente colérico, reflexionando sobre el matrimonio. Detestaba la idea, aunque comprendía, al mismo tiempo, que la alianza con Ferrara era buena para el papado y para Romagna. Pero César era joven; encontraría los medios para que sus tareas lo llevaran cerca de Ferrara. Se encontrarían una y otra vez.

Y ahora que había dado el paso, Lucrecia se sentía insegura. Se sumergió tan febrilmente como cualquiera de los demás en las festividades, esmerándose mucho en deslumbrar a los invitados con sus magníficos vestidos, lavándose el pelo a menudo para que brillara como el oro y ganara la admiración de sus nuevos cuñados.

Charlaba con sus mujeres con respecto a este y aquel vestido, sobre qué joyas llevaría, preguntando si debía hacerse ondular el pelo o dejarlo lacio,

para que se extendiera como una capa sobre los hombros. Trataba de fingir que esos asuntos eran los más importantes del mundo para ella; y cada día, cuando se levantaba de la cama, recordaba que la partida se estaba acercando; cada día la acercaba más hacia una nueva vida, con un esposo que no conocía, con una familia que, a pesar del encanto de sus cuñados, sentía que le era hostil.

Entre sus asistentes estaba su joven prima, una muchacha muy hermosa de quince años, llamada Angela Borgia, quien se sentía excitada de estar con Lucrecia en ese momento y no cabía en sí de contento, porque la iba a acompañar en Ferrara.

Angela, alegre y fogosa, estaba decidida a extraer de la vida toda la diversión que pudiera, y al observarla, Lucrecia trataba de verlo todo a través de los ojos de la muchacha y de este modo sentirse joven de nuevo.

Angela estaba con ella mientras se vestía para una fiesta que se iba a celebrar en los apartamentos del Papa, y la incontrolable muchacha sostenía sobre su cuerpo uno de los vestidos de su prima, una espléndida creación, diseñada por la propia Lucrecia, de raso con rayas doradas y negras y encajes escalonados que caían de las mangas acuchilladas. Bailaba por el apartamento, fingiendo que se estaba casando y dignándose altaneramente recibir el anillo de una de las mujeres a quien había hecho asumir el papel que Ferrante había tenido en la boda.

Todas se desternillaban de risa. No había ninguna como Angela para provocar carcajadas. Era muy alocada y despreocupada, y escandalosamente indiferente a la etiqueta, por lo cual a veces Lucrecia recordaba a Sanchia que, si bien en Roma, tomaba escasa parte en los festejos.

—Termina, muchacha —dijo Lucrecia— y ven a ayudarme a ajustar el vestido.

El vestido era de terciopelo morado con franjas de oro y Angela exclamó:

—¡Oh... qué no daría yo por un vestido como éste! Veinte años de mi vida... mi honor... mi virtud...

—No sabes de qué estás hablando —le dijo Lucrecia.

—No sabes qué hermosa pareces. Si yo tuviese un vestido como ése, yo también tendría un aspecto bastante hermoso.

Lucrecia sonrió ante ese rostro pícaro y joven.

—Tienes bonitos vestidos.

—Pero no tan espléndidos. Lucrecia, queridísima prima, ¿recuerdas tu vestido de brocado azul... el que tiene mangas acuchilladas y encajes dorados? Me sienta muy bien.

—No lo dudo —dijo Lucrecia.

—Diseñaste ese vestido para ti, prima, pero podrías haberlo diseñado para mí.

Lucrecia rió.

—¿Deseas usarlo en la fiesta de esta noche?

Angela pegó un salto y arrojó sus brazos alrededor del cuello de su

prima.

—¿Puedo hacerlo, queridísima prima? ¿Puedo?

—Bueno, tal vez —dijo Lucrecia.

—Eres la prima más querida del mundo. Preferiría morir mil veces antes que no acompañarte a Ferrara.

—No puedes pensar en morir una sola vez y mucho menos mil veces. Trae el vestido azul, y veamos si te sienta bien.

—Me sienta. Ya lo he probado.

La ayudaron a ponerse el vestido, y ella se pavoneó ante las mujeres, imitando a Lucrecia de muchas maneras: Lucrecia en su boda, Lucrecia ejerciendo la presidencia del consejo de cardenales durante su regencia, Lucrecia bailando con Ippolito, con Ferrante y con César.

Y tan divertida era, tan llena de vitalidad, que Lucrecia no pudo impedir la risa y sintió que esta joven muchacha le levantaba el ánimo.

Ippolito estaba de pie en un rincón de los apartamentos del Papa, observando distraídamente a quienes bailaban. Tenía muchos temas sobre los cuales escribir a su casa. Él y sus dos hermanos habían escrito muchas cartas, tal como les había sido requerido, a su padre, a Alfonso y a su hermana Isabella. Era muy necesario escribir a Isabella, ella se había considerado siempre la cabeza de la familia. Ippolito hizo una mueca de desprecio. Sentía gran placer en hablar a Isabella del encanto, la belleza y la gracia de esta recién llegada a la familia, pues la autoritaria Isabella recibiría un choque cuando leyera esas cartas. Isabella se sentiría furiosamente celosa; se consideraba la más atractiva y encantadora, así como la más culta mujer de Italia. Además estimaba ser la más elegante. Le iba a ser difícil competir con la asombrosa colección de primorosos vestidos de Lucrecia. Ippolito sabía que Ferrante escribía cartas sobre Lucrecia en un tono extático, y que Sigismondo hacía lo mismo, aunque sabía cuán molestos serían los elogios para Isabella. Sigismondo deseaba complacer a su hermana, pero era profundamente religioso y debía decir la verdad. Isabella lo sabía. Ese era el motivo por el cual los informes de Sigismondo la molestarían más que los de Ippolito, de quien sabía que podía ser malicioso, y de Ferrante, que era impresionable.

Una figura muy elegante y magníficamente vestida se dirigía hacia él tan fuertemente enmascarada que el rostro se encontraba por completo oculto; pero Ippolito comprendió que era César, pues ese porte elegante y fino, esas espléndidas vestimentas, no podían pertenecer a nadie más.

Había un vínculo entre Ippolito y César. Ippolito era un cardenal poco dispuesto a serlo, César lo había sido aun menos; César se sentía atraído por los hábitos de cardenal de Ippolito que él mismo había diseñado y que, en consecuencia, eran distintos de los de otros cardenales. Manifestaban sus

melindres y su desprecio por el papel que había sido llamado a asumir.

—Es una reunión alegre, mi señor —dijo Ippolito.

—La más alegre que hemos celebrado hasta ahora.

—Parecería haber un dejo de tristeza en la risa de Su Santidad.

—Recordad que antes de que pase mucho tiempo mi hermana partirá.

Ippolito miró a César con expresión aguda.

—¿También es una causa de pena para vos? —César no contestó; sus ojos, detrás de la máscara, se habían tornado súbitamente coléricos, e Ippolito prosiguió—: Desearía que me dijerais cómo escapasteis de la púrpura.

César rió.

—Me llevó muchos años lograrlo.

—Dudo que yo pueda conseguirlo alguna vez.

—Vos, mi querido Ippolito, no sois el hijo de un papa.

—¡Por desgracia! Mi padre no hará nada para ayudarme a eludir el destino al cual he sido empujado.

—Mi amigo, que eso no frene vuestras tendencias naturales. Cuando yo era miembro del Sacro Colegio no permitía que eso ocurriera. Tuve muchas aventuras entonces, aventuras divertidas, muy similares a aquéllas de las que disfruto ahora.

—Comprendo.

—¿Vos tenéis también vuestras aventuras?

—Sí, y creo que estoy a punto de tener una en este instante.

César miró a su alrededor por el salón.

—Esa encantadora criatura de azul —explicó Ippolito.

—¡Ah! —rió César—. Mi joven prima Angela. Apenas ha salido de la nurserí pero os aseguro que tiene sus encantos.

—Es deliciosa —dijo Ippolito.

—Entonces debéis apresuraros en vuestra aventura, mi amigo, pues dentro de pocos días Angela partirá con mi hermana y, si bien debéis acompañarla al partir de Roma, sólo haréis parte del camino, pues volveréis como un rehén, para asegurarnos del buen comportamiento de vuestra familia hacia Lucrecia.

—Lo sé —dijo Ippolito—. Y ella es tan joven... y a pesar de todo su hechizo, inexperta, podría decir.

—Tanto mejor —dijo César—. Pero apresuraos, mi amigo. El tiempo vuela.

—Decidme cuáles de las damas que están aquí esta noche son las más seductoras y las más accesibles.

César no contestó. Al parecer no había escuchado la pregunta; y siguiendo su mirada, Ippolito vio que se dirigía a su hermana.

Ippolito sacó a bailar a Angela. Era encantadora, muy joven y alegre, muy

ansiosa de disfrutar de un flirteo con el apuesto cardenal. Él le dijo que era hermosa; ella replicó que lo encontraba pasablemente guapo.

Ippolito le declaró que no había podido mirar a nadie más desde el momento mismo en que ella entró en el salón. Angela era coqueta. “Es evidente”, pensaba Ippolito, “que yo seré su primer amante; tal vez el primero de muchos, pero el primero.”

Ese pensamiento le encantaba.

Susurró:

—¿No podríamos irnos a algún lado donde podamos estar solos... donde podamos conversar?

—Lucrecia lo advertiría y enviaría a alguien a buscarme.

—¿Es Lucrecia tu dueña?

—En cierto modo. Estoy a su cargo y voy a Ferrara con ella.

Las manos de Ippolito apresaron las de ella; sus ojos brillaron.

—Me encantas —le dijo.

—Me escandalizas —replicó ella—. ¡Tú... un cardenal!

Ippolito hizo una mueca.

—No te engañes con mis hábitos.

—No lo haré. Sé bastante de los cardenales para comprender que debo precaverme de ellos tanto como de cualquier otro hombre.

—Eres muy sabia, sin duda alguna.

—Demasiado sabia para ser embaucada por ligeras palabras... aun de un cardenal.

Ippolito se sentía pesaroso. Indudablemente, ella era encantadora; pero no era tan dulce y gentil como él lo había imaginado; requeriría un largo cortejo. Una lástima, pues no le quedaban muchos días.

Ella gritó:

—Lucrecia me observa. Sin duda no quiere confiarme a un cardenal calavera.

En ese momento él la estaba mirando apenas, pues había entrado en el apartamento una mujer que, en verdad, era la más hermosa que había visto en su vida. Su pelo era negro, sus ojos asombrosamente azules. Había oído hablar de los encantos de Sanchia de Aragón, pero no esperaba que fueran tan magníficos. Era muy distinta de la muchacha cuya juventud lo había atraído. Sanchia era omnisciente, toda fuego y pasión. No se necesitaría un largo cortejo con Sanchia. Ella sabía enseguida si un hombre la atraía y, en tal caso, no había demoras.

Le dijo:

—Como la duquesa, tu prima, te observa, debemos obedecerle forzosamente.

—Podríamos mirar hacia otro lado y fingir que no la vimos —sugirió Angela.

—Eso, replicó él severamente sería un acto muy poco gracioso hacia una graciosa dama.

Y tomó a la niña firmemente del brazo y caminó con ella hacia Lucrecia.

Se inclinó sobre la mano de Lucrecia y charló durante algún tiempo. Luego Ferrante vino hacia ellos, y le pidió un baile a Angela. También César se había acercado a su hermana, e Ippolito se alejó hacia Sanchia de Aragón.

César dijo:

—Lucrecia, tú y yo bailaremos.

Se dirigieron al centro del salón; ella con su terciopelo morado con las deslumbrantes franjas de oro, su pelo recogido con su red de joyas y César, elegantemente vestido con una tela de oro, que parecía un dios descendido momentáneamente a la tierra.

—¡Al demonio con estos bailes! —gritó César—. Bailemos como lo hicimos en nuestra niñez. Los viejos bailes españoles. No tendrás la oportunidad de bailarlos en Ferrara. Son muy recatados allí, según hemos oído decir. Bailemos la jota... el bolero... el baile hondo.

César la superaba en altura y ella se sentía frágil y en su poder, pero sabía que tenía cierta influencia sobre él. Recordaba intensamente los días de la nurserí y los celos que inspiraba entre él y su hermano Juan.

—Lucrecia... Lucrecia... murmuró, y sus manos eran cálidas y posesivas sobre ella—, estás por partir... muy lejos. ¿Cómo lo soportaremos... nuestro padre y yo?

—Nos encontraremos —dijo ella desesperadamente—. Nos veremos a menudo.

—Te alejarás de nosotros... te convertirás en miembro de una familia que no es como la nuestra.

—Seré siempre de nuestra familia.

—Nunca lo olvides —le dijo él—. ¡Nunca!

El Papa, viendo bailar juntos a su hijo y su hija, no admitió que quedara nadie más en la pista de baile. Batió palmas e hizo señas de dejar solos a los dos bailarines. También hizo señas a las violas y las flautas, y comprendieron que deseaba danzas españolas. Bailaron solos, tal como Lucrecia había bailado en otra ocasión en su propia boda, pero con otro hermano. La música se tornó más frenética, más apasionada, y todos se maravillaron ante la expresión que ellos dos podían infundir en las viejas danzas de España.

Muchos los observaban, y hubo un susurro, en el salón de baile, acerca de que los rumores que circulaban sobre esos dos parecían ser verdaderos.

Entre los pocos que no los observaban estaba Angela Borgia. Podía ver que el apuesto Ippolito intercambiaba miradas apasionadas con Sanchia de Aragón, y comprendió que el cardenal estaba olvidando la joven que lo había divertido durante unos instantes. Su primera experiencia de esplendor con el hermoso vestido de Lucrecia se había echado a perder para ella. Deseaba escapar y llorar.

El Papa continuaba llamando la atención sobre la belleza de los que bailaban.

—¡Qué gracia exquisita! ¿Han visto alguna vez un baile igual? Aplaudía ruidosamente, reía, pero los que estaban cerca de él detectaron un tono de histeria en su voz. Algunos predecían que cuando llegara el momento de que su hija partiera de Roma, encontraría toda clase de excusas para retenerla.

La dote era contada cuidadosamente por los funcionarios enviados desde Ferrara para cobrarla. Hubo mucho regateo acerca del tamaño de los ducados, y a veces parecía que a pesar de haberse realizado las celebraciones del matrimonio, podría presentarse algún impedimento, y después de todo era posible que Lucrecia no partiera para Ferrara.

Las monjas le ocasionaron a Lucrecia muchos problemas. Esas mujeres estaban aterrorizadas, pues nunca habían viajado antes. Algunas eran muy jóvenes y no carecían de atractivos. Los robustos soldados que debían acompañar el cortejo ya hacían chistes y apuestas entre sí con respecto a quién sería el primero en seducir a una monja.

Lucrecia apeló al Papa, que se inclinaba a tomar a risa el asunto.

“Deja que las mujeres sean seducidas”, fue su sugerencia. Sería algo para que ellas recordaran durante el resto de sus días.

Pero Lucrecia estaba decidida a complacer a su nueva familia, y creía que si algo malo les ocurría a las monjas, su suegro la haría responsable. Sabía que Isabella, la marquesa de Mantua, había dado asilo a Giovanni Sforza, y que su nueva cuñada estaría dispuesta a creer lo peor de ella. Los tres hermanos le habían dado algunas indicaciones acerca del temperamento de la dama, y Lucrecia ya experimentaba aprensiones al respecto. En consecuencia, debía apaciguar al duque Ercole; sabía que era necesario lograr que olvidara su mala reputación, sabía que Isabella iba a encontrar faltas en ella cada vez que fuera posible, por consiguiente, estaba decidida a lograr que las monjas de Ercole llegaran a Ferrara tan virtuosas como cuando habían llegado a Roma.

Por ese motivo dispuso que viajaran en carruajes y partieran varios días antes. Ordenó incluso, incurriendo en algún gesto por cuenta propia, que los carruajes estuvieran recubiertos, de tal modo que las monjas se encontraran protegidas del mal tiempo.

De esta manera sentía que iba a demostrar a su nuevo suegro que se proponía ser una hija buena y dócil.

Mientras tanto, en las casas de recuento los cien mil ducados de oro cambiaban de mano.

Se produjeron las últimas despedidas.

Lucrecia visitó a su madre en su viñedo, fuera de la ciudad.

Vannozza abrazó cariñosamente a su hija, pero no pudo ocultar su complacencia. Esta belleza de cabellos de oro era una duquesa, y duquesa de Ferrara, es decir, ahora era miembro de una de las familias más antiguas de Italia, una verdadera aristócrata. Y ese pensamiento sólo podía dar a Vannozza una sensación de placer.

Si se hubiera tratado de la partida de César habría llorado amargamente, pero por la gloriosa partida de Lucrecia sólo podía sentir orgullo.

—Estaré en las calles, hija mía —le dijo— para verte partir de Roma.

—Gracias, madre.

—Me sentiré orgullosa... muy orgullosa.

Lucrecia besó a su madre, y su emoción era tan leve como la de Vannozza.

Fue diferente cuando debió despedirse en la nurserí. Fue desgarrador. El pequeño Giovanni, el *Infante Romano*, en las pocas semanas que había estado en el Vaticano, había aprendido a quererla. Había olvidado con rapidez su hogar anterior, pues sólo tenía tres años: y le parecía haber vivido siempre en el esplendor al cual ahora se estaba acostumbrando.

El niño se sintió algo molesto al saber que Lucrecia se iba.

Afortunadamente el pequeño Rodrigo, por tener sólo un año, era demasiado joven para comprender.

Lucrecia abrazó a los muchachitos, uno por uno, tan bien como pudo hacerlo; sus rígidas pequeñas figuras, vestidas con espléndidos brocados, y los andadores que usaban los niños de abolengo para hacerlos crecer derechos e impedir el raquitismo, impidieron que ella los abrazara tal como lo habría deseado.

Y por fin debió enfrentar la despedida más conmovedora. Alejandro la recibió en sus apartamentos privados y quedaron solos.

El Papa tomó a su hija entre los brazos y sus lágrimas se mezclaron.

—No puedo dejarte ir —gritó él—. No lo permitiré.

—Oh, padre mío —le contestó ella—. Muy sagrado y muy amoroso padre, ¿qué serán nuestras vidas, el uno sin el otro?

—No lo sé. No lo sé.

—Pero, padre, tú vendrás a Ferrara.

Se obligó a imaginar la escena. El viaje era largo para que lo emprendiera un viejo, pero él lo haría. No era un hombre común. Sólo soportaría esta separación si creyera que en cualquier momento podría partir hacia Ferrara, y ella hacia Roma.

—Sí —dijo él—, nos encontraremos a menudo... a menudo. ¿Cómo podría ser de otro modo, con dos que se aman tanto como nos amamos nosotros? Me escribirás, mi querida.

—Todos los días, padre.

—¿No importa qué tareas haya? ¿Puedes hacer eso, mi amada?

—Sí, padre. Te escribiré todos los días.

—Deseo saberlo todo, mi dulce niña. Cada detalle. Los cumplidos que te hacen, los vestidos que usas, cuándo te lavas el pelo, todo acerca de tus amigos; y si alguien te molestara, entonces deseo saber eso también, pues te digo, Lucrecia, mi amor, que si alguien lastima uno sólo de estos hermosos cabellos dorados, le irá mal... muy mal, por cierto.

—¿Tuvo alguna vez una mujer un padre tan amoroso?

—Nunca, hija mía. Nunca.

Afuera, en la plaza, la cabalgata esperaba, los caballos piafaban y los soldados miembros del séquito movían los brazos para mantenerse calientes en el frío aire de enero.

César llegó al apartamento y su mirada fue tristemente de su padre a su hermana.

—Sientes lo mismo que yo, hijo mío —dijo el Papa.

César colocó su brazo alrededor de su hermana.

—Ella nos deja, padre, pero no es una despedida. Volverá a Roma dentro de poco tiempo. Ferrara no está tan distante de nosotros.

—Es verdad, hijo mío. Yo necesito consuelo.

Luego los tres hablaron en dialecto valenciano, que les encantaba usar cuando estaban juntos. Los encerraba en una intimidad acogedora y les aseguraba que cualquiera que los escuchara al pasar no pudiera comprender nada.

—Dentro de este mismo año —dijo Alejandro— estaré en Ferrara.

—Y —agregó César— maldito sea cualquiera que no trate a mi hermana con respeto.

Alejandro sonrió orgullosamente a su hijo y a su hija.

—César te protegerá a ti y tus derechos, querida —le dijo—. No sólo tienes a un padre que te ama sino un poderoso hermano, y tu bienestar es su mayor preocupación.

Luego César la abrazó, y gritó como un animal presa del dolor:

—¡Cómo podemos dejarte ir! ¡Cómo podemos! ¡Cómo podemos! — Sus ojos tenía una expresión salvaje—. Mantengámosla aquí, padre. Hagamos un divorcio. Conduciré un ejército contra Ferrara si fuera necesario. Pero no podemos separarnos de ella.

El Papa sacudió la cabeza con tristeza, y César atrajo a Lucrecia apasionadamente a sus brazos.

Ahora el Papa adoptó una expresión enérgica y práctica, como sabía que debía hacerlo en esos momentos. Recordó astutamente a César las ventajas del casamiento, analizó el bienestar del pequeño Rodrigo y de Giovanni.

—Tú, César —dijo—, estarás con ella un poco más que yo, pues cabalgarás con ella en una parte del camino.

El Papa le cerró su manto de color de oro y tocó su suave forro de armiño.

—Mantente bien abrigada con este manto, queridísima —le dijo—. Afuera está cayendo la nieve. —Sacó la capucha, de tal modo que el rostro de

Lucrecia quedó casi oculto—. Protege este dulce rostro y este amado cuerpo de los rigores del viaje.

Luego la mantuvo apretada contra él por última vez, y la soltó de repente, como si no pudiera tolerar más.

La acompañó hasta el cortejo que la esperaba. La observó mientras montaba su mula, y le gritó con fuerza, para que todos pudieran oír:

—Que el Señor sea contigo, hija. Que los santos te preserven. Aunque estés lejos de mí, te apoyaré como si estuvieras a mi lado.

Todos comprendieron que se trataba de una seguridad para Lucrecia, una amenaza para ellos. “Si cualquiera hace daño a mi hija, la cólera del Vaticano se desencadenará contra él.”

La cabalgata salió lentamente de la plaza de San Pedro, seguida por los ciento cincuenta carros que contenían los vestidos y los tesoros de Lucrecia.

Alejandro, desde una ventana del Vaticano, contempló a Lucrecia sobre su mula y no se movió hasta que ella se perdió de vista.

Luego se alejó de la ventana y se encerró en sus apartamentos privados.

—Tal vez no la vea nunca de nuevo —murmuró, y por breves momentos se abandonó a una angustia tal como la que había experimentado en el momento de la muerte de Juan.

Por último se levantó, se quitó de encima sus presagios y llamó a sus asistentes.

—Ferrara —dijo— no está muy lejos de Roma.

EN FERRARA

En su castillo, que dominaba el río Mincio, Isabella d'Este se sentía cada vez más desasosegada a medida que le iban llegando informes.

En la comitiva enviada a Roma había colocado un espía en quien podía confiar, un hombre que en otra época había sido sacerdote. Las cartas que le enviaba estaban firmadas "Il Prete", y antes de partir le juró que se uniría a la comitiva de la señora Lucrecia y que nada que se refiriera a ella escaparía a su vigilante atención. Enviaría detalles de todos los vestidos que llevaba, de todas las palabras que pronunciara, de tal modo que Isabella estuviera tan enterada como si estuviese presente.

Isabella retaba con vigor a todas sus mujeres; durante esas semanas de preparación su temperamento, siempre incierto, resultaba más difícil de soportar que lo habitual, y sus servidoras debían extremar su ingenio para aplacarla.

Isabella se sentía furiosa de que se llevara a cabo el casamiento con una Borgia, temía desesperadamente que esa muchacha, de cuyos atractivos sus hermanos, incluso el pío Sigismondo escribían de una manera tan continua, iba a resultar una rival.

"Tiene vestidos como tú nunca has visto", escribía Ferrante. También "Il Prete" le describió terciopelos morados, brocados azules, y mangas acuchilladas de las cuales fluían cascadas de encajes como caídas de agua.

¿Dónde obtenía esos vestidos? ¿Quién los hacía? preguntaba ella. La señora Lucrecia sentía gran placer en diseñar sus propios vestidos, según le decían, y supervisaba su confección.

Isabella se consideraba la dama más elegante de Italia. El rey de Francia le había pedido que le enviara muñecas con réplicas exactas de sus diseños. ¡Y ahora Ferrante escribía que ella nunca había visto vestidos tan espléndidos como los que usaba la señora Lucrecia!

—¡Le mostraré lo que quiere decir la elegancia! —gritó Isabella.

Convocó a todas sus modistas al castillo. Se le trajeron ricas telas para que ella las aprobara. No había mucho tiempo que perder, si quería asistir a la boda con un vestuario capaz de eclipsar al de esa Borgia.

Mantuvo atareadas a sus costureras día y noche, mientras diseñaba vestido tras vestido. Se pusieron perlas en los espléndidos brocados, y se forraron capas de tela de oro con pieles de lince rubio. Se había desplegado una gran cantidad de rasos sobre las mesas, en los colores más atractivos que se podían obtener.

Isabella iba y venía por el gran cuarto de trabajo, leyendo extractos de las cartas de sus hermanos y del sacerdote.

—¿Y cómo es? —gritó—. Parecería que quedan tan absortos al verla que no pueden escribir con claridad. “Es alta y delgada y los vestidos que ella misma diseña le sientan maravillosamente bien.”

¡Alta y delgada! Isabella recorrió con las manos sus caderas algo anchas.

Sus mujeres la apaciguaron de la mejor manera posible.

—No puede ser más delgada que vos, marquesa. Si lo es, debe ser espantosamente delgada.

Los ojos negros de Isabella centellaron de cólera y aprensión. Ya era bastante malo tener que traer a una Borgia a la familia, pero tener que aceptarla como una rival, una rival favorecida por el éxito, aun en uno solo de los talentos en los cuales sobresalía Isabella, iba a resultar intolerable.

Aunque sus cortesanos pudieran decirle que era etérea, que era tan delgada como una jovencita, ella sabía a qué atenerse. Por consiguiente, comenzó a trabajar en vestidos que la hicieran parecer más alta y más delgada de lo que era.

Ippolito escribió acerca de la graciosa manera de bailar de Lucrecia. Por tal motivo, Isabella decidió convocar a un maestro de baile al castillo y practicar danzas.

Lucrecia tocaba en forma encantadora el laúd, que acompañaba su dulce voz. Muy bien. Isabella debía tocar su laúd, y practicar el canto de una manera más constante que nunca.

Había alguien que examinaba a la distancia, divertido, todos estos preparativos: el esposo de Isabella, Francesco Gonzaga, marqués de Mantua.

Este hombre irritaba a Isabella. Por más perezoso que fuera, en ciertas ocasiones le había recordado que era el señor de Mantua, y ella nunca lo olvidó, y como se sentía superior a él, el hecho de que en tales ocasiones se viera obligada a reconocer su supremacía era irritante. En Italia mucha gente lo consideraba un gran soldado, un hombre de cierta importancia pero para Isabella existía una sola familia importante en Italia: la suya, los Este, y el resto debía considerarse altamente honrado de poder casarse con alguno de ellos. Su aversión al matrimonio con la Borgia tenía sus raíces en esta creencia y el perezoso Francesco tenía plena conciencia de sus sentimientos.

Este esposo soldado la comprendía muy bien, y observar sus desdeñosas sonrisas ante su temor a Lucrecia resultaba decididamente irritante.

Isabella vociferó contra él:

—Está muy bien para ti. ¡Qué te importa! Yo te digo que no disfruto al ver que mi familia se rebaja.

—Deberías sentirte complacida de ver que se enriquece, mi querida —dijo el amable Francesco.

—¡Los ducados! ¿Qué son, a cambio de este mal casamiento?

—Pregúntaselo a tu padre, Isabella. Tiene un fuerte respeto por los ducados. Y los ducados son ducados, provengan de los cofres papales o los de Ferrara.

—Te burlas de mí.

Su expresión se suavizó un poco. Recordó los primeros días de su matrimonio, el orgullo que sentía por ella, que parecía sobresalir por sobre todas las otras mujeres. ¿Aceptaba él en esa época la estimación que ella tenía de sí misma? Tal vez. Pero había sido hermosa; había sido vivaz e inteligente. ¡Ah, si Isabella hubiese sido más humilde, qué encantadora persona podría haber sido!

—No —le dijo—. No tenía la intención de burlarme.

—Has visto a esta muchacha. Dime cómo es. Esos hermanos míos, todos los que me informan sobre ella, parecen haber quedado apabullados ante el despliegue de terciopelos, brocados y finas joyas.

—En consecuencia, ¿esperas deslumbrar con un desfile aun más espléndido de terciopelos y brocados, con joyas más finas?

—Dime, cuando viste a la muchacha, ¿te deslumbró?

Francesco volvió a pensar en el día en que había pasado a través de Roma como el héroe de Fornovo, la batalla que expulsó a los franceses de Italia y que luego demostró estar lejos de haber sido decisiva. Recordaba una agradable criatura, en esa época era una niña. Escuchó decir que tenía dieciséis años, pero habría pensado que era más joven. Evocó una vaga visión, con un largo pelo rubio y ojos claros, muy notables porque no se veía muy a menudo en Italia.

—Sólo la recuerdo vagamente —le contestó—. Parecía una niña agradable.

Isabella miró con aire agudo a su esposo. La “niña”, si los rumores no mentían, estaba lejos de ser inocente, aun entonces. A Isabella le habría interesado saber lo que ella pensaba entonces de Francesco, el cual, aunque le resultara extraño, era muy atractivo para las mujeres. Podía comprender la popularidad de Ippolito o de Ferrante, y la de su hermano bastardo Giulio. Pero eran de la casa de Este. La fascinación que ejercía su esposo estaba más allá de su capacidad de comprensión.

Hizo de lado esos pensamientos, pues no había tiempo para pensar en algo, salvo la boda que se acercaba.

Dijo:

—Debo escribir enseguida a Elizabetta. Me he enterado que el cortejo pasará algunos días en Urbino. Debo poner en guardia a tu hermana contra los Borgia.

Francesco pensó en su recatada hermana Elizabetta, que se había casado con el duque de Urbino, y dijo:

—La novia no es muy vieja. Está llegando a un país extranjero. No dudo que estará llena de aprensión. Si escribes a Elizabetta, pídele que sea amable con la muchacha.

Isabella rió.

—¡Amable con una Borgia! Acaso ¿se es amable con las víboras? Con seguridad advertiré a Elizabetta que esté en guardia.

Francesco sacudió la cabeza.

—Entre las dos maquinarán algún esquema para hacer su estadía en Ferrara tan incómoda como puedan, no lo dudo.

Francesco se dio vuelta y salió. Isabella lo siguió con la mirada. Parecía muy conmovido. ¿Era posible que hubiese experimentado algún tierno sentimiento hacia la muchacha cuando la había visto? Imposible. Había transcurrido mucho tiempo, y desde entonces no se habían encontrado. No cabían dudas de que esta Lucrecia Borgia, a pesar de su mala reputación (Isabella estaba segura de que era merecida) atraía el lado caballeresco de los hombres.

Pero no quedaba tiempo para pensar en las alocadas galanterías de Francesco y en su simpatía por la joven Borgia. Tendría que saber que no debía tratar de apoyar a una mujer como ésa, que no tenía el derecho de casarse con la aristocracia de Italia. Escribió enseguida a su cuñada, la duquesa de Urbino. ¡Pobre Elizabetta! Se esperaba que ella recibiera a la advenediza, y Elizabetta debía estar preparada. Debía tratar a la muchacha con desdén. En esas circunstancias, era la única actitud posible.

Un mensajero le trajo una carta de su padre.

La leyó con rapidez. Era la invitación formal a la boda, y —cosa extraña— no incluía a Francesco.

En una carta privada, el viejo duque explicaba el motivo. No confiaba en los Borgia. El matrimonio podía haber sido dispuesto con el fin de atraer a los grandes señores a la boda, de tal modo que sus dominios quedaran sin protección, pues César Borgia estaba ansioso de hacerse un reino para sí, y Ercole estimaba que debían precaverse del duque de Romagna, por consiguiente, sería atinado que Francesco se quedara en su ciudad para defender a Mantua si surgiera la necesidad de hacerlo.

Isabella asintió. Ella y su padre tenían la misma mentalidad sagaz, y esta sugerencia era digna de él.

Además, se sentía bastante complacida. Estaba decidida a hacer todo lo que estuviera a su alcance para que Lucrecia se sintiera incómoda, y habría sido algo irritante tener que hacerlo bajo los críticos ojos de Francesco. Ahora iría sin su esposo a Ferrara, allí podría desatarse sin restricciones, pues no tenía dudas de ninguna clase de que en un conflicto entre ella y Lucrecia, sería la vencedora.

Cuando mostró a Francesco la carta de su padre, su esposo quedó pensativo.

—¿Demuestra buen sentido, no es cierto? —preguntó.

—Sí —dijo él—. Demuestra un sólido buen sentido. Cualquier hombre sería loco si se alejara de su dominio mientras César Borgia está tratando de engrandecer el suyo.

Ella deslizó su brazo sobre el de Francesco y rió.

—Advierto que tu amabilidad es toda para la hermana, y no se extiende al hermano.

—El hermano —dijo él— es asunto mío.

—Es verdad, Francesco, por lo tanto, la hermana debería ser dejada a mi cargo.

El viaje a Ferrara fue lento. Muchas personas se reunían para darle la bienvenida por el camino, y representar espectáculos históricos para su diversión. Cuando César se despidió y volvió a Roma, Lucrecia experimentó una sensación de libertad con respecto al pasado, pero no carecía de aprensiones sobre el futuro. Ippolito se había dicho despedido, pues también él debía volver, como rehén que garantizaría el buen comportamiento de Ferrara. Angela Borgia se había comportado con altanera indiferencia hacia el elegante cardenal, quien se había sentido ligeramente picado y levemente divertido, pero sus pensamientos lo impulsaban a volver a Roma, donde podría renovar una amistad sumamente excitante con Sanchia.

Cabalgando al lado de Lucrecia se encontraba Adriana Mila, con la cual Lucrecia había pasado gran parte de su infancia. Adriana estaba a cargo de los asistentes de Lucrecia, y era reconfortante que estuviera allí; Lucrecia agradecía también la compañía de sus dos primas, las jóvenes Angela y Girolama Borgia, esta última esposa de Fabio Orsini. Le era muy reconfortante, cuando se iba a una tierra extranjera, tener a viejos amigos a su alrededor.

Y llegó el momento de despedirse de Francesco Borgia, el cardenal de Cosenza, en cuyas manos amables ella confiaba la atención de su pequeño Rodrigo.

No pudo refrenar el llanto ante todos ellos cuando se despidió del viejo, implorándole una vez más que cuidara a su muchachito; y él juró de nuevo que lo haría. Lucrecia sabía que cumpliría su promesa pues, aunque era un Borgia (hijo de Calixto III) carecía de esa avasalladora ambición que embargaba a su padre y su hermano. Lucrecia sentía que podía confiar en sus manos el bienestar de su hijo, y se lo dijo, en tanto que él le aseguró que su confianza estaba bien colocada.

Lo contempló con pesar mientras se alejaba, comprendiendo que se rompía otro vínculo con el pasado. Ahora debía continuar el viaje, pues el duque y la duquesa de Urbino los esperaban para recibirlos.

A las puertas de la ciudad de Gubbio, en el territorio del ducado de Urbino, el duque y su esposa Elizabetta esperaban el momento de dar la bienvenida a Lucrecia.

Elizabetta estaba llena de una cólera que no podía reprimir por completo. Su esposo le había asegurado que era necesario rendir honores a Lucrecia Borgia; César había dirigido su mirada hacia Urbino y cualquier excusa sería suficiente para que él lo atacara. Por lo tanto, no debían darle excusas para que demostrara enemistad, y se veían obligados a brindar a su hermana todos los honores que se rinden a un visitante aristócrata.

Elizabetta, que estaba en estrecha correspondencia con su cuñada Isabella d'Este, encontraba difícil componer sus rasgos tal como lo esperaba.

Pensaba —como lo había hecho un millar de veces— en todos los pesares que los Borgia habían traído a su vida. Los problemas comenzaron cuando su esposo Guidobaldo fue convocado a combatir con el hijo del Papa, Juan Borgia. Para empezar, Guidobaldo —a quien se consideraba, junto con su hermano Francesco Gonzaga, uno de los más grandes soldados de Italia— se había visto obligado a servir bajo los Borgia. De todos los comandantes incompetentes que habían osado alguna vez comandar un ejército, Juan había sido el peor, y como resultado de obedecer sus órdenes Guidobaldo había sido herido, tomado prisionero por los franceses y mantenido en una oscura y húmeda cárcel, mientras su familia agotaba todos sus recursos para reunir el rescate exigido para su liberación. El Papa Borgia podría haber pagado ese rescate, pero estaba demasiado ocupado negociando astutamente sus condiciones de paz con los franceses y encubriendo las locuras de su hijo.

Cuando Guidobaldo volvió a su hogar era un hombre diferente del esposo que Elizabetta había conocido. El reumatismo lo había vuelto inválido y padecía terriblemente por la gota. Un hombre joven había dejado su hogar para ponerse al servicio de los ejércitos papales; lo que volvió fueron los restos en ruina de ese hombre joven. Caminaba con lentitud, y había días en que apenas podía moverse; estaba doblado en dos y su rostro mostraba un aspecto amarillo y surcado de arrugas.

Elizabetta se agrió. Guidobaldo podía perdonar a los Borgia, pues tenía un carácter dulce y amable, resultado de su incapacidad para ver el mal hasta el momento de tenerlo encima. Elizabetta nunca los perdonaría.

Lo contemplaba, encogido penosamente sobre su caballo, dispuesto a brindar a la hija del hombre responsable de su estado actual esa cortesía por la cual era famoso. Se estaría diciendo, aunque recordara injurias pasadas: “No fue por culpa de esta muchacha. Sería grosero de mi parte demostrar con mi aspecto o mis palabras que recuerdo el mal trato de su padre hacia mí.”

“Pero yo”, pensaba Elizabetta, “haré todo lo que esté a mi alcance para mostrar a estos advenedizos que sólo los aceptamos porque nos resulta conveniente hacerlo.”

Y aquí estaba la muchacha, de aspecto frágil y muy femenino, gentil y

bonita, de tal modo que resultaba difícil, aun para alguien decidido a odiarla, creer en las maldades que se decían de ella.

El duque se inclinó sobre su mano; su duquesa fue cortés pero Lucrecia, examinando el estirado rostro que aparecía bajo el sombrero negro de alas anchas, observando los vestidos de terciopelo negro que no habían sido diseñados para realzar la belleza de quien los llevaba, tenía conciencia de la aversión de la duquesa.

Comprendió entonces que eso era tan sólo un anticipo de lo que podría esperarla en su nuevo hogar; debía combatir contra el prejuicio, debía ganar el afecto o por lo menos la tolerancia de gente, que aun antes de conocerla, tenía decidido que sentiría antipatía por ella.

Guidobaldo puso su castillo a disposición de Lucrecia, y planeó mascaradas, banquetes y suntuosos entretenimientos; fue cortés y amable, pero Lucrecia percibió constantemente la desaprobación de Elizabetta y era con ésta que debía viajar a Ferrara, pues se había dispuesto (y era el firme deseo del Papa de que fuera así) que ella y Elizabetta compartieran la magnífica litera.

Alejandro había advertido a su hija que debía pasar el mayor tiempo posible en compañía de Elizabetta e Isabella. Debía estudiar sus vestidos, sus modales, sus gestos; era necesario recordar que eran damas aristocráticas, pertenecientes a las familias más nobles de Italia.

“Nada me deleitará más”, había dicho Alejandro, “dado que no puedo tener a mi queridísima hija conmigo, que pensar que se encuentra en compañía de estas princesas. Compórtate como ellas. Habla como hablan ellas. Pues, mi amada Lucrecia, te has convertido en una princesa, como lo son ellas.”

Por ese motivo Lucrecia, recostada al lado de Elizabetta en la litera, estaba decidida a ser tan serena, tan distante como su compañera y de este modo Elizabetta perdió una oportunidad de desairar a Lucrecia tal como se había propuesto hacerlo. La joven Borgia, según se veía obligada a admitirlo, tenía gracia y encanto, y al estar en su compañía se podía creer que era casi tan noble como una misma.

Pero Elizabetta no olvidaba. La niña había sido educada en la corte papal. Había escuchado sin duda relatos de la impotencia de Guidobaldo pues había vuelto de la cárcel en que el Papa permitió que languidciera. Los Borgia habían apreciado siempre los chistes más groseros. Elizabetta no iba a olvidar su rencor meramente porque esa muchacha tuviera una gracia tranquila y una serena dignidad. Los Borgia eran dignos de desprecio, y si aparecían disfrazados de muchachas encantadoras, resultaban aun más temibles.

Por tal motivo Elizabetta continuó asumiendo un aire frío y poco acogedor, y Lucrecia comprendió que su compañera estaba aguardando constantemente que cometiera algún desliz social. Adriana Mila detestaba a Elizabetta y era incapaz de ocultarlo. Este odio deleitaba a la duquesa de Urbino. Se mantenía sentada, con su sonrisa distante y superior, a medida

que proseguían el viaje, pensando en todo lo que tendría para contar a su querida amiga y cuñada Isabella cuando se encontraran en Ferrara.

Elizabetta experimentó una furtiva diversión cuando llegaron a Pesaro. Observó la pesadumbre de Lucrecia cuando entraron en la ciudad. La muchacha debía recordar los meses que había pasado aquí como esposa de Giovanni Sforza, señor de Pesaro hasta que César se lo arrebató.

Debía recordar todos los detalles del escandaloso divorcio y con seguridad sentiría cierta vergüenza.

Al entrar en la ciudad, Elizabetta dijo:

—Esto debe seros muy familiar.

—He estado aquí antes.

Elizabetta rió ligeramente.

—Desde luego, con el primero de vuestros esposos. Pero entonces erais muy joven, ¿no es cierto? No podía pareceros un esposo. Después de todo, no fue un verdadero matrimonio, ¿o sí? No hubo consumación.

Lucrecia miró fijo delante de ella, y sus pálidas mejillas se ruborizaron levemente.

—Giovanni, que ha estado en la corte de mi cuñada, jura que el matrimonio se consumó —prosiguió Elizabetta—. ¡Pobre Giovanni! Ha perdido tanto... sus tierras... su esposa... aun su reputación como hombre. Siento lástima por Giovanni Sforza.

Lucrecia continuó sin decir palabra; también ella sentía lástima por Giovanni.

—Aquí el pueblo recordará, sin duda alguna —prosiguió Elizabetta—. Recuerdan mucho. Recordarán cuando llegasteis aquí como la esposa del señor de Pesaro. Es extraño... que ahora lleguéis como la esposa de otro, aunque su señor, debería decir, aquel que fue su señor, ¡aún vive, aún declara ser vuestro esposo!

—No sé cómo puede decirlo —dijo Lucrecia— pues hubo un divorcio.

—¡Sobre la base de una no consumación! Pero si el matrimonio se consumó, los motivos de divorcio desaparecerían y... si no hubiese razones, ¿cómo podría haber divorcio? Lo sé. Vuestro padre, que es sabio en estos asuntos, sin duda podría explicarlo. ¡Vamos, mirad! El pueblo está ansioso por veros. Debéis mostraros, lo sabéis.

Y Lucrecia, que esperaba entrar tranquilamente en Pesaro, esa ciudad que le traía tantos recuerdos, debió dejar la litera y montar en su mula, para que todos pudiesen verla.

Elizabetta cabalgaba a su lado, maravillosamente esperanzada. Si pudiese incitar a esa gente a vociferar insultos contra Lucrecia lo haría. Pero allí estaba Ramiro de Lorqua, el español a quien César había nombrado para que gobernara Pesaro en su ausencia, y Ramiro, conociendo la estima de su amo por Lucrecia, estaba decidido a lograr que se le hiciera una recepción como nunca se había visto antes en Pesaro. Podía contar con la cooperación del pueblo, pues Ramiro era el más brutal de los gobernadores y la gente no se

atreví a hacerle frente.

Puede haber sido el temor a Ramiro, puede haber sido porque esa delgada muchacha con su largo pelo dorado cayéndole por los hombros parecía muy gentil y encantadora, pero el hecho fue de que no hubo insultos; sólo se escucharon exclamaciones de “¡duquesa! ¡duquesa! ¡Lucrecia!”

Y aunque el malestar de Lucrecia no se calmó mientras estuvo en Pesaro, Elizabetta se sintió decepcionada.

Era deber de Ramiro escoltar a Lucrecia a través del territorio de Romagna y lo hizo, asegurándose de que en el dominio de su hermano fuera festejada dondequiera que pasara. Se realizaron banquetes en su honor, en las ciudades capturadas los ciudadanos desplegaron banderas de recibimiento. La seguían exclamaciones de bienvenida por donde pasaba.

El duque de Ferrara se estaba poniendo molesto, pues el viaje duraba más de lo que había previsto y como muchos de los invitados de la boda ya se encontraban en Ferrara, refunfuñaba por los gastos en que debía incurrir para alimentarlos y entretenerlos.

Envió instrucciones en el sentido de acelerar el viaje. No eran necesarias esas largas paradas en diversas ciudades. Tenía suma impaciencia en recibir a su nuera.

Pero Lucrecia demostró cierta decisión. No estaba dispuesta a apresurarse. Debía lavar su pelo con frecuencia, y se sentía demasiado cansada para pasar día tras día en la silla de montar o aun en la litera.

En consecuencia, el duque bufó de rabia y calculó lo que le costaba entretener a sus huéspedes, mientras Lucrecia proseguía su lento avance.

Ferrante estaba encantado con ella, escribía las cartas más elogiosas, que eran despachadas por un mensajero especial a su hermana Isabella, arrojando a esa dama a una furia de celos.

“Ella y yo abrimos el baile la noche pasada, hermana. Nunca la he visto más hermosa. Su pelo estaba más dorado que nunca. Lo había lavado ese día. Es necesario lavarlo con suma frecuencia para preservar su color dorado. Su vestido era de terciopelo negro, y parecía más delgada, más rubia que nunca; en su cabeza había una pequeña toca de hebras de oro, y resultaba difícil distinguir lo que era toca y lo que era el pelo; sobre su frente lucía un enorme diamante. Sus enanas españolas son criaturas divertidas. Danzan en el salón cuando ella baila, haciendo un círculo a su alrededor, y llamando la atención hacia su belleza. Son muy presumidas y les gusta desfilas con brillantes vestidos que hacen juego con los de su ama. Hacen gestos obscenos y chistes indecentes, aun sobre su ama. Nadie parece poner objeciones. Los modales de Roma son diferentes de los de Ferrara o Mantua. Me pregunto, mi querida hermana, qué dirías si tus enanas hicieran tales chistes y gestos mientras te siguen por el salón. Lucrecia lo acepta con el mayor buen humor y desde que

hemos dejado Pesaro —donde confieso que parecía algo deprimida— ha estado muy animada.”

Cuando Isabella recibió esa carta se sintió furiosa.

—¡Idiota! —gritó—. Ese joven loco escribe como un amante. Por lo que sabemos de la reputación de esa mujer, tal vez ya lo es.

Pensaba mostrar la carta a Alfonso, para tratar de suscitar una cierta indignación en su mente soñolienta.

Mientras Lucrecia estaba en Rimini, la ciudad donde había abierto el baile con Ferrante, uno de los servidores llegó a caballo al castillo con noticias inquietantes.

Ferrante fue la primera persona que vio, y cayó a los pies del joven, declarando que Madonna Lucrecia se encontraba en un terrible peligro.

—¿Por qué? —preguntó Ferrante.

—Porque, mi señor, fuera de la ciudad una compañía de hombres la está esperando, mandada por Carracciolo.

—¡Carracciolo! —gritó Ferrante.

—¿Puedo refrescar la memoria de vuestra señoría? Carracciolo estaba comprometido con Dorotea da Crema, que fue raptada por César Borgia y de la cual nunca se ha oído hablar desde entonces.

—¿Quieres decir que este hombre se propone raptar a Madonna Lucrecia?

—Así parecería, mi señor. Sí, y se propone hacerle lo que César Borgia hizo a su prometida.

Ferrante no perdió tiempo en ir a ver a Lucrecia, para decirle lo que había escuchado. Ella se sintió aterrada, pues la idea de la violencia la alarmaba.

Ferrante se arrojó a sus rodillas y declaró que la protegería con su vida. Ella no lo escuchaba; pensaba en Dorotea, que había partido para un viaje muy similar al que estaba haciendo ella, y nunca había llegado a su destino. Pensó en César, y se estremeció.

Comprendía los sentimientos de Carracciolo. Sabía lo que le ocurriría si cayera en sus manos.

Elizabetta entró, haciendo levantar a Ferrante, que estaba arrodillado. Inmediatamente le reveló lo que había escuchado.

Elizabetta se encogió de hombros.

—Sin duda alguna es tan sólo una mentira —dijo.

Pero no pudo ocultar la expresión de placer que cruzó por un instante su rostro. “Me odia”, pensó Lucrecia. “Espera que yo caiga en manos de Carracciolo.”

Se sentía horrorizada tanto por la malicia de esa mujer como por los temores que esa historia había provocado.

Pensaba: “Soy una Borgia. Los pecados de mi familia son mis pecados. ¿Puede ser que ahora... cuando se actualizan, no haya escapatoria real?”

Lucrecia pasó una noche en vela. Durante todas esas horas en que dio vueltas en la cama, esperaba escuchar exclamaciones de triunfo desde abajo, voces ásperas que pedían su rendición.

Una espesa niebla cubría la ciudad temprano por la mañana, y ella insistió en que se escabulleran al amparo de esa niebla. Se sentía aterrada y no toleraba pasar otra hora más en ese lugar.

Por tal motivo partieron con tanta rapidez y en forma tan silenciosa como pudieron, encaminándose por la Via Emilia hacia Bologna.

Cuando la niebla se levantó pudieron echar una mirada a campo traviesa a gran distancia: no había signos de una fuerza que los persiguiera.

El alivio de Lucrecia era evidente, pero Elizabetta estaba decidida a evitar que lo disfrutara.

—Tengo noticias para ti —le dijo—. Giovanni Sforza viene a la boda.

—¡Oh, no puede hacer eso!

—Puede. Ha anunciado su intención de hacerlo. He oído decir que ya ha partido hacia Ferrara.

Lucrecia miró en forma incisiva a su compañera, y entendió que Elizabetta y su amiga Isabella, que según ahora comprendía también era una enemiga, habían dispuesto que Giovanni Sforza estuviera presente en el casamiento para que ella se sintiera molesta.

Considerando su nueva vida, comprendió que estaría poblada de personas que deseaban destruirla.

Llegaron a Bologna donde los miembros de la familia reinante, los Bentivoglio, se reunieron para recibirla; y fue conducida en triunfo a su hermosa casa, en las afueras de la ciudad.

Estaban encendidos grandes fuegos, y fue con inmenso alivio que Lucrecia y su comitiva se calentaron. Se habían preparado entretenimientos, pero Lucrecia pidió que los postergaran. Ella y sus compañeros sentían una gran fatiga y anhelaban descansar durante ese primer día.

Era agradable estar en esas paredes decoradas con frescos, desperezarse ante un fuego que chisporroteaba, pedir agua caliente y quitar del pelo el polvo del viaje.

Angela y Girolama la ayudaron en su aseo, hablando en tono excitado, recordándole que estaban en las mismas fronteras de Ferrara y que muy pronto llegaría el fin de su viaje.

Angela estaba algo abatida desde su encuentro con Ippolito, pero no por eso era menos hermosa.

Hablaban de las recepciones que se les habían hecho, de las banderas en color guinda y oro que había colgado la gente, que sabía que a ella le gustaban

esos colores.

—Parecería, Lucrecia —dijo Angela—, que toda Italia te ama. Con seguridad sólo el amor puede inspirar tanto entusiasmo.

—Amor... o temor —dijo Lucrecia sombríamente.

Girolama dijo:

—Oigo sus voces en mis sueños. Oigo los cánticos: “¡Duque! ¡Duque! ¡Duquesa!” Siguen y siguen.

—Te amaron no bien te vieron —insistió Angela—. Te echaron una sola mirada y contuvieron el aliento por el asombro.

—Es más bien sorpresa —dijo Lucrecia— porque mis cabellos no son serpientes ni tengo el ojo de la Górgona.

—Te quieren aun más a causa de los falsos rumores que han oído. Tienes un aspecto... angelical. No hay otro término para expresarlo.

—Me miras con los ojos de una Borgia, pequeña prima; y he terminado por creer que a los ojos de los Borgia, los Borgia son perfectos. Trata de mirarme con los ojos de otros.

Adriana entró bulliciosa.

—¡Apresúrate! —gritó—. Tenemos un visitante inesperado. Pero... tu pelo. Quítate ese vestido con rapidez. ¿Dónde está tu vestido guinda a rayas? Oh, no tendremos tiempo.

—¿Quién es? —preguntó Lucrecia, mientras el terror se apoderaba de ella. Pensó en Carracciolo, furioso a causa de la violación de su prometida, jurando venganza contra los Borgia, pensó en Giovanni Sforza, humillado e injuriado, decidido a vengarse.

Adriana estaba tan excitada que a duras penas podía encontrar las palabras.

—No tenía noción de que ocurriría esto. Venid... muchachas... rápidamente. Oh, querida... oh, querida... ¡cómo es posible que nos hayan atrapado así!

—Pero Adriana, cálmate. Te ruego que nos digas quién es el visitante.

—Alfonso está aquí. Tu novio está decidido a verte antes de que hagas tu entrada formal en Ferrara.

—¡Alfonso...!

Lucrecia había comenzado a temblar.

Advirtió que Adriana, aturdida, buscaba un vestido adecuado y que Angela le peinaba el pelo mojado.

Luego se sintieron pesados pasos fuera del cuarto y se oyó una voz profunda que ordenaba a alguien que se hiciera de lado.

La puerta se abrió de par en par y Alfonso d'Este estaba allí, de pie, contemplando a su novia.

Era alto y corpulento, de ojos grises azulados, la nariz fuertemente

aquilina, y daba una impresión de fuerza brutal.

Lucrecia se puso de pie con gran prisa e hizo una reverencia.

Quienes la observaban pensaron que nunca la habían visto tan bonita y tan frágil como lo estaba ante su futuro esposo.

—Mi señor —dijo ella—, si hubiésemos tenido noticias vuestras, no os habríamos recibido así.

—¡Ah! —dijo él—. Mi plan era sorprenderos.

—Me encontráis con el pelo húmedo. Acabamos de llegar, con toda la suciedad del viaje aún sobre nosotras.

—No me escandaliza la suciedad tanto como a la mayoría. —Tomó un mechón de pelo en su mano—. He oído que brilla como el oro —dijo.

—Así es, cuando está seco. Lamento que esté húmedo cuando me miráis por primera vez.

Él retorció un puñado entre sus manos y tiró de él suavemente.

—Me gusta —dijo.

—Estoy contenta de que os guste. De igual modo, yo espero...

Alfonso la miró, y ella comprendió que se trataba de un conocedor de las mujeres; cada detalle de su cuerpo fue estudiado, y de vez en cuando Lucrecia oía esa risa breve y seca que lo caracterizaba. No estaba disgustado.

Miró a Adriana y a las dos muchachas.

—Dejadme con Madonna Lucrecia —dijo—. Tengo asuntos que tratar con ella.

—Mi señor... —comenzó a decir Adriana con alarma.

Él hizo un gesto con la mano.

—Terminémosla, mujer —dijo—. Ya estamos casados, aunque sólo sea por poder. ¡Fuera de aquí, he dicho! —Y como Adriana vacilaba, vociferó—: ¡Idos!

Adriana hizo una reverencia y salió, seguida por las muchachas.

Alfonso se dirigió a ella.

—Aprenderán que soy un hombre a quien le gusta una obediencia inmediata.

—Yo ya lo he visto.

Se acercó más a ella y le posó las manos sobre los hombros. No se sentía del todo cómodo en su compañía; nunca lo estaba en presencia de mujeres bien educadas. Prefería a las muchachas que encontraba en las tabernas o en las aldeas. Miraba, observaba, y como no se atrevían a desobedecer —tampoco deseaban hacerlo— acudían a él cuando las llamaba. No era un hombre dispuesto a perder mucho tiempo en cortejos.

Advirtió que Lucrecia parecía frágil pero que no carecía de experiencia. Percibió en ella esa sensualidad que hacía surgir la de él.

La tomó en forma tosca y la besó en la boca. Luego la alzó en los brazos.

—Fue para esto que vine —dijo, y la llevó a través del apartamento hasta su dormitorio.

Lucrecia apenas advirtió las pisadas de las doncellas, la presurosa

partida de las muchachas, que la habían estado esperando allí.

En toda la casa hablarían de la visita de Alfonso. A ella no le importaba. Tampoco a él.

Cuando Isabella se enteró de que Alfonso había hecho una visita sin ceremonias a la novia se sintió furiosa.

Entró vociferando a los apartamentos de Alfonso y le dijo que quería saber cómo había podido cometer semejante violación de la etiqueta.

—¿Cómo? —gritó Alfonso, que tomaba todo al pie de la letra—. Tomando un caballo y cabalgando hasta allí.

—Pero se espera que la recibas al lado de tu padre, cuando haga su entrada ceremonial.

—Así lo haré.

—¡Pero te adelantaste como si fueras un principiante ebrio de amor!

—Todos los hombres sienten cierta curiosidad respecto de la mujer con la cual deben casarse, sean duques o principiantes. Si quieres censurar a alguien por eso, censúrate a ti misma.

—¡A mí misma!

—Sin duda alguna, a ti misma. Si no la hubieras pintado con colores tan oscuros, convirtiéndola en un monstruo, podría haber estado dispuesto a esperar. Tal como eran las cosas, debía satisfacer mi curiosidad.

—Y, conociéndote, imagino que no fue sólo tu curiosidad la que quedó satisfecha.

Alfonso estalló en risa.

—¿Podrías haberla dejado pensar que tenía a otro Sforza como marido?

—Sforza no era como el Papa lo hizo aparecer. Debería haberlo demostrado.

—¿Qué, ante testigos?

Isabella rió.

—Tú no habrías sentido timidez en demostrar tu virilidad, estoy segura, por más testigos que se reunieran.

—Es muy dudoso que la mía hubiese estado en discusión.

—¡Por cierto, cuando la mitad de los niños de Ferrara tienen un aspecto parecido al tuyo!

—A la gente le gusta saber que un hombre es un hombre.

—Te estás casi relamiendo.

—Ella resultó adecuada.

—Como lo sería cualquier mujer para ti.

—No cualquier mujer. No me gustaría una que tratara de dominarme como dominas a Francesco.

Isabella salió enfadada del apartamento y se dirigió a pedir permiso a su padre para adelantarse a la comitiva principal, con el objeto de saludar a

Lucrecia.

—Será un gesto cortes —explicó—. Alfonso ya ha estado allí para verla. Ahora debe ir tu hija. Pues como no tienes esposa, tu hija debe actuar como anfitriona.

Ercole estuvo de acuerdo, pues sabía que cualquier otra actitud era inútil.

—Llevaré a Giulio conmigo —dijo Isabella—, pues Lucrecia debería ser recibida por uno de tus hijos. Y teniendo en cuenta que Alfonso ya se ha comportado como un palurdo en una feria, que Ippolito es rehén de los Borgia y que Ferrante y Sigismondo están con los viajeros, no queda otro que Giulio.

—Giulio disfrutará del viaje, no lo dudo —dijo Ercole.

Lucrecia subió a la barcaza que debía llevarla por el río hasta Ferrara, cruzando la llanura, esa tierra de las neblinas, en el valle del río Po. Ercole había continuado la tarea de sus antepasados y había drenado una gran parte de la tierra, haciéndola fértil. No había montes y el clima era frío en comparación con el clima al cual estaba acostumbrada Lucrecia. Muchas veces ésta se consideró afortunada de tener su capa forrada en piel, y recordó las instrucciones de su padre de protegerse el rostro y el cuerpo.

Cuando no soplaban el viento parecía necesario lidiar con la niebla. En esta nueva tierra Lucrecia debería resignarse a muchas cosas.

Pero se había encontrado con su esposo. Sonrió, pensando en ese encuentro. Habían intercambiado pocas palabras. Alfonso puso en claro enseguida que no había venido a conversar. Había en él algo brutal; con él la consumación había sido del todo distinta que con cualquier otro de sus dos esposos. Con Sforza había sido evasiva y vergonzosa, porque ésa era la forma en que Sforza había pensado las cosas. Con su segundo marido, Alfonso, duque de Bisceglie, había una satisfacción romántica, con el hombre que iba a ser su esposo ahora se trataba de un deseo animal rápido y natural, que se debía satisfacer inmediatamente sin delicadeza ni prudencia.

Ella creía que sería capaz de satisfacerlo.

Mientras estaba de pie sobre la cubierta de la barcaza, contemplando la orilla del río, se oyó una exclamación, y Lucrecia vio una gran galera dorada que avanzaba hacia ellos. Pertenece evidentemente a una persona muy rica, pues estaba decorada con telas de oro.

Adriana acudió corriendo hacia ella.

—Es el *bucintoro* de la marquesa de Mantua. Se ha adelantado para darte la bienvenida a Ferrara.

Los ojos de Adriana estaban ansiosos. Conocía la aversión de Isabella d'Este hacia Lucrecia, y se preguntaba si debía advertirla.

Ataron las falúas una a otra, e Isabella subió a bordo. Había logrado la primera victoria, pues Lucrecia aún no había tenido tiempo de ponerse el

vestido ceremonial con el cual se proponía saludar al viejo duque de Ferrara. Y allí estaba Isabella, que atraía todas las miradas y tenía un aspecto resplandeciente, con un gran vestido de terciopelo verde, joyas relucientes y una larga capa de terciopelo negro forrada en lince rubio.

Lucrecia se inclinó e Isabella la tomó entre los brazos y le besó las mejillas. Había una actitud de superioridad, resignación y odio en esos besos, y Lucrecia se sintió escandalizada por esa vehemencia.

—Bienvenida a Ferrara —dijo Isabella.

—Me siento honrada por el hecho de que hayas venido a verme.

—Deseaba verte —dijo Isabella—. Mi hermano estuvo bastante mal encaminado y ya te visitó, según parece.

Lucrecia sonrió ante ese recuerdo.

“¡Descarada!” pensaba Isabella, exultante. “Pronto aprenderá que Alfonso siente pasión por cualquier mujerzuela de cocina.” Vio a Elizabetta y se dio vuelta para abrazarla.

—¡Mi querida, querida hermana! ¡Elizabetta! ¡Cómo me complace verte!

—¡Querida Isabella!

—¿Y el viaje? —preguntó Isabella.

Elizabetta echó una mirada en dirección a Lucrecia.

—Agotador... muy agotador.

En ese momento Lucrecia comprendió que Elizabetta e Isabella estaban aliadas contra ella. Pero divisó a un joven muy apuesto que había saltado sobre la falúa, y que avanzó hacia ella, extendiéndole ambas manos.

—¡Bienvenida! ¡Bienvenida! —gritó—. No podíamos esperar hasta que vinieras a nosotros. Debíamos adelantarnos forzosamente para verte. —Ella advirtió su semblante sombrío y sus pestañas enarcadas. Sus enormes ojos oscuros eran los más bellos que Lucrecia había visto en su vida—. Soy Giulio —dijo él con una sonrisa—. El hijo bastardo del duque.

Su sonrisa era tan cálida y admirativa que Lucrecia olvidó la amenazadora hostilidad de Isabella.

Le contestó:

—Estas son mis primas: Girolama... Angela...

—Encantado, encantado —murmuró Giulio.

Sus ojos se posaron sobre Angela, y los de Angela sobre él.

“¿Por qué”, se preguntó Angela, “pensé que Ippolito era apuesto? Sólo porque no había visto a su hermano bastardo.”

Isabella, comprendiendo lo que ocurría, se levantó con rapidez. No debían olvidar que ella estaba al mando de todo, por lo cual dio órdenes de que la falúa continuara su marcha, pues el duque de Ferrara estaba esperando en el camino de sirga, a poca distancia, para saludar a su nueva hija.

La falúa avanzó con lentitud; luego, a través de la niebla, Lucrecia vio que las figuras tomaban formas concretas. La falúa se detuvo y ella desembarcó.

Se la acompañó hasta el lugar en que se encontraba el viejo duque, quien

se mantenía de pie, erecto, para recibirla. Ella se arrodilló sobre el pasto húmedo y el viejo duque mirando su cabeza dorada y preguntándose qué palabras duras Isabella debía haberle dirigido, sintió al instante lástima por ella, pues parecía muy joven y se encontraba entre extraños, en una tierra extranjera.

—Ven, levántate, mi querida, no debes arrodillarte en este pasto húmedo. —La abrazó y prosiguió—: No esperaremos de pie, mi falúa nos espera aquí.

Alfonso estaba al lado de su padre para darle la bienvenida, y las sonrisas que intercambiaron eran las de dos personas que han compartido una experiencia después de la cual ya no pueden sentirse extraños el uno al otro.

Lucrecia abordó la falúa del duque con éste, Alfonso y sus asistentes. Isabella no se sentía complacida por la cortés atención que dispensaba su padre a la recién llegada, pero no podía hacer nada para impedirlo. Debió conformarse con pensar en los pequeños desaires que se proponía hacerle durante las ceremonias nupciales.

La falúa entró a Ferrara, mientras la caballería de Alfonso cabalgaba por las orillas del río, y cuando se acercaron a la villa de Este, en las afueras de Ferrara, se sintió el retumbar del cañón de su esposo que le daba la bienvenida.

Desembarcó, fue recibida por la otra Lucrecia, la hija ilegítima de Ercole, y se la condujo a sus apartamentos, donde debía pasar la noche antes de hacer su entrada formal a Ferrara al día siguiente. Lucrecia se sentía desconcertada, y se preguntó cómo se adaptaría a la nueva vida que se abría ante ella.

El día siguiente amaneció hermoso y brillante, lo cual agradó a todos, pues había habido muchos temores de que la lluvia o la niebla echaran a perder la entrada a Ferrara.

Lucrecia estaba vestida con su vestido de boda. Adriana daba órdenes nerviosas a Girolama y a una muchacha muy hermosa, llamada Nicola, que parecía de dedos más ágiles que Angela, pues ésta había quedado pensativa después de haber posado la vista sobre Giulio.

Lucrecia estaba hermosa, con un vestido de raso de color morado, con anchas franjas de oro, el vestido no seguía la moda española a la cual ella había sido siempre tan afecta, sino que estaba cortado al estilo francés. El Papa había insistido en que demostrara el mayor respeto por sus aliados franceses, pues sin ellos César no habría podido conquistar Romagna en forma tan rápida, y era posible que sin la presión francesa Ercole hubiese dado largas al casamiento. Además, se había dispuesto que el embajador francés fuera su escolta en muchas de las recepciones que se celebrarían. En consecuencia, ella debía pensar continuamente en aplacar a los franceses, por

lo cual era un buen gesto demostrar preferencia hacia sus modas en el vestido más importante de su ajuar. Las amplias mangas, forradas en armiño, eran francesas, también lo era el abrigo de tela de oro. Ella usaba las joyas de los Este: diamantes y rubíes que formaban una diadema, y para esta ocasión su cabello, que parecía más brillantemente dorado que nunca, estaba suelto y se derramaba libremente sobre sus hombros.

Su caballo gris había sido adornado con el objeto de que fuera un digno corcel para una novia tan resplandeciente. Engualdrapado en terciopelo de color carmesí oscuro, con arneses de oro, era un animal brioso, un regalo de Ercole. Isabella había elegido el caballo, aunque Lucrecia no lo sabía. Era uno de los más hermosos de los establos de Ercole, pero Isabella lo había elegido pensando que Lucrecia debería ser una muy buena amazona para poder cabalgar con el animal por Ferrara sin algún contratiempo.

Cuando Lucrecia entró en la ciudad, después de haber sido saludada por el embajador de Francia, se sostuvo sobre ella un baldaquín de raso rojo, fue acompañada por los embajadores y sus escoltas, y la de los diversos nobles, seguidos por sus comitivas, todos compitiendo entre sí para llamar la atención sobre el esplendor con que eran capaces de desfilarse ante los ojos ansiosos de los ferrareses.

Alfonso, el novio, se había unido a la procesión, vestido de una manera muy simple, con un jubón gris sobre el cual se habían bordado escamas de pescado en oro, llevando como único ornamento una pluma blanca en su sombrero negro. Era el que se había ataviado de la manera más modesta en la reunión, y se destacaba por ese mismo motivo. Lucrecia sintió un cierto alivio al entrar en la ciudad, aunque tenía conciencia del estricto examen al que se la sometería, y sabía también que quienes observaban cada uno de sus movimientos con tanta atención esperaban encontrarla en falta. El alivio se debía al hecho de que Giovanni Sforza lo había pensado mejor, y había decidido no asistir a la boda. Lucrecia pensó que debía haber comprendido que tratar de humillarla podía acarrearle menosprecio a él mismo; por tal motivo se había detenido a poca distancia de Ferrara y había vuelto sobre sus pasos.

Nicola le comunicó la noticia mientras la vestía. Se lo había dicho don Ferrante el cual, a su vez, había expresado su satisfacción, y deseaba que ella transmitiera inmediatamente la noticia a su ama.

Complacida por esta pequeña bendición, Lucrecia se adelantó a caballo, concentrando toda su atención en el brioso animal que se encabritaba y pataleaba, y que estaba evidentemente disgustado con su carga.

Lucrecia se sentía muy cómoda en la silla de montar, y creía que habría dominado al animal si hubiese estado en las laderas del monte Mario o galopando a través de las praderas, pero era muy distinto ser el centro del espectáculo y estar obligada a refrenarlo.

Isabella, que tenía un aspecto deslumbrante con un vestido diseñado por ella misma, y que había sido concebido para que eclipsara el vestido de boda

de Lucrecia, al observar el experto manejo que hacía Lucrecia del caballo gris, debió admitir a regañadientes que Lucrecia era una amazona; y lo que era aún más notable, si bien debía sentirse incómoda, sin duda alguna, al verse obligada a montar semejante caballo en ese momento, su serena sonrisa no desapareció de su rostro, y si se sentía algo alarmada, no lo dejó traslucir.

Pero cuando comenzaron los fuegos artificiales el caballo aterrado se encabritó súbitamente y hubo un grito de alarma. Isabella miró exultante hasta que comprendió que no era Lucrecia la que había gritado sino uno de los espectadores.

—¡Es peligroso! —gritó una voz en la multitud—. No es un caballo adecuado para la novia.

Alfonso habló a sus hombres, y se trajo una mula, engualdrapada de una manera casi tan espléndida como el caballo gris. Se pidió a Lucrecia que cambiara de montura, para complacer a la muchedumbre.

Con gracia infinita Lucrecia saltó del caballo y montó la mula. Hubo un grito de asombro en la muchedumbre, pues la persona menos perturbada por el incidente parecía ser Lucrecia.

Disgustada, Isabella se alejó con su caballo de la procesión y con algunas de sus mujeres se dirigió al castillo por una ruta diferente. Ya no estaba interesada en el paseo de Lucrecia, ahora que la novia montaba una mula segura, y deseaba colocarse en la posición más destacada al pie del gran estrado, para poder recibir a los huéspedes con su magnífico vestido, bordado con diseños de corcheas y notas negras, y que ella llamaba “pausas en la música”, haciendo todo lo que estaba a su alcance para que ese día todos se sintieran seguros de que Isabella era la mujer más importante del castillo de Ferrara.

Ese día fatigoso había terminado. Las mujeres de Lucrecia se agolpaban a su alrededor para ayudarla a desvestirse. Le quitaron el vestido de color morado y oro y la diadema enjorada: peinaron su pelo largo y rubio.

Había quienes deseaban repetir los viejos chistes familiares, dando rienda suelta a las toscas costumbres de los días de esponsales, pero Lucrecia anhelaba que no lo hicieran, y puso de manifiesto con claridad sus deseos.

Isabella y Elizabetta, que la habrían llamado vulgar si ella hubiese deseado esos chistes groseros, optaron por escandalizarse de su actitud reservada y de su falta de sentido del humor.

Pero esta era la noche de bodas de Lucrecia. Temía que los chistes preparados por Isabella pudieran incluir referencias a sus matrimonios anteriores. Se mantuvo inflexible y su tranquila dignidad fue tan grande que sus deseos fueron respetados.

Alfonso entró. Despreocupado de que fueran sometidos a las habituales bromas, pesadas o no, estaba dispuesto a pasar la mitad de la noche con su

nueva esposa.

Esa noche de bodas fue muy distinta de la que había compartido con otro Alfonso; pero ella tuvo motivos para creer que su esposo no estaba disgustado con ella.

Cuando la noche terminó se sintió feliz, pues estaba desconcertada por la presencia de todos aquellos que, según había insistido el Papa, debían presenciar las nupcias para que él pudiera estar seguro de que el matrimonio se había consumado perfecta y verdaderamente.

Muy poco tiempo después —en un plazo tan breve como el necesario para que un mensajero pudiera recorrer a caballo la distancia entre Ferrara y Roma— Alejandro leyó informes acerca de los esponsales.

Le explicaban los detalles: la entrada a Ferrara, el aspecto magnífico de su hija ataviada en color morado y oro, la forma experta en que manejó un caballo fogoso, los honores que se le dispensaron.

El duque Ercole escribió en tono entusiasta acerca de su nuera. Su belleza y su encanto sobrepasaban todo lo que él había oído decir de ella, según escribió al Papa. “Nuestro hijo, el ilustre don Alfonso, y su esposa estuvieron juntos anoche, y estamos seguros de que ambos quedaron sumamente satisfechos.”

El Papa estaba encantado. Convocó a sus cardenales y asistentes para leerles las cartas. Se detuvo en el encanto de Lucrecia y meneó la cabeza con tristeza porque no había estado allí para verla.

Hubo otras cartas, menos contenidas que la del duque Ercole.

—Tres veces —dijo Alejandro, con la cabeza sacudida por la risa—. César se comportó mejor, pero este ilustre don Alfonso no es un Borgia. Tres veces es bastante para un Este.

Demostraba muy buen humor. Una de sus amantes estaba embarazada, lo cual revelaba su gran virilidad, tratándose de un hombre de setenta y un años.

Examinando esa situación y los triunfos de César y Lucrecia, le parecía posible que los Borgia fueran inmortales.

A la mañana siguiente de la boda, Lucrecia se despertó y comprobó que Alfonso no estaba con ella. Entonces era verdad lo que había oído decir de él. Aun en esa ocasión se había levantado temprano para ir a ver a alguna de sus amantes o a su fundición.

¿Qué importaba? Ella no lo amaba. Era muy distinto de su segundo matrimonio. Lo recordó, despertándose con una punzada de nostalgia que hizo de lado presurosamente, pensando en toda la tristeza que ese matrimonio le

había acarreado, porque había amado demasiado.

No volvería a amar de esa manera. Sería sensata. Ahora llevaba el título de duquesa de Ferrara, uno de los más grandes de Italia, y disfrutaría de su posición; esperaba tener hijos, pero no se molestaría en lo más mínimo a causa de las amantes de su esposo.

Miró a su alrededor y advirtió que los que habían permanecido en el apartamento para observar la consumación ya no estaban; debían haberse retirado con Alfonso. Batió palmas, y aparecieron Angela y Nicola.

—Tengo hambre —dijo—. Preparadme algo para comer.

Las dos muchachas salieron corriendo para satisfacer su pedido, y después de cierto tiempo volvieron con comida para ella. Lucrecia demostró tener buen apetito, pero después de terminar no hizo intento de moverse.

En todo el castillo los huéspedes a la boda se estaban movilizando, pero ella continuaba en la cama charlando con sus mujeres.

Angela le informó que Elizabetta e Isabella ya se habían levantado y se preguntaban por qué Lucrecia no se unía con ellas.

—Necesito un poco de respiro para sustraerme a su constante atención —dijo ella.

—¡Odiosa pareja! —gritó Angela.

—Estoy decidida a descansar durante toda la mañana en mi cama —les dijo Lucrecia—. Habrá danzas y festejos durante varios días y como se extenderán hasta muy avanzada la noche, me propongo descansar durante el día.

—¿Qué dirá *donna* Isabella a eso? —preguntó Nicola.

—Puede decir lo que quiera.

—Giulio afirma —se aventuró a decir Angela— que está acostumbrada a salirse con la suya.

—Ferrante dice —agregó Nicola— que ella gobierna Mantua cuando está en Mantua y Ferrara cuando está en Ferrara.

—Y —dijo Lucrecia, mirando uno tras otro ambos hermosos rostros— se me hace evidente que lo que dicen Giulio y Ferrante es absolutamente correcto, según lo piensan Angela y Nicola.

Nicola se ruborizó levemente; no así Angela, que había recuperado su buen ánimo e iniciado una relación con el audaz y apuesto Giulio. Lucrecia temía que ya podría haber ido más allá de un leve flirteo. ¿Había algún motivo por el cual Angela y Giulio no debían casarse? Angela había sido prometida a otro hombre pero, como bien lo sabía Lucrecia, esos arreglos se podían cancelar. En el caso de Nicola era diferente. Ferrante era hijo legítimo del duque Ercole; no podía haber matrimonio con él para Nicola.

Esos asuntos debían solucionarse por sí mismos, y sin duda alguna se solucionarían; pero Lucrecia estaba decidida a decir unas palabras de advertencia a Nicola en el momento apropiado.

Adriana entró para decir que *donna* Isabella se acercaba a los apartamentos de Lucrecia, ostensiblemente para darle los buenos días, pero

en realidad para estudiar su rostro, en busca de los que se llamaban los signos de la “batalla con el marido”. Con ella venían sus hermanos y algunos de sus jóvenes asistentes.

Lucrecia sabía que, defraudados por no haber podido emplear sus chistes groseros y sus bromas pesadas la noche anterior, estaban decididos a disfrutarlos esa mañana.

Gritó:

—Cerrad las puertas. No entrarán.

Adriana la miró con aire inquisidor.

—¿Cerrar las puertas contra *donna* Isabella y *donna* Elizabetta?

—Con seguridad — dijo Lucrecia—. Apresuraos y cerrad todas las puertas.

Cuando ambas mujeres llegaron y la llamaron, ella no las dejó entrar.

Isabella, despotricando contra la arrogancia de esa advenediza Borgia, que se atrevía a cerrar una puerta en la casa de los Este contra ella, se vio obligada a retirarse, jurando que se vengaría.

En su castillo del otro lado del río Mincio, Francesco Gonzaga leía informes acerca de la boda.

Su esposa Isabella le escribía que Lucrecia tenía un aspecto muy agradable, pero que estaba lejos de ser la belleza que esperaban. La pobre muchacha parecía pálida y cansada cuando llegó, y había sido una gran decepción para todos los que la esperaban. Habría hecho mejor en entrar en Ferrara después del anochecer. Sería mucho más encantadora a la luz de las antorchas.

Una de las damas de su esposa escribía en un tono similar, destacando la decepción de Ferrara con la muchacha, que resultaba un ser del todo simple, después de haber sido anunciada como una belleza. “Habría sido mucho mejor si no hubiese desafiado la luz del día. Todos escucharon el comentario: ‘¡Comparadla con *donna* Isabella! Esa es una verdadera belleza. Y sus vestidos carecen de estilo y del deslumbrante esplendor de los de *donna* Isabella.’”

Pero Francesco oyó informes de otros sectores que no habían sido inspirados por la malicia de su autoritaria esposa.

“Lucrecia Borgia es muy bonita, por cierto. Sus ojos son de color claro y adorables. Su pelo es tan dorado como se decía que era. Está llena de vitalidad, pero tiene una serenidad interior. Y si bien podría parecer tal vez algo delgada, eso le agrega gracia. Es sumamente frágil, parece del todo femenina y resulta un placer para la vista.”

Francesco hizo una mueca cuando leyó eso.

Recordaba a la joven que había encontrado en su primera adolescencia. Rememoró su exquisito encanto. Se sentía feliz de que ella fuera hermosa.

Esperaba que demostrara ser capaz de hacer la competencia a Isabella.

Durante los días que siguieron a la boda, Lucrecia comprendió hasta qué punto era profunda la enemistad que Isabella sentía hacia ella, y comprendió que sus únicas amigas eran las mujeres que había traído consigo. Ferrante y Sigismondo eran encantadores, pero Ferrante era frívolo y Sigismondo se encontraba en gran medida bajo la influencia de su familia. El duque Ercole no había deseado el matrimonio y calculaba ansiosamente cuánto le costaría alimentar a los huéspedes de la boda, lo asombraba el derroche de los Borgia y estaba dispuesto a escuchar con atención los informes de Isabella acerca de su nueva nuera. Ella podría haber esperado que Alfonso la apoyara, pero así como demostraba estar locamente enamorado durante una parte de la noche, mantenía una actitud indiferente durante el día y a duras penas parecía darse cuenta de la presencia de su esposa. Lucrecia comprendió que si le pedía apoyo contra su hermana encontraría escaso eco en él. Sus pensamientos estaban concentrados en la fundición; en cuanto a ella, sólo debía preocuparse por tener hijos. Alfonso sentía horror por las mujeres estériles, no podía librarse de la idea de que tenía una virilidad suficiente para superar la infertilidad, y sus amantes favoritas eran las que le daban hijos.

En su conjunto, se trataba de un hogar hostil, y Lucrecia agradecía la experiencia y la educación que había tenido, que la ayudaban a endurecerse contra esa hostilidad y a asumir una actitud casi de indiferencia.

Se levantaba tarde, lo cual era una costumbre que Isabella criticaba. Se negaba a permitir que algún asunto la encolerizara, pues comprendía que era su serenidad lo que enfurecía a Isabella, casi tanto como su belleza y su buen gusto en la selección de las ropas.

Cada día Lucrecia aparecía entre los huéspedes con algún vestido deslumbrante diseñado por ella misma, que acentuaba su elegancia; y a su lado Isabella parecía tosca y vestida en forma exagerada.

Isabella, furiosa, decidió desairar a Lucrecia y durante la representación de una comedia, *Miles Gloriosus*, comenzó a reír con disimulo, y sus asistentes —que siempre la seguían, con una actitud de esclavos, haciendo lo que ella les pedía— se unieron a esa risas, de tal modo que era imposible oír lo que decían los actores. Era un insulto para Lucrecia, pues la pieza se estaba representando en su honor.

Lucrecia se mantuvo sentada, perfectamente erguida, durante la representación, mirando a los actores como si no percibiera el alboroto.

Y cuando se representó otra pieza teatral algo obscena, *Casina*, la noche siguiente, Isabella se manifestó tan escandalizada por la elección de la pieza que no permitió a sus mujeres (que eran conocidas por su vida libertina) la vieran; Lucrecia se sentó de nuevo y miró la pieza, riendo de buena gana en las partes que habrían divertido a su padre, aparentando no darse cuenta de

la desaprobación de Isabella.

Pero Lucrecia se sentía infeliz al comprender hasta qué punto su cuñada estaba decidida a odiarla. Su padre o César habrían entrado con entusiasmo en la pelea y habrían tratado de lograr la victoria sobre Isabella, pero no así Lucrecia, quien anhelaba ser amada y no deseaba ser enemiga de nadie.

Había otro elemento perturbador. Isabella regalaba a las enanas españolas de Lucrecia costosas telas, terciopelos y brocados, con los cuales se hacían vestidos. Sabía hasta qué punto las enanas eran presumidas; buscaban continuamente usar vestidos tan elegantes como los de su ama. Podían hacerlo, les señaló Isabella, y habría más presentes para ellas si gritaban “viva *donna* Isabella” en lugar de “viva *donna* Lucrecia”.

Pocos días después de la boda Lucrecia declaró que pasaría el día en sus propios apartamentos, pues debía lavarse el pelo y escribir cartas. Isabella demostró estar encantada, pues eso le daba una oportunidad de ganar para su bando al embajador francés.

Lo invitó a una cena; tocó el laúd y cantó para él y antes que partiera se quitó uno de sus guantes perfumados y se lo entregó.

Philippe de la Roche Martin era sensible, y a Isabella se la consideraba como una mujer muy hermosa.

¡Eso enseñaría a la taimada criatura a encerrarse y a lavarse el pelo! Eso pensaba Isabella, con expresión sombría. Estaba decidida a demostrar su triunfo durante esa velada, en el baile de las antorchas.

Durante esos bailes, cada dama llevaba una antorcha que entregaba a su pareja de la velada, y cuando apareció Lucrecia, con su pelo recién lavado y muy rubio y los ojos centelleantes, con esa vitalidad que era tan enteramente suya, porque era muy serena, pareció más encantadora que nunca en su vestido con sus colores favoritos, morado y oro, forrado en armiño.

Angela, que se estaba convirtiendo en una pequeña espía eficiente y confiable para su ama, le habló del encuentro de Isabella con el embajador francés. Lucrecia comprendió que Isabella estaba decidida a quitárselo. Por ese motivo entregó su antorcha a Philippe de la Roche Martin con una encantadora sonrisa, y después de ese gesto el galante francés quedó tan encandilado que sólo tuvo ojos para Lucrecia, pareciendo apenas percibir que Isabella estaba presente, y por último todos declararon que Lucrecia había logrado una victoria sobre su rival.

Desde ese momento Lucrecia mantuvo al francés a su lado, lo cual era un triunfo, por cierto, pues los franceses eran más temidos que cualquier otro, y era importante para todos estar en buenos términos con el embajador de Luis.

Los franceses eran sutiles, nadie podía estar seguro de lo que se escondía detrás de sus palabras y sus acciones. Aun los regalos de boda que Philippe de la Roche Martin había traído como presentes de su amo parecían implicar alguna sutileza para quienes podían comprender el ácido humor del rey de Francia. Había un grabado de San Francisco en una medalla de oro para el

duque; eso quería decir: ¡Qué hombre pío es el duque Ercole! Aquí está una imagen de San Francisco para que le pueda rezar, pero si hay algo que admira tanto como los santos es el oro. Para Lucrecia había un rosario de cuentas de oro, pero cuando se abrieron esas cuentas, se vio que contenían almizcle. ¿Acaso eso significaba: por fuera es recatada, pero qué hay adentro? Para Alfonso había una receta para fundir cañones, y una figura en oro de María Magdalena. ¿Luis estaba recordando astutamente al novio las noticias escandalosas que había recibido acerca de su novia?

Con los franceses nadie podía estar seguro. Por eso era necesario estar en buenas relaciones con el embajador del rey de Francia. Ese era el motivo por el cual Angela, Adriana, Nicola y todas las mujeres que Lucrecia había traído con ella se regocijaron, e Isabella y el resto de los ferrareses quedaron consternados.

Los festejos prosiguieron. Cada día había algún espectáculo, y cada día Isabella, en compañía de Elizabetta, planeaba algún nuevo insulto para Lucrecia, que comprendía cada vez más hasta qué punto le iba a ser difícil vivir en armonía con sus parientes.

Alfonso continuaba apasionado por la noche, indiferente durante el día; el duque Ercole continuaba calculando el costo de los festejos; las cartas iban y venían entre Roma y Ferrara, pero nadie se atrevía aún a contar al Papa que su hija tenía enemigos en el baluarte de los Este.

Ahora los ferrareses estaban comenzando a insultar deliberadamente a Lucrecia, riéndose de ella cuando pasaba, burlándose de su gracioso andar y de sus hermosos vestidos. Ella no daba señales de advertir su grosería, pero dijo a las mujeres que el duque Ercole había seleccionado como sus asistentes que no las necesitaba más y se negó a permitirles que entraran a sus apartamentos. Permanecía en la cama durante la mayor parte de la mañana, charlando con sus damas, discutiendo sobre ropas, atendiendo su aseo; a su manera, imperturbable, se comportaba como lo había hecho en su hogar en Santa María in Portico.

En los bailes y en los banquetes aparecía serenamente hermosa. Una vez, en un baile, sus damas tocaban melodías españolas en sus laúdes y, seleccionando una de las muchachas muy bonitas que habían venido con ella a Ferrara, Lucrecia bailó con ella, con sus faldas en torbellino, las castañuelas en las manos. Los invitados quedaron tan encantados que se produjo un silencio completo a su alrededor, y los intentos de Isabella de iniciar una conversación sobre algún tema totalmente diferente resultaron estériles.

Cuando el baile terminó y los aplausos se disiparon, Angela preguntó a Isabella:

—¿No pensáis que Madonna Lucrecia baila como un ángel, *donna* Isabella?

—¿Un ángel? Pensaba en una gitana española. *Donna* Lucrecia baila con ardor y espíritu, tal como he oído decir que lo hacen los gitanos.

Angela se sintió furiosa, pero Giulio estaba a su lado, y posó una mano sobre su brazo para refrenarla.

Hubo risas y conversaciones entre todos los invitados, y Angela gritó a Giulio:

—¿Todos vosotros estáis asustados de ella, de esta hermana que tenéis?

Pero Lucrecia se mantuvo sentada en su silla, mientras una de sus españolas la abanicaba. Sonreía, como si no hubiese comprendido la malicia que se ocultaba detrás de las observaciones de Isabella.

Esa noche Alfonso y Giulio bailaron juntos, para deleite de la reunión, y luego Alfonso tocó su viola.

Fue extraño ver sus dedos algo torpes, que llevaban aún señales de la suciedad de la fundición, tocando tan bien. Lucrecia comenzó a preguntarse si había en su esposo un aspecto que aún no podía descubrir.

Isabella iba a volver pronto a Mantua, y estaba decidida a dejar algún recuerdo duradero de su visita para Lucrecia.

Buscó a su padre. Ercole se estaba afanando en sus cálculos.

—¿Sabes, hija —le dijo— que aún quedan más de cuatrocientos invitados en el castillo? ¿Cuánto crees que me cuesta alimentarlos?

Isabella, que nunca tenía tiempo para los problemas de otros, hizo caso omiso de la pregunta.

—Tu nuera convertirá a Este en una corte española antes de que pase mucho tiempo.

—No hará tal cosa —replicó Ercole.

—¿Y cómo puedes estar seguro?

—Porque nunca lo permitiría.

—Se producirá sutilmente, antes de que te des cuenta. Oh, ella es muy calma, muy pagada de sí misma. No hay rabietas en *Madonna* Lucrecia. Tiene tan sólo el aspecto de una frágil flor y dice: “Quiero esto, quiero aquello”. Y como nadie la toma en serio ni trata de detenerla, lo logra.

—No tengo tiempo para vuestras peleas de mujeres. ¡Más de cuatrocientos invitados! ¡Calcula el alimento que eso significa! Y cuatrocientos invitados no es todo. ¿Qué me dices de sus caballos?

—Esos vestidos de Lucrecia son a medias españoles. Todo ese oro. Es español, te digo. ¡Español! ¿Sabes que usa pantalones de seda?

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Pantalones de seda, todos ricamente bordados. Los lleva debajo de sus vestidos. Es una costumbre española. Se debería impedirlo. Padre, no tendrás paz con esa mujer y sus asistentes españolas.

—Oh, déjala estar y ayúdame a encontrar un medio de desembarazarme

de estos huéspedes que me están convirtiendo en un hombre pobre.

—Padre, si despidieras a sus asistentes españolas, tendrías menos bocas para alimentar. Tiene demasiadas asistentes.

El duque quedó reflexivo, e Isabella sonrió. Había logrado lo que quería.

La pérdida de sus amigas iba a herir a Lucrecia más que cualquiera de los alfilerazos que Isabella había sido capaz de infligirle. Hubiese deseado destruir el círculo más íntimo de Lucrecia, esa vigilante Adriana, la astuta Nicola y la salerosa Angela. Pero ir tan lejos provocaría sin duda alguna la cólera del Papa. Por el momento, debía conformarse con desterrar a las españolas.

Escribió a Francesco diciendo que estaba cansada de Ferrara y que anhelaba volver a Mantua. Deseaba estar con su esposo y con su pequeño hijo Federigo.

Leyendo la carta, Francesco rió.

Adivinó que la joven Lucrecia mantenía sus posiciones contra Isabella, y se preguntó por qué se sentía tan complacido.

Por último, las ceremonias terminaron y los huéspedes comenzaron a despedirse. Los embajadores se presentaron para hacer sus discursos de despedida a Lucrecia, pero Isabella se las arregló para estar presente con Elizabetta, y fue ella quien les contestó. La siguió Elizabetta, aunque los agradecimientos y los buenos deseos de los embajadores estaban dirigidos a Lucrecia.

Lucrecia no intentó detenerlas, pero cuando terminaron dijo unas pocas palabras, modestas y bien elegidas, como si no hubiese sido desplazada del lugar que le correspondía.

Los embajadores la vieron con un aspecto sumiso y nervioso, pero algunos creyeron que ella consideraba la abierta animosidad de su cuñada como demasiado insignificante para prestarle atención.

Eso era, en realidad, lo que pensaba Lucrecia, también recordaba que Isabella tenía un hogar en Mantua. No podía estar ausente para siempre. Y fue un día feliz aquel en que Isabella y su comitiva partieron hacia Mantua. Lucrecia no pudo disimular su placer.

Pero mientras se disponía a partir, Isabella sonreía, muy satisfecha, sabía que pronto su avaro padre privaría a Lucrecia de sus asistentes españolas, y que la paciencia de Lucrecia se vería sometida a una prueba extrema por la vida que llevaba en Ferrara.

EN LOS PEQUEÑOS CUARTOS DEL BALCÓN

Cuando los huéspedes partieron, Lucrecia dejó de lado los apartamentos en que había vivido para recibirlos y se dispuso a establecerse en los “pequeños cuartos del balcón” (*i camerini del poggiolo*) que habían sido reservados especialmente para ella.

Los revisó en compañía de Angela y Nicola, y las tres quedaron encantadas por la confortable intimidad del lugar. Lucrecia comprendió que allí podía mantenerse apartada de la gente del castillo principal, recibir a sus amigos y convertir a los cuartos en un pequeño rincón de Roma en Ferrara.

Angela saltó sobre la cama para probarla, y al hacerlo se oyó el ruido de algo que se rompía. Advirtió que las cobijas de la cama se habían desgarrado, las tocó, y se desgarraron aún más.

—Están estropeadas —dijo—. Deben tener centenares de años.

Se miró las manos, negras por la suciedad: el polvo de los años se había posado sobre ellas.

Lucrecia tiró hacia sí la cobija. Cuando las tocó, descubrió que las sábanas podrían haber sido de papel.

—¡Es como si hubiesen hecho mi cama hace cien años y me hubiese estado esperando durante todo este tiempo!

Nicola había sacudido los colgantes de terciopelo, de los cuales emergió una nube de polvo que quedó flotando en el aire.

—Están hechos jirones —gritó.

Presa de la desesperación, Lucrecia se sentó sobre un taburete y el brocado del asiento se desgarró.

—De modo que éstos son los pequeños cuartos que el duque Ercole me destina con tanta magnanimidad —dijo.

—Es característico de la bienvenida que te da —gritó Angela—. Suntuosa en apariencia, llena de enemistad en el fondo. Si yo fuera tú, prima, me dirigiría inmediatamente a tu miserable suegro y le pediría que dijera lo que se propuso hacer cuando te asignó un apartamento tan miserable en su castillo.

Lucrecia sacudió la cabeza.

—Dudo que eso me hiciera ningún bien.

—Yo escribiría enseguida al Santo Padre —sugirió Nicola—. Daría órdenes de que se te aloje de una manera decente.

—Deseo vivir en paz —explicó Lucrecia—. Si me quejo de esto, lo único que habrá son problemas. No. Eliminaremos estos antiguos muebles y pondremos otros nuevos. Convertiremos este lugar en algo alegre y brillante. Colgaremos tapices de color mora y oro, y hasta que todo esté terminado volveré a los apartamentos que he ocupado hasta ahora.

—¿De modo que lo harás a tus propias expensas? —murmuró Nicola.

—Mi querida Nicola, ¿cómo podría obtener de otro modo lo que deseo en Ferrara?

Angela tomó la mano de Lucrecia y la besó.

—Pareces un ángel —le dijo—, y creo verdaderamente que lo eres. Tu esposo pasa sus días y la mitad de sus noches con otras mujeres; sin embargo lo recibes con una sonrisa cuando te visita. Tu suegro te insulta ofreciéndote el polvo y la suciedad de los siglos, y sin embargo le sonríes con dulzura y le dices que volverás a amoblar tus apartamentos a tus propias expensas. En cuanto a ese demonio, Isabella d'Este, tu cuñada, se comporta contigo como una malvada y tú actúas —por lo menos exteriormente— como si la respetaras. Nicola, ¿qué piensas de mi prima? ¿No es un ángel?

—Pienso —dijo Nicola— que es sensata, y que cuando uno debe vivir en la tierra, es mejor ser sensato que ser un ángel.

—Confío en ser sensata —dijo Lucrecia—. En mi interior, tengo un fuerte presentimiento de que necesitaré sensatez.

Mientras hacía sus planes para los pequeños cuartos del balcón, recibió el primer golpe.

El duque Ercole la visitó.

Le dijo:

—Veo que no has ocupado aún los cuartos del balcón que te asigné.

—Hay gran necesidad de volver a amueblarlos —le dijo ella—. Cuando estén terminados, los encontraré encantadores. Te agradezco, por cierto, haberme dado cuartos tan encantadores.

—¡Volver a amueblarlos! —gritó el duque, horrorizado—. Eso va a costar buenos ducados.

—He decidido los colores que utilizaré. Y volver a amueblarlos es necesario. Deben haber pasado muchos años desde que fueron amueblados.

—La boda me ha costado mucho —gruñó el duque.

—Lo sé. Me propongo pagar yo misma los nuevos muebles de estos cuartos.

El duque pareció aplacarse en cierta medida. Prosiguió:

—He venido a decirte que a causa del gran costo de la boda ya no puedo permitirme alimentar y alojar a tantos de tus asistentes, por lo cual mañana

enviaré de vuelta a Roma a tus españolas.

Lucrecia experimentó una fría sensación de temor. Eran sus amigas, y el duque quería privarla de ellas.

Le dijo:

—No os cuestan nada. Creo que en el acuerdo entre nuestras familias hay una cláusula que estipula que yo pagaré mis propios gastos de mantenimiento de la casa.

—Es verdad —convino el duque con rapidez—. Pero aquí debes mantenerte dentro de tu presupuesto. Además, los españoles no caen bien en Ferrara. He decidido que se vayan.

Lucrecia luchaba por mantener el control de sí misma. Había logrado enfrentar la hostilidad que existía a su alrededor porque estaba rodeada por sus amigos. ¿Era éste un complot para quitárselos uno por uno? Una terrible sensación de nostalgia la invadió. El Vaticano parecía muy lejos y qué diferente parecía ese viejo sombrío y hostil —su suegro— del benigno y amoroso padre que la había protegido en todos los años que habían precedido su viaje a Ferrara.

No le permitió que viera hasta qué punto se sentía turbada. Había inclinado la cabeza. El duque pensó que ese gesto significaba sometimiento. Se levantó y le posó una mano sobre el hombro.

—Pronto aprenderás a adaptarte a nuestra manera de ser —le dijo—. Las españolas son un gasto que no puedes permitirte, y en Ferrara no nos gusta el derroche.

¿A quién podía apelar? Desde luego, estaba su esposo. La visitaba de noche, por lo cual era evidente que debía estar complacido con ella, y seguramente Lucrecia podría pedirle algún favor.

Esperó en la cama. Pronto llegaría; la había visitado todas las noches, desde su llegada a Ferrara. Alfonso adivinaba que era distinta de las mujeres con las cuales acostumbraba vincularse, y esa diferencia estimulaba su pasión.

Llegó cantando, como lo hacía con mucha frecuencia. Resultaba sorprendente, pero tenía una buena voz. Lucrecia se maravillaba de que una persona que en otros aspectos era tan insensible tuviese tan buen oído musical y amara tanto la música.

Nunca perdía el tiempo en conversaciones, y había noches en que apenas intercambiaban palabras. Se desvestía, saltaba a la cama a su lado, satisfacía su pasión animal y por la mañana, cuando ella se despertaba, comprobaba que se había ido, pero esta noche estaba decidida a hablar con él.

Se sentó en la cama.

—Alfonso, tengo algo que decirte.

Él la miró con sorpresa, levantando sus espesas cejas como si la

reprobara por sugerir una conversación en ese momento.

—A duras penas nos hablamos uno a otro, y mucho menos conversamos. No es natural, Alfonso. —Él gruñó. No le estaba prestando toda su atención, según comprendió—. Pero esta noche —prosiguió ella— estoy decidida a hablarte. Tu padre me ha dicho que mis asistentes españolas deben dejar Ferrara muy pronto. Alfonso, deseo que impidas que eso ocurra. Son mis amigas. No olvides que aunque soy tu esposa, soy una extraña aquí. Es difícil vivir en una tierra extraña, aun cuando se está acompañado por los propios amigos. Hay costumbres diferentes, a las cuales debo adaptarme. Alfonso, te lo ruego, habla a tu padre. Alfonso, ¿me estás escuchando?

—No vine aquí a hablar —dijo Alfonso en un tono de reproche.

—Pero ¿nunca hablaremos? ¿Nos encontraremos siempre de este modo, y nada más?

Él la miró con cierta sorpresa.

—¿Y qué otra cosa puede haber? —preguntó.

—No te conozco. Me visitas por la noche y por la mañana ya te has ido. Durante el día apenas si te veo a solas.

—Nos llevamos muy bien —le dijo él—. Antes de que pase mucho tiempo estarás embarazada. Tal vez ya lo estés.

Hubo un arrebato de valor en la voz de Lucrecia mientras replicaba:

—En ese caso, ¿no estarías perdiendo el tiempo?

—Aún no podemos estar seguros —dijo Alfonso en tono especulativo.

Lucrecia se sintió histérica. De pronto se puso a reír.

—¿Te diviertes? —preguntó Alfonso.

—Parecería que soy una vaca... llevada al toro.

Alfonso gruñó. Ahora estaba preparado. Sopló la vela y se acercó a ella. Lucrecia sintió su pesado cuerpo que la aplastaba, y quiso gritar en señal de protesta. Pero no había nadie que pudiera prestar atención a sus gritos.

Cuando las españolas dejaron Ferrara al día siguiente, no protestó. Acompañó al duque y a su corte, en una expedición de caza que él había tenido el buen gusto de ordenar en su honor, de tal modo que no viera la partida de las españolas.

Era dócil y Ercole, contemplándola, creyó haber descubierto la forma de tratar a su nuera.

Cuando las españolas llegaron a Roma, fueron al Vaticano, donde Alejandro las recibió inmediatamente.

—¿Qué noticias tenéis de Ferrara? —gritó—. ¿Qué cartas me traéis de mi hija?

Mientras le entregaban las cartas, le informaron que la vida no era tan magnífica para su hija en Ferrara como él lo hubiera deseado.

Escuchó con atención el relato de los primeros días de Lucrecia allí y se

enteró de la arrogancia de Elizabetta e Isabella y de la serenidad de Lucrecia, que había asombrado a todos los que la contemplaron.

El rostro del Papa se ensombreció.

—Nadie la insultará impunemente —declaró—. Veo que la duquesa de Urbino la recibió fríamente. Fue una cosa insensata. Mi hijo César no se sentirá complacido cuando se entere, y su cólera es rápida. Carece del temperamento más calmo y más indulgente de su padre.

Escuchó el relato de los festejos. Se enteró de la forma en que Lucrecia había deslumbrado en ellos; su belleza había asombrado a todos los que la contemplaban, y las mujeres trataban desesperadamente de copiar sus vestidos.

—Fuimos despedidas, Santidad, y la señora Lucrecia lloró cuando nos fuimos.

—Debe haber sido triste, y estoy seguro de que ella los echa de menos, pero decidme, ¿qué podéis decirme de su esposo?

—Santidad, pasa sus noches con Madonna Lucrecia, por lo menos parte de sus noches. Sus amantes son numerosas, y no ha dejado ninguna de ellas aun ahora, cuando tiene una esposa.

El Papa rió.

—¿Pero va a la cama de su esposa todas las noches?

—Todas las noches, Santidad.

—Entonces estoy convencido de que estará embarazada para la Semana Santa.

—Sin embargo, muy Santo Señor, su esposo pasa mucho tiempo con otras mujeres.

—¡Ah, juventud! —dijo el Papa con pesar—. Qué cosa valiosa la juventud. De manera que Alfonso tiene amantes, eh, muchas. Bien, así es como debe ser. No quiero otro esposo impotente para mi hija. Bien; no bien Lucrecia esté embarazada, Alfonso debe venir a Roma. Le daré una gran bienvenida.

Y las españolas se fueron tristemente, comprendiendo que el Papa no atribuía mucha importancia al hecho de que hubieran sido despedidas de Ferrara.

Lucrecia había vuelto a amueblar sus pequeños cuartos, que ahora tenían un aspecto encantador, abiertos sobre el balcón en el cual crecían hermosas flores. Había tres habitaciones: el dormitorio, otro cuarto en que recibía, y un tercero para sus damas. Aquí parecían separadas del resto del castillo, y si bien Lucrecia no riñó con los ferrareses de su séquito, les dio a entender que había observado su fidelidad, primero a Isabella y en segundo término al duque Ercole, y que no confiaba en ellos como amigos.

Durante días enteros no salía de sus pequeños apartamentos, y se sentían allí risas y cantos. Se decía que en los pequeños cuartos prevalecían

costumbres españolas. Raras veces Lucrecia dejaba la cama antes de mediodía. Luego, después de la misa, comía despaciosamente y conversaba con sus mujeres acerca de los vestidos que tenía y de los nuevos que se haría confeccionar. Cantaban canciones y leían poesías. Desde luego, Lucrecia se lavaba el pelo, y le gustaba bañarse en agua perfumada. A menudo, cuando ella, Angela, Nicola y Girolama estaban solas, llamaban a una pequeña doncella, Lucía, para que les preparara un gran baño de agua perfumada, luego se desvestían, se envolvían el pelo en redes y se zambullían en el baño, riendo y salpicándose una a otra, lavándose mutuamente la espalda, mientras Lucía continuaba calentando agua, que perfumaba y volcaba de tal modo que pudieran quedarse en el baño, en un confort perfumado, tanto tiempo como lo desearan.

Luego salían del baño, se secaban vigorosamente el cuerpo y se ponían camisas de seda a la manera mora, confeccionadas con este fin. Se extendían sobre sofás y hablaban de poesía y de amor, de telas finas, de nuevos estilos de vestidos y joyas, durante las largas tardes, mientras Lucía quemaba incienso de suave olor en los braseros.

Lucrecia no sabía que Lucía era sobornada con bombones por “Il Prete”, a quien daba detalladas descripciones de lo que ocurría en los apartamentos, que a su vez él transmitía a su ama Isabella.

—¡Es una conducta pagana, totalmente pagana! —vociferó Isabella en Mantua, y declaró que escribiría a su padre acerca del extraordinario comportamiento de su nueva nuera.

Ercole leyó esas cartas de Isabella, y lo escandalizó tanto pensar en el dinero derrochado de una manera tan disipada que estimó necesario frenar el despilfarro de Lucrecia. No tenía objeto hablar con Alfonso, quien declaraba que sus deberes comenzaban y terminaban en la cama, y desafiaba a cualquiera que sugiriera que no los cumplía con celo.

Ercole debía actuar. No podía permitir que se importaran en Ferrara esas costumbres españolas. Por consiguiente, prohibió el uso de pantalones bajo las faldas, y se estableció una ley en virtud de la cual la guardia podía arrestar a cualquier mujer que los usara. Pero ¿de qué manera, dado que esos adminículos podían ser ocultados completamente por una falda, podía saber la guardia si se los estaba usando? Se señaló a Ercole que sería posible para las mujeres desafiar la ley bajo los mismos ojos de la autoridad.

Ercole se encontró en dificultades. La ley había sido establecida y debía ser cumplida, pero no era hombre de dar a su policía la posibilidad de comportarse en forma indecente. No podía permitir que arrestaran a mujeres sospechosas de usar esas extrañas vestimentas, sometiéndolas a una búsqueda. Sin embargo, en tal caso ¿de qué manera se podía averiguar si una mujer usaba o no pantalones?

Entonces Ercole declaró que la policía podría descubrir mediante un examen si las mujeres usaban las vestimentas prohibidas; pero si ponían a prueba a una mujer inocente, si la sometían a una búsqueda y se descubría que ella no llevaba la prenda prohibida, la mano que había hecho la búsqueda sería cortada. Era el único freno que Ercole podía dictar contra una posible inmoralidad, que lo ofendería como la introducción de costumbres españolas en su corte.

En los apartamentos de Lucrecia hubo risas. Ella y sus damas continuaron usando sus pantalones de la seda más suave, delicadamente bordados, pues ¿qué hombre se arriesgaría a la pérdida de la mano para descubrir lo que se usaba debajo de la falda de una mujer?

La ley contra los pantalones había sido hecha para aplacar a Isabella. Pero había algo más en la mente de Ercole.

Un día se encaminó al pequeño apartamento.

Hubo alboroto cuando se supo que se estaba acercando, pues se debía guardar las telas finas y las sales aromáticas para el baño.

Lucrecia lo recibió con aire amable, pero sonrió interiormente al observar su consternación ante la lujosa decoración del apartamento.

—Bienvenido, mi señor duque —dijo ella, y le tendió la mano perfumada para que la besara.

“¡Almizcle!” pensó el duque. “Actualmente el precio del almizcle es elevado, ¿y para qué sirve el perfume? ¿Qué utilidad tiene?”

—Os ruego que os sentéis a mi lado —dijo Lucrecia—. Me gustaría que estéis cómodo. ¿Queréis beber un poco de vino?

Batió palmas.

—No necesito vino —dijo el viejo duque— pues estoy plenamente refrescado. Mi querida hija, estás más que cómoda aquí.

—He hecho que estos cuartos sean muy parecidos a los que ocupaba en Santa María in Portico.

—Deben haber estado decorados en forma muy espléndida.

—Eran bastante cómodos.

—Hija, aquí vives en el derroche, y es por ese motivo que tú y yo debemos tener una conversación. En Ferrara no nos gustan las deudas.

—¡Deudas! ¡Pero si tengo mi dinero... mi propio dinero! ¡No pido nada a Ferrara!

—Pero con seguridad no puedes permitirte vivir como estás viviendo con ocho mil ducados por año.

—¡Ocho mil ducados por año! Desde luego, no podría vivir con ocho mil ducados por año.

—Es una suma excelente, y he decidido que será tu ingreso.

—Mi señor duque, bromeáis.

—Hablo con la mayor seriedad.

—No podría vivir con ocho mil ducados por año. Necesito por lo menos doce mil, y no lo consideraría como algo principesco.

—Me temo que hayas sido educada en un ambiente donde había mucho derroche —dijo el duque severamente.

—Además —dijo Lucrecia con vigor—, mi padre os ha pagado una espléndida dote, para permitir os dar un ingreso que se pueda comparar con aquél al cual he estado acostumbrada.

—Ferrara no es Roma, hija mía. No soy un hombre rico como tu padre. En Ferrara consideramos ocho mil ducados como un ingreso considerable. Te ruego que adaptes tus costumbres, pues es todo lo que se te dará.

—No puedo aceptarlo —dijo Lucrecia—; sería vivir en la penuria.

—No lo dudo, si debe haber tantas faldas, tantos costosos perfumes. Tienes muchas de estas cosas lujosas. Sé más cuidadosa con ellos, y te durarán mucho tiempo.

La expresión de Lucrecia era categórica.

Dijo:

—Yo y mi casa no podemos vivir con ocho mil ducados por año.

—Qué vulgar es esta conversación sobre dinero —suspiró el duque—. Ahora que perteneces a nuestra noble familia, debes aprender que sólo hablamos de esos asuntos con discreción.

—Os he oído hablar de este tema con fervor muchas veces —replicó Lucrecia.

El duque tenía un aspecto apesadumbrado.

—En tal caso te ruego que dejemos esta conversación.

—Eso —dijo Lucrecia— no puedo hacerlo hasta que acordéis darme por lo menos doce mil ducados por año. Es lo mínimo con lo cual puedo vivir.

El duque se levantó repentinamente y la dejó. Murmuró algo acerca de familias advenedizas que hacían matrimonios con la gente de la aristocracia.

Era una abierta ruptura.

Muy pronto Lucrecia tuvo la seguridad de que estaba embarazada. Llamó a sus mujeres y les comunicó la noticia. Todas sintieron gran placer.

—Ahora —dijo Angela— estarás en condiciones de negociar con ese mezquino viejo duque. ¡Seguramente no negará el ingreso que merece a la madre de su nieto!

—Lo dudo —gritó Adriana—. Es un miserable ese hombre, y aun ahora está pensando en la mejor forma de desembarazar la corte de nosotras.

—Preferiría morir antes que irme —declaró Angela, pensando en el apuesto Giulio, que era su amante.

—No permitiré que os vayáis —declaró Lucrecia—. Además no aceptaré un ducado menos de los doce mil que he pedido.

Alfonso se sintió complacido cuando escuchó la noticia. Se pavoneó por el castillo, declarando que se habría sentido muy sorprendido si ella hubiese permanecido infecunda mucho tiempo más.

Sus costumbres se modificaron levemente; habiendo alcanzado su objetivo, ya no acudía tan regularmente a ella por la noche.

El viejo duque, tal como se había anticipado, se sintió complacido con esta rápida prueba de la capacidad de Lucrecia de dar hijos a Ferrara, y se ablandó un poco.

—Pienso —dijo— que podríamos permitirte un ingreso de diez mil ducados.

Pero Lucrecia no se sintió impresionada. Le dijo firmemente que no le era posible vivir con menos de doce mil y que consideraba mezquina aun esa suma.

El duque se alejó lleno de cólera, reiterando que esta preocupación por el dinero era absolutamente vulgar.

Se necesitaría ser insensible, pensaba Lucrecia, para tolerar dócilmente esta nueva situación en el palacio de los Este. Por cierto el continuo regateo con el duque con respecto al dinero era poco digno; se le daba a entender con perfecta claridad que había sido aceptada en la familia tan sólo porque su rico padre estaba dispuesto a comprarle su rango; Alfonso, ahora que estaba embarazada, demostraba con claridad que prefería sus amantes de bajo cuño. Había continuas discusiones entre sus asistentes más íntimas y los ferrareses, y los pequeños cuartos del balcón se convirtieron en una especie de corte separada.

Entonces Lucrecia, al encontrar intolerable su situación, decidió llevar a la práctica lo que ya había hecho una vez.

Era la Semana Santa, y decidió refugiarse en la quietud de la vida de un convento, allí podría estar en paz; podría meditar sobre su situación, examinar su vida con claridad y decidir qué hacer.

Por ese motivo, pocas semanas después de la boda ingresó en el convento de las Pobres Clarisas, y en la tranquila celda que le fue asignada y entre las amables monjas analizó sus problemas.

Pero no era posible que la esposa del heredero de Ferrara quedara encerrada en un convento, y el período de contemplación de Lucrecia entre las Pobres Clarisas fue breve.

Pronto volvió a los cuartos del balcón, para encontrar que nada había sido modificado por su ausencia. Continuaban los mismos conflictos entre sus asistentes y los ferrareses, las visitas de su esposo continuaron siendo intermitentes, y Alfonso le demostró con toda claridad que no tenía la intención de tratar de suavizar las cosas entre ella y su padre, y que su deber, que consistía en dejarla embarazada, había sido cumplido de una manera

expeditiva.

El duque la visitó con sus modales algo ceremoniosos, pero no vino para discutir sus ingresos. Consideraba que había sido del todo magnánimo al ofrecer diez mil ducados por año; le dio a entender que si había aceptado una gran suma a su padre, era porque la dignidad de los Este se veía perjudicada por el hecho de aceptar una Borgia en su círculo íntimo de familia, y que para hacerlo, se debía pedir, desde luego, un gran precio.

Pero llegó con nuevas quejas.

—Hija mía —dijo—, dos de tus doncellas demuestran una liviandad que da algún motivo de escándalo en mi corte.

—Y ¿quiénes son? —preguntó ella.

—Tu prima, Angela Borgia, y Nicola, la sienesa.

—Os ruego, mi señor duque, que digáis de qué manera estas damas han ofendido.

—Mis hijos, Ferrante y Giulio, están enamorados de ellas, según he oído decir, y estas damas son menos virtuosas de lo que deberían ser.

—Es de esperar —dijo Lucrecia— que no carezcan de virtud tanto como sus dos admiradores, o me pondría a temblar por las consecuencias.

—Ferrante y Giulio son hombres. Existe una diferencia, debes comprenderlo. No podría haber un matrimonio entre mis hijos y estas damas. Preferiría que tampoco hubiera escándalo.

—¿Les prohibís encontrarse? Entonces, mi señor, debo pedirlos que comunicuéis vuestro desagrado a vuestros hijos. Tenéis más autoridad en este sentido que yo.

—Ya he hecho claros mis deseos. No deben visitar estos apartamentos todas las noches, como lo han estado haciendo.

—En consecuencia, les prohibiréis venir aquí.

—No lo prohíbo. Les he dicho que pueden venir aquí no más de dos veces por semana, y sólo cuando otros estén presentes.

—Respetaré vuestros deseos en la medida de mis posibilidades —dijo Lucrecia—. Pero debéis comprender que si bien puedo dar órdenes a mis damas, no tengo poder sobre vuestros hijos.

—Lo sé —dijo el duque—. Pero te pido que no alientes sus travesuras.

Lucrecia inclinó la cabeza.

El duque echó una mirada a las lujosas colgaduras, y Lucrecia pudo advertir que estaba calculando su costo. Le sonrió con aspecto triste, y se inclinó mientras él se alejaba del apartamento.

Era imposible refrenar a los jóvenes príncipes en sus asuntos amorosos. Giulio era particularmente ardiente, y Angela no lo desalentaba de ningún modo. “¿Hasta qué punto habrá llegado ese asunto?”, se decía Lucrecia. No se atrevía a preguntarlo a Angela, tampoco deseaba hacer indagaciones. No

estaba en su carácter aplicar presiones que pudieran traer infelicidad a jóvenes amantes. En consecuencia, omitió preguntas torpes y dejó que las cosas siguieran su curso.

Pensaba mucho en el niño que tendría. Estaba en las primeras etapas del embarazo todavía, pero anhelaba tener un hijo. Pensaba a menudo en Giovanni y Rodrigo en Roma, y se preguntaba si se le permitiría que estuvieran con ella. La idea de tener que sugerirlo la llenaba de amargura. El duque Ercole no estaba ansioso por mantenerla a ella, ¿qué diría si le pidiese permiso para traer a sus hijos a Ferrara? Ese proyecto debía esperar. Por tal motivo, se dedicó a pensar en su nueva criatura.

Algunos de los hombres más interesantes de Ferrara acudían a los pequeños cuartos del balcón. Escritores y músicos percibieron que la atmósfera de esos cuartos les era más agradable que la de los apartamentos principales del castillo, y entre los que acudían había un hombre que despertó el interés inmediato de Lucrecia: Ercole Strozzi, miembro de una familia florentina de gran riqueza. Los Strozzi eran banqueros que habían venido a Ferrara unos años antes, encontrando gran favor en el duque Ercole.

Probablemente eso se debía al hecho de que eran expertos en materia de dinero. Sabían cómo hacerlo, y cómo recaudar impuestos; y dado que demostraban ser ventajosos para Ferrara, el duque Ercole estaba dispuesto a concederles generosamente títulos. Tito Vespasiano Strozzi era un poeta, además de ser un brillante hombre de negocios, y eso lo hacía doblemente grato para el duque Ercole, por lo cual éste se demostraba dispuesto a ser amable con su hijo, Ercole Strozzi.

Alfonso estaba haciendo una de sus raras visitas por la tarde a los apartamentos de Lucrecia cuando llegó por primera vez Ercole Strozzi. Alfonso estaba sentado al lado de Lucrecia, tocando la viola de esa manera casi genial que parecía tan incongruente en un hombre como Alfonso. Los invitados estaban escuchando extasiados cuando Ercole Strozzi se deslizó en el cuarto con un amigo que deseaba presentarlo a Lucrecia.

Ercole Strozzi tenía un aire de distinción. No era apuesto sino elegante; además era inválido, y caminaba con la ayuda de una muleta.

Los ojos de Lucrecia se mantuvieron fijos en los de Ercole mientras Alfonso continuaba tocando su instrumento. Ercole Strozzi le brindaba esa sorprendida mirada de admiración que ella había recibido de otros y que sin embargo parecía diferente en el rostro de Strozzi. Éste se inclinó, y luego se mantuvo perfectamente inmóvil donde estaba, pues en esos pequeños cuartos no se observaban reglas ceremoniales, y el arte era lo único importante.

Cuando Alfonso dejó de tocar, Strozzi se levantó y tomando la mano de Lucrecia se inclinó sobre ella.

Luego dijo:

—Este es el momento más importante de mi vida, duquesa.

—Entonces, amigo mío —dijo con desprecio Alfonso—, vuestra vida debe haber carecido singularmente de interés.

Strozzi sonrió de una manera leve y condescendiente. El favor del cual gozaba ante el duque lo eximía de tener que mostrar mucho respeto por su tosco hijo. Era verdad que algún día Alfonso sería duque de Ferrara, pero era inútil que Strozzi intentara buscar su favor: nunca lo lograría por más que lo intentara. Él y Alfonso tenían un enfoque tan diferente que nunca podría haber armonía entre ellos.

—Yo no diría eso —dijo Strozzi, manteniendo la vista fija en Lucrecia— y sin embargo, insistiría en que es el momento más importante de mi vida.

Alfonso rió a carcajadas.

—Strozzi es un cortesano, o se imagina que lo es. También poeta. No tomes sus palabras demasiado en serio, Lucrecia. Bien, Strozzi ¿cuáles son vuestros últimos versos, eh? ¿Una oda a una rosa roja o a una pálida primula?

—Os gusta burlaros —dijo Strozzi—. Y si bien podéis burlaros de mí tanto como lo deseáis, confieso que me apena que habléis en forma tan ligera de la poesía.

—Soy un tipo tosco, como lo sabéis muy bien —dijo Alfonso . Miró a su alrededor—. ¡Son tan elegantes estas damas y estos caballeros! ¡Estos artistas! ¿Qué derecho tengo de estar aquí entre ellos, llevando encima el olor de la fundición?

—Eres muy bienvenido aquí —dijo Lucrecia con rapidez—. Nos agradaría que vinieras más a menudo.

Alfonso le golpeó la barbilla, pues sentía un gran placer en llamar la atención sobre sus toscos modales en esa compañía.

—Ven, esposa —dijo—, digamos la verdad. Estarás contenta de ver que me voy. La verdad es más interesante para un hombre simple como yo que vuestra preciosa poesía.

Posó una mano sobre el hombro de Strozzi con tanta fuerza que el poeta casi perdió el equilibrio y se vio obligado a apoyarse pesadamente sobre su muleta.

—No es así —comenzó Lucrecia, pero él la interrumpió.

—Adiós, esposa. Te dejo para que te dediques a tu arte. Me voy hacia esos pastos que se adaptan mejor a mis gustos e impulsos animales. Adiós a todos vosotros.

Y dejó el apartamento, riendo.

Hubo un breve silencio, que Strozzi fue el primero en romper.

—Temo que mi llegada haya sido la causa de su partida.

—No debéis culparos —dijo Lucrecia—. Yo no culpo a nadie. Raras veces viene aquí y, al margen de los momentos en que toca su viola, parece demostrar poco interés en lo que ocurre.

—Nunca gustará de mí —dijo Strozzi.

—Tal vez porque no os conoce.

—Sabe muchas cosas de mí que no le gustan. Para empezar, soy un poeta. Además, un inválido.

—¿Seguramente no podría detestaros por estas razones?

—Para un fabricante de cañones, la poesía parece cosa de locos. Es un hombre fuerte, que nunca ha conocido un día de enfermedad en su vida. Mira con horror a cualquier persona que no sea físicamente perfecta. Le ocurre eso con frecuencia a quienes poseen perfección física y algo menos en sus facultades mentales.

Una débil sonrisa se dibujó en los hermosos labios, y Lucrecia sintió una punzada de piedad, que era lo que Strozzi se había propuesto. Strozzi no sentía de ningún modo lástima de sí mismo, no habría cambiado su lugar con el de Alfonso. Strozzi era mentalmente tan brillante que había aprendido con rapidez a convertir su incapacidad física en una ventaja. Conducía sus asuntos amorosos con una finura que habría parecido incomprensible a Alfonso d'Este, pero eran tan numerosos y satisfactorios como él lo deseaba. Había venido para seducir a Lucrecia y ganarse un capelo de cardenal.

Quedó a su lado durante toda la velada, y no tardó en asegurar a Lucrecia que en él tendría un amigo que la compensaría de toda la hostilidad que encontraba en la corte de los Este.

No podía bailar. Señaló su muleta.

—Nací con un pie deforme —le dijo—. En mi juventud eso me causaba dolor y desconcierto. Ya no es así, porque he comprendido que quienes me despreciaran por mi deformidad no serían dignos de mi amistad. Pienso en mi deformidad como una carga que llevé durante un largo rato sobre mi espalda, hasta que de pronto comprendí que mediante ella había desarrollado otras cualidades: en ese momento fue como si la carga hubiese estallado, revelando un par de alas.

—Sois tanto un filósofo como un poeta —dijo Lucrecia—. Y me gusta vuestra filosofía.

—¿Tengo vuestro permiso para venir a vuestro apartamento menudo? Siento que vos y yo podríamos tener mucho que decirnos el uno al otro.

—Os esperaré mañana —le dijo Lucrecia.

Cuando Alfonso la visitó esa noche, se demostró más hablador que de costumbre. Estaba en la cama cuando él entró en el apartamento, con sus modales llenos de vida.

—¿De modo que Strozzi ha encontrado el camino a tus apartamentos, eh? —dijo—. ¡El momento más importante de su vida! —Alfonso estalló en una fuerte risa—. ¿Comprendes lo que eso significa, eh? Por fin tiene una posibilidad (así cree) de lograr su capelo de cardenal. ¡La propia hija del Papa! ¿De qué manera podría acercarse más al Papa que de este modo? Te advierto que pedirá el capelo antes de que pase mucho tiempo.

—Creo que te equivocas, Alfonso —dijo ella—. Juzgas a todo el mundo según... las personas que conoces aquí. En sus modales hay delicadeza.

Eso hizo reír aún más a Alfonso.

—Sabe cómo tratar a las damas, ¿no es cierto? No a las mujeres... sino a las damas. Strozzi no miraría a una simple sirvienta. ¿De qué utilidad le sería?

Te digo que el capelo de cardenal significa más para él que cualquiera de tus graciosas sonrisas. Ni siquiera miraría una moza de cocina. No vería lo que ella podría ofrecerle. Sólo sabría que no dispone de capelos de cardenal para regalar.

—Sería más agradable para todos nosotros si estuvieras menos interesado en los dones de las mozas de cocina —comenzó Lucrecia—. Si te comportaras como si trataras de llevar una vida más de acuerdo con tu rango...

Pero Alfonso ya estaba en la cama, y no le interesaba más la conversación.

Al amparo de la música, Strozzi habló.

—No hago un secreto, mi querida Lucrecia, del hecho de que ha sido la gran ambición de mi vida poseer un capelo de cardenal.

—Es una digna ambición —le dijo Lucrecia.

—Y conociendo el amor que vuestro padre siente por vos, me parece que si me considerarais digno podríais convencer a Su Santidad de que yo no deshonraría al Sagrado Colegio.

—Estoy segura que haríais honor al Sagrado Colegio —lo tranquilizó Lucrecia.

Strozzi se inclinó aún más hacia ella.

—Estaría dispuesto a gastar hasta cinco mil ducados para alcanzar mis deseos.

—Es una gran suma —dijo Lucrecia.

—Mi familia es rica y siento que debo salir a conocer el mundo. Tengo que hacer mi vida en lugares que estén más allá de Ferrara.

—Escribiré a mi padre. Creo que la amistad que habéis demostrado hacia mí le complacerá más que cinco mil ducados.

—Os lo agradezco.

Sus hermosos ojos eran elocuentes. Ella le sonrió. Comprendía que, a pesar de la fría recepción que le habían hecho en Ferrara, por fin estaba creando su propia corte, y la vida se hacía interesante.

—¡Hasta qué punto debéis extrañar Roma! —dijo él de pronto.

—Más de lo que puedo decir.

—Ferrara os parece aburrida, sin duda alguna.

—Es tan distinta de Roma. En Roma había tanto que hacer. Había tantas tiendas llenas de cosas maravillosas.

—¿De manera que creéis que las tiendas de Roma son las mejores de Italia?

—Sí, por cierto. Las de Nápoles son exquisitas, pero creo que Roma se lleva las palmas.

—¿No habéis visto las tiendas de Venecia?

—No.

—Entonces debo decir que allí hay artículos... joyas... telas... que eclipsan todo lo que habéis visto nunca en Roma.

—¿Es realmente así?

—Sin duda alguna. Venecia es el centro de los mercaderes. Se congregan allí desde el norte y el sur; y sus mejores artículos son comprados por los comerciantes de Venecia y exhibidos en sus tiendas. Veo que tenéis un gusto exquisito. ¿Puedo decir que nunca he visto vestidos de semejante estilo? Vuestros terciopelos y brocados son muy hermosos, nunca he visto otros mejores fuera de Venecia.

Continuó hablándole de las bellezas de Venecia, de su cultura y sus riquezas. Strozzi tenía muchos amigos en esa ciudad, pero a ninguno estimaba tanto como a Pietro Bembo. Desde luego, Lucrecia había oído hablar de Pietro Bembo. Era el humanista más grande de Italia, y uno de sus más encumbrados poetas. Su amistad era muy valorada por Strozzi, según declaró, y se sentía honrado por ella.

—Conozco bien su obra —dijo Lucrecia—. Estoy de acuerdo con vos en que sólo podría ser la obra de una mente esclarecida. Ahora envidio más que nunca vuestras visitas a Venecia. Allí estaréis con vuestro amigo, el poeta. Estaréis juntos en esa hermosa ciudad, buscaréis los tesoros de los mercaderes. Oh, sí, tengo gran deseo de visitar Venecia.

—Sois una hermosa mujer, y nada debería seros negado. Podría traeros Venecia, en alguna medida. Desde luego, hablaré de vos con mi amigo Pietro Bembo, le hablaré de vuestro encanto y vuestra delicadeza. Haré que lo conozcáis y que él os conozca. Con vuestro permiso, buscaré en las tiendas de Venecia los terciopelos y los brocados más finos, y os traeré los más exquisitos, los más delicadamente bordados, para que puedan ser convertidos en vestidos dignos de que los uséis.

—Sois amable, amigo mío. Pero yo no podría comprar estas telas. Desde que estoy en Ferrara, ya no soy rica.

—Sois la hija del Papa. Sólo necesito mencionarlo, y no habrá mercader de Venecia que deje de daros todo el crédito que deseáis.

—Sois un muy buen amigo para mí —le dijo ella.

Él le tomó la mano y la besó.

—Ser el mejor amigo que hayáis tenido, Madonna, es la mayor ambición de mi vida.

—Pensé que era tener un capelo de cardenal —contestó ella.

—No —dijo él lentamente—. De pronto he descubierto que ya no deseo ese capelo.

—¿Habláis en serio?

—Con seguridad. ¿De qué me serviría tener un lugar en Roma cuando mi duquesa debe quedar en Ferrara?

Ercole Strozzi estaba embargado por una excitación interna. Pensaba constantemente en Lucrecia. Las cualidades enteramente femeninas de esa mujer lo atraían de tal modo que le planteaban un desafío. Lucrecia parecía pedir que la dominaran. Él deseaba dominarla. No trataba de ser su amante; su relación debía ser de una naturaleza más sutil. El bucólico Alfonso satisfacía el apetito sexual de Lucrecia, y Ercole habría considerado una relación física entre ellos como algo tosco y ordinario; había sido el amante de muchas mujeres y no podría lograr una gran excitación con un nuevo lance amoroso.

La cojera de Strozzi había producido en él un deseo de ser distinto de otros en muchos aspectos importantes. En su naturaleza había un toque femenino, que se manifestaba en su amor por la elegancia, en su gusto exquisito en materia de prendas y en su conocimiento de las que llevaban las mujeres. Estos rasgos femeninos lo impulsaban a demostrar su masculinidad. El artista que había en él deseaba crear. No era suficiente escribir poesías; deseaba moldear las mentes de quienes se encontraban a su alrededor, guiar sus acciones, disfrutar, mientras padecía su enfermedad y tenía conciencia del aspecto femenino de su naturaleza, por el hecho de saber que aquéllos a quienes trataba de moldear eran en alguna medida sus criaturas.

Lucrecia, gentil, totalmente femenina, tan ansiosa de amistad en esa tierra hostil, le parecía un sujeto ideal, cuya vida él podía moldear, y cuyo carácter podía adaptar según sus propios designios.

Podía asesorarla en cuanto a sus vestidos, podía mostrarle el encanto de una moda que hasta ese momento ella desconocía. Ahora iría a Venecia con el objeto de elegir preciosas telas para ella. La cobertura exterior de Lucrecia sería una que él mismo crearía; con el tiempo, también moldearía la Lucrecia interior.

Ella era sensible y amaba la poesía. Era verdad que en Roma no había sido educada como lo había sido Isabella d'Este, por ejemplo. Él lo remediaría: la alentaría a volverse más intelectual, intensificaría su amor por la poesía, pues deseaba ser el creador de una nueva Lucrecia.

De este modo razonaba al llegar a Venecia, mientras recorría las tiendas de los mercaderes y compraba rasos y terciopelos de dibujos exquisitos y de diversos matices de colores.

—Son para Lucrecia Borgia, duquesa de Ferrara e hija del Papa — explicaba; había venido de Ferrara en visita a Venecia, y ella le había hecho esos encargos.

No había un solo mercader de Venecia que no estuviese dispuesto a entregar sus más preciadas mercaderías a la hija del Papa.

Después de que Strozzi hizo esas compras, visitó a su amigo, el poeta Pietro Bembo, que lo recibió con gran placer. Pietro era apuesto y tenía treinta y dos años; pero su atractivo no residía sólo en su hermoso aspecto exterior. Su reputación en toda Italia era alta, era conocido como uno de los principales

poetas de su tiempo, y por tal motivo recibía siempre una cálida bienvenida en Ferrara, Urbino o Mantua, si se dignaba visitar esos lugares.

Pietro amaba a las mujeres, y necesitaba hacer experiencias. En esa época estaba enamorado de una hermosa mujer de Venecia, llamada Elena, pero ese asunto amoroso se encaminaba hacia el destino que tenían todos los suyos, y Pietro, encontrando difícil escribir bajo esa tensión, anhelaba un refugio tranquilo. Él y Strozzi sentían afecto el uno por el otro desde que se habían encontrado algunos años antes en Ferrara; ambos admiraban el mismo tipo de poesía, eran apasionadamente devotos de la literatura en cualquiera de sus formas, y compartían el aborrecimiento por los lugares comunes.

—Estoy enojado con Elena —dijo Strozzi—. Me imagino que es la causa de vuestra larga estadía en Venecia.

—Estoy pensando —dijo significativamente el poeta— en dejar Venecia.

Strozzi se sintió complacido al oír esto.

—He estado comprando finas telas, aquí en Venecia —dijo—. ¡Qué sedas, qué muarés! Nunca habéis visto nada igual.

—¿Sedas y muarés? ¿Qué queréis hacer con esos perifollos?

—Los he comprado para una dama: la nueva duquesa de Ferrara.

—¡Ah, Lucrecia Borgia! Dime, ¿es un monstruo?

Strozzi rió.

—Es la criatura más delicada y más sensible que he visto. Exquisita, rubia, de ojos tan pálidos que toman el color de sus vestidos. Fina. Totalmente encantadora. Y amante de la poesía.

—¡Se oyen tantos relatos!

—Falsos. Todos falsos. Es un destino cruel el que la ha casado con ese rústico Alfonso.

—¿Lo considera ella un destino cruel?

Los ojos de Strozzi se volvieron pensativos.

—No la comprendo del todo. Ella ha aprendido a ocultar sus pensamientos. Parecería que Alfonso perturba su vida, y cuando pienso en él, grosero, de malos modales, y en ella, tan sensible, tan delicada, me estremezco. Sin embargo, siento que en ella hay una fuerza.

—Estáis embrujado por vuestra Lucrecia.

—Como lo estaríais vos si la hubieseis visto.

—Admito que siento cierta curiosidad en cuanto a la Borgia.

—Tal vez algún día os encontraréis.

—¡Una delicada diosa, casada con Alfonso d'Este! Se podría decir: "Pobre Lucrecia", si uno no la conociera.

—No conocéis a Lucrecia. Tampoco yo. No estoy seguro de que ella se conozca a sí misma.

—Sois misterioso.

—Es ella la que me pone así.

—Veo que os absorbe. Nunca os he conocido tan distraído como ahora.

Advierto que anheláis volver a Ferrara con vuestras sedas y perifollos.

Strozzi sonrió.

—Pero hablemos de vos. Estáis inquieto. Estáis cansado de Elena. ¿Por qué no vais a mi casa de campo en Ostellato?

—¿Qué podría hacer allí?

—Estar en paz para escribir vuestros poemas.

—¿Vendría a verme allí?

—Lo haría. Tal vez podría inducir a Lucrecia a venir igualmente. No está lejos de Ferrara.

El poeta sonrió, y Strozzi advirtió que la duquesa, exquisitamente hermosa y de tan mala reputación, a quien había descrito como sensible y poco formada, estaba cautivando la imaginación de Pietro tal como había cautivado la suya.

Strozzi se sentía complacido. Deseaba moldearlos a ambos. Deseaba reunirlos en su gran casa de campo en Ostellato, y observar el efecto que ejercían el uno sobre el otro.

Cuando Strozzi volvió a Ferrara, comprobó que el calor del verano resultaba muy penoso para Lucrecia. Experimentaba las molestias del embarazo, y su relación con el duque Ercole estaba empeorando.

Se sintió complacida por las sedas, los terciopelos y los perifollos traídos por Strozzi, que le levantaron el ánimo durante un cierto tiempo. También estaba interesada en sus relatos acerca de Pietro Bembo, y ofreció una velada durante la cual Strozzi leyó los versos más recientes del joven poeta.

Pero se trataba de incidentes aislados, y Strozzi advirtió que ella experimentaba demasiadas molestias para interesarse realmente por telas finas o poetas ausentes.

Ordenó que le hicieran en Venecia una hermosa cuna para tenerla mucho antes que naciera el bebé.

—Es un gran derroche —dijo ella—, y sé muy bien que el duque se sentirá escandalizado cuando la vea. Pero no me importa. He llegado a pensar que el único placer que experimento, en esta temporada de calor, consiste en escandalizar al duque.

Alejandro se enteró de la oferta de Ercole de diez mil ducados como ingreso anual de su hija, y se puso furioso.

—No se puede esperar que mi hija viva con una miseria —gritó, y recordó al viejo duque los cien mil ducados que había recibido como dote, además de todos los demás beneficios.

El duque replicó que el matrimonio con familias aristocráticas no podía ser logrado por quienes se encontraban en un nivel más bajo sin un alto costo; esto enfureció a Alejandro, y todos los beneficios acordados por el papado cesaron inmediatamente.

Alejandro escribió que, según había escuchado, Lucrecia había sido tratada con escaso respeto en el momento de la boda, le gustaría que el duque Ercole supiera que estaba lejos de sentirse complacido.

Pero en su baluarte de Ferrara el duque podía burlarse del papado; Lucrecia declaró que prefería pasar hambre antes que aceptar diez mil miserables ducados por año. Dio un banquete al duque en sus apartamentos y puso sobre la mesa vasos y platería marcados con el emblema del Toro que Pastorea, las armas de Nápoles y las de los Sforza. Deseaba que el duque comprendiera que ella no dependía de él. Disponía de las reliquias de un pasado menos mezquino, el Toro que Pastorea estaba muy en evidencia.

La reacción del duque fue que como Lucrecia tenía tanta riqueza, él no necesitaba preocuparse por ella. Se sentía contento de ahorrar su dinero.

Después de eso, cuando la visitó, se encontró con que ella había ordenado que cerraran las puertas de sus pequeños cuartos, para impedir su entrada.

Pero el duque no deseaba que fueran malos amigos de una manera tan ostensible, y esas pequeñas rencillas se solucionaron, aunque él continuó inflexible, del mismo modo que Lucrecia, en cuanto al dinero.

Lucrecia encontraba este embarazo más agotador que los otros. Perdió un poco de su dulce carácter y si bien la intensa hostilidad entre ella y el duque no se mantuvo, fue menos tolerante que en otras ocasiones anteriores.

Pasó unas semanas en el palacio de los Este en Belriguardo, y cuando dejó ese palacio para volver a Ferrara, el duque, que se estaba empezando a inquietar por la difusión de los rumores acerca de la hostilidad entre ellos, salió para encontrarla por el camino.

Sabiendo que venía para saludarla, Lucrecia demoró deliberadamente, de tal modo que el viejo duque tuvo que esperar, sufriendo en pleno el calor del sol. Cuando ella llegó, fresca y fría por haber descansado en la sombra, y expresó escasa preocupación por verlo acalorado y encolerizado, el duque comprendió que en la suave y gentil Lucrecia había otras facetas.

Guidobaldo di Montefeltre, duque de Urbino, estaba sentado en los jardines del convento, fuera de los muros de la ciudad. Era el mes de junio, y resultaba agradable permanecer a la sombra. Padecía menos dolores de lo habitual, y pensaba en lo placentero que era disfrutar de esa libertad con respecto al malestar, de sentir esa paz a su alrededor.

Elizabetta, su esposa, estaba de visita en Mantua. Ella e Isabella, según lo pensaba él, reunirían sus cabezas y discutirían el último escándalo de los Borgia. Isabella urgía a su padre para que se mantuviera firme y no diera a Lucrecia ni un ducado por encima de los diez mil por año.

¡Hasta qué punto esas dos mujeres odiaban a la duquesa de Ferrara! Guidobaldo podía comprender a Elizabetta en alguna medida, pero en el caso

de Isabella, se trataba de celos. En cuanto a él, recomendó a Elizabetta que olvidara sus rencores antes de partir de visita a Mantua.

—Lo que yo padezco son los azares de la guerra —le dijo—. Es erróneo echar la culpa a la joven Lucrecia por lo que me ha ocurrido.

Entonces Elizabetta gritó:

—Te fuiste joven y sano. Regresaste inválido. Alejandro podría haberte devuelto a mí... tal como eras cuando te fuiste. Pero te dejó en esa asquerosa prisión. No le concernía, según dijo. Ya no le servías. ¿Piensas que podré olvidarlo alguna vez?

—Sin embargo, Elizabetta —le dijo él—, es erróneo echar la culpa a la muchacha.

—Yo los acuso a todos. Me gustaría ver que todos los Borgia sufran tanto como nos han hecho sufrir.

Guidobaldo sacudía la cabeza, mientras recordaba. ¿Qué alegría podía haber en la vida si se alimentaban odios? Para vivir en paz se debían olvidar los insultos y las injurias del pasado; y era eso lo que trataba de hacer. En ese mismo momento César Borgia pasaba a través de Urbino en su camino de Romagna a Roma. Había pedido permiso para hacerlo. Elizabetta se hubiese negado, aunque sabía que la negativa habría arrojado a Urbino a una guerra. Habría gritado: “No haré una sola concesión a esos Borgia, por más pequeña que sea. Que haga una larga marcha alrededor de Urbino. Hazle saber que no olvidamos. Se ha reído de ti por tu pérdida virilidad, pero debe saber que fue su padre quien la destruyó”. Entonces él tendría que aplacarla, decirle que una negativa significaba la guerra. Por tal motivo se sentía feliz de que ella estuviera en Mantua y de que pudiese evitar una de esas desagradables escenas emocionales durante las cuales recordaba qué significaba su enfermedad para ella.

Sorbiendo su vino se preguntaba cómo terminaría eso. ¿Ocurriría, como lo profetizaron algunos, que a medida que el territorio de Il Valentino creciera, aumentaría del mismo modo su anhelo de hacerlo más grande? ¿No quedaría conforme hasta que toda Italia fuera suya?

Horribles pensamientos. Había habido demasiada guerra. El viejo soldado estaba agotado, y ya no era apto para la lucha. En consecuencia, disfrutaba del buen vino, de la sombra placentera y del pensamiento de que Elizabetta estaba lejos, en Mantua.

Dormitaba, y fue despertado por el chacoloteo de los cascos de los caballos. Escuchó voces a la distancia.

—¡El duque! ¿Está aquí? Entonces te ruego que me conduzcas hasta él al instante.

¿Se imaginó lo que ocurriría, durante esos breves segundos en que el mensajero llegó hasta él?

Elizabetta tenía razón cuando dijo que un hombre debía ser loco para confiar en un Borgia. Guidobaldo había abierto su territorio a los Borgia, y en ese momento Il Valentino y sus despiadadas tropas podían estar ya en la

propia ciudad.

El mensajero se arrodilló ante él.

—Mi señor, no hay un momento que perder. Il Valentino ha entrado en Urbino. Ha tomado posesión de la ciudad. Está saqueando el palacio. Ha enviado a sus soldados a buscaros, y sabe que estáis aquí. ¡A caballo... mi señor duque! ¡Huid, para salvar vuestra vida!

Guidobaldo di Montefeltre, engañado dos veces por los Borgia, montó a caballo y se dirigió hacia Mantua con toda la velocidad que su cuerpo inválido le permitió.

Al llegar, comprobó que la noticia le había precedido. Elizabetta se había retirado a sus apartamentos, abatida por la pena y la preocupación. Isabella y Francesco lo consolaron, dándole una calurosa bienvenida e insistiendo en que debía descansar.

—¡Malditos sean esos Borgia! —gritó Isabella.

Pero cuando quedó sola con su esposo, Francesco le observó un guiño especulativo en sus ojos.

—Guidobaldo fue un loco al permitir a Il Valentino que entrara libremente a Urbino —declaró ella—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Está cansado de la guerra. Ya no es joven. Eso es lo que le ha ocurrido a Guidobaldo.

Isabella iba y venía por el apartamento. Pensaba en el palacio de Urbino y en la maravillosa colección de estatuas de Elizabetta, que siempre había envidiado. Había pedido a Miguel Ángel que hiciera algo similar a su *Cupido Durmiente* para ella, pero los artistas no trabajan sobre pedido. Ocurrió lo mismo con Leonardo da Vinci; no se pudo inducirlo a producir nada hermoso en esa época, pues estaba absorbido por un nuevo sistema de drenaje, y estaba seguro de que sería la forma de eliminar muchas de las causas de las pestes periódicas. Por lo menos, pensaba Isabella, el Borgia no destruiría nada que fuera hermoso.

Francesco la observaba con una expresión sagaz en sus ojos soñolientos.

Ella se volvió a él llena de cólera.

—¿Cómo puedes sonreír? ¿No comprendes lo que esto significa para Guidobaldo y Elizabetta?

Francesco se puso serio.

—Muy bien —dijo—. Sonreía porque pensaba en lo que eso podría significar para ti.

—No te comprendo. ¿Qué puede significar, salvo compartir su dolor?

—También podría significar compartir sus tesoros.

Ella hubiese deseado abofetearlo. Francesco era demasiado inteligente, y tenía la costumbre de leerle el pensamiento.

Denunció en alta voz a César Borgia, pero al mismo tiempo despachó

secretamente mensajes a Urbino, y su actitud parecía ser amistosa. Había oído —escribió— que César había tomado posesión del palacio de Urbino y allí se encontraba una estatua que ella codiciaba más que ninguna otra. Anhelaba poseerla, y ahora, si Il Valentino fuera amable, esperaba obtenerla. Se trataba del *Cupido Durmiente*, hecho por Miguel Ángel. Ella y César estaban vinculados por lazos familiares desde el matrimonio de la hermana de César con su propio hermano. Si pudiese encontrar en su corazón la posibilidad de otorgarle su pedido, ella no dudaba de que podrían estar en relaciones amistosas, como deben estarlo los parientes.

Se despachó el mensaje, y ella continuó reconfortando a Elizabetta y al pobre Guidobaldo. Sus denuncias de los Borgia resonaron en todo el castillo.

César no concedía su amistad a la ligera. Encontró al *Cupido Durmiente* y su belleza lo conmovió profundamente, con seguridad era una de las más exquisitas obras de arte de Italia, y no era de sorprender que Isabella la deseara. ¿Debía enviarla a Lucrecia? Eso enfurecería a Isabella.

César rió fuertemente. Su primer impulso consistió en despachar el *Cupido* a Ferrara, pero vaciló. Ahora era el señor de su propio dominio, y soñaba con extenderlo. En consecuencia, no debía ceder a estúpidos caprichos. Isabella de Mantua era importante en sus esquemas, porque se trataba de una mujer inteligente, de vasta influencia, y en ese momento era mejor estar en buenos términos con personas como ella.

Comenzó a advertir la importancia de ese hermoso objeto. Estaba más allá de su precio. ¿Si hacía ese regalo, qué pediría en compensación? En ese momento el duque y la duquesa de Urbino estaban refugiados en Mantua. Debían ser desterrados. La hija de César y Charlotte d'Albret debía tener un esposo. El heredero de Mantua era considerado como uno de los muchachos más hermosos de Italia. César sabía que la hija de la pobre Carlota era poco agraciada, porque había leído entre las líneas de todos los informes que habían llegado hasta él. Era bastante inteligente, pero tenía una nariz deforme y excesivamente grande. Si al crecer se ponía fea, tal vez se pidiera por ella una dote muy grande. Mejor concertar un casamiento para ella ahora, mientras aún era un bebé. ¿Y por qué no debía casarse con una de las familias aristocráticas de Italia? ¿Por qué no con el heredero de Mantua?

Isabella despreciaba a los Borgia y lo había demostrado durante la boda en Ferrara. César vengaría a Lucrecia y al mismo tiempo se aseguraría un premio para sí mismo.

Haciendo una sonrisa al *Cupido*, se aseguró de que sus condiciones serían aceptadas, el destierro del duque y de la duquesa de Urbino de Mantua; el compromiso de su hija con el apuesto pequeño Federigo, el heredero de Mantua. Como compensación, Isabella tendría su Cupido.

Lucrecia había tomado su baño perfumado y estaba recostada en un diván con su blusa morisca cuando le trajeron la noticia.

Angela, que estaba con ella, la observó con ojos asombrados, pues recibió la noticia sin decir una palabra, y cuando el mensajero se fue quedó inmóvil, con la vista fija.

Angela corrió hacia ella y la abrazó.

—¿Por qué deberías condolerte? —le preguntó.

—Me dieron hospitalidad —contestó Lucrecia. El duque fue amable conmigo.

—Su duquesa no lo fue. ¡Odiosa criatura! Con su toca y su vestido de terciopelo negro, parecía un viejo cuervo.

—Pidió libre pasaje a través de Urbino —dijo Lucrecia— y se le concedió. Y cuando no había nadie para defender la plaza... la tomó. ¿Oh, por qué hace esas cosas? ¿Por qué me hace enrojecer de vergüenza?

—Eres demasiado sensible. Esta es la guerra, de la cual no sabemos nada.

—Sí, sabemos. Sé que la ambición de mi hermano es como un animal salvaje suelto. Ataca, destruye... lo destruye todo... hombres, mujeres, niños, y el propio respeto. Desearía no haber ido nunca a Urbino.

—El duque y la duquesa están a salvo. Tu cuñada cuidará a su querida Elizabetta.

Lucrecia se encerró en sus apartamentos. No quiso ver a nadie, y ya no hubo música y risas en los pequeños cuartos. Se sentía avergonzada e infeliz.

Angela, Adriana, Girolama y Nicola trataron todas de reconfortarla.

—Por lo menos están a salvo —repetían—. Llegaron a Mantua. Allí encontrarán refugio.

No sabían aún que se había pedido al duque y a la duquesa de Urbino que abandonaran Mantua y se dirigieran a Venecia. No sabían que en ese mismo momento el pequeño heredero de Mantua estaba siendo comprometido a la hija de César.

Mientras tanto, Isabella contemplaba la exquisita obra de arte, y su belleza le hacía afluir lágrimas a los ojos.

Francesco la observaba y murmuró:

—Es hermosa, por cierto. Debería darte un gran placer. Has pagado un precio muy alto por ella, Isabella.

Se estaba a mediados de julio, y el calor era intenso.

Había peste en Ferrara, y para horror de todos los que estaban en el palacio, una de las doncellas se enfermó. Angela Borgia contrajo el mal, levemente, y Lucrecia sintió un gran temor. Podían aislar a la paciente, pero el

daño estaba hecho.

Ceccarella, una de las doncellas de Lucrecia, murió poco después de contraer la enfermedad y otra padeció un grave ataque.

Poco después Lucrecia contrajo la peste.

Cuando la noticia llegó a Roma hubo pánico en todo el Vaticano. El Papa se puso fuera de sí por el temor. Fue y vino por su apartamento, pidiendo a todos los santos que velaran sobre su amada hija, y juró que encabezaría una expedición punitiva contra Ferrara si ella no sobrevivía. También le envió varios médicos en quienes tenía gran confianza.

Despachó nuevos mensajes a César, pidiéndole que agregara sus oraciones a las de su padre para que pudieran evitar la gran calamidad que se había abatido sobre ellos.

El estado de Lucrecia se vio agravado por su embarazo, que ya había dado algún motivo de alarma, y los médicos sacudieron la cabeza después de revisarla. Temían que pudiera ocurrir lo peor.

—La carga del niño será demasiado pesada para que ella la soporte —fue su veredicto—. Lo mejor que podría ocurrirle es el alumbramiento de un niño muerto, en tal caso podríamos reducir la fiebre.

Lucrecia, dándose vuelta en su cama, apenas estaba consciente. El viejo duque la visitó y lloró al ver su estado. Si se recuperara, declaró, daría satisfacción a sus deseos en cuanto a sus ingresos. Recibiría sus doce mil ducados por año. —Pero parte de esa cantidad será en mercaderías —agregó con rapidez.

Lucrecia le sonrió vagamente; no tenía plena conciencia de quién era él.

De Roma llegaron mensajes furibundos.

—El duque de Ferrara ha ocasionado el estado de mi hija con su mezquindad —gritaba el histérico Alejandro. Si le pasara cualquier cosa a mi amada hija, sabría a quién echar la culpa.

La ansiedad del duque aumentó. La reciente conquista de Urbino era alarmante. ¿Hacia dónde se dirigiría ahora César? Era lo que todos se preguntaban.

Alfonso se había dirigido a Pavía, donde estaba instalado Luis de Francia. El heredero de Ferrara había ido allí como embajador de su padre, para aplacar al rey francés; y, según lo decía Francesco Gonzaga, debía aplacar a los franceses y, con ellos, al aliado de Luis, Il Valentino, pues si no lo hacía todos serían colgados uno tras otro, y nadie podría hacer nada para impedirlo, sino tan sólo esperar que su territorio no fuera el siguiente en la lista de las invasiones.

El duque Ercole envió un urgente mensaje a Alfonso, para avisarle que su esposa estaba al borde de la muerte y que debía volver enseguida; y no bien Alfonso llegó a Ferrara, se dio prisa en llegar hasta la cabecera de su mujer.

Alfonso se sentía incómodo en el cuarto de los enfermos. Al ver a Lucrecia pálida y débil, con los ojos vidriosos e inconsciente, se sintió lleno de consternación.

No podía encontrar nada para decirle. Se arrodilló al lado de la cama y le tomó las manos, que estaban secas y febriles.

—Estarás bien —dijo Alfonso—. Te pondrás mejor. Tendremos una gran familia... hermosos niños... aunque pierdas éste.

Pero Lucrecia no hizo más que mirarlo con ojos que no veían, y Alfonso se puso de pie desesperado.

Ella se estaba muriendo, se cuchicheaba en todo el castillo. Su embarazo había sido difícil desde el comienzo, y ahora que había contraído esta fiebre, ¿qué esperanza podía haber para ella?

El Papa enviaba mensajes furiosos y llenos de dolor. Les imploraba que salvaran la vida de su Lucrecia, y al mismo tiempo los amenazaba.

La muerte de su hija no le caería bien de ningún modo a los Borgia, escribía; y la familia de los Este debía ser muy cuidadosa de la forma en que actuaba, pues él, Alejandro, no pensaba tampoco que les iría muy bien a ellos.

El viejo duque arengó a sus médicos. Debían salvar a su nuera. Era imperioso que lo hicieran. Debían tomar todas las medidas necesarias, aplicar cualquier cura que fuera posible, por más costosa que fuera, pero no debían dejarla morir.

En los corredores con corrientes de aire del castillo los hombres y las mujeres cuchicheaban: “Si ella muere, los Borgia vendrán contra nosotros. El Papa e Il Valentino aman a esta muchacha más que todas sus posesiones”.

El estado de Lucrecia empeoraba cada día, y se decía:

—No puede pasar la noche.

Mientras yacía inconsciente, casi moribunda, sin saber lo que ocurría a su alrededor, se oyó de pronto el ruido de caballos al galope. Se vio una pequeña banda de jinetes, a cuyo frente cabalgaba un hombre alto y elegante, que saltó de su caballo, arrojó las riendas a un mozo de cuadra y gritó:

—Llevadme enseguida adonde está la duquesa de Ferrara.

Uno de los servidores enfrentó a ese hombre y gritó:

—Es imposible, mi señor. La duquesa está al borde de la muerte y hay peste en el castillo. Si valoráis vuestra vida no debéis venir aquí.

—Apártate —fue la respuesta— y si valoras tu vida llévame a toda prisa al dormitorio de la duquesa.

Otros acudieron corriendo, y algunos reconocieron al recién llegado. Un hombre se arrojó a sus rodillas y gritó:

—Mi señor, hay peste en el castillo.

Fue pateado brutalmente y una voz de trueno gritó:

—¿Debo abrirme camino combatiendo hasta llegar a mi hermana?

Entonces todos retrocedieron, y el hombre que había sido pateado dijo gimoteando:

—Mi señor duque, seguidme; os llevaré a ella a toda prisa.

Un estremecimiento de temor recorrió todo el castillo. Se oyeron voces temblorosas mientras todos susurraban:

—¡Il Valentino está aquí!

César se arrodilló al lado de la cama y la tomó entre sus brazos.

—Mi amor, mi queridísima, estoy aquí. César está aquí... he venido para curarte.

Ella, que ya no reconocía a nadie, abrió los ojos. Y los que observaban la escena vieron el cambio que se produjo en su rostro, mientras ella murmuraba:

—César... César... mi amado... eres tú.

La rodeó con los brazos. Pidió almohadas para poderla levantar; acariciándole el rostro, apartó los húmedos cabellos que lo cubrían.

—Aquí estoy, ahora. —Su voz arrogante se oyó en todo el apartamento—. Ahora estarás bien.

—Oh, César... ha pasado tanto tiempo.

Él le tomó las manos, y sin tener en cuenta el riesgo, las cubrió de besos.

—Demasiado tiempo... demasiado tiempo, mi preciosa.

Ella estaba casi desfalleciente sobre sus almohadas, pero todos advirtieron que la vida volvía a Lucrecia.

Él les gritó:

—Dejadnos. Dejadnos juntos.

Y nadie se atrevió a desobedecer.

Esperaron fuera del cuarto. Era un milagro, murmuraron; ella había estado cerca de la muerte, y él le estaba devolviendo la vida.

César pidió vino, vino para revivirla, y cuando se lo trajeron quienes la vieron se asombraron del cambio que se advertía en ella, pues era como si ese hombre lleno de vitalidad le infundiera nueva vida.

No era natural, fue el veredicto. Estos Borgia son algo más que humanos. Tienen poder sobre la vida y la muerte. Siembran la muerte y se levantan de entre los muertos.

Las palabras extrañas e incomprensibles que se dijeron —pues hablaban en el dialecto valenciano— resonaban como encantamientos en los oídos que las escuchaban. Recordaban todas las afrentas que habían infligido a Lucrecia desde su llegada a Ferrara, y temblaban ante la posibilidad de que Il Valentino se enterara.

Lucrecia le dijo:

—No tendrías que haber venido a verme, César, tú que estás tan atareado con tus victorias.

—¡Atareado para venir a ver a mi queridísima cuando está a punto de morir! Nunca, amada. Debemos enviar enseguida un mensaje a nuestro padre.

—Estará lleno de alegría cuando sepa que has venido aquí.

—Sólo estará lleno de alegría si puedo decirle que estás bien de nuevo. Lucrecia, no debes morir. ¡Piénsalo! ¡Qué significaría la vida para nosotros... para nuestro padre y para mí... si te perdiéramos!

—Pero tienes tu vida, César. Todas tus ambiciones se están realizando.

—De nada me valdrían si te perdiera.

La abrazó y ella lloró un poco.

—Entonces debo ponerme bien. Oh, César, he pensado tanto en ti... y en nuestro padre. He pensado en ti y en tus conquistas. He pensado en ti en Urbino.

Él percibió rápidamente el temblor de la voz de Lucrecia y como había épocas en sus vidas en que estaban tan cerca y ésta era una de esas ocasiones que leían mutuamente sus pensamientos, comprendió la felicidad de Lucrecia a causa de la conquista de Urbino.

—Lucrecia, queridísima—. Es necesario que establezca mi reino. No pienses que trabajo sólo para mí. Todo lo que he ganado nos pertenece a todos. No creas que lo olvido en ningún momento. Tú... nuestro padre... nuestros hijos, todos nos beneficiaremos con mis conquistas. Daré una de las nuevas ciudades a tu pequeño Giovanni. ¿Qué me dices a eso? El pequeño *Infante Romano* es un Borgia y no debe ser olvidado.

—Me reconfortas —dijo ella—. He pensado a menudo en mis hijos.

—No te aflijas, queridísima. Nada debes temer por ellos mientras nuestro padre y yo estemos vivos para cuidarlos.

Advirtió que la había reconfortado. Posó la mano sobre su frente caliente.

—Es hora de que duermas, amada —dijo—. Permaneceré a tu cabecera y aunque pronto debo dejarte, no será por mucho tiempo. Debo irme, Lucrecia, pero volveré.

Ella se durmió y él permaneció en vela a su lado. Cuando partió, al día siguiente, todos hablaron del milagro, pues parecía que Lucrecia se recuperaría.

Pocas semanas más tarde, cuando Lucrecia, aún débil, estaba reclinada en su cama, rodeada por sus mujeres, gritó presa de un súbito temor:

—Mis dolores comienzan —dijo; y como el niño no era esperado hasta dos meses después, hubo consternación en todo el palacio.

Los médicos vinieron de prisa a su cabecera, y todos los temores que se habían disipado con la llegada de César se reavivaron.

¿De qué manera podía Lucrecia salir viva de un parto sietemesino después de su enfermedad? Parecía imposible.

Alfonso acudió al dormitorio de su esposa y se arrodilló al lado de la cama. Lucrecia le sonrió débilmente, pero él no disponía de ningún elixir de vida para ofrecerle, comparable con el que fluía de Il Valentino, según estaban seguros todos.

—No te conduelas, Alfonso — dijo ella—. Si muero, te casarás de nuevo... con una mujer que tal vez sea capaz de darte hijos.

—No hables de morir —gritó Alfonso—. No debes morir. Debes vivir. Lucrecia. Si te salvas yo... haré una peregrinación a Loreto.

Ella sonrió. Comprendió que estaba ofreciendo un gran sacrificio a cambio de su recuperación.

—A pie —agregó Alfonso.

—Oh, Alfonso —murmuró ella—. Eso es noble de tu parte. Pero no debes afligirte. Temo que perderemos a nuestro hijo. Me dicen que hay pocas esperanzas de que nazca vivo.

—Que eso no te perturbe —dijo Alfonso—. Somos jóvenes, ¿no es cierto? Tendremos más hijos. Muchachos... muchos muchachos.

El sudor se acumulaba sobre la frente de Lucrecia y los dolores se hacían más frecuentes. Ella clamaba en su congoja, y poco después nació su hija, muerta.

Durante toda la noche esperaron, mientras Lucrecia oscilaba entre la vida y la muerte, y por la mañana César llegó una vez más al castillo, al galope. Las esperanzas aumentaron vertiginosamente al verlo, pues todos creían en sus poderes sobrenaturales, y que lo que había logrado una vez lo lograría de nuevo.

Ercole y Alfonso lo recibieron con alegría.

—Te ruego —gritó Alfonso— que salves a mi esposa. Parecería que sólo tú puedes lograrlo.

César entró en el cuarto de enfermos, y cuando los ojos apagados de Lucrecia cayeron sobre él se iluminaron. Lo reconoció, aunque no había tenido conciencia de los que estaban a su lado hasta que él llegó.

César se arrodilló al lado de la cama y la abrazó; pidió que los dejaran solos. Fue obedecido al instante. Más tarde, cuando llamó a todos los que estaban rondando alrededor de la puerta, pidió que vinieran los médicos a hacer una sangría a su hermana.

—No más —gimió Lucrecia—. Dejádme descansar. Estoy cansada de remedios. Sólo quiero irme en paz.

César le contestó en un tono lleno de reproche, en el dialecto valenciano y, dirigiéndose a los que estaban alrededor de la cama, dijo que se debía sangrar a su hermana.

Se aplicaron las sanguijuelas, mientras César miraba; sostuvo el pie de Lucrecia y le habló mientras se efectuaba la sangría. Aunque nadie entendió lo que estaba diciendo, debía ser divertido, pues de vez en cuando Lucrecia reía. Era una risa que quienes se encontraban en el castillo de los Este habían pensado que nunca escucharían de nuevo.

Lucrecia se recuperó y para lograr paz y un cambio de escenario se dirigió al convento de Corpus Domini. El pueblo de Ferrara se apiñó alrededor de su litera mientras era llevada allí desde el castillo, y le deseó que recuperara completamente la salud.

Mientras tanto, Alfonso se puso en camino, iniciando su peregrinación a la Virgen de Loreto. Había jurado ir a pie, lo que habría requerido un tiempo muy valioso en un momento en que todos los jefes de estado debían estar atendiendo sus posesiones. Alfonso hubiese deseado no haber sido tan impulsivo al hacer su voto. No obstante, ahora que su hija se había recuperado, el Papa se sentía benevolente con todo el mundo y declaró que Alfonso debía gozar de una dispensa especial que lo liberaba de una parte de su voto. Debía ir a Loreto, pero podía hacer el viaje a caballo.

En Corpus Domini, Lucrecia comenzó a pensar en volver a la vida, y a desear de nuevo hermosos vestidos y música, la compañía de sus amigos y un amante que fuera menos tosco que Alfonso.

LA GRAN CALAMIDAD

Cuando Lucrecia volvió a los pequeños cuartos del balcón, Ercole Strozzi la estaba esperando. Lucrecia había recuperado su frágil belleza, los lavados de su cabello se habían reanudado y su pelo era tan rubio como lo había sido siempre, pero ella había cambiado sutilmente. Ahora era más espiritual.

Pareció complacida de que Alfonso no estuviera en el castillo. Después de su regreso de la peregrinación, estaba haciendo una gira por las fortificaciones militares de Ferrara, y probablemente comprendía que hasta que Lucrecia estuviera de nuevo bien por completo habría escasas posibilidades de tener un heredero sano para Ferrara. En consecuencia, era mejor que se ocupara de los asuntos militares y de sus amantes callejeras.

Lucrecia no se sentía de ningún modo infeliz de estar sola. Las veladas musicales continuaron. Hubo una tregua entre ella y el viejo duque. Lucrecia había enviado a llamar a Roma a Jacopo di San Secondo, uno de los más famosos violistas de Italia y el duque venía a menudo a sus apartamentos para escuchar la música de ese hombre.

Strozzi continuaba trayendo exquisitas telas de Venecia y revelaba gran interés por las prendas que se confeccionaban con ellas. Podía discutir sobre ropas durante horas y hacer sugerencias que encantaban a Lucrecia.

Leía poesías, y muy a menudo esos versos eran de Pietro Bembo. Hablaba con frecuencia de Pietro.

—Pobre Pietro, ahora lleva una vida solitaria en mi casa de campo en Ostellato. Sin embargo, es bueno para su obra. A menudo habla de vos.

—Eso es porque a menudo le habéis hablado de mí.

—¿De qué manera podría evitarlo? Pienso en vos durante una gran parte del tiempo en que estoy despierto.

—Mi querido Ercole, no puedo deciros lo que ha significado para mí vuestra amistad. Conocerlos ha cambiado mi vida, aquí en Ferrara.

—Hay muchos que están celosos del favor que me dispensáis.

—Siempre habrá quienes vigilan mis acciones y me odian a causa de ellas.

—Hay alguien que me envidia más que cualquier otro. ¿Podéis adivinar

quién es? No, no lo adivinaréis, según veo. Es Pietro Bembo. Os confesaré algo. Los versos que os he leído hoy fueron escritos para vos.

—Pero nunca me ha visto. ¿Cómo podría escribir tales versos para alguien que nunca ha visto?

—Le he hablado tanto de vos que tiene una imagen clara de vuestra persona. Si lo visitarais, os reconocería enseguida.

—No puedo creerlo.

Ercole Strozzi la miró maliciosamente.

—¿Por qué no hacéis la prueba?

—¡Llamadlo a Ferrara!

—Entonces os reconocería enseguida. No, lo que quiero decir es que lo visitéis en Ostellato.

—¡Cómo podría hacer eso!

—Es simple: un corto viaje en una falúa. En mi casa de campo de Ostellato hay paz y soledad. ¿Por qué no deberíais hacer el viaje? Sorprendedlo.

Ella rió.

—Me gustaría ver a nuestro poeta —contestó ella—. Creo que estáis tratando continuamente de planear placeres para mí.

Strozzi sonrió. Deseaba verlos juntos, el enamorado poeta con sus tendencias neoplatónicas; esta Lucrecia, recién salida de los dolores del parto y la fiebre, cuyo esposo nunca podría darle más que satisfacción física.

Sería interesante observar la reacción de los dos; tan interesante era que Strozzi la había planeado desde hacía mucho tiempo, pues sabía que sería irresistible.

Bembo se estaba cansando de esa vida tranquila, aunque era verdad que cuando estaba en Venecia había anhelado disfrutarla. Había venido allí por invitación de Strozzi, principalmente para huir de Elena. Era encantadora pero exigente, y él estaba harto de amor físico. Apuesto y famoso, buscado por los cortesanos y las ricas mujeres, había encontrado atractiva la soledad del campo.

Estaba decidido a quedarse allí hasta que Strozzi volviera, y entonces le explicaría sus sentimientos. Hubiese sido grosero no explicarlo personalmente a su amigo, después de que éste le ofreciera hospitalidad en su casa de campo.

Estaba sentado a la sombra, murmurando versos a sí mismo, cuando oyó voces. También había música y risas femeninas. Una comitiva llegaba por el río. No se preocupó por ir a mirar, y de pronto la vio avanzar hacia él. Estaba vestida con una tela de oro y en su frente llevaba una esmeralda, su largo pelo rubio estaba recogido en una red sembrada de esmeraldas.

Ella le dijo:

—Buen día, poeta. ¿Me conocéis?

Él se arrodilló a sus pies, le tomó la mano perfumada y la besó.

—Sólo hay una que podría tener este aspecto, duquesa.

—Strozzi dijo que me reconoceríais. He disfrutado mucho de vuestros poemas. No pude resistir la tentación de decíroslo.

—¿Habéis venido con amigos?

—Algunas de mis mujeres y otras asistentes. Me esperan en la falúa.

—Entonces habéis venido con sencillez. Me siento feliz, pues yo vivo sencillamente.

—Lo sé. Strozzi me lo dijo.

—¿Os ha dicho mucho sobre mí?

—Me ha dicho tanto, que no puedo creer que ahora nos encontramos por primera vez. También os conozco a través de vuestras obras.

—Me siento tan abrumado que olvido los deberes de un huésped. ¿Queréis tomar algún refresco?

—Tal vez un vaso de vino.

Pietro batió palmas y ordenó a un esclavo que les llevara vino al jardín. Se sentaron a la sombra bebiendo, y hablaron principalmente de sus poesías.

Ella lo encantó. Era etérea, distinta de la mujer que los rumores le habían pintado, y muy suave, aún más frágil de lo habitual después de su reciente enfermedad. Que fuera una de los célebres Borgia le parecía incongruente, si bien aumentaba su atractivo.

—No puedo quedarme por mucho tiempo —le dijo ella—. Debemos regresar a Ferrara antes del anochecer.

Pietro le contestó que deseaba mostrarle los herbarios; estaba interesado en las hierbas, y había agregado ejemplares a la colección de Strozzi. Mientras caminaban a través de los jardines hizo poesías para ella, diciéndole que su llegada era algo que nunca olvidaría, mientras viviera.

—¿Me visitaréis aquí de nuevo? —le preguntó.

Ella sonrió con un poco de tristeza.

—No podría venir a menudo. Se sabría. En tal caso, no dudo de que me prohibirían venir. Pero, ¿por qué no venis a Ferrara? Podríais encontrar a vuestro amigo Strozzi, y hay a menudo reuniones en mis apartamentos. Seríais muy bienvenido.

Él le tomó la mano y la besó con fervor. Luego caminó con ella hasta la falúa.

Ella se mantuvo de pie, mirando hacia atrás mientras la barca se deslizaba por el río, alejándose; él la contempló hasta el último momento. Ambos tenían conciencia de una tremenda atracción, diferente de lo que habían sentido hasta ese momento por cualquier otra persona.

Pietro Bembo vino a Ferrara, y se lo vio todas las noches en los pequeños

cuartos del balcón.

Como era famoso en toda Italia, su presencia agregó brillo a las reuniones. Bembo estaba acostumbrado a la adulación, y eso lo afectaba poco, pues estaba completamente absorbido por su amistad con Lucrecia. Por primera vez en sus vidas, ambos se entregaron a una amistad absorbente, que aún era platónica. Era una amistad de la mente, llena de amor espiritual, y ambos sentían que si descendiera a un nivel físico se deterioraría y se convertiría en otro lance amoroso, como los que ambos habían conocido antes.

Lucrecia, débil por la reciente enfermedad, que casi había demostrado ser fatal y Pietro, buscando una sensación que elevara su musa a alturas aun mayores, encontraron el uno en el otro todo lo que en ese momento de su vida estaban buscando. Cada uno de ellos se sentía exaltado, y juntos se sentían apartados del resto del mundo.

Strozzi los observaba, satisfecho. Era tal como lo había deseado. Los había reunido; podía verlos entregados a su poco común relación y sabía que era eso lo que se había propuesto. Podía sentirse como un dios, y decirse a sí mismo: tomé a estas dos destacadas personas y las reuní. Sabía que se comportarían de ese modo y es lo que yo deseaba. Sería interesante ver cuánto tiempo duraría la amistad a ese nivel, cuánto tiempo pasaría antes de que la pasión asumiera el control y los hiciera descender de su elevada eminencia a los placeres terrenales. Eran dos personas hermosas y sensuales, reflexionaba Strozzi, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que siguieran el camino de toda carne? Creía que podría mantenerlos donde estaban o traerlos de vuelta a la tierra. Era una sensación de poder que lo atraía poderosamente, calmaba el dolor de su pierna y mitigaba la fatiga que lo asaltaba con tanta facilidad a causa de su dolor, que lo hacía decirse a sí mismo: “Ercole Strozzi, si puedes gobernar la vida de dos personas semejantes, ¿por qué no podrías dominar el mundo?”

Angela, que ahora estaba perdidamente enamorada de Giulio, que no ocultaba el hecho que pasaba la mitad de las noches en su compañía, estaba encantada por la amistad de Lucrecia con Pietro.

—¡Vamos, prima! —exclamó—, Giulio me dice que su hermana Isabella está furiosa porque Pietro viene aquí. Se jacta de que todos los grandes poetas son de su propiedad. Qué feliz estoy de que lo hayamos asegurado para nosotras.

Lucrecia dirigió una sonrisa gentil a su exuberante prima. Pobre y caprichosa Angela, pensaba Lucrecia, nunca comprendería los deleites del amor espiritual.

—Giulio me dice que Isabella le está ofreciendo ventajas para que se dirija hacia ella en Mantua —prosiguió Angela—. Lo quiere allí, no sólo porque es un gran poeta, sino porque te es tan fiel. Por fin tienes la posibilidad de devolverle todos los insultos que acumuló sobre ti en la época de la boda. Debe darte un gran placer esta situación.

Pero el amor espiritual estaba sin duda más allá de las posibilidades de

comprensión de Angela. Parecía extraño que dos enamorados se portaran bien... que sólo se reunieran para recitarse poesías.

—No durará —dijo Angela a Nicola—. Espera. Pronto serán amantes en el verdadero sentido de la palabra.

Nicola no estaba segura. Angela era un pequeño animal sensual, una cabeza hueca que podía encontrarse algún día en una posición difícil. Nicola, ahora que su romance con Ferrante se había disipado, estaba del todo dispuesta a creer en la belleza de ese nuevo tipo de amor practicado por su ama y el poeta. En realidad, el carácter de la pequeña corte de Lucrecia se había modificado. Había menos complacencia por las sensaciones. En lugar de baños aromáticos y horas de ocio en camisas moriscas, había continuas lecturas de poesías y ejecución de piezas musicales.

Pero Angela continuó comportándose como antes.

Un día Ercole Strozzi dio un gran baile en su palacio de Ferrara, al cual se invitó a toda la corte. Alfonso, que había vuelto de una inspección a las fortificaciones, estaba presente; también lo estaban todos sus hermanos. Pietro Bembo, naturalmente, era uno de los invitados y Strozzi se sintió complacido al ver juntos a sus dos amantes platónicos. Lucrecia había cambiado. En esta sosegada y etérea joven era casi imposible reconocer a la muchacha que durante sus celebraciones de esponsales había tocado las castañuelas y bailado las danzas eróticas de España para diversión de la corte.

Strozzi adivinó que Alfonso pensaba que había llegado el momento de tratar de tener un heredero para Ferrara, y decidió que sería interesante ver de qué manera Lucrecia mantendría separadas esas dos relaciones; la relación enteramente física que se veía obligada a compartir con su esposo, y la relación platónica con Bembo.

Lucrecia parecía haber descubierto el arte de dividir su personalidad. No demostraba repugnancia hacia Alfonso, y al mismo tiempo preservaba ese aire celestial de una mujer espiritualmente enamorada de un ideal.

La decisión del duque Ercole de pagarle doce mil ducados por año estaba demostrando ser una victoria fútil para Lucrecia, pues pagaba la diferencia en especies, tal como lo había dicho, y había quejas continuas acerca de la calidad y el escaso peso de las mercaderías que suministraba.

Pero Lucrecia, absorbida por su adoración hacia su poeta, no podía preocuparse, como lo había hecho antes por asuntos materiales, aceptaba la tacañería del duque Ercole sin quejas y mientras continuaba recibiendo a Bembo en sus reuniones, el duque Ercole dejó la corte para realizar una tranquila estadía en Belriguardo, llevándose los libros de contabilidad de Estado, para poder revisar sus cuentas en la paz de su retiro, y tratar de descubrir una forma de ahorrar dinero.

En Roma, el cardenal Ippolito estaba aprendiendo qué peligrosa podía ser la vida para quienes incurrieran en la aberración de los Borgia, y los días en que Lucrecia osciló entre la vida y la muerte fueron muy difíciles para él, pues el Papa no ocultaba sus sospechas con respecto a la familia de los Este. Vociferó contra el duque Ercole en presencia de Ippolito, y no era fácil escuchar impertérrito las quejas contra el propio padre de uno.

El Papa había dado a Ippolito un ingreso de tres mil ducados por año para que pudiera vivir en el nivel que se esperaba de él durante su estadía en Roma, pero no permitió que Ippolito olvidara que era un rehén que debía garantizar la buena conducta de la familia de los Este con respecto a Lucrecia.

Un día el Papa dijo en tono siniestro:

—Comienzo a dudar de que mi hija sea tratada con la debida consideración en Ferrara.

Ippolito se estremeció ante estas palabras. No era un cobarde pero los rumores acerca de los métodos con que los Borgia eliminaban a sus enemigos eran suficientes para hacer temblar a cualquiera que pudiera ser considerado como un enemigo. La terrible *cantarella* no era un mito. Durante su estadía en Roma, Ippolito había visto que ocurrían cosas extrañas a los hombres que comían en la mesa de los Borgia. Otros desaparecían y luego eran descubiertos en el Tíber. De Alejandro se decía maliciosamente que era el verdadero sucesor de San Pedro, pues sin duda alguna era un pescador de hombres. Sanchia, la amante de Ippolito, lo advirtió.

—Si Lucrecia muere, no debes quedarte una sola hora más en Roma —le dijo.

—¿De qué les serviría mi muerte? —le preguntó Ippolito—. ¿Podría devolver la salud de Lucrecia?

Sanchia miró fijamente a su amante.

—Si Lucrecia muere —dijo— el Borgia ya no será el Toro que Pastorea. Será el toro loco, y el propio diablo no podría proteger a un hombre que se interpusiera en el camino de ese animal.

—El Papa es un hombre de buen sentido. Comprendería que mi muerte no le puede servir de modo alguno.

—¿No sabes nada del afecto que existe entre los miembros de esa familia? No son normales, te lo aseguro. Son una trinidad... una trinidad infernal, si lo quieres, pero son como si fueran sólo uno. Si no los has visto juntos, no puedes comprenderlo.

—Parecería —dijo Ippolito a la ligera— que estás cansada de tu amante y que deseas que se vaya, para poder pasar el tiempo con otros.

—Tu presencia aquí, mi amor, no me impediría pasar el tiempo con otros.

—Y no lo impide —dijo Ippolito con humor.

Ella rió.

—Serías único si pudieras satisfacerme por ti solo. Pero te quiero, mi pequeño cardenal. Por eso te advierto. Debes estar preparado para volar.

Había momentos en que no la tomaba en serio, otros en que lo hacía.

Cuando Alejandro leyó las cartas que llegaban de Ferrara e Ippolito pudo advertir las emociones que se dibujaban en su rostro, creyó en lo que Sanchia le había dicho.

Pero las noticias eran buenas. Lucrecia se recuperaba. Las campanas repiquetearon en toda Roma, y el Papa fue de una iglesia a otra dando gracias porque su tesoro le había sido salvado.

Ya no iba a esperar más, declaró. Estaba dispuesto a ir a Ferrara no bien concluyera los preparativos, y esos preparativos debían comenzar enseguida.

Paseó por Roma con una sonrisa de placer en la cara, una canción en los labios. Parecía de nuevo un hombre joven, y contemplándolo, Ippolito se inclinaba a admitir que había algo sobrehumano en esos Borgia.

César volvió a Roma, e Ippolito se preparó para recibirlo, pues en una época la amistad había florecido entre ellos; no había pasado mucho tiempo, era la época de la partida de Lucrecia hacia Ferrara, cuando ambos habían descubierto una común antipatía por los hábitos de cardenal.

César llegó a Roma, y los rostros de la gente se apartaban y eran cautos mientras lo saludaban como conquistador. Corrían rumores acerca de las crueldades que infligía a sus víctimas y el duro gobierno que imponía a sus nuevos territorios y se sabía en toda Roma que aun Alejandro ahora se inclinaba ante César, y era el hijo y no el padre quien gobernaba la ciudad.

Ippolito estaba con Sanchia cuando César la visitó. La tensión era evidente, y Sanchia, mientras charlaba ligeramente con sus dos amantes, la percibía.

Ippolito la dejó con César. No era un cobarde, pero no podía eludir esa sensación amenazante que ahora parecía emanar de César dondequiera que fuera.

Era evidente que César no se sentía complacido por encontrarlo con Sanchia y que cualquier amistad que hubiese existido entre ambos se estaba acabando con rapidez.

Sanchia envió a buscarlo pocas horas después. Le rodeó el cuello con los brazos, y sus ojos azules le demostraron afecto.

—Ippolito, mi querido cardenal —le dijo—, te echaré mucho de menos, pero sigue mi consejo y parte de Roma enseguida

—¿Por qué? —preguntó Ippolito.

—Porque he amado mucho este apuesto cuerpo que tienes, y no deseo pensar en él como un cadáver. Sal directamente de aquí, reúnete con tus amigos y parte al galope de Roma. Ve a Ferrara con la mayor rapidez posible. Puedes estar a tiempo para salvar tu vida.

—¿De quién?

—Pierdes tiempo al preguntarlo. Lo sabes. Golpea rápidamente. Tiene mucha práctica. Ahora no necesita hacer planes. Dice tan sólo: Método número uno, dos o tres... y la persona que lo ha irritado ya no existe más.

—Yo no lo he irritado.

—Has sido mi amante. Ocasionalmente César decide que no le gustan

mis amantes.

Ippolito se quedó mirándola fijamente.

—¡Ippolito! —gritó ella—. ¡Loco! Vete... vete mientras te queda tiempo. Da todo mi amor a Lucrecia. Dile que la extraño. Pero no vaciles ni un instante. Te aseguro que tu vida está en peligro.

Ippolito se alejó y se dirigió al lugar donde su mozo de cuadra lo esperaba con dos escuderos. Estaban nerviosos. Lo advirtió. Toda Roma estaba nerviosa, y todos los que causaban enojo —por más leve que fuera— a César Borgia debían precaverse.

Menos de una hora después Ippolito se alejaba de Roma a caballo.

Ahora Pietro Bembo era reconocido como el poeta de la corte de Lucrecia. Intercambiaban cartas escritas cautamente pero rebosantes de amor y devoción; ambos tenían cuidado en mantener su relación sobre una base platónica, temiendo que modificarla significaría en cierta medida degradarla.

Fueron días felices para ambos. Vivían el uno para el otro y Lucrecia sentía que nunca había sido tan apaciblemente feliz como lo era en ese momento.

No podía comprender cómo, después de haber experimentado tanto deleite con el amor físico, podía encontrar satisfacción en una relación tan diferente. Tal vez extrañaba mucho a su familia; tal vez cuando estaba con alguien a quien amaba carnalmente la recordaba con demasiada intensidad. Después de todo, aún trataba de encontrar esa silenciosa escapatoria, esa oportunidad de ser ella misma —y sólo ella misma— que le había hecho experimentar el deseo de abandonar Roma para ir a Ferrara.

Llegó Ippolito, y si bien durante las primeras semanas Lucrecia se sintió atraída por él, la perturbaba por su presencia en la corte.

Ippolito estaba decidido a ser su fiel cuñado. Todos sus cuñados eran sus fieles amigos, pero Ferrante y Giulio estaban siempre ocupados en sus asuntos amorosos y Sigismondo en su religión, de tal modo que no tenían tiempo para husmear en sus asuntos.

Ippolito, en cambio, estaba en condiciones de interesarse mucho por ella, y Lucrecia temía su curiosidad con respecto a la amistad que mantenía con Pietro. Apenas había en la corte quien creyera en su carácter platónico, y Lucrecia sabía que a muchos les gustaría sorprender a los amantes en una situación comprometedor, para poder refutar esa historia de amor platónico entre un poeta y una Borgia.

Además, el Ippolito que volvió no parecía ser el mismo hombre que ella había conocido en Roma. Tampoco lo era. Había huido de César Borgia, y se sentía avergonzado de sí mismo. Si bien altanero y de genio rápido, esas cualidades parecían haber sido magnificadas por lo que le había ocurrido. Era encantador con Lucrecia, y no le guardaba resentimiento porque era su

hermano quien lo había hecho huir de Roma, pero a veces su conducta en Ferrara se parecía a la del propio César. Por ejemplo, cuando creyó ser insultado por uno de los soldados de Alfonso, lo azotó de una manera tan despiadada que casi provocó su muerte. Alfonso se enfureció, pero el daño ya había sido hecho antes de que pudiera intervenir, y Alfonso no solía preocuparse mucho por lo que ya no tenía remedio.

En Ferrara todos llegaron a la conclusión de que el cardenal debía ser tratado con el mayor respeto, para evitar que su cólera se despertara y que les ocurriera lo que le había sucedido al soldado de Alfonso. Esa era exactamente la impresión que Ippolito deseaba crear.

Ahora Ippolito se encontraba al lado de Lucrecia durante la mayor parte del día, lo cual hacía difícil para ella encontrar tiempo de pasar esas horas preciosas a solas con Pietro, pero Strozzi colaboraba facilitando las comunicaciones entre los enamorados; un día escribió una carta a Pietro en que describía una conversación entre él y Lucrecia, y le hablaba de las cosas halagüeñas que se habían dicho de Pietro. Lucrecia leyó la carta antes de que fuera enviada y como Strozzi no la había firmado deliberadamente escribió su nombre al pie, para que se supiera que ella endosaba todo lo que contenía.

Esa carta era una confesión del amor, lindero con la pasión, que existía entre los dos.

Pero Ippolito, siempre a su lado, hacía cada vez más difíciles las reuniones.

Se estableció una correspondencia secreta entre ambos, y como Lucrecia sabía que estaba rodeada por espías firmaba como FF, iniciales con las cuales fue conocida por Pietro en lo sucesivo.

Estos subterfugios y dificultades eran propicios para un amor platónico, y la felicidad de Lucrecia pareció florecer durante esos meses.

Strozzi, al ver que el romance amoroso que era obra suya se encaminaba hacia un remanso, no pudo resistir a la tentación de tratar de modificar su curso.

Fue durante los calores de agosto cuando se presentó ante Lucrecia y la encontró con Ippolito. Se había enterado de que Pietro Bembo estaba enfermo, con fiebre, y se preguntaba hasta qué punto sería profundo este amor platónico de Lucrecia. ¿Se trataba de un sueño idealista, del cual Bembo resultaba tan sólo una materialización o le importaba realmente lo que pudiera ser él como hombre?

Era un problema demasiado interesante para que Strozzi lo apartara de su mente.

Por tal motivo, delante de Ippolito dijo:

—Tengo malas noticias, duquesa. El pobre Pietro Bembo está enfermo, y parecería que su vida se encuentra en peligro.

Lucrecia se levantó: su rostro se tornó ligeramente pálido.

—Pobre tipo —dijo Ippolito ligeramente, pero se puso sobre alerta.

—Debo ir a ver si tiene todo lo que necesita para ayudarlo a recuperarse —dijo Lucrecia.

—Mi querida hermana, no debes arriesgar una infección. Deja que algún otro haga lo que es necesario.

Strozzi observaba a Lucrecia, advirtiendo el pánico que se reflejaba en sus ojos.

“Ama a ese hombre”, pensó Strozzi. “Si quedan juntos en su dormitorio olvidarán esta elevada conversación de amor espiritual.”

—Es mi poeta de corte —dijo Lucrecia, recuperando su aplomo—. Me corresponde ver que reciba consuelo ahora que está enfermo.

—Pide a alguien que lo visite —sugirió Ippolito.

Lucrecia asintió.

Las calles estaban tranquilas y desiertas, el calor era intenso, cuando el carruaje de Lucrecia se encaminó hacia el alojamiento de Bembo. Dejó de prisa el carruaje y entró en la casa.

Pietro estaba recostado en su cama, y su corazón dio un brinco al verla.

—Mi duquesa —gritó él—. Pero... no deberíais haber venido.

—¿Cómo podría haber procedido de otro modo?

Ella le tomó las manos quemantes entre las suyas y las besó. Los ojos de Pietro, dilatados por la fiebre y la pasión, miraron profundamente los de Lucrecia.

Ella se sentó al lado de su cama.

—Ahora —le dijo— debéis decirme exactamente cómo os sentís. He traído conmigo hierbas y ungüentos. Sé cómo hacer que os pongan bien de nuevo.

—Vuestra presencia es suficiente —le dijo él.

—Pietro, Pietro, debéis poneros bien. ¿Cómo podría soportar la vida sin vos?

—Tened cuidado, mi amada —susurró Pietro—. En la ciudad hay peste. Tal vez yo la padezca. Oh, fue una locura... una locura de vuestra parte venir aquí.

—¿Locura —dijo ella— estar contigo?

Mantuvieron unidas sus manos y pensaron en la mortífera peste que tal vez él estuviera padeciendo y que podía transmitirle. Dejar esta vida en que habían vivido con toda pureza y emoción de espíritu, les parecía un fin perfecto para su perfecto amor.

Pero Lucrecia no quería morir. Quería que ambos vivieran, en consecuencia, se negó a encarar este final, y se ocupó de administrarle los remedios que había traído consigo.

Los ojos de Pietro la siguieron mientras ella se movía por su

apartamento. Estaba enfermo —creía estar muriendo y sabía que la amaba con un amor que era a la vez espiritual y físico. Si hubiese estado menos débil, su conversación, llena de emoción platónica, habría terminado. Su enfermedad era como una espada llameante que los separaba de la pasión. Sólo podía regocijarse porque esa enfermedad había traído a Lucrecia a su lado, si bien lo deploraba, y al mirarla comprendió que ella compartía sus pensamientos y sus emociones.

—Se sabrá que habéis estado aquí —le dijo.

—No me importa.

—Somos espiados día y noche.

—¿Qué importa? No hay nada que descubrir. Nunca hemos sido lo que se llamaría amantes.

Se miraron el uno al otro con ansias; luego Pietro prosiguió:

—Nunca conoceré esa gran alegría. Oh, duquesa, Lucrecia, mi amor, siento que nuestro amor permanecerá para siempre incumplido.

Ella se sobresaltó, y de pronto gritó, en un acceso de apasionado dolor:

—No debéis morir, Pietro. No moriréis.

Era una promesa. Pietro lo comprendió y pareció invadirlo la calma; era como si estuviese decidido a arrojar de sí su fiebre, decidido a vivir para poder disfrutar de aquello que hasta ese momento le había sido negado.

La recuperación de Pietro fue rápida.

En pocas semanas estuvo en condiciones de dejar Ferrara, y Strozzi le ofreció su casa de campo en Ostellato para la convalecencia.

Antes de que partiera, Lucrecia decidió que también ella dejaría Ferrara para pasar una corta temporada de descanso en la quietud del campo. Alfonso visitaba una vez más las fortificaciones, Ippolito tenía sus obligaciones en la corte, y Giulio era el único miembro de la familia que podía acompañarla. Lo hizo con el mayor placer, pues Angela estaba en la comitiva.

Lucrecia partió hacia la quinta de Medelana, cercana a la casa de campo de Strozzi en Ostellato; de este modo, durante la convalecencia los enamorados podían disfrutar con frecuencia de su mutua compañía.

Allí, en los jardines perfumados bajo la fresca sombra de los árboles, podían estar juntos sin ser molestados. Lucrecia partía para la casa quinta de Strozzi acompañada por Angela y Giulio, pero cuando llegaban y Pietro aparecía para encontrarlos, Giulio y Angela se alejaban y dejaban juntos a Pietro y Lucrecia.

De este modo, en esos dorados días de agosto mezclaron lo espiritual con lo físico, y Lucrecia creyó que había llegado por fin a la perfecta felicidad.

Durante esos días calurosos en los jardines de Ostellato, ella vivió sólo en el presente, tomando cada día tal como venía, negándose a mirar más allá, porque no se atrevía.

Valoraría mientras viviera los perfumes de las flores, la suavidad del pasto en Ostellato, recordaría las palabras que él había escrito para ella, las palabras que le dijo.

—Si yo muriera ahora —le dijo— si terminara un deseo tan grande, un amor tan grande, el mundo quedaría vacío de amor.

Ella creía en él: le aseguraba que el amor que él sentía por ella no era mayor que el que ella sentía por él. Cada uno de los dos tenía conciencia de que era necesario vivir mucho en poco tiempo.

Y de este modo pasaron los días felices de la convalecencia de Pietro y de la huida de Lucrecia de Ferrara.

En Roma, Alejandro se estaba preparando para su visita a Ferrara. Se sentía más joven que nunca. Tenía numerosas amantes y había demostrado que aún era capaz de engendrar hijos. Nunca sus setenta y dos años le habían sentado más ligeramente a un hombre que a Alejandro. Estaba comenzando a creer que era inmortal. La perspectiva del largo y tedioso viaje no le proporcionaba una punzada de incomodidad. Sentía que se encontraba en el pináculo mismo de sus facultades.

César llegó a Roma. Se alojó cerca de su padre y hubo muchos encuentros íntimos. César declaró que permanecería en Roma para poder participar en las celebraciones que se harían en honor del undécimo aniversario de Alejandro como Papa. Eso no era del todo cierto. Las relaciones de César con los franceses no eran tan cordiales como lo habían sido antes. España estaba comenzando a desempeñar un mayor papel en la política italiana. Se había conformado con una actitud contemplativa mientras el sur de Italia estaba en manos de los aragoneses, pero si éstos se demostraban incapaces de mantener el territorio, el rey de España debía intervenir para impedir que cayera bajo la dominación francesa.

Si España quería vencer a los franceses, su rey comprendió que era imperioso que los Borgia cortaran su alianza con Francia, ¿y qué podía ser más natural sino que se volvieran hacia los españoles que, en pequeña medida, eran su propio pueblo? En esta incierta situación podría ocurrir que César se viera obligado a confiar en sus propios esfuerzos para mantener el reino de Romagna y era seguro que echaría en gran medida de menos el apoyo francés.

Esto significaba que iba a necesitar mucho dinero para mantener intactos sus ejércitos, y por tal motivo Alejandro volvió al viejo método de crear cardenales que estaban dispuestos a pagar fuertes sumas por su capelo. De esta manera realizó una ganancia de ciento cincuenta mil ducados en muy poco tiempo.

Había otros métodos para lograr dinero, y se observó en ese momento que cuando los Borgia se veían apremiados, muchas personas ricas morían

misteriosamente.

El muy rico cardenal veneciano Michiel recibió una bebida envenenada que le entregó cierto Asquinio Colloredo, a quien los Borgia habían pagado para que la administrara. Michiel murió, su vasta fortuna fue para el Papa y demostró ser muy útil.

Pero se requería una gran suma de dinero para los ejércitos del nuevo duque de Romagna, y la *cantarella* desempeñó un gran papel para obtenerlo.

Existía una sensación de inseguridad perpetua entre quienes sabían que sus muertes podrían ser beneficiosas para los Borgia. El cardenal Gian Battista Orsini fue acusado súbitamente de complotar un envenenamiento del Papa, y quedó alojado en el Castel San Angelo. Negó esta acusación y fue torturado, en la esperanza de que confesara. César y su padre se habían sentido complacidos de poder endosar a algún otro una acusación que había despertado tantas sospechas sobre ellos mismos. Pero aun sometido a la tortura el cardenal Orsini se negó a confesar y la poderosa familia Orsini se enfureció por el hecho de que uno de ellos fuera tratado de este modo. Sin embargo, comprendían que el Estado Papal se encontraba ahora bajo el dominio completo de César, y que este hombre brutal manejaba a su padre en todos los terrenos.

Sabían que el verdadero motivo de estas persecuciones era la riqueza de la familia Orsini, y por esta razón ofrecieron una gran recompensa para la liberación del cardenal. La amante del cardenal lo quería mucho y esta mujer poseía una perla de gran precio, tan famosa que era conocida en toda Italia. La mujer apareció ante el Papa y le ofreció la perla para que liberara a su amante.

El Papa, siempre galante, dirigió una sonrisa a la mujer, pues era muy hermosa:

—Envidio al cardenal, porque posee vuestro amor. Esa perla que ofrecéis es única. Lo sabéis.

—Devolvédmelo, y es vuestra.

—Nada podría rehusaros —contestó el Papa.

César se enfureció cuando oyó que el Papa había aceptado liberar al cardenal.

Recorrió con furia los apartamentos de su padre.

—Revelará que ha sido torturado. Habrá sobre nosotros más malos rumores que nunca. Además, deseamos la muerte de ese hombre.

Alejandro le sonrió con serenidad.

—Hay momentos en que siento que no comprendes a tu padre —murmuró.

—Te comprendo bien —vociferó César—. No haces más que oír el pedido de los labios de una bonita mujer y te sientes obligado a acordarlo.

—Tenemos la perla. No lo olvides.

—Podríamos haber tenido la perla y su vida.

El Papa sonreía placenteramente.

—Veo que pensamos lo mismo. Esta preciosa mujer debe recibir a su

amante, pues se lo he prometido. Ya le hemos dado su vaso. Ella recibirá hoy a su amante. No le dije si estaría vivo o muerto. Tenemos esta invaluable perla, y a cambio, nuestra pequeña amiga tendrá el cadáver del cardenal.

Recientemente habían sido asesinados otros miembros de la familia Orsini: Paolo Orsini y el duque de Gravina. Los Orsini eran amigos de los franceses y Luis, furioso cuando Alejandro puso a Goffredo al mando de una compañía y lo envió contra la familia, declaró que sus amigos no debían ser molestados. Alejandro no le hizo caso.

Fue durante el mes de agosto cuando el cardenal Giovanni Borgia de Monreale murió súbitamente. El cardenal era un hombre muy rico, había sido un avaro, y su muerte reveló que era aun más rico de lo esperado. El Papa y César no podían sino estar encantados por esta riqueza que caía en sus manos.

Pocos días después de la muerte de este cardenal llegó a César y su padre una invitación a una cena en los viñedos del cardenal Adriano Castelli da Corneto, fuera de la ciudad.

Corneto era uno de los más ricos entre los cardenales y se estaba haciendo construir un palacio en el Borgo Nuovo bajo la dirección del brillante arquitecto Bramante. Instó al Papa y a César a venir, para que pudieran inspeccionar en primer término el edificio, que estaba seguro sería de gran interés para ellos, y después retirarse a su viñedo para una reunión, que no sería prolongada pero que sin embargo resultaría digna de Sus Eminencias.

César y su padre se sintieron encantados por la invitación. Hicieron sus planes.

César tenía a sus hombres en toda casa importante de Roma. Dio órdenes de que se deslizara una dosis de *cantarella* en el vino del cardenal. No una gran dosis. No debía quedar aniquilado inmediatamente. Su muerte no debía ocurrir sino algunos días después del banquete.

Partieron para el Borgo Nuovo, donde el cardenal Corneto los esperaba para recibirlos en su casa aún no terminada.

—Es un gran honor —murmuró el cardenal—. Aprecio el hecho de que hayáis venido esta noche. El calor es abrumador.

El Papa rió levemente, dando a entender que el calor no lo molestaba, era tan fuerte como un hombre que tuviera la mitad de su edad.

César, mientras admiraba la obra, declaró que Bramante debía construir una casa para él y su sonrisa era sardónica mientras echaba una mirada a su padre. Bramante era un artista, se debía permitir que terminara su obra, pero no sería para Corneto: sería para los Borgia. Era una situación que atraía a César. El pobre loco se jactaba de sus tesoros, ignorando que no tendría mucho tiempo para jactarse de ellos. Pero tanto el Papa como su hijo demostraron un profundo y no fingido interés en todo lo que vieron. La riqueza

de Corneto sería una espléndida adquisición.

—Venid —dijo el cardenal por último—, vayamos a caballo a mi viñedo. En una noche como ésta inspeccionar un palacio mientras se lo construye es una tarea que produce sed.

—Confieso que tengo sed —dijo el Papa.

Se dirigieron al viñedo donde la cena al aire libre estaba ya preparada para ellos.

—En primer término aplacaremos nuestra sed —gritó Corneto, y se sirvió un vino de Trebbia.

El Papa estaba muy sediento, bebió mucho vino; César aguó un poco el suyo, y Corneto lo aguó considerablemente, tal como lo hicieron otras pocas personas que estaban presentes.

Cuando el festín comenzó el cardenal Corneto no dio señales del malestar que sentía, al mismo tiempo que observaba disimuladamente a sus huéspedes.

¡Con cuánta sinceridad estalló en risas el Papa! ¡Qué conformidad pagada de sí mismo sentía César! ¿No se les ocurrió nunca contar sus enemigos? ¿No comprendieron que podía haber gente dispuesta a arriesgar su vida para vengarse? Ellos habían hecho más barata la vida, y sin embargo no lo comprendían. Podía haber un esclavo cuya hija o cuyo hijo hubiese sido tomado por César para media hora de diversión, o tal vez hubiese ofendido al señor de Romagna de algún modo, perdiendo una mano o una lengua por ese motivo. ¿Ignoraban tanto César y su padre la naturaleza humana al pensar que un esclavo carecía de sentimientos? Un hombre, por haber sufrido a causa de seres estaría dispuesto a arriesgar veinte vidas, si las tuviera, para un glorioso momento de venganza.

¿Y el propio cardenal? Tenía posesiones que eran envidiadas, y su vida estaba en peligro. No le parecía una acción indigna salvar las vidas de otros, que estaban amenazadas, al mismo tiempo que salvaba la suya.

Sabía que podía confiar en su sirviente, que tenía buenas razones para odiar a los Borgia. El polvo que los Borgia habían decidido fuera colocado en el vino del cardenal Corneto fue deslizado en los vasos del Papa y de su hijo. Pero el cardenal había decidido que todos sus huéspedes debían tomar un poco del veneno, para que cada uno de los que estaban presentes en esa cena estuviera ligeramente indisputo. Entonces se podría creer que la enfermedad que, según él se proponía, debía matar al Papa y a su hijo, pareciera haber sido causada por algún veneno en el aire, pues en esa época del año el estado de las calles romanas tenía un efecto ponzoñoso y por ese motivo muchas personas padecían la “enfermedad del verano”. Pero aun si se sospechara que los Borgia habían muerto a causa de un veneno, todos estarían dispuestos a creer que se había cometido un error y que el vino destinado al cardenal había sido dado a los Borgia.

El cardenal esperaba el efecto del vino envenenado, pero parecía no tener ninguno sobre el Papa, que lo había bebido sin agua. Alejandro continuó

divirtiéndolo a los invitados con su brillante conversación, y cuando partió, tanto él como César no parecían estar afectados.

Durante todo el día siguiente —era el 11 de agosto— el cardenal esperó en vano que desde el Vaticano le llegara la noticia de la muerte de Alejandro. Visitó al Papa, y comprobó que estaba jovial como siempre.

“¿Es verdad acaso”, se preguntaba el cardenal, “que estos Borgia tienen poderes sobrenaturales? ¿Han hecho realmente un pacto con el diablo?”

El 13 de agosto, el Papa se despertó temprano por la mañana. Al comienzo no pudo recordar dónde estaba. Intentó levantarse, y al hacerlo lo atacó un terrible dolor en el abdomen.

Llamó a sus asistentes, quienes acudieron corriendo a su cabecera.

—Santidad —comenzaron a decir, y se detuvieron, observándolo.

El Papa intentó preguntarles por qué lo miraban fijamente, pero encontraba difícil formar las palabras.

—Ayudadme... ayudadme... a levantarme —dijo entre dientes.

Pero cuando trataron de obedecerle, se echó hacia atrás, desvaneciéndose en la cama, y durante algunos minutos quedó en la misma posición, transpirando fuertemente, y con un dolor tan abrumador que apenas podía pensar en otra cosa.

Luego su dominante voluntad se afirmó, como siempre lo había hecho en momentos de crisis. Quedó inmóvil, luchando contra el dolor y la enfermedad, obligándose a recordarse quién era: Alejandro el invencible, Alejandro, que había dominado el Sagrado Colegio y gobernado el papado, Alejandro, cuyo hijo gobernaría un día Italia y el mundo.

Y a causa del gran poder que existía en él, y que lo había nutrido hasta el punto de hacerle creer realmente que era invencible, Alejandro triunfó sobre sus dolores. Comenzó a pensar con claridad en lo que había ocurrido durante los últimos días, y se dijo a sí mismo: “He sido envenenado”.

Pensó en la cena que le había ofrecido ese Corneto de ojos astutos. ¿Era posible que alguien hubiese cometido un error? ¿O el error había sido deliberado? Recordaba la visita al palacio a medio construir, y la sed que había sentido. Recordaba haberse sentado a la mesa, y al esclavo que le había servido el vino.

¿Era un error? En tal caso... estaba condenado. No, no lo estaba. Otros hombres podían estarlo. No así Alejandro. Aún no podía morir. No se atrevía a morir. César todavía no estaba seguro en Romagna. Lucrecia lo necesitaba. ¿Cómo la tratarían en la alejada Ferrara si no tuviera a mano a su padre para vengar cualquier insulto que le hicieran? No debía morir.

El dolor volvía en oleadas, y comprendió que estaba luchando contra la *cantarella*, ese viejo amigo convertido en enemigo.

Tartamudeó:

—Id al duque de Romagna y pedidle que venga a mí. Debo hablarle enseguida.

Intentaba concentrarse en la lucha, pero el enemigo era enconado.

La *cantarella* parecía burlarse de él: “Ahora, Santidad, sabes qué le ha ocurrido a los otros. Este tormento fue infligido cien veces a tus enemigos. Ahora, por casualidad, te toca a ti sufrir”.

“Nunca”, pensaba el Papa. “A mí no me ocurrirá. Nada puede derrotarme. He emergido de todas mis dificultades Corneto sufrirá por esto. Cuando venga César...”

Entraban hombres en el cuarto, pero César no estaba con ellos. ¿Dónde estaba César?

Alguien se inclinaba sobre la cama. Su voz sonó como un murmullo, luego como un rugido.

—Muy Santo Señor, el duque de Romagna está enfermo... tal como lo está Su Santidad.

César, retorciéndose de dolor en la cama, gritaba:

—¿Dónde está mi padre? Traédmelo. Al instante, os digo. Si no está aquí en cinco minutos, alguien lo pagará.

Pero su voz se había convertido en un murmullo y los que estaban alrededor de su cabecera lo miraban, fingiendo horror: creían que César Borgia estaba en su lecho de muerte.

—Mi señor duque, el Papa ha pedido por vos. No puede venir hacia vos. También él está enfermo.

Esas palabras danzaron en el cerebro de César como demonios burlones. “También él está enfermo.” En consecuencia, ambos habían bebido del vino que no habrían debido beber. Recordaba la escena, del mismo modo que su padre. La sed después de la visita al palacio a medio terminar en el Borgo Nuovo, el placer de estar en el viñedo a la sombra, y el vino dulce y frío.

Trató de levantarse. Se le había hecho una jugarreta, una asquerosa jugarreta, pensaba. Quería venganza.

Gritó:

—Llamad al cardenal Corneto. Quiero hablarle, traédmelo enseguida. Decidle que sería mejor para él que no se demorara... Santa Madre de Dios... —murmuró—, esta agonía... es el infierno... con seguridad es el infierno...

Le dieron la noticia:

—El cardenal Corneto no puede venir a ver a vuestra señoría. Está en la cama, con una enfermedad similar a la vuestra.

César hundió el rostro en sus almohadas. Alguien había cometido un error.

En toda Roma circulaban rumores.

—El Papa está muriendo.

Fuera del Vaticano, los ciudadanos esperaban. Cuando llegara el momento, se precipitarían en los apartamentos papales y los despojarían de sus tesoros. Solía haber tumultos en Roma cuando un Papa moría, y éste era el más rico de todos los papas.

Durante todo el día esperaron, con una pregunta a flor de labios: “¿Cómo está Su Santidad?”

Según oyeron decir, estaba luchando, luchando por su vida, con toda su feroz energía. Esos Borgia no eran normales: habían hecho un pacto con el diablo. Era evidente que el Papa y su hijo habían tomado una dosis de su propia medicina: ¿quién podía decir si esa dosis les había sido destinada o si la habían tomado por error? Ahora eso carecía de importancia. Lo importante era que Alejandro estaba muriendo.

Y en sus apartamentos, inmediatamente por encima de los de su padre, el temido César Borgia estaba luchando por su vida. Se acercaban grandes momentos para Roma.

César podía oír el murmullo de las oraciones en el apartamento que se encontraba por debajo del suyo. Abajo, había hombres que rezaban por la vida del Papa. Estaba enfermo, al borde de la muerte, y aun su constitución de gigante se estaba debilitando.

César estaba postrado por el dolor, y se negaba a pensar en la muerte, preguntándose qué haría si su padre muriera. No era tonto. Sabía que se había elevado gracias al poder de su padre, a la riqueza de su padre, sabía que cuando las ciudades le abrían sus puertas, no se debía del todo a su propia capacidad militar o al temor que había logrado infundirles, era el conocimiento del poder del Papado.

Si ese poder cesaba, ¿qué le ocurriría a César Borgia? ¿En quién podría confiar? No podía dejar la cama, pero adivinaba que en ese mismo momento la gente se estaba reuniendo fuera del Vaticano, y que muchos hombres y mujeres en la ciudad rezaban por su muerte.

Nunca se había sentido tan débil como en ese momento, nunca había estado tan seguro de todo lo que debía a su padre.

En su cuarto estaban presentes dos hombres. Los llamó y se acercaron, quedándose de pie al lado de su cama. Uno era su joven hermano Goffredo, y era gratificante ver la angustia que aparecía en sus ojos. Goffredo, cuya esposa había sido la amante de César, tenía la devoción característica de los Borgia hacia la familia; para él la persona más importante del mundo era César. Ahora había lágrimas en los ojos de Goffredo y no se preguntaba lo que sería de él si César y su padre murieran; se condolía por su hermano.

—Hermano —dijo César—, acércate. Me ves postrado aquí cuando tendría que estar de pie. Me ves enfermo cuando necesito toda mi fuerza.

Goffredo gritó:

—Seré tu fuerza, hermano. No tienes más que ordenarme y obedeceré.

—Que los santos te preserven, hermano Borgia.

Los ojos de Goffredo brillaron de orgullo, como siempre lo hacían cuando lo llamaban Borgia. El mayor insulto que se le podía lanzar consistía en sugerir que no pertenecía a esa familia.

—¿Quién está en la sombra, hermano? —preguntó César.

—Vuestro buen servidor. Don Micheletto Corella.

—Ah —dijo César— pídele que se adelante.

Micheletto Corella se arrodilló al lado de la cama y tomó la mano de César.

—Mi señor, estoy a vuestras órdenes.

—¿Cómo está mi padre? —dijo César—. Ven, necesito saber la verdad. No trates de engañarme. No es el momento de calmarme.

—Está muy enfermo.

—¿Enfermo de muerte? —preguntó César.

—Si se tratara de un hombre ordinario, diría que sí. Pero Su Santidad es sobrehumano. Se dice que existe una ligera esperanza de que se quite de encima los efectos del veneno.

—Dios quiera que lo haga. Oh, padre mío, no debes morir.

—No morirá —gritó Goffredo—. Los Borgia no mueren.

—Si le es humanamente posible sobrevivir, lo hará —dijo César—. Pero debemos estar preparados para todo lo que pueda ocurrir. Si mi padre muere, debéis tomar posesión inmediatamente de las llaves de los cofres, y el tesoro de mi padre debe ser llevado a un lugar seguro. Hermano, amigo mío, si mi padre muriera, debes tener en tu poder esas llaves antes de que el pueblo lo sepa. Una vez que hayan tomado por asalto el Vaticano, no habrá esperanza de salvar los tesoros de mi padre.

—Lo haré, mi señor —contestó Corella.

—Y mientras tanto, debe parecer que mi padre y yo nos recuperamos. No digáis hasta qué punto estamos enfermos. Decid que hemos tenido un leve ataque de fiebre, probablemente debido al ponzoñoso aire de agosto.

—Muchos que estuvieron presentes en la reunión con Corneto se han puesto en cama. El cardenal dice que se debe al veneno que está en el aire, y que cuanto antes Leonardo da Vinci, nuestro ingeniero de fortalezas, pueda hacer algo con sus desagües, tanto mejor será.

—Dejad que digan eso. ¿De modo que otros huéspedes han sido afectados, eh? Pero no tanto como mi padre... no tanto como yo. Lo encuentro muy sospechoso. Pero no digáis nada. Decid a todos que nos estamos recuperando. ¡Escuchad! ¿Quién está viniendo?

—Algunos de los cardenales del Sacro Colegio; vienen a saber cómo estáis vos y el Papa.

—Sostenedme —dijo César—. No deben saber cuán enfermo estoy. Venid... reiremos y conversaremos juntos. Debe ser como si dentro de pocos días yo abandonara la cama.

Los cardenales entraron. Habían visitado al Papa, y las expresiones decepcionadas de sus rostros llevaron júbilo a César; parecía que también Alejandro comprendía la importancia de hacerles creer que él y su hijo padecían un leve malestar del cual pronto se recuperarían.

La fuerza mental y física de Alejandro era tan grande que sólo dos días después de beber el vino envenenado logró sentarse en la cama y jugar a las cartas con algunos miembros de su séquito.

César, que estaba en los cuartos del piso superior, oyó las risas que venían de abajo y se sintió exultante.

Nunca antes había comprendido la grandeza de ese padre que tenía; y ese día, para César, el sonido más dulce del mundo era la risa que provenía del dormitorio del Papa, mientras jugaba a las cartas.

Corella y Goffredo vinieron a él para relatarle lo que estaba ocurriendo.

—Deberías ver las caras de uno de ellos —gritó Goffredo—. No pueden ocultar su desilusión.

—Confío en que observaste quiénes eran —dijo César—. Cuando me levante de la cama, serán recordados.

César se recostó, y enfermo como estaba, sonrió.

“Nadie puede superar a los Borgia”, pensaba. “No importa quién sea el que venga contra nosotros, ganaremos siempre.”

Se le ocurrió que el veneno no había afectado al Papa tanto como lo había afectado a él. Sin embargo, el Papa había bebido el vino sin rebajar, y él lo había mezclado con agua. Tal vez esa asquerosa enfermedad, que lo había perseguido desde su primera juventud, era en gran parte responsable de su estado.

Cuando estuviera bastante bien para visitar a su padre, aunque le parecía que su padre probablemente sería el que lo visitara, le demostraría más ternura que en los últimos tiempos. Insistiría en que cuidara más su salud. Alejandro era el fuerte tronco a partir del cual había crecido el poder de los Borgia. Ese tronco aún no debía quebrarse.

Habría podido divertirse con su hermano y su fiel capitán si no se hubiese sentido tan enfermo.

Alejandro se despertó por la noche. Gritó:

—¿Dónde estoy?

Sus asistentes se acercaron de prisa a su cama.

—En vuestra cama, Santidad.

—Ah —dijo él— así lo pensaba.

Luego murmuró algo parecido a esto:

—He venido a ver a los niños, Vannozza. A ti también... y a los niños... y a Giovanni... Giovanni...

Los asistentes se miraron entre sí y cuchichearon:

—Su mente está errando por el pasado.

Cuando llegó la mañana, estaba un poco mejor. Escuchó misa y recibió la comunión.

Luego murmuró:

—Me siento muy cansado. Dejadme, os ruego. Deseo descansar.

Goffredo y Corella oyeron decir que el Papa estaba descansando y que no parecía estar tan bien como el día anterior. No se lo dijeron a César, que había pasado una noche difícil, y no deseaban preocuparlo.

Ese día, la atmósfera en el Vaticano estaba ensombrecida por una tristeza que no parecía enteramente real. Ocultaba una expectativa, tal vez esperanza y un cierto júbilo.

Se observó que el Papa estaba muy débil y decaído, la viveza parecía haberse desvanecido de ese rostro vital, había cambiado mucho en pocas horas, y ahora que el velo de la vitalidad se había desvanecido, parecía un hombre muy viejo.

Uno de sus asistentes se inclinó sobre él para preguntarle si había algo que deseaba.

Alejandro tendió una mano quemante y murmuró:

—Estoy enfermo, mi amigo. Estoy muy enfermo.

Toda la luz se había desvanecido de esos ojos que una vez habían sido brillantes, y el hombre que estaba en la cama parecía el fantasma de Alejandro.

Llegó la noche y los cardenales acudieron a su cabecera.

—Se debería darle la Extremaunción —se dijo, y así se hizo.

Alejandro abrió los ojos.

—He llegado al fin de mi camino —dijo. Ahora no hay camino terrenal abierto para mí. Adiós, amigos míos. Adiós, mis grandezas, hora estoy listo para ir al Cielo.

Los que estaban a su alrededor se miraron entre sí con asombro. No se advertía temor en el rostro de ese hombre que, según muchos, había sido uno de los más malvados que habían existido. Se estaba yendo, según lo creía, al Cielo, donde parecía no tener dudas de que lo esperaba una bienvenida especialmente calurosa. ¿Acaso no era Rodrigo Borgia, Alejandro VI, el vicario de Cristo sobre la tierra? No veía los espectros de los hombres que había asesinado. Sólo veía las puertas del Cielo, que se abrían de par en par para recibirlo.

De este modo murió Rodrigo Borgia.

Los que estaban alrededor del lecho se sobresaltaron cuando las puertas se abrieron de par en par y entraron soldados, a las órdenes de Don Micheletto Corella.

—Venimos a velar a Su Santidad —dijo Corella. Y volviéndose hacia el cardenal tesorero, que estaba en la cabecera, gritó:

—Dadme las llaves de los tesoros papales.

—¿Por orden de quién? —preguntó el cardenal.

—Por orden del señor de Romagna —fue la respuesta.

En la cámara mortuoria se hizo silencio. El Papa ya no podía dar órdenes. En el cuarto del piso superior, su hijo César, ese tirano, yacía cercano a la muerte. En las mentes de quienes habían sido interpelados por Corella había un solo pensamiento: el reinado de terror, instaurado por los Borgia, había terminado.

—No puedo daros las llaves —contestó el cardenal tesorero.

Corella extrajo su daga y la puso en la garganta del sacerdote, cuyos ojos se volvieron involuntariamente hacia el techo. Corella rió.

—Mi amo se está poniendo cada vez más sano —dijo—. Dadme las llaves, eminencia, o seguiréis a Su Santidad al cielo.

Las llaves cayeron de los dedos del cardenal. Corella las recogió y se encaminó hacia los cofres para guardar en lugar seguro los tesoros antes de que el populacho ingresara en el Vaticano.

César yacía en la cama maldiciendo su enfermedad.

Sabía que los servidores ya estaban despojando los apartamentos de su padre de ricos tesoros. Corella había puesto a buen recaudo lo que estaba en los cofres, pero aún quedaba mucho por recoger.

En toda Roma la noticia se propagó a los gritos.

—¡El Papa ha muerto! ¡Este es el fin de los Borgia!

En toda Italia, los señores y duques que habían visto sus dominios arrebatados por los Borgia para formar el reino de Romagna se pusieron sobre alerta.

César no estaba muerto, pero se encontraba enfermo en su cama, incapaz de ponerse en guardia, y si alguna vez en su vida había necesitado su salud y su fuerza, era ahora.

Habría cambios en Roma. Debían estar preparados para escapar de la esclavitud del Toro que Pastorea.

César gruñó, maldijo y esperó.

—Oh, padre mío —murmuraba en su abatimiento—, nos has dejado solos y desprotegidos. ¿Qué haremos sin ti?

Si se hubiese sentido bien no habría estado asustado. Hubiera cabalgado

por las calles de Roma. Les hubiera hecho ver que cuando un gigante Borgia moría, había otro para tomar su lugar. Pero sólo podía quejarse y padecer en su lecho de enfermo, era un hombre debilitado por la enfermedad, había perdido el mayor benefactor que un hombre podía haber tenido, y sus dominios vacilaban, expuestos al peligro.

Los deleites de Medelana se hicieron añicos de pronto. Angela y algunas de sus mujeres estaban ayudando a Lucrecia a vestirse, cuando una de sus enanas entró corriendo con agitación, para decirle que llegaba a la quinta un distinguido visitante: nada menos que el cardenal Ippolito.

Lucrecia y Angela se miraron consternadas. Si Ippolito se quedaba en la casa de campo, pondría fin a esa encantadora intimidad entre Medelana y Ostellato.

—Deberíamos enviar inmediatamente un mensaje a Pietro para advertirlo —susurró Angela.

Espera un poco. Tal vez mi cuñado nos haga una visita pasajera.

—Esperemos que no haya venido a espiar para Alfonso.

—Apresúrate —dijo Lucrecia—. ¿Dónde está mi red? Bajaré para recibirlo.

Pero Ippolito ya estaba en el umbral. Se quedó de pie, muy inmóvil, mirando a Lucrecia; no sonreía, pero sus labios estaban ligeramente crispados; era como si tratara desesperadamente de encontrar las palabras correctas, y en ese momento Lucrecia comprendió que había ocurrido alguna terrible catástrofe.

—Ippolito —comenzó, y corrió rápidamente a su lado.

No hubo ceremonias: él posó sus manos sobre los hombros de Lucrecia y la miró en la cara.

—Hermana mía —comenzó—. Oh, mi queridísima hermana, traigo malas noticias.

—Alfonso... comenzó ella.

Él sacudió la cabeza.

—El Papa, tu padre, ha muerto.

Los ojos de Lucrecia se dilataron por el horror. Era imposible creer que aquel hombre que había estado más vivo que cualquier otro pudiera estar muerto ahora. Parecía inmortal. Ella no podía aceptar esta horrible calamidad.

Ippolito la rodeó con un brazo y la hizo sentar.

—Siéntate —dijo. Ella obedeció mecánicamente, con una expresión vacía—. Después de todo —prosiguió Ippolito, tratando de calmarla—, no era de ningún modo un hombre joven. Lucrecia, mi queridísima hermana, es un choque terrible, pero comprenderás que debía ocurrir en algún momento.

Pero ella no habló. Parecía una persona en estado de trance. Era como si su mente se negara a aceptar lo que él decía, porque hacerlo le causaría tanto

dolor que sería imposible soportarlo.

Ippolito comprendió que debía continuar hablando. El silencio de Lucrecia era perturbador, más conmovedor de lo que hubiesen sido las palabras.

—Estaba bien —dijo Ippolito— hasta pocos días antes de su muerte. Fue a una cena con tu hermano el 10 de agosto, en los viñedos del cardenal Corneto. Dos días después enfermó. El primer día pareció recuperarse, y lo hizo durante un cierto tiempo. Pero tuvo una recaída y murió el dieciocho. No bien llegó la noticia vine a caballo para decírtela. Oh, Lucrecia, sé el amor que existía entre ustedes. ¿Qué puedo decir para reconfortarte?

Entonces ella habló.

—No puedes hacer nada para consolarme, porque ahora mi vida no puede ofrecerme ningún consuelo.

Se quedó sentada, con expresión abstraída, mirando fijamente.

Ippolito se arrodilló a su lado, le tomó la mano, la besó, le dijo que él y sus hermanos la cuidarían, que aunque había perdido a un padre tenía a otros que la amaban.

Ella sacudió la cabeza y volviéndose hacia él, le dijo:

—Si quieres consolarme, te ruego que me dejes. Puedo soportar mejor mi congoja si estoy sola.

Ippolito se fue, haciendo señas a las mujeres de que se alejaran de igual modo. Ella se quedó sentada sola, con la mirada fija, mientras su expresión vacía adquiría lentamente un aspecto de extrema desesperación.

Se puso de cuclillas en el piso. Lloró un poco. “Muerto”, se dijo en un susurro a sí misma. “Ha muerto Su Santidad. En suma, estamos solos. ¿Pero cómo podremos sobrellevar la vida sin ti?”

En ningún momento su padre había dejado de estar allí. Ella se había refugiado bajo sus alas, él había sido siempre benigno, siempre tierno con ella. Era un hombre viejo, según decían, pero ella nunca había pensado en su muerte, subconscientemente, pensaba en él como en un ser inmortal. ¡El gran cardenal de su infancia, cuya llegada traía tanta alegría a la nurserí, el gran Papa de su adolescencia y de sus primeros tiempos de mujer, temido por otros, amado en forma tan devota por ella y que la había amado como parecía que sólo un Borgia podía amar a otro Borgia! “¡Muerto!” se murmuraba a sí misma con voz asombrada. “¿Muerto?” se preguntaba. No podía ser. No podía haber tanta desdicha en el mundo.

—Debería haber estado allí —susurró—. Lo habría cuidado. Lo habría salvado. Y mientras estaba muriendo, yo estaba aquí, divirtiéndome con un amante. Él estaba muriendo, muriendo, y yo no lo sabía.

Pietro Bembo parecía un ser remoto. Ese amor platónico, que había florecido convirtiéndose en pasión durante las semanas de verano de su

convalecencia, ¿qué era, comparado con una devoción de toda la vida, un amor profundo y duradero de la hija de un Borgia por su padre? “Yo debería haber estado a su lado”, se decía una y otra vez.

Ahora debía pensar en la última vez en que él la había tenido en sus brazos. Ese cuarto del Vaticano en que la había mantenido entre sus brazos como si no hubiese querido dejarla ir nunca, afuera, la calle nevada, los caballos impacientes tascando el freno y piafando. ¡La última despedida!

¿Cómo podría ser la vida nuevamente la misma?

Temían por ella. No sabían cómo reconfortarla. No comía, no dormía. Permanecía en sus apartamentos, en cuclillas sobre el piso, recordando el pasado, llevaba suelto el pelo rubio, tal como estaba cuando Ippolito le había comunicado la noticia.

Cuando Pietro Bembo llegó a caballo a la quinta sus mujeres se sintieron aliviadas. Allí estaba alguien que podría consolarla.

Se dirigió hacia ella y la encontró en cuclillas sobre el piso.

—¡Lucrecia! —gritó—. ¡Mi amor, mi amor!

Entonces ella estalló en un fuerte llanto, y ocultó el rostro con las manos. Pietro se arrodilló y le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Me he enterado —susurró—. He venido a compartir este dolor contigo. Pero ella sacudió la cabeza.

—Es mío —dijo—. Sólo mío. Nadie puede compartirlo ni comprender su profundidad.

—Mi querida, verte así, tan hundida en tu abatimiento, me parte el corazón. ¿No ves que soy yo quien necesita consuelo?

Ella sacudió la cabeza.

—Déjame —dijo ella—. Te ruego que me dejes. Nada puedes hacer para ayudarme, sino dejarme con mi dolor.

Él intentó nuevamente reconfortarla, pero no había consuelo para Lucrecia. Nadie podía comprender la profundidad de su pena. Nadie podía comprender la intensidad, la profundidad y la amplitud de ese amor de un Borgia por otro Borgia.

DUQUESA DE FERRARA

Las semanas que siguieron a la muerte de su padre fueron como un mal sueño para Lucrecia. No podía eludir el recuerdo de su pérdida; se puso pálida y delgada, pues era poco lo que podía comer y durante las noches permanecía insomne. A menudo se sentaba llorando silenciosamente, y a veces hablaba de su padre, recordando cada uno de los incidentes que demostraban su devoción hacia ella.

—Algo en mi interior ha muerto —dijo ella—. Nunca seré la misma nuevamente.

No había simpatía hacia ella en Ferrara. El duque Ercole se regocijó abiertamente. Declaró que la corte no debía llevar duelo por alguien que nunca había sido un verdadero amigo de Ferrara y agregó que en honor del Señor Dios y en beneficio de la cristiandad, había rezado a menudo para que el escandaloso Papa fuera eliminado de la Iglesia. Ahora Dios había respondido a sus oraciones, por lo cual tenía poco de qué condolerse.

Fue Pietro quien le brindó el consuelo que ella necesitaba. Era natural que lo hiciera. ¿A quién más podía dirigirse Lucrecia?

Se presentaba en la quinta todos los días, esperando que ella pidiera por él; y por último ella pedía, y allí estaba él, esperándola, para brindarle consuelo.

Era la única persona a quien podía hablar de su pena. La escuchaba con ternura, lloraba con ella, le hablaba de su imperecedero amor y escribía versos para conmemorarlo.

—Oh, Pietro, Pietro —exclamaba ella—. ¿Qué haría yo sin ti?

Un día Ercole Strozzi llegó a Ostellato.

Vino a Medelana con Pietro. No había visto a Lucrecia desde que se había enterado de la muerte de su padre. Besó sus manos con ternura y se compadeció con ella.

—Pero vengo —dijo— para haceros una advertencia. Alfonso se propone

visitaros aquí. Tal vez haya oído hablar de las visitas de Pietro y de la amistad entre vosotros dos. Sería prudente que Pietro dejara Ostellato antes de la llegada de Alfonso.

—No le importa quiénes son mis amigos —dijo Lucrecia.

—Mi señora duquesa, os ruego que tengáis cuidado. La muerte de vuestro padre debilita vuestra posición y será necesario actuar con la mayor cautela.

—Visitaré Venecia durante un cierto tiempo —dijo Pietro—. Has sufrido bastante y no me perdonaría a mí mismo si esos padecimientos aumentaran.

—No debes estar mucho tiempo alejado de mí —imploró Lucrecia—. Sabes hasta qué punto cuento contigo ahora.

Strozzi los observaba con interés. Este romance, que él había planeado, estaba madurando, según creía. Había superado el estado platónico, de eso estaba seguro; y sería interesante para él ver qué efecto tenía sobre la obra de Pietro.

Debía asegurarse de que Alfonso no se irritara de tal modo que les prohibiera estar juntos. Por consiguiente, era prudente que Pietro desapareciera.

Alfonso llegó casi inmediatamente después de la partida de Pietro.

Se sintió escandalizado por el aspecto de su esposa. Aun su pelo había perdido su lustre. La reprendió.

—¡Vamos! Habían pasado muchos meses desde que habías visto a tu padre. ¿Por qué deberías hacer todo este alboroto ahora?

—¿No puedes comprender que nunca... nunca lo veré de nuevo?

—Lo comprendo perfectamente. Pero no podrías haberlo visto en ningún caso.

Lucrecia comenzó a llorar silenciosamente, porque las referencias de Alfonso a su padre le habían traído recuerdos más tiernos.

—No vine aquí a escuchar tus lamentaciones —dijo Alfonso, que no podía tolerar la compañía de mujeres lloronas.

—Entonces deberías haberme dejado sola con mi duelo —le dijo.

—¿Llevabas el duelo... sola? —preguntó él.

—No hay nadie... nadie... que pueda realmente compartir este dolor conmigo.

Alfonso, que era extremadamente práctico, no podía comprender el carácter del amor que había existido entre Alejandro y Lucrecia. Sabía que esa poderosa influencia había desaparecido e imaginaba que su dolor se debía en parte al temor por su propio futuro. Podía comprender esa alarma. El rey de Francia ya había insinuado que si Alfonso deseaba repudiar el matrimonio no pondría obstáculos en el camino. Ferrara había sido obligada a aceptar a la Borgia como una esposa, pero no debía ser obligada a mantenerla.

¿Sabía ella que la amistad de Francia hacia su familia era una cosa inconstante? ¿Se debía el llanto a la pérdida de ese manto apostólico que la había protegido tan firmemente durante toda su vida? Para el práctico Alfonso, así parecía ser.

Trató de reconfortarla.

—No necesitas sentir temores —le dijo— de que repudiamos el matrimonio. No tomaremos en serio las insinuaciones del rey de Francia.

—¿Qué insinuaciones son ésas? —preguntó ella.

—¿Es posible que no lo sepas? ¿Estás tan aislada aquí en Medelana?

—No he oído ninguna noticia desde que me enteré de la noticia que me abrumó tanto que no pude pensar en nada más.

Él le habló de la animosidad francesa hacia la familia de Lucrecia.

—Pero no temas —dijo Alfonso—. No repudiaremos el matrimonio, pues en tal caso deberíamos devolver la dote, y eso es algo que mi padre nunca haría.

Rió con fuerza al pensar en la posibilidad de que su padre se separara de todos esos ducados que tanto amaba. Colocó un brazo alrededor de Lucrecia y trató de convencerla de que estaba en una actitud amorosa, pero ella se demostró insensible. Repetía:

—El rey de Francia no se atrevería... aunque mi padre ha muerto, aún tengo a mi hermano.

—¡Tu hermano! —gritó Alfonso.

Ella se volvió de pronto hacia él, sentía de nuevo toda su vitalidad y sus ojos brillaron súbitamente, pero no de alegría, sino por un terrible temor.

—¡César! —gritó—. ¿Qué le ha ocurrido a César?

—Fue lamentable para él que cayera enfermo en ese momento. Necesitaba todas sus fuerzas. Pero estaba enfermo, casi a punto de morir, mientras los enemigos de tu padre promovían el desorden en las calles, saqueaban los apartamentos papales y robaban joyas de gran valor que, según parece, los servidores de tu hermano no habían puesto a salvo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Lucrecia con angustia.

—Fue a Castel San Angelo en busca de seguridad.

—¿Y los niños?

—Fueron con él.

—Tu hijo Rodrigo y el *Infante Romano*. —Alfonso se largó a reír—. No tengas un aspecto tan abatido. Tenía a sus damas con él. Sanchia de Aragón estaba allí, y Dorotea, la muchacha que raptó. Me pregunto si se querrían una a otra.

—¡Mi hermano... prisionero!

—Sí, tu hermano es un prisionero. ¿De qué otro modo podría ser? Conquistó muchas ciudades, y toda Italia le temía. Se pavoneaba como un conquistador, ¿no es cierto? Pero debía su poder a los estandartes papales y de pronto... se encuentra enfermo y sin la influencia papal.

Lucrecia había tomado el brazo de su esposo y lo sacudía en su angustia.

—¡Oh, dime todo... todo! —imploró—. ¿No puedes ver que es una agonía para mí quedar en este suspenso?

—El rey francés ha quitado su apoyo a tu hermano. Todos los pequeños estados se están levantando contra él. ¿Por qué no deberían recuperar lo que fue suyo con una oportunidad como esta? Aun ese primer esposo que tuviste, aun Giovanni Sforza ha regresado a Pesaro.

Lucrecia dejó caer el brazo de Alfonso. Se dio vuelta, para que él no pudiera contemplar su rostro.

—Santa Madre de Dios —murmuró—, he estado sumergida en mi propio dolor egoísta mientras César se encontraba en apuros, mientras se encontraba en peligro.

De este modo, con una brutal franqueza y en pocos minutos, Alfonso hizo más para hacerle olvidar su dolor por la muerte de su padre que Pietro, con todo el gentil consuelo que podía brindarle, pues en su temor por su hermano podía olvidar mejor su congoja por su padre.

Afortunadamente para su paz mental, César estaba demasiado enfermo para comprender toda la magnitud de su derrota. El choque que había recibido su sistema, ocasionado por el vino diluido pero venenoso, si bien no fue fatal había agravado profundamente esa otra enfermedad de la cual había sido víctima durante tantos años. Durante la estadía en Castel San Angelo su enfermedad no estaba sólo en el cuerpo sino también en la mente, y por lo tanto tenía conciencia únicamente de la mitad de lo que ocurría en el mundo exterior.

Se eligió un nuevo Papa. En semejante momento de agitación, les había parecido aconsejable a los cardenales elegir un hombre muy viejo hasta que la situación se tornara más estable. Ese viejo, Pío III, estaba casi en su lecho de muerte cuando fue elegido y, por consiguiente, no se inclinaba a terciar en los asuntos de César. Fue así como este último logró ganar un respiro en Castel San Angelo. Pero Pío III murió después de un reinado de veintiséis días, y recomenzó todo el alboroto que rodeaba la elección de un Papa.

Ahora el cardenal Giuliano della Rovere, el antiguo enemigo de los Borgia, había puesto sus ojos sobre el papado; había esperado obtenerlo en el momento de la elección de Alejandro y estaba decidido a asegurárselo, pues si no lo hacía, era seguro que ya nunca podría obtenerlo.

Della Rovere era perspicaz e inteligente; en realidad, se trataba de un hombre de inmensa vitalidad. Era del mismo tipo que el propio Alejandro, y tal vez eso se debiera al hecho de que ambos nacieron pobres, si bien ambos habían tenido un poderoso Papa como tío. Sixto IV había promovido a su sobrino della Rovere, del mismo modo que Calixto III había dado a su sobrino Rodrigo Borgia su primer impulso en la vida, y ambos sobrinos decidieron que un día llevarían los hábitos de sus tíos.

En el momento del cónclave hubo gran tensión para todos los cardenales, pues aun aquellos que no esperaban ser escogidos consideraban de la mayor importancia saber qué Papa se elegiría, pues un amigo o un enemigo en el Vaticano podía significar una diferencia fundamental para su futuro.

César, un hombre enfermo, y con una gran parte del reino que había conquistado recuperado por aquellos a quienes lo había arrebatado, continuaba siendo un poder en el Vaticano, pues Alejandro había practicado el nepotismo de una manera tan descarada como cualquiera de sus antecesores, lo cual significaba que había varios cardenales Borgia cuyos destinos estaban tan vinculados con el de su familia que votarían por el hombre que eligiera César. Por consiguiente, César aún mantenía cierta influencia, y della Rovere necesitaba todos los votos que pudiera obtener.

Fue a Roma y se dirigió a ver a César.

Fingió sentirse conmovido al ver al demacrado César y los estragos de la enfermedad en su rostro, por dentro estaba lleno de júbilo. Siempre había detestado a los Borgia. Alejandro había sido su rival, y ahora volvía el pleno impacto de ese odio contra el hijo de Alejandro.

—Mi señor —dijo el astuto cardenal— estáis muy enfermo. No deberíais permanecer en Roma. Necesitáis el suave aire del campo.

—Este es un momento —dijo César— en que hombres como nosotros debemos estar en Roma.

—Ah, la elección. ¡Pobre Pío III! Pero cumplió con su propósito. Nos dio ese respiro que era tan necesario.

—¿Es para hablar de la elección que habéis venido a verme? —preguntó César.

Della Rovere replicó:

—No lo negaré.

—Me sorprende que vengáis a mí en busca de ayuda.

César volvía con el pensamiento a años anteriores. Sabía que su padre no había confiado nunca en ese hombre, y lo consideraba como uno de sus mayores enemigos, sabiendo con cuánta desesperación deseaba la silla papal; recordaba haberle oído decir que della Rovere era un enemigo que debía ser vigilado con cuidado, porque se trataba de uno de los más hábiles y, en consecuencia, uno de los hombres más peligrosos de Italia, en lo referente a los Borgia.

Della Rovere sonrió con aire de candor.

—Seamos francos. Estos pocos meses han modificado nuestras posiciones. Hace poco tiempo erais duque de un gran territorio y no había un solo estado de Italia que no temblara ante la mención de vuestro nombre. Mi señor, vuestro reino se ha encogido desde la muerte de vuestro padre.

César cerró los puños firmemente. Replicó con frialdad:

—Todo lo que he perdido será recuperado.

—Puede ser —contestó della Rovere—, pero necesitaréis un amigo en el Vaticano para reemplazar al que habéis perdido.

—¿Podría haber alguien que reemplace a mi padre?

—Podría haber uno que diera ayuda a cambio de ayuda.

—¿Queréis decir... vos?

Della Rovere asintió.

—Mi señor duque, considerad claramente la situación que tenemos ante nosotros. Habéis estado enfermo. Habéis estado cerca de la muerte, y vuestros enemigos lo han aprovechado. Pero ya os recuperaréis. Aún hay mucho poder en vuestras manos. Os corresponde consolidar ese poder. No podríais ser Papa, pero podríais impedir la elección de cualquier cardenal reteniendo los votos de los cuales disponéis a través de los cardenales Borgia. Ahora necesitáis ayuda. La necesitáis desesperadamente. Yo necesito vuestros votos. Hacedme Papa, y os haré gonfalonero y capitán general de la Iglesia.

César meditó en silencio. Della Rovere se había puesto de pie, estaba al lado del diván de César, con los brazos cruzados, y César vio en él esa resplandeciente vitalidad, ese poder que había sido tan característico de Alejandro.

Intentó ver el futuro. ¿Gonfalonero y capitán general de la Iglesia? Sería un golpe para sus enemigos. Se vio marchando a la conquista, imaginaba que reconquistaría todo lo que había perdido; podía ver a sus enemigos humillándose ante él.

Della Rovere se inclinó sobre él con rapidez y murmuró:

—Pensadlo.

Luego se fue.

César quedó recostado, pensando, y en ese momento le llegó una carta de Lucrecia. La leyó y sonrió, expresaba la devoción de su hermana por él. Se había enterado de su difícil situación, y había olvidado su terrible dolor por su padre, a causa de su ansiedad por él. Podía hallar escaso apoyo en Ferrara para su causa, pero ella misma reuniría hombres, tenía valiosas joyas que podía vender.

César besó la carta. Le parecía simbólico que llegara después de la visita de della Rovere. Era un buen augurio. Sólo debía recuperar su salud y el mundo lo esperaba, los esperaba, para que él lo conquistara.

Cuando della Rovere fue elegido Papa y comenzó su reinado como Julio II, César esperó que cumpliera su promesa.

Había muchos hombres de la época —entre ellos el propio gran Maquiavelo— que se maravillaron ante la simpleza de César al confiar en Julio. Les parecía que la enfermedad de César había debilitado su mente.

César partió de Roma hacia esa parte de Romagna que sus tropas habían sido capaces de mantener. Estaba lleno de esperanzas. Sabía que inmediatamente después de la muerte de Alejandro el rey de Francia le había retirado su apoyo. El rey de España no perdonaba a los Borgia su alianza con

los franceses y ahora España estaba en posesión de gran parte del sur de Italia. César, con sus fuerzas considerablemente reducidas, se encontraba solo, y sus enemigos lo vigilaban, preguntándose cuál sería su próximo paso. Estaban asombrados de que no pareciera comprender plenamente la desesperada situación en que se encontraba. Raras veces un hombre había sido despojado de su poder con tanta rapidez como César Borgia. Alejandro había muerto, llevándose con él la gloria de los Borgia; pero César, según parecía, aún debía comprenderlo.

Della Rovere no tenía la intención de otorgar a César los títulos que le había prometido. Se sentía seguro en el Vaticano y no deseaba saber nada más de César Borgia. Sin embargo, estaba dispuesto a dejarlo escapar de Roma, aunque para obtener esta concesión le iba a pedir que entregara toda la parte de Romagna que aún estaba en sus manos.

Cuando César recibió la orden de entregar Romagna y se negó, fue tomado prisionero por las fuerzas papales y encarcelado en una fortaleza en Ostia.

Allí fue tratado bien, y no creyó que en realidad era un prisionero. No estaba dispuesto a creerlo. No se atrevía. La nueva debilidad que se había apoderado de él lo asustaba tanto que no podía hacerle frente. Desde las almenas de la fortaleza disparaba salvas al mar y gritaba con loca ferocidad mientras lo hacía. Quienes contemplaban lo que hacía se asombraban de su conducta, pero, sabían que de algún modo se estaba engañando a sí mismo, imponiéndose creer que estaba disparando contra un enemigo.

Como César se negó a entregar Romagna, della Rovere decidió que debía ser traído de vuelta a Roma. Debía comprender que la época de grandeza de los Borgia había terminado, y que ya no era un poderoso conquistador.

Por consiguiente, fue traído de vuelta a Roma, mientras della Rovere analizaba lo que debía hacer con él.

Era imposible creer que ese hombre fuera el brillante César Borgia. Parecía haber perdido completamente el juicio. Era como si el de él hubiese muerto con Alejandro; su vigor, su astucia. ¿Había algo sobrehumano en esos Borgia? ¿Eran diferentes de todos los demás? ¿Había alguna unidad familiar no comprendida por los hombres ordinarios, de tal modo que cuando uno moría, una parte de los otros moría igualmente?

—Su mente ha sido afectada por sus desventuras —dijo della Rovere—. Lo pondremos en los apartamentos donde fue alojado el joven duque de Bisceglie en la época de su asesinato. ¿Cómo se sentirá este debilitado César cuando se vea obligado a vivir con el fantasma de un hombre que ha asesinado?

Le vendría muy bien a della Rovere que César Borgia enloqueciera.

Lucrecia regresó a Ferrara para la visita oficial de Francesco Gonzaga,

marqués de Mantua.

Lucrecia, aún de duelo por su padre, había tomado la costumbre de usar vestidos largos de telas finas que se adherían a su cuerpo y que la hacían más esbelta que nunca; una vez más se lavaba el pelo con frecuencia, y por contraste con los drapeados oscuros que usaba parecía más rubia que nunca.

Tenía conciencia de la falta de simpatía de la corte; anhelaba reanudar sus solitarios encuentros con Bembo. Pero cuando se encontraban solían estar presentes otros. Finalmente él fue llamado a Venecia, a causa de la muerte de su hermano menor.

Tanto su esposo como su suegro se sentían irritados por su tristeza; Ercole no se preocupaba por ocultar su júbilo ante la muerte de quien consideraba como su antiguo enemigo, y era evidente que si no hubiese sido a causa de la fuerte dote, habría aprovechado la sugerencia del rey de Francia para anular el matrimonio. Alfonso era indiferente al rencor de su padre y al padecimiento de su esposa. Ambos le parecían una pérdida de tiempo. Sus obligaciones militares y el trabajo de su fundición lo ocupaban plenamente y para sus noches tenía a sus amantes, así como a Lucrecia, a quien debía dejar embarazada.

Tanto el duque como su hijo no estaban muy complacidos por la próxima visita de Gonzaga. No lo querían, y raras veces venía a Ferrara, aunque la distancia entre el territorio de los Este y el de Mantua no era grande.

La familia Este estimaba que su Isabella era demasiado para el marqués de Mantua, y lo daba a entender con claridad. Según pensaban, era evidente que debería haber entregado todo el gobierno de Mantua a la capaz Isabella, y como Gonzaga no lo había hecho, por más tolerante que fuera, se inclinaban a experimentar resentimiento.

Por tal motivo la visita debía ser muy formal.

Francesco, que cabalgaba con su séquito hacia Ferrara, pensaba en Lucrecia Borgia. Reía irónicamente al recordar la animosidad de su esposa en el momento de la boda. No es que hubiese disminuido desde entonces. Isabella se sentía furiosa por la forma en que Lucrecia retenía en Ferrara al poeta Pietro Bembo. Isabella creía que todos los poetas y artistas le pertenecían. A menudo había invitado a Pietro a venir a Mantua, y siempre se había negado.

Isabella echaba pestes y se enfurecía.

—¡Es su amante, no lo dudo! Esta criatura de rostro astuto. ¡Tan recatada! ¡Tan gentil! ¡Una Borgia! Mi hermano debería ser prevenido, por temor a que le presente a la *cantarella*. Debes prevenir a Alfonso mientras estés en Ferrara.

Gonzaga sonrió. ¿Creía ella que porque se había portado mal con la esposa de Alfonso iba a permitir que se le ordenara hacer lo mismo?

Era caballeresco por naturaleza, y, tal como la recordaba, había algo frágil y femenino en esa joven Lucrecia que había encontrado en otra época —debían haber pasado casi diez años— y que había atraído su galantería aun entonces. Debió haberlo atraído mucho, porque ahora podía recordarla

vivamente. Y así entró a caballo en Ferrara.

El viejo duque, según creía, estaba enfermo y ya no podía durar mucho más; Alfonso era tan bucólico como siempre; Ippolito aun más altanero; Ferrante, más irreflexivo; Sigismondo, más pío y Giulio, más vano. Iba a sentirse algo aburrido en Ferrara. Pero cuando se encontró con Lucrecia contuvo el aliento al verla, era más rubia y frágil de lo que había pensado. Su dolor era tan reciente que parecía flotar en un aura de melancolía. Delgada como una jovencita en sus drapeados largos, sus joyas reducidas a pocos diamantes brillantes, era casi extraterrena en su belleza; y al verla, Francesco se sintió profundamente conmovido.

Le besó las manos y se las arregló para infundir una tierna simpatía en el beso. Sintió que deseaba compensar todos los insultos y las humillaciones de las cuales la había hecho objeto su esposa.

—Fue con el mayor pesar —le dijo en una voz baja y tierna— que he oído de vuestra pérdida.

Las lágrimas fluyeron a los ojos de Lucrecia, y él se apresuró a decir:

—Perdonadme. No debería haberlo recordado.

Ella sonrió gentilmente.

—No me lo recordasteis. Está siempre conmigo. Estará siempre conmigo hasta que muera.

Le encantaba esta muchacha, que tenía una de las peores reputaciones de Italia, y que sin embargo parecía tan inocente. Anhelaba descubrir a la verdadera Lucrecia, y estaba decidido a hacerlo antes de volver a Mantua.

La visita debía ser breve, del tal modo que no le quedaba mucho tiempo para lograrlo; además, percibía en Lucrecia una gran reserva. Sabía que estaba genuinamente perturbada por la muerte de su padre; y si era verdad, tal como lo insistía Isabella, que Pietro Bembo era su amante, eso explicaría su cortés indiferencia ante su oferta de amistad. Era encantadora, desde luego, pero él sentía que ella siempre lo sería. Deseaba ver alegría en los ojos de Lucrecia; verlos encenderse cuando se acercaba, como estaba seguro que lo hacían por un buen amigo. Después de todo, la pobre muchacha no tenía muchos amigos en quien poder confiar, amigos con cierto poder, desde luego. Ercole era un hombre duro y mezquino, y la indiferencia de Alfonso hacia su tipo de mujer resultaba evidente. Habiendo muerto su padre, estando ella misma sin hijos de la casa de Ferrara, mientras el rey francés sugería que podría haber un divorcio, además de su hermano prisionero del nuevo Papa... pobre muchacha, ¿no comprendía la difícil situación en que se encontraba? Debía hacer todo lo que estaba a su alcance para ganar el apoyo de un hombre como el marqués de Mantua. Pero no parecía pensar en su propia situación. No parecía importarle.

Dedicó sus simpatías a las damas. Con ellas tuvo mucho éxito.

Luego charlaron acerca de él con Lucrecia. ¡Era encantador! No apuesto, lo admitían. Sus ojos eran achinados, pero eso le daba un aire humorístico. Su nariz era aplastada, como si su madre se hubiese sentado sobre él cuando

era un bebé; ¿pero acaso eso no llamaba la atención hacia la tierna boca? Le gustaban las mujeres; eso era comprensible. ¡Qué vida debía tener con esa harpía Isabella! Podían amarlo por simple piedad porque estaba casado con semejante mujer.

¡Qué notable jinete era! Cuando cabalgaba con una comitiva se sentaba en su caballo de una manera tal que lo ponía en un nivel aparte de todos los demás. ¿Había observado Lucrecia la forma en que su caballo se animaba cuando se acercaba y se volvía fogoso no bien lo montaba?

—Se puede comprenderlo —gritó Angela—. Semejante mujer impulsaría a cualquiera hacia algo distinto. Se debe darle crédito por el hecho de que sólo le atraen los caballos.

—Las mujeres —agregó Lucrecia— también lo han atraído bastante, según he oído decir.

—No me sorprende —replicó Angela—. Puedo creer perfectamente que sea... irresistible.

—Te ruego que no hagas que Giulio esté celoso de ese hombre —gritó Lucrecia con fingida seriedad—. ¿Acaso no es suficiente que le hagas pasar momentos de ansiedad a causa de Ippolito?

—¡Ippolito! —Angela castañeteó los dedos—. Que vuelva a Sanchia de Aragón.

Lucrecia rió de su joven y ardiente prima, pero continuó pensando en Francesco.

Francesco paseaba por los jardines del palacio y pensaba en Lucrecia. Nunca antes había deseado vagabundear por Ferrara; ahora estaba poco dispuesto a irse. Ella lo excitaba. Ella, con su aspecto gentil y su mala reputación. Tenía un aspecto virginal, y sin embargo Francesco sabía que Alfonso era su tercer esposo, y que debía haber tenido amantes. El cielo sabía que se habían producido bastantes escándalos. ¿Qué lo excitaba? ¿Esa esencial femineidad? ¿O era esa gentileza? Hizo una mueca. Ella era la antítesis completa de su esposa. ¿Era ésa la razón?

Se sentía un poco triste pensando en su autoritaria Isabella. Si ella hubiese sido un poco menos inteligente o un poco menos capaz, ¡hasta qué punto hubiese sido más fácil convivir con ella! Pero tal vez si ella hubiera sido un poco más inteligente habría comprendido que podría haberlo dominado por completo. Podría haber sido dominado por la gentileza, nunca por la arrogancia.

Había momentos en que detestaba a Isabella. Sin duda alguna el más gentil de los hombres debía rebelarse contra tal esposa. Isabella estaba decidida a que todos en Mantua fueran sus súbditos, incluyendo a su esposo. Hubo momentos en que él se había sentido divertido, pero hubo otros en que incluso su natural placidez se vio encrespada.

Ella no lo atraía más como esposa o como mujer. Parecía triste que hubiera sido así, pues cuando se casaron él se asombró de su buena suerte, por tener una mujer que poseía todas las virtudes.

Era un hombre sensual, un hombre de acción, y sin embargo un hombre de paz. A menudo cedía ante Isabella, dejaba de lado sus propias preferencias, se dedicaba a los caballos que amaba tanto que ahora sus establos eran famosos en toda Italia, ya que los animales de los Gonzaga eran renombrados por su calidad.

También había amado a muchas mujeres. Esa era su vida, la forma de huir de Isabella.

Sus modales corteses eran la clave de éxito, ese encanto gentil, ese tierno cuidado que estaba siempre dispuesto a poner de manifiesto resultaban irresistibles. Los utilizaba diplomáticamente, si bien no eran fingidos y debían su éxito a su misma sinceridad.

Pero hacia Lucrecia tenía sentimientos distintos de los que había sentido hacia cualquier otra mujer, pues Lucrecia era diferente. Tan depravada, según la opinión pública. Uno de los miembros de la célebre familia Borgia. Tan gentil, según lo decía la evidencia de sus ojos, tan inocente, por más cosas que le hubiesen ocurrido.

Debía resolver el enigma de Lucrecia, aunque tenía conciencia a medias de que al resolverlo podría terminar por amarla de una manera diferente de la forma en que había amado a otras mujeres con anterioridad.

Eso era evidente, pues si ella hubiese sido cualquier otra, habría planeado una seducción rápida, un amor extático pero necesariamente breve, y habría vuelto satisfecho a Mantua, fortificado contra las continuas críticas de Isabella.

Pero esto era diferente. Debía tratar de gustar a Lucrecia, de ganar su confianza, de descubrir lo que yacía realmente detrás de esa expresión serena, y comprender sus verdaderos sentimientos hacia el poeta Bembo.

Fue lo que se propuso lograr.

En los bailes y banquetes no intentaba estar con ella con una intención obvia, pero era sorprendente ver con cuánta frecuencia Lucrecia se encontraba a su lado. A menudo, cuando ella paseaba por los jardines con sus mujeres, él, acompañado igualmente por sus asistentes, se encontraba con Lucrecia. Se inclinaba con suma gracia y se detenía para intercambiar algunas palabras, llamando su atención sobre las flores y discutiendo las que crecían en sus jardines de su palacio sobre el río Mincio. Los otros se mantenían alejados, más atrás.

Cuando se acercó el momento de tener que volver a Mantua, comenzó a desesperarse, y un día, cuando paseaban por los jardines, seguidos por sus asistentes, le dijo, con esa ferviente sinceridad que era tan atrayente, que deseaba ser su amigo.

Ella se volvió hacia él y el candor de su expresión lo conmovió profundamente.

—Sois realmente amable, mi señor —le dijo—. Sé que sois sincero.

—Desearía poder ayudaros. Conozco vuestra tristeza. Os sentís sola, aquí, en esta corte. Anheláis simpatía. Duquesa... Lucrecia, permitidme brindaros esa simpatía.

Ella le dio de nuevo las gracias.

—¡Los Este! —castañeteó los dedos e hizo una mueca—. Mi propia familia a través del matrimonio. ¡Pero qué fríos son! ¡Cuánta falta de simpatía! ¡Y vos... tan joven y tierna, os han dejado sola para sobrellevar vuestra congoja!

—No comprenden —dijo Lucrecia—. Parece que nadie puede comprender. Hasta que vine a Ferrara viví cerca de mi padre. Raras veces nos separábamos. Nos amábamos el uno al otro... profundamente.

—Lo sé.

La miró con rapidez, pensando en todos los rumores que había escuchado con respecto a ese amor; y de nuevo se sintió profundamente conmovido por su aspecto de inocencia.

—Siento —dijo ella— que nada puede volver a ser lo mismo para mí.

—Os sentís así porque la pérdida es muy reciente. Vuestro dolor se moderará a medida que pase el tiempo.

Los ojos de Lucrecia se llenaron de lágrimas.

—Mi hermano lo dijo una vez... cuando me sentía infeliz por otra muerte.

—Es verdad —contestó él.

Cuando mencionó a su hermano, hubo un temblor en su voz, y Francesco comprendió que sus temores por su hermano superaban el dolor que sentía a causa de la muerte de su padre. ¿Cuál era la verdad con respecto a esa extraña relación familiar que había provocado más escándalos que cualquier otra en la historia romana? Francesco deseaba saberlo, quería conocer todos los detalles de la vida de Lucrecia. Deseaba tomarla entre sus brazos y reconfortarla, ponerla alegre, tal como sentía que ella era en realidad.

Luego comprendió que a través de esta relación familiar podría ganar su confianza.

Le dijo suavemente:

—¿Estáis ansiosa a causa de vuestro hermano?

Ella se volvió hacia él en actitud suplicante.

—Las noticias que he escuchado sobre él me asustan.

—Lo comprendo fácilmente. Me temo que haya confiado demasiado en el nuevo Papa. Parece olvidar que Julio ha sido siempre un enemigo de él y de su padre.

—César ha estado enfermo... enfermo casi hasta la muerte. He oído rumores inquietantes de que su enfermedad lo domina tanto que ha embotado su sano juicio.

Francesco asintió.

—Es un hombre abandonado por sus amigos. Comprendo muy bien vuestros temores, ahora que está prisionero en el Vaticano.

—Me lo imagino allí... en la torre de los Borgia... recuerdo todos los

detalles de esos cuartos.

“¡Perseguido por fantasmas!” pensaba ella, viendo a Alfonso, el más querido y el más amado de sus esposos, muerto en la cama, víctima de César. Y ahora César, debilitado por la enfermedad, humillado por la derrota, era un prisionero en esos mismos cuartos.

Francesco posó la mano sobre su brazo y susurró con esa voz tierna que tanto había deleitado a las auxiliares de Lucrecia:

—Si hubiera algo que yo pudiera hacer para calmar vuestra ansiedad, lo haría con mucho gusto.

Una expresión de esperanza cruzó temporariamente su rostro, y él percibió en forma inmediata la alegría que se suscitaba en ella. Deseaba despertarla; deseaba hacerla feliz. ¿Fue en ese momento cuando comenzó a estar enamorado de ella?

—Tal vez pueda hacer algo por vuestro hermano —prosiguió él.

—Mi señor...

—Dime “Francesco”. ¿Necesitamos insistir en ceremonias, tú y yo?

Le tomó la mano y la besó.

—Me propongo ganar tu gratitud. Nada anhelo más que devolver la risa a tus labios.

Ella sonrió.

—Eres tan amable conmigo, Francesco.

—Y ha habido poca amabilidad. Escucha, te lo ruego. El Papa Julio y yo somos excelentes amigos, y te diré un secreto. Me pide que tome el mando del ejército papal. Como ves, no hago promesas vacías. Dedicaré mis energías a hacerte sonreír de nuevo. Y si vieras que la salud de tu hermano se ha recuperado y que es una vez más señor de Romagna, ¿te sentirías feliz?

—Aún continuaría pensando en mi padre, pero creo que si pudiera saber que César está del todo bien sentiría tal alivio y placer que debería ser feliz de nuevo.

—Entonces, así será.

Hubo paseos aun más placenteros, conversaciones más tiernas, más promesas, pero finalmente Francesco consideró necesario partir hacia Mantua, y lo hizo con la mayor desgana.

Lucrecia lo echó de menos cuando se fue; se dijo que anhelaba ver a Pietro Bembo, pero disfrutaba oyendo a sus damas discutir los encantos de Francesco Gonzaga.

En cuanto a Francesco, cabalgó hacia Mantua asombrado de sí mismo. ¿Qué eran estas promesas que había hecho? ¿Era posible que aconsejara a Julio el perdón del hijo de su más antiguo y duro enemigo? ¿Acaso los jefes de estado, tal como lo era él de Mantua no debían sentirse sumamente aliviados de que César estuviera guardado bajo siete llaves? Pero había dicho la verdad al expresar que por sobre todas las cosas deseaba complacer a Lucrecia.

César yacía en la cama, con la espada desenvainada a su lado.

En ese cuarto el pequeño Alfonso de Bisceglie había esperado su muerte. Lo habían puesto allí —César lo sabía— esperando enervarlo, recordándole ese crimen ocurrido hacía mucho tiempo. Estaban equivocados si creían que podrían lograrlo. Había habido muchos asesinatos en su vida, y no miraba hacia atrás a través de una neblina de remordimientos. No sentía remordimiento: sólo frustración. Él, César, que poseía en su interior el espíritu de los emperadores, que sabía que tenía grandes dotes para las conquistas militares, creía que la mala suerte lo había perseguido durante toda su vida.

Dio golpes a la almohada en un ataque de súbita cólera contra el destino, que primero lo había obligado a luchar para liberarse de la Iglesia, y luego le había quitado ese gran sostén, el poder de su padre, antes de tener fuerza suficiente para mantenerse en pie solo. Lo peor de todo era esa mala suerte que lo había batido con una enfermedad en el momento en que más necesitaba su fuerza. Pero volvería a la grandeza. Lo juraba.

Sentía el poder que latía en él. Ese era el motivo por el cual yacía en la oscuridad de ese cuarto, en el cual hombres más débiles se habrían visto perseguidos por el fantasma de un joven asesinado, y rió en la oscuridad, rió del fantasma de Alfonso, pues carecía verdaderamente de temor.

Debía ponerse bien de nuevo. Debía comer con ganas y dormir durante períodos prolongados, para poder arrojar de sí la laxitud de las últimas semanas.

Comenzó a llevar a cabo sus planes. A su pedido, se le prepararon comidas especiales, y pasó mucho tiempo —le sobraba— discutiendo los menús; se acostaba temprano y se levantaba tarde. Jugaba partidas de cartas con sus guardianes y se sentía lleno de júbilo porque sentía que su fuerza volvía a él.

Sus guardianes fueron adoptando una actitud amistosa, esperaban el momento de las partidas; después de todo, este César Borgia, que según sus expectativas debían temer, era un hombre manso. Le dijeron que se asombraban de su calma.

César se encogió de hombros.

—Puse a muchas personas en situaciones similares como aquélla en la que me encuentro —dijo—. Ahora lo recuerdo, y tal vez ése sea el motivo por el cual estoy tan calmo. Algunas de esas personas fueron liberadas. No creo que éste será mi hogar para siempre.

Los carceleros intercambiaron miradas; observaban que César recuperaba su fuerza.

—Mi señor duque —le preguntaban—, ¿hay algo que podamos hacer por vos?

Les hacía pequeños encargos y observaba su creciente respeto. Eso lo llenaba de júbilo. Significaba que los hombres aún temían a César Borgia. Significaba que también ellos creían que la cárcel en la torre de los Borgia no

sería siempre su hogar.

Al haberse ido Francesco y con Bembo lejos, Lucrecia reflexionaba continuamente sobre la difícil situación de César.

Estaba convencida de que se debía hacer algo. César no podía permanecer indefinidamente como prisionero en la torre de los Borgia. Percibía perfectamente la sutil crueldad de elegir ese lugar para él; pues aunque lo conocía suficientemente para comprender que experimentaba poco remordimiento por el asesinato de su esposo, que se había producido en esos cuartos, era en esos mismos apartamentos donde se había sentado con su padre y donde habían discutido grandes planes. Lucrecia creía que César debía estar cerca de la locura, y que era necesario liberarlo a toda costa.

Por consiguiente fue a ver al duque Ercole y arrojándose de rodillas ante el viejo gritó:

—Mi querido padre, he venido a pedir que me otorguéis una petición. He pedido poco desde que estoy aquí, y confío que la tendréis en cuenta.

El viejo duque la miró agriamente. Se sentía enfermo y estaba disgustado con la vida. A menudo se preguntaba qué le ocurriría a Ferrara cuando fuera gobernada por su hijo Alfonso; también recordaba que detestaba el matrimonio que había aliado su casa con la de los Borgia, una familia que ahora carecía de importancia en Italia, además, aún no había ningún hijo. Si este matrimonio resultara estéril, haría todo lo que estuviese a su alcance para deshacerlo, con ducados o sin ducados.

—Bien —dijo—, ¿qué es lo que pides?

—Os pediría que me permitierais invitar a mi hermano a Ferrara.

—¿Estás loca?

—¿Es una locura que desee ver a un miembro de mi familia?

—Sería una locura invitar aquí a tu hermano.

—Mi hermano está enfermo. Recordad cómo me trajo de nuevo a la vida. Necesita atención. ¿Quién debería hacerlo sino su hermana?

Ercole sonrió de manera desagradable.

—No queremos traer escándalos a Ferrara —dijo.

—Os prometo que no habrá ninguno.

—Siempre habrá escándalos cuando dos Borgia estén juntos —replicó el duque cruelmente.

—Sois un hombre con una familia —insistió Lucrecia—, y debéis saber algo de los vínculos que unen las familias.

—Nada comprendo de los vínculos que atan a los Borgia. Tampoco deseo hacerlo.

—Pero debéis escucharme. Permitidme invitar a mi hermano y a los niños del Vaticano a Ferrara. Que sea una visita breve. Prometo que así será. Pero os ruego, dadme vuestro permiso para pedir que mi hermano venga aquí.

No desearía quedarse. Tal vez iría a Francia. Tiene propiedades allí.

—El rey de Francia me ha escrito diciéndome que bajo ningún concepto se le permitirá entrar a Francia a pesar de tus súplicas. Me aconseja no tener nada que ver con el bastardo del cura.

Lucrecia se sobresaltó desagradablemente. Había tenido grandes esperanzas de que César lograra entrar a Francia. El rey francés había sido siempre su amigo, según ella creía y tenía una familia allí.

Miró con actitud suplicante el viejo rostro gris, de labios contraídos, pero el duque se mantuvo inflexible. Cerró los ojos.

—Estoy muy cansado —dijo—. Ve ahora y agradece haber hecho un buen matrimonio antes de que fuera demasiado tarde para hacerlo.

—¿Un buen matrimonio? —dijo ella con aire desafiante—. ¿Pensáis que soy feliz aquí?

—Estás loca si prefieres una cárcel en Roma a tus apartamentos en el palacio aquí.

—Veo —dijo Lucrecia— que fue tonto esperar... amabilidad... simpatía.

—Fuiste tonta si creíste que yo tendría más de un Borgia en mi corte.

La miró con aire sardónico cuando ella se retiró.

César echó una última mirada a los apartamentos. Ya no reposaría en ese lecho, con la espada desnuda a su lado, ya no pediría esas comidas complicadas, ni jugaría a las cartas con sus carceleros. Había hecho aquello que hacía muy poco tiempo había jurado que no haría nunca. Había entregado Romagna a cambio de la libertad. Ahora podría salir de su prisión, pero debía dejar Roma.

Estaba lleno de esperanzas. Su estadía en la torre de los Borgia le había devuelto la fuerza. En algún lugar seguro haría sus planes, y en pocos meses recuperaría todo lo que había perdido.

Deseaba ir a Ferrara. Necesitaba a Lucrecia en este momento. “Por todos los santos” pensó, “recordaré al viejo Ercole por este insulto. Deseará no haber nacido nunca antes de que termine con él”.

Pero por el momento Ferrara no era lugar para él.

Había otro: Nápoles. En Nápoles podría hacer sus planes. Nápoles. Ahora estaba en manos de los españoles, lo cual tal vez fuera mejor que estar en manos de los franceses. El rey de España se había enfadado por la amistad de César con el rey de Francia, pero ahora eso había pasado, y después de todo los Borgia eran españoles. Oh, sí, era en Nápoles donde podía esperar encontrar ese refugio temporario que buscaba.

Partió entonces hacia Nápoles, y durante el viaje al sur en su mente se gestaban grandes planes. Debía encontrar nuevos aliados. Sanchia estaba en Nápoles, se halagó a sí mismo pensando que siempre había sido capaz de dominarla; su hermano Goffredo estaba allí, y Goffredo seguía ansioso de decir

al mundo que era un Borgia, por lo cual César podía contar con su leal apoyo.

También los hijos del Vaticano habían sido llevados allí, de tal modo que había un elemento romano en la corte de Nápoles.

Tal vez hubiera otros que estaban menos complacidos de verlo; por ejemplo, estaban los familiares del segundo esposo de Lucrecia, el duque de Bisceglie. Aún podrían abrigar resentimiento, pero no los temía. En Nápoles haría nuevos planes.

El primero consistiría en consolidar su amistad con el hombre que había sido puesto a cargo de Nápoles por orden del rey de España. Era un apuesto joven, amante del placer, llamado Consalvo de Córdoba, conocido como el Gran Capitán. Había sido amigo de la familia Borgia y César no veía ningún motivo por el cual, con la ayuda de ese hombre, no pudiera encontrar un refugio mientras reunía un ejército y se preparaba a entrar en batalla.

¡Qué diferente era ese viaje a Nápoles de otros en los cuales había tomado parte! Recordaba sus cabalgatas en triunfo, mientras la gente acudía desde sus casas para contemplarlo, dándole la bienvenida, mientras que el temor que todos sentían por él se traslucía en sus rostros.

Ahora cabalgaba sin que nadie lo anunciara.

Cuando se instaló en los alojamientos que le fueron asignados, le dijeron que se había presentado una visita y que pedía ser llevada a su presencia.

—¿Es el Capitán? —preguntó.

—Mi señor —le contestaron—, es una dama.

Eso lo hizo sonreír. Adivinaba quién era y la estaba esperando.

Ella se presentó, y cuando se encontraron solos arrojó lejos la capa y se quitó la máscara que usaba.

Sus aventuras no habían deteriorado su belleza. Allí estaba Sanchia, voluptuosa como siempre, con el negro pelo cayéndole sobre los hombros, con sus ojos azules centelleantes.

—Sanchia —gritó él—, y la habría abrazado, pero ella tendió hacia él una mano imperativa.

—Los tiempos han cambiado, César —le dijo.

—Sin embargo has venido a toda prisa a verme, no bien he llegado a Nápoles.

—En aras de una vieja amistad —le contestó ella.

Él le tomó la mano y la besó.

—¿Para qué más? —le preguntó.

Ella apartó su mano violentamente y él la tomó por los hombros.

Los ojos de Sanchia brillaron. Gritó:

—Ten cuidado, César. El Capitán es mi muy buen amigo, y esta vez no vienes como conquistador.

César dejó caer las manos y arrojando hacia atrás la cabeza estalló en

una fuerte risa.

—¡El Capitán es tu amigo! —dijo con desprecio—. Bien, es lo que debemos esperar. Es el que manda aquí, y Sanchia debe mandarlo a él. ¿Es a ti a quien debo la hospitalidad que recibo ahora?

—Podría ser —dijo ella—. Por lo menos es la amistad lo que me trae aquí. He venido a prevenirte.

Él la miró, decepcionado.

—Pensé que habías venido para recordar y revivir viejos tiempos.

—¡Nada de eso! —dijo ella rápidamente—. Cualquiera cosa de esa naturaleza ha terminado entre nosotros. Advertido que si bien has perdido Romagna, has perdido poco de tu arrogancia, César. Los tiempos cambian y debemos cambiar con ellos.

—Todo lo que perdí, lo recuperaré.

—Necesitarás tener mucho cuidado si quieres hacerlo, y es por ese motivo que he venido a advertirte.

—Bien, ¿cuáles son esas terribles advertencias que tienes que hacerme?

—En primer término, no suscites los celos del Capitán.

—Eso será difícil de evitar, querida Sanchia. Eres tan deseable como siempre, y yo soy humano.

—Tu vida está en sus manos. Es un buen hombre que nunca olvida a sus amigos en la adversidad, pero necesitas ser cuidadoso. Tu único amigo en esta corte es tu hermano Goffredo.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Él y yo raras veces nos encontramos.

—¡Veo que el Capitán es un hombre celoso, que no tolera los maridos!

Ella se alzó de hombros.

—En la corte abundan tus enemigos, César. Nápoles no te quiso después del asesinato de mi hermano.

—Sin embargo, continuaste amándome.

—Si alguna vez te amé, César, dejé de hacerlo entonces. A partir de ese momento hubo pasión entre nosotros, pero la pasión del odio, más que del amor. ¿Recuerdas a Jerónimo Mancioni?

César sacudió la cabeza.

—Desde luego, no podrías recordar un incidente tan trivial. Hubo muchos de ese tipo en tu vida. Escribió un ensayo sobre lo que ocurrió durante la toma de Faenza. Indudablemente fue un informe verídico, pero no te gustó. No, desde luego, tú no podrías recordar a Jerónimo. Pero él te recuerda, también su familia lo recuerda. Se lo obligó a pagar por haber escrito ese ensayo: su mano derecha fue cortada y también lo fue su lengua. Esas cosas se recuerdan, César, cuando un hombre está declinando. Te advertido, eso es todo. Ten cuidado. Deberás moverte con más precaución aquí en Nápoles de lo que nunca lo hiciste en tu prisión romana.

César no se dejó impresionar por esas advertencias.

Habría querido tomarla entre sus brazos, pero ella no quiso saber nada

de eso. Él se burló de su actitud de lealtad hacia su Capitán español. ¿Cuánto duraría eso? se preguntó. Se imaginó que antes de que estuviera listo para partir a reconquistar Romagna, Sanchia y todos sus enemigos en Nápoles lo estarían adulando.

La esperanza había vuelto. Goffredo estaba allí, con la admiración de siempre brillando en sus ojos. Goffredo estaba dispuesto a servir a su hermano, con alma y vida. En esos momentos era maravilloso volver a disfrutar de la devoción de su familia. Lucrecia estaba reuniendo tropas, vendiendo sus valiosas joyas, escribiendo cartas a hombres influyentes con el objeto de pedir su ayuda para su hermano, y ahora, aquí estaba Goffredo. Alejandro, la gran figura central se había ido, pero aún quedaban los Borgia.

César se había recuperado. Su arrogancia había vuelto con todas sus fuerzas. Sanchia aún no era su amante, pero eso ya vendría. De pronto, todos en Italia sabrían que la estrella de los Borgia sólo había padecido un eclipse temporario.

Consalvo de Córdoba se sentía inquieto. Deseaba fervientemente que César Borgia hubiese elegido un refugio diferente. Era un hombre que se enorgullecía de su honor, y desde el momento en que se enteró de que César estaba en camino hacia Nápoles se despertó su ansiedad. Había recibido honores de Alejandro, y no es que diera la espalda a sus amigos cuando ya carecían de valor material. Deseaba ayudar a César; sin embargo, al mismo tiempo no debía olvidar que estaba al servicio de su rey.

En los días que siguieron a la llegada de César a Nápoles, Consalvo no recibió órdenes de España, por consiguiente dio la bienvenida a César y dejó bien sentado que la mala fortuna no había alterado su amistad con los Borgia.

Pero se preguntaba qué órdenes recibiría cuando en España se supiera que César estaba en Nápoles.

Sanchia conocía su ansiedad y trataba de reconfortarlo, pues estaba encantada con su Gran Capitán. Apuesto, poderoso, había ganado su admiración, y ella se había rendido rápidamente al nuevo amo de Nápoles. Estaba con él cuando llegaron las órdenes de España.

Las leyó y se sumergió en sus pensamientos. Sanchia lo rodeó con sus brazos y murmuró:

—¿Qué te aflige, mi Capitán?

Él la miró y sonrió con tristeza. Sabía que en una época ella había sido la amante de César, pues su pasión amorosa había sido uno de los escándalos de Roma. Reflexionaba sobre ella, sobre esa extraña y tempestuosa mujer que había continuado su relación con César después del asesinato de su hermano, a quien quería profundamente.

Su propia relación con ella le había enseñado algo acerca del carácter de Sanchia. Se preguntaba si César aún la atraía, quería saberlo, y al mismo

tiempo deseaba aliviar su propia conciencia, por consiguiente, decidió confiar en ella.

—Órdenes de mi rey —dijo.

—¿Con respecto a César?

Él asintió.

Sanchia prosiguió:

—César se ha hecho odiar por el mundo. El rey de España, según creo, no desea que recupere su reino.

—Tienes razón. Debo arrestarlo y enviarlo a España. Mi rey no confía en los italianos para que lo tengan prisionero.

—Si va a España será el fin de sus esperanzas.

Consalvo coincidió.

—¿Por qué eso debería entristecerte, mi Capitán? ¿Qué es César Borgia para ti?

—Su padre fue mi amigo.

—Los Borgia sólo son amigos de quienes les pueden ser útiles.

—Le he dado mi palabra de que encontraría refugio aquí.

—Y se lo has dado. Sólo cuando se quite el asunto de tus manos quedará sin efecto.

—La duquesa de Gandia ha suplicado a Fernando, mi rey, que se haga justicia por el asesinato de su esposo Juan Borgia.

—¡En consecuencia, ahora César deberá pagar ese crimen de larga data, el asesinato de su propio hermano!

—Los crímenes tienen sombras largas.

De pronto Sanchia se sintió asustada.

—Si vas a su alojamiento luchará. Está rodeado por hombres que ha hecho suyos, mediante sobornos o por temor. Mi Capitán, estoy asustada. Siempre estoy asustada de César.

—Debo alejarlo con engaños de su alojamiento. No deseo un derramamiento de sangre. Es necesario que lo lleve a Castel del Ovo.

Sanchia asintió.

Consalvo esperó durante un rato.

¿Avisaría Sanchia a su antiguo amante?, se preguntó. Esos Borgia tenían un poder misterioso; Consalvo había tenido conciencia de eso desde la llegada de César a Nápoles. Era un hombre que había padecido una terrible enfermedad y una derrota desgarradora; sin embargo su capacidad de resistencia se ponía cada vez más de manifiesto, día a día. Con un poco de ayuda, César recuperaría su reino.

Era bastante extraño, pero Consalvo deseaba brindar esa ayuda. No era un hombre capaz de pisar a un inválido. Hubiese deseado abogar por la causa de César ante el rey Fernando, transmitirle la explicación de César sobre la

necesidad de establecer la alianza con Francia cuando lo había hecho.

Consalvo creía que lo podría haber logrado, pero los antiguos crímenes de César volvían sigilosamente a él. El alegato de la viuda de su hermano asesinado había inducido a Fernando a decidir que César fuera llevado a España, para que contestara la acusación y no creara más problemas en los estados italianos.

Consalvo debía cumplir con su deber. Ante todo, era un soldado. Pero se preguntaba —y en cierta medida abrigaba esa esperanza— si Sanchia prevendría a su antiguo amante del peligro en que se encontraba.

Las tropas esperaban en Castel del Ovo y Consalvo debía atraer a César al castillo con algún cuento falso de peligros. Él, Consalvo, debía invitar al hijo de su viejo amigo a un refugio que en realidad sería una trampa.

Esa conducta perturbaba a un hombre de conciencia como el Gran Capitán. Esperaba que cuando su mensajero llegara al alojamiento de César el Borgia se habría ido.

Sanchia se encerró en su apartamento y no permitió que ninguna de sus mujeres se le acercara.

Sus ojos eran tan brillantes como zafiros y tan duros como diamantes.

Tal vez muy pronto César dejara Nápoles hacia una prisión española, estaba a su alcance salvarlo.

Ella pensó en su tormentosa relación, en todos los placeres que esa relación le había producido. Recordó las escenas tempestuosas que la habían deleitado. Recordó el odio que había sentido por César, la profunda satisfacción que ella, una mujer fuertemente sensual, había extraído de sus encuentros.

A menudo pensaba en César: César inclinándose sobre ella, riñendo con ella, haciéndole el amor.

También recordaba a su pequeño hermano Alfonso, tan hermoso, tan parecido a ella. Rememoraba insignificantes incidentes de la infancia: la forma en que se reía, la forma en que tartamudeaba su nombre, la forma en que trotaba a su lado con tanta admiración en sus ojos azules hacia su hábil hermana Sanchia. Luego recordó su llegada al Vaticano con las horribles heridas infligidas por orden de César, recordó la forma en que se arrojó a sus pies y a los de Lucrecia, abrazando sus faldas y pidiéndoles que lo defendieran contra César.

Luego recordó su cuerpo flácido cruzado en la cama con cardenales, hechos por los asesinos de César en su garganta.

Y al recordarlo se cubrió la cara con las manos y lloró, lloró por ese pequeño hermano cuya vida había sido cortada por César Borgia.

César estaba en su alojamiento cuando llegó el mensajero.

—Vengo de parte del Gran Capitán —dijo a César.

—¿Qué noticias traes?

—Mi señor, debéis abandonar enseguida este alojamiento. Mi amo ha oído decir que vuestros enemigos se están reuniendo en gran número y se preparan para atacaros aquí y hacer lo que hicisteis a uno de ellos.

—¿Quiénes son?

—Es la familia de Jerónimo Mancioni, mi señor. El que perdió su lengua y la mano derecha. Esta noche atacarán. El Gran Capitán os ofrece refugio en el Castel del Ovo. Dice que es imperioso que partáis enseguida.

César estaba furibundo. No era un cobarde y le disgustaba pensar que debía huir, pero era necesario prevenirse contra sus enemigos. Era algo que había aprendido. Cuando su padre estaba vivo podía hacer caso omiso de ellos, ahora se concentraban a su alrededor, decididos a golpear mientras lo hallaran indefenso.

Pensó en esos enloquecidos familiares de Mancioni. Lo humillarían y lo mutilarían si tuviesen la oportunidad de hacerlo. Podría luchar con ellos y matar a algunos, ¿pero cuántos de ellos habría? Una gran banda, le dijo el mensajero: no sólo miembros de la familia Mancioni sino otros que habían padecido por su causa.

César se volvió hacia su servidor.

—Prepárate —le dijo—. Partiremos enseguida a Castel del Ovo.

¡Oh, qué humillación! ¡Él, el gran César, deslizándose hacia un refugio desde su alojamiento! Pero recuperaría su reino, y todos los que se habían atrevido a humillarlo deberían pagar diez veces cada desaire que le habían infligido. Volvería a Nápoles, infligiría tales torturas a los Mancioni como nunca lo habían soñado.

Pero ahora no había tiempo para pensar en eso. Se dio prisa por las calles silenciosas, alerta todo el tiempo ante cualquier indicio que indicara que sus enemigos habían descubierto su huida y lo estaban persiguiendo de cerca. Cuando llegó al castillo, transpirado por el esfuerzo y aliviado por haberse ahorrado la humillación de encontrar a sus enemigos, se vio rodeado por soldados.

—César Borgia —le dijo uno de ellos—, sois prisionero de Su Majestad, el rey de España.

César miró a su alrededor, pero nada pudo ver, por la niebla de cólera que lo enceguecía.

¡Era una trampa, una trampa concebida por el Gran Capitán, ese hombre honorable!

Durante algunos segundos pareció que atacaría rencorosamente a todos los que lo rodeaban, pero era demasiado tarde. Fue sujetado firmemente y atado.

Poco tiempo después fue embarcado en el buque que lo esperaba para

llevarlo a su prisión española.

Lucrecia se sintió abrumada por el dolor cuando se enteró de que César había sido tomado prisionero y encarcelado en la fortaleza de Cincilla.

Lloró al recordar con cuánta frecuencia César había hablado de ir a España —el país originario de su familia— con el mayor esplendor, como lo había hecho su hermano el duque de Gandia. No, tendría que ser un esplendor mayor. César debía superar a Juan a toda costa. Ahora había ido innoblemente, llevado allí por la fuerza, como un cautivo.

Oyó decir que el rey de España se preguntaba si debía ser llevado a juicio por el asesinato de su hermano, encontrado culpable —como lo era, indudablemente— y ejecutado. Pero tal vez César fuera más importante para el rey de España vivo, como una amenaza al Papa Julio. De eso dependía la vida de alguien que había esperado gobernar toda Italia.

La corte de Ferrara se estaba luciendo cada vez más hostil hacia Lucrecia, a medida que la suerte de su familia continuaba declinando. Sólo quedaba Goffredo, y Goffredo nunca había sido muy importante. Nunca antes Lucrecia se había sentido tan sola; nunca se había sentido despojada en forma tan completa de ese poder en que su familia la había envuelto amorosamente.

Alfonso había partido para realizar una visita al exterior y, sin tener siquiera esa protección intrascendente, la vida en el castillo resultaba insoportable. Por tal motivo, Lucrecia se retiró a la casa de campo de Comacchio.

Pietro Bembo llegó y se alojó cerca, en una de las quintas de Strozzi, que el arquitecto de esta relación había puesto a disposición de su pareja de amantes.

La presencia de Bembo le traía consuelo. Hubo paseos en los hermosos jardines de las quintas; se oyó música y se escucharon poesías. Pero el amor que había sentido en una época hacia Bembo estaba perdiendo su éxtasis. ¿Cómo podía entregarse a un amor extático mientras César se encontraba sumergido en la desdicha? Además, en los pensamientos de Lucrecia se había introducido un hombre muy distinto de Bembo: un hombre de acción, un criador de caballos, Francesco Gonzaga, de nariz chata y completamente sensual.

Pietro le llamó la atención sobre el poema que estaba leyendo.

—Estás triste, amada —murmuró.

—¿Cómo puedo estar de otro modo —le preguntó ella— cuando pienso en mi hermano? Puede tolerar la prisión menos que cualquier otro. Me pregunto cómo es su vida ahora.

Pietro sacudió la cabeza. No le recordó que lo que se le estaba haciendo a César no era tan cruel como lo que César había hecho a otros.

—Habría sido un buen gobernante, un gobernante sabio y bueno, una

vez que su reino estuviera en sus manos —insistió ella—. Tenía grandes planes, que discutía con su ingeniero militar, un hombre que, según creo, se llama Leonardo da Vinci. Pensaban construir sistemas cloacales que habrían drenado los residuos de las ciudades y eso, según solía decir César, era uno de los primeros pasos para desembarazar al país de las pestes periódicas. Planeaba hacer todo eso, y lo habría hecho.

Bembo trató de atraerla de nuevo hacia conversaciones sobre poesía, pero la magia de los primeros días de su relación se había perdido para ella.

Un día llegaron mensajeros de Ferrara. Venían a avisar a Lucrecia que el viejo duque Ercole estaba muy enfermo y que parecía haber poca esperanza de que se recuperara. Sus cuñados, Ippolito, Ferrante, Sigismondo y Giulio, pensaban que ella debía volver enseguida a Ferrara.

Se disponía a partir cuando vio a Bembo cruzando el jardín hacia ella, y al verlo, con sus poemas en las manos, paseando tranquilamente en los jardines, esa visión le pareció tan totalmente pacífica que la llenó de anhelo de pasar el resto de su vida en Comacchio o en algún otro retiro tranquilo.

“Amo a Pietro” —murmuró—. “Oh, si estuviera libre para casarme con él.” Y su mente retrocedió hacia Pedro Caldés, el padre del pequeño Giovanni, a quien había amado tanto, y pensó que si se le hubiese permitido casarse con él cuando deseaba hacerlo, si se le hubiese permitido vivir en paz con él, sus vidas habrían transcurrido seguramente en un medio parecido a éste. Pietro y Pedro parecían en ese momento la misma persona, y ella amaba profundamente a esa persona.

Corrió para encontrarlo, pues la dominaba el deseo de pasear una vez más por los jardines, reteniendo en la mente los momentos felices de los cuales había disfrutado en ese lugar, pues sabía que la muerte del duque Ercole iba a significar una gran diferencia para su vida y que cuando ella fuera verdaderamente duquesa de Ferrara —si Alfonso decidía mantenerla como su esposa, y si no lo hacía, no podía comenzar a imaginarse lo que sería de ella— ya no se le permitiría dejar Ferrara para entregarse a una idílica relación amorosa con un poeta.

Al amparo de los árboles, Pietro la abrazó con fervor.

—No podemos imaginar —dijo— lo que significará su muerte para nosotros. Pero debes saber, mi amada, que te amaré siempre, que recordaré siempre estas horas que hemos pasado juntos.

Ahora Lucrecia no se atrevía a demorarse. En ausencia de su esposo sus cuñados la habían emplazado a que volviera, y ella suponía que Ippolito ya conocía su relación amorosa con Pietro.

Por ese motivo se dirigió hacia Ferrara, pero antes de llegar a la ciudad le entregaron una carta. A medida que la leía, sus mejillas enrojecieron levemente y sintió un temblor de excitación en su interior, al recordar la fea y encantadora cara del hombre que últimamente se había introducido en sus pensamientos y se negaba a alejarse.

Francesco escribía que sabía lo que estaba ocurriendo en Ferrara. Si ella

necesitara a un amigo, él, Francesco Gonzaga, marqués de Mantua, estaría preparado para acudir de inmediato en su ayuda.

Ella prosiguió su marcha, con un mejor estado de ánimo, tal era el poder que tenía ese hombre para reconfortarla.

Cuando Lucrecia llegó, en el castillo de Ferrara reinaba una atmósfera de tensión. Por desgracia, Alfonso estaba viajando por Inglaterra, Ippolito vigilaba a Ferrante, y Ferrante a Ippolito. Giulio, impulsivo y altanero, ya se estaba alineando con Ferrante, con quien había estado siempre en relaciones de amistad, que se había profundizado a causa de su odio hacia Ippolito. Sigismondo pasaba el tiempo rogando que la discordia no cayera sobre Ferrara al morir el duque.

Lucrecia fue recibida con placer y alivio por sus cuñados. En calidad de esposa de Alfonso, era reconocida en su ausencia como la persona más importante de la corte pues en ese momento de incertidumbre los hermanos se sentían complacidos de tener una figura a quien pudieran considerar como un jefe temporario de estado.

Lucrecia recordó los días en que el Papa había dejado Roma, colocándola al frente de los asuntos seculares. Ahora esa experiencia le resultaba de gran utilidad, y ella se deslizó de una manera natural y calma en el nuevo cargo que la esperaba.

Pero tenía conciencia de la tensión que existía entre los hermanos, y rogaba en su interior que Alfonso volviera pronto.

Mientras tanto, con su serenidad y dignidad naturales logró mantener a raya las efervescentes pasiones de los hermanos, mientras esperaba el regreso de Alfonso y el fin de Ercole.

En esa época se sentía contenta de poder disfrutar de la compañía de su prima Angela Borgia, vivaz y hermosa, aunque sin mucho en la cabeza. Angela no ocultaba su placer por estar de vuelta en Ferrara, pues durante la estadía en Comacchio se había visto privada de la compañía de Giulio, su amante.

Sumergida por completo en sus propios asuntos, Angela no tenía conciencia de la peligrosa discordia que prevalecía en el castillo en ese momento. Nunca había perdonado a Ippolito por apartarse de ella para dedicarse a Sanchia cuando se habían encontrado por primera vez, y como su mente estaba completamente ocupada con sus propios atractivos, no podía olvidar el desaire.

Ahora se trataba de un asunto diferente, Ippolito lamentaba su conducta anterior. Era un enamorado de las mujeres, y había un gran escándalo en Ferrara por la forma en que acariciaba a las jovencitas como podría hacerlo un amante, mientras fingía bendecirlas como un cardenal.

Angela le parecía mucho más deseable ahora que cuando se habían conocido, y eso se debía sin duda en cierto grado al hecho de que sabía que durante un cierto tiempo ella se había entregado a una apasionada relación amorosa con su medio hermano Giulio.

Giulio había irritado durante mucho tiempo a Ippolito, la vanidad del

joven se estaba acentuando, especialmente porque gracias a Angela podía hacer alarde de su suerte ante el cardenal.

Nunca perdía la oportunidad de hablar de Angela delante de Ippolito, y el cardenal sentía que su deseo por Angela crecía, al mismo tiempo que sus sentimientos homicidas contra Giulio.

Ahora Giulio se había colocado sensiblemente del lado de Ferrante.

Ippolito anhelaba perturbar al engreído Giulio y, aun en ese momento de ansiedad, cuando Angela volvió de Comacchio hizo otro intento de quitársela a su medio hermano. Un día la siguió por los jardines y le pidió intercambiar unas pocas palabras con ella.

—Me estoy cansando de tus continuas negativas —le dijo.

—Hay una alternativa, eminencia. Si dejáis de pedir no habrá más negativas.

—Continuará habiendo pedidos —declaró él coléricamente— hasta que me des lo que te pido. —Ella miró pensativa, como si lo estuviese examinando, y él gritó apasionadamente—: Angela, sabes que te amo. Te amé con ardor desde nuestro primer encuentro.

—Recuerdo bien esa ocasión —dijo ella—. Sin duda también Sanchia de Aragón la recuerda.

—Eras una niña — se defendió él —. Respeté tu inocencia.

—Ese respeto comenzó —replicó ella— cuando posasteis los ojos en Sanchia. No imaginéis que yo puedo ser dejada de lado por amor a otras, y tomada cuando ya no están disponibles.

—Estás equivocada. Te dedicas a ese joven loco, Giulio...

—Giulio no es un loco. Me amó desde el primer momento y lo ha hecho desde entonces. Pensad en él, mi señor cardenal. Pensad en Giulio y pensad en vos mismo. ¡Vamos! Amo sus hermosos ojos más que a vos entero, con vuestras riquezas y vuestras hermosas promesas. Comprendedlo.

Riendo, Angela corrió por el pasto hacia el castillo.

No bien Alfonso se enteró de que su padre estaba muriendo hizo planes para volver inmediatamente a Ferrara, y tan pronto puso el pie en el castillo, la tensión se amortiguó. Alfonso tenía una fuerza especial: era práctico en grado sumo; carecía de la dignidad de Ippolito, pero tampoco tenía su ciega arrogancia, podía faltarle la vitalidad de Ferrante y el encanto de Giulio, pero poseía un vigor que inspiraba confianza a todos.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó Alfonso al llegar.

—Vive, mi señor —se le dijo—, pero está muy débil.

Alfonso se sintió aliviado. Había llegado a casa a tiempo. Saludó sus hermanos y a Lucrecia y fue inmediatamente al cuarto del enfermo.

La expresión del viejo Ercole se iluminó al ver a su hijo mayor, y Alfonso se dio prisa en llegar hasta la cama, arrodillándose para recibir su bendición.

—Alfonso, hijo mío —susurró el duque—. Me alegro de verte aquí. Muy pronto Ferrara pasará a tus manos. No olvides nunca la tradición de los Este, Alfonso, y mantén la paz en la familia.

Los ojos de Ercole se dirigieron a los que estaban de pie alrededor de su cama: sus hijos y la esposa de Alfonso. Deseaba advertir a Alfonso contra las ambiciones de sus hermanos y los despilfarros de su esposa, pero estaba demasiado cansado. Alfonso lo percibió, y recordó lo único que tenían en común su padre y él.

—Padre —le dijo—, ¿te gustaría un poco de música en tu dormitorio?

El duque sonrió. La música, que siempre había amado, la música para apaciguarlo en su pasaje a una mejor vida, para deleitar su mente de tal modo que se perdiera en ese placer, impidiéndole preocuparse por el futuro de Ferrara.

Alfonso dio órdenes a los músicos de que entraran en el dormitorio. Llegaron sorprendidos, y Alfonso les ordenó que tocaran las piezas que su padre más amaba. Y de este modo, mientras escuchaba la música de un clavecín, el duque Ercole dejó Ferrara para siempre.

La vital personalidad de Alfonso llenó el castillo. La costumbre exigía que el nuevo duque fuera coronado antes de que la corte iniciara el duelo por la muerte del anterior, de tal modo que la primera tarea que tenían ante sí era la coronación, con toda la ceremonia que la acompañaba.

Ahora que estaba entre ellos, nadie temía que la rivalidad entre sus hermanos se volviera seria. El nuevo duque de Ferrara era un hombre que sabía contener a todos y examinar muy cuidadosamente su acción antes de contrariar su voluntad.

Era invierno, y las calles de Ferrara estaban frías, casi congeladas, cuando Alfonso cabalgó desde el castillo hasta la catedral para ser coronado duque de Ferrara; pero a pesar del tiempo nuboso, la gente salió para aclamar a su nuevo duque.

Cuando volvió al castillo, Lucrecia estaba allí para recibirlo. Se mantuvo de pie en el balcón, para que el pueblo pudiera verla. La recubría una gran capa de seda blanca tornasolada forrada con armiño en los hombros, y mientras el pueblo la aclamaba y ella se inclinaba y los saludaba en señal de reconocimiento, se hizo visible el vestido carmesí y oro lleno de joyas que llevaba por debajo de la capa.

El pueblo no parecía odiarla, pues sus aclamaciones eran espontáneas; pero ella era suficientemente sensata para saber que podían aclamar un día y pedir su destierro al día siguiente.

Todo dependía de Alfonso, y de pronto comprendió que sabía muy poco acerca de ese esposo que tenía. ¿Cómo podía ser de otro modo, cuando sus relaciones parecían comenzar y terminar en el dormitorio? Y aun allí, nunca le

confiaba sus esperanzas y ambiciones, sus gustos y disgustos. Todo lo que sabía ella era que él deseaba hijos, y durante el período en que habían estado casados, ella lo había decepcionado en ese sentido.

Ahora Alfonso entraba en el castillo, y ella bajó del balcón para saludarlo. Estaba a la entrada del castillo cuando él llegó, y ante los ojos de muchos espectadores ávidos, que estaban tan curiosos con respecto a su futuro como estaba ella aprensiva, Lucrecia se arrodilló y besó la mano de su esposo.

Alfonso la tomó por las axilas y la levantó con tanta facilidad como si fuera una niña. Le besó las mejillas y todos aplaudieron. Pero su beso, según lo notó Lucrecia, era tan frío como los copos de nieve que revoloteaban a su alrededor.

Luego le tomó la mano y la condujo al banquete y comenzaron las festividades que continuarían hasta el día siguiente, en que dejarían de lado todos los signos de regocijo, dejarían el blanco, el rojo y el oro por el negro y llevarían al duque anterior hacia su última mansión de paz.

Las celebraciones de coronación del nuevo duque y el funeral del anterior terminaron y le pareció a Lucrecia que estaba sola por primera vez con su esposo.

Aquí estaba la rutina bien conocida: Alfonso, que no decía nada, y que la trataba meramente como un medio de tener hijos.

Después de la idílica relación con Pietro, Lucrecia estaba en rebeldía contra ese hombre, y sin embargo, cuando pensaba en las horas iluminadas por el sol pasadas con Pietro en Medelana y Comacchio, le parecía que tenían un aspecto de irrealidad, eran leves y transitorias, no podrían repetirse.

Ahora comprendió que temía el futuro, y saber que estaba en manos de ese hombre prosaico y frío la llenaba de alarma.

Nunca, hasta ese momento, se había sentido tan sola. Pensaba en quienes se habían interpuesto entre ella y la despiadada crueldad del mundo, y gracias a su propia y despiadada crueldad, que superaba la de todos los demás, la habían protegido del mal.

—Oh, padre mío —deseaba gritar—. Me has dejado indefensa. César está prisionero y yo estoy sola..., a merced de Ferrara.

Alfonso la había tomado y la abrazaba toscamente.

—Ahora es importante —dijo— que tengamos hijos.

Sus palabras parecían retumbar en el cerebro de Lucrecia. ¿Transmitían una advertencia? Hijos... hijos... y estarás a salvo.

Era como la suspensión de una condena.

En pocas semanas Lucrecia quedó embarazada. El duque expresó su

complacencia. No era que tuviera la menor duda de que pronto ocurriría así. Había tenido muchos hijos, y Lucrecia ya se había demostrado capaz de tenerlos.

Ahora esperaba el nacimiento del heredero de Ferrara.

“Una vez que haya nacido mi hijo”, pensaba Lucrecia, “mi lugar aquí estará firme.”

Sabía que Isabella estaba recibiendo informes sobre su conducta.

Había hecho varios intentos de atraer a Pietro Bembo a Mantua, y cuando comprendió que no lo lograría escribió a su hermano, instándolo a poner fin a la relación amorosa entre su esposa y el poeta.

“Si no lo haces”, le daba a entender, “cuando tu hijo nazca harás que todo Ferrara busque en él los rasgos de un poeta, en lugar de los rasgos de un soldado.”

Alfonso gruñó al leer las advertencias de Isabella. Sabía que el hijo que Lucrecia llevaba en sí era suyo, porque ella no había visto a Bembo desde hacía mucho tiempo antes de su concepción. Conocía la caprichosa amistad de su esposa con el poeta, que le importaba poco. Pero Isabella tenía razón cuando decía que el mundo podría sospechar que su duquesa habría introducido en Ferrara un hijo que no fuera suyo.

Los poetas no eran los tipos de hombres por los cuales sentía mucha simpatía. En cuanto a Lucrecia, tenía escaso interés por ella, al margen de los encuentros nocturnos en el dormitorio. En ese momento ella merecía su atención; no negaba su belleza, ella le respondía bastante, pero a pesar de todo, prefería las mujeres de las tabernas; el perpetuo lavado de su cabello y el baño del cuerpo de Lucrecia lo irritaba vagamente. Un poco de suciedad, un poco de transpiración habrían sido un incentivo para su lujuria.

Ahora que ella estaba embarazada, Alfonso aparecía con menor frecuencia en su dormitorio; pero le gustaba visitarla de vez en cuando, para cambiar.

Pietro regresó a Ferrara, y Lucrecia se sintió encantada de verlo, pues era maravilloso estar con alguien que compartía su amor por la poesía, cuyos modales eran amables y encantadores y que la trataba como si ella fuera una diosa, sólo parcialmente humana, algo muy diferente de la forma en que la trataba su marido.

Alfonso estaba alerta. Hubiese parecido que no había demostrado nunca tanto interés por su esposa. Le dio nuevas asistentes, todas ferraresas.

—Tengo mis mujeres —le dijo ella—. Estoy satisfecha con ellas.

—Yo no lo estoy —replicó él—. En el futuro te atenderán estas mujeres.

No eran sus amigas, eran espías de su esposo.

Ella se preguntó por qué Alfonso consideraba necesario hacerla espionar. Y un día escuchó el ruido de trabajadores cerca de sus apartamentos y cuando fue a ver lo que ocurría comprobó que estaban construyendo un nuevo pasaje.

—¿Pero por qué están haciendo esto? —quiso saber.

—Tenemos órdenes del duque, duquesa.

—¿Estáis haciendo meramente este pasaje? —preguntó.

—Así es, duquesa.

—¿Y qué largo tendrá?

—O... va simplemente de los apartamentos del duque a los vuestros.

Un pasaje... para que él pudiera llegar hasta ella de una manera rápida y silenciosa.

¿Qué le había ocurrido a Alfonso para que se preparara a espiarla?

Era imposible que esos asuntos terrenales rozaran el amor que ella había compartido con Pietro, que estaba fuera de lugar en ese palacio, con sus pasajes secretos, a través de los cuales un esposo encolerizado podía llegar a toda prisa para enfrentar a una esposa descarriada.

Lucrecia se estremeció ante la posibilidad de que Alfonso descubriera que ella y Pietro Bembo estaban juntos. Por más inocentemente que se estuvieran comportando, Alfonso sospecharía lo peor. ¿Qué podría comprender ese hombre parecido a un gran toro, del amor que compartían ella y Pietro?

Ponía cuidado en no ser vista nunca sola con Pietro; pero cuando se encontraron, rodeados por otros, en el gran salón del castillo, y él le imploró que le dijera lo que había cambiado en su relación, señalándole que ella podía tener suficiente confianza en sí misma para explicarle lo que había ocurrido, le habló del pasaje que Alfonso estaba haciendo construir.

—Pronto —dijo ella— lo habrán completado. En ese momento mi marido estará en condiciones de llegar de una manera rápida y silenciosa a mi dormitorio sin ser anunciado. Lo hizo hacer para tratar de sorprenderme en algún acto de inconducta.

—¿Dónde podemos encontrarnos y estar seguros?

—En Ferrara... en ninguna parte... eso es indudable.

—Entonces ven de nuevo a Medelana, a Comacchio...

—Ahora es distinto —le contestó ella con tristeza—. Soy verdaderamente la duquesa de Ferrara. Alfonso necesita un heredero. ¿No comprendes que debo producir ese heredero, y que debe nacer en un mundo que esté seguro de que no puede ser otro que el hijo de Alfonso?

—Pero si no podemos encontrarnos en Ferrara y si no puedes dejar Ferrara, ¿dónde nos encontraremos?

—Mi queridísimo Pietro —susurró ella— ¿no ves que éste es el fin?

—¿El fin? ¿Cómo podría haber un fin para nosotros?

—El fin de nuestros encuentros. El fin de nuestras conversaciones... el fin del amor físico. Siempre te amaré. Siempre pensaré en ti. Pero no debemos encontrarnos, pues si lo hiciéramos y fuéramos descubiertos, no sé lo que ocurriría a cualquiera de nosotros. Nuestro amor queda, Pietro. Es tan hermoso como lo fue siempre. Pero demasiado bello para someterlo a la dureza de la vida diaria.

Él la miraba con una muda angustia en los ojos.
“Demasiado hermoso”, pensó ella. “Y demasiado frágil.”

LOS HERMANOS DE FERRARA

Pietro estaba perdido para ella. La tierna relación había terminado, tal como las flores que habían crecido con tanta hermosura en los jardines que los habían recibido en su seno.

Lucrecia intentaba dedicar todos sus pensamientos al niño que debía nacer en setiembre. Tenía un embarazo difícil y a menudo se sentía muy enferma. Alfonso, que no podía soportar la enfermedad en las mujeres, la dejaba con mucha frecuencia sola, y ahora que Pietro había partido de Ferrara, el esposo suspicaz ya no hacía sus visitas no anunciadas a través del corredor.

En esos meses Alfonso debía enfrentar muchas dificultades y disponía de escaso tiempo aun para su fundición. La peste había sido más devastadora de lo habitual durante los cálidos días de verano, y los resultados del hambre en Ferrara eran alarmantes; además, la muerte del viejo Ercole parecía haber llevado ciertas llagas ponzoñosas a un punto decisivo. Se trataba de los insignificantes celos y rivalidades entre los hermanos.

El más preocupante de estos hermanos era el bastardo Giulio. El hecho mismo de ser un bastardo le producía la constante necesidad ansiosa de demostrar que era en todo sentido tan importante como sus hermanos. Infortunadamente, Giulio era el miembro más apuesto de la familia; era también el más ingenioso, y tenía el don de congraciarse con el pueblo. Era más popular que cualquiera de sus hermanos, aunque se apreciaba el sólido valor y la habilidad práctica de Alfonso.

Ferrante era una pálida sombra de Giulio, de una locura imprudente casi igual, pero carecía del rápido ingenio del bastardo. Y ahora parecía que Ferrante y Giulio se estaban alineando contra Ippolito. En cambio se podía ignorar a Sigismondo: sus ideas se estaban volviendo cada vez más místicas, y nunca se convertiría en una amenaza para el ducado.

En su nueva posición, Alfonso comprendió con rapidez que la armonía en su ducado era esencial y trató de aplacar a Giulio regalándole un palacio y un buen ingreso, de una magnitud que nunca podría haber poseído durante el reino del mezquino duque Ercole.

Sin embargo, esta circunstancia, al mismo tiempo que volvía a Giulio más arrogante que nunca, también despertó los celos de Ippolito, que demostró su rencor arrestando a un capellán que pertenecía al séquito de Giulio. Tal vez el hombre había desairado a Ippolito; nadie sino éste podía saberlo, pero lo que parecía evidente era que Ippolito intentaba demostrar a Giulio y a Ferrara que su advenedizo hermano bastardo debía recordar su lugar en el ducado y que debía comportarse con el correspondiente respeto debido a sus hermanos legítimos.

Tal era la situación durante ese caluroso verano en que la ciudad, con un centenar de fétidos olores, se había convertido en caldo de cultivo de la peste.

Lucrecia decidió que sería una locura permanecer allí en la época del nacimiento de su precioso heredero; llamó a sus mujeres y les dijo que pensaba partir hacia Modena, donde debía nacer su hijo en condiciones más adecuadas.

Observó que su prima Angela parecía haber perdido su habitual buen humor, y se preguntó si eso se debía al hecho de que iba a dejar a Giulio.

Decidió hablarle, despidió a todas sus mujeres, con excepción de Angela. Cuando estuvieron solas le dijo:

—Ahora, prima, es mejor que me digas todo al respecto.

Angela comenzó a protestar con vigor —con demasiado vigor— que no había ocurrido nada; luego se derrumbó y le dijo entre sollozos:

—Voy a tener un bebé.

—¿Giulio? —dijo Lucrecia por último.

—¿Qué otro? —preguntó Angela con ardor.

—¿Giulio sabe?

Angela asintió.

—¿Y qué dice él, mi querida?

—Dice que debemos casarnos.

—Bien, entonces deberías estar feliz.

—Tememos que haya obstáculos. Se debe obtener el permiso de Alfonso.

—No dudo que lo dará.

—Ippolito hará todo lo que esté a su alcance para frustrarnos. Detesta a Giulio.

—Y tú, mi bonita prima, eres en parte responsable de eso.

Angela, siempre coqueta, sonrió a través de las lágrimas.

—¿Fue por mi culpa?

Lucrecia sonrió gentilmente.

—Bien, no te preocupes. No dudo que todo irá bien para ti. Pero mientras tanto, te aconsejaría cautela. No sería sensato que te casaras sin el consentimiento de Alfonso, pues en caso de hacerlo Giulio despertaría la enemistad de su hermano mayor, así como la de Ippolito. Dios sabe que Alfonso tiene bastantes problemas a causa de sus propias disputas con Ippolito. Ahora escúchame. Por el momento mantén secreto este asunto, y pídele a Giulio que haga lo mismo. Créeme, ésta es la mejor forma en que

ustedes podrían casarse. Tu embarazo puede ser mantenido en secreto durante un cierto tiempo. Impondremos una nueva moda para las faldas. Déjalo por mi cuenta.

—Queridísima y amada prima, ¡cómo te adoro! —gritó Angela—. ¿Qué podríamos hacer sin ti?

—Necesitarás algo más que mi ayuda —dijo Lucrecia—. Tienes necesidad urgente de ser más discreta.

Y observando a Angela, se preguntó cómo debía hacer para adquirir súbitamente esa valiosa cualidad, que hasta entonces había demostrado no poseer completamente.

Lucrecia y su comitiva partieron hacia Modena. Durante su viaje la acompañó una gran escolta. Estaban sus modistas y muchos servidores personales, sus bufones, enanas y músicos. Angela había recuperado su alegría y parecía haberse resignado a la separación de Giulio, en una forma que sorprendió a Lucrecia. Pero cuando a pocos kilómetros de Ferrara fueron alcanzados por un pequeño grupo de jinetes a cuyo frente cabalgaba Giulio, comprendió la razón de la satisfacción de Angela. Parecía muy apuesto, muy seguro de sí mismo, y sus ojos oscuros brillaban mientras recorrían con la mirada la comitiva para encontrar a Angela.

—¡Giulio! —gritó Lucrecia—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué nos has seguido?

Acercó su caballo hasta el de ella y tomándole la mano la besó con ternura.

—Dulce Lucrecia —dijo—, ¡cómo podría tolerar estar separado de ti!

—Tus suaves palabras no me engañan —le contestó Lucrecia con una sonrisa—. Debes tener otros motivos.

—Permíteme cabalgar contigo, querida duquesa, y te diré por qué consideré necesario huir de Ferrara, aunque mi querida, querida duquesa, insisto en que comprendas esto: tanto si fue necesario para mí huir como en caso contrario, te habría seguido, pues ¿cómo podría aguantar alejarme de la luz de tus ojos brillantes?

—¿Y los de Angela? —agregó ella con suavidad.

—Ah, y los de mi dulce Angela... —contestó él.

—Tú y yo debemos conversar pronto sobre este tema —dijo Lucrecia con tranquilidad—. Pero no aquí.

—Que los santos te preserven por tu dulce bondad, duquesa.

Angela tomó su lugar al lado de Lucrecia, e intercambió miradas apasionadas con Giulio.

Eran imprudentes, pensaba Lucrecia, pero ¿cómo podía censurarlos por eso? Y mientras cabalgaban, Giulio les relató por qué había considerado necesario alejarse a toda prisa de Ferrara.

—Recordaréis que mi maldito hermano, Ippolito, tuvo la insolencia de encarcelar a uno de mis capellanes. No podía permitirlo, por lo cual tomé por asalto la prisión donde estaba ese hombre y lo liberé. Puedo imaginarme muy bien lo que dirá mi hermano Ippolito cuando lo descubra.

—Le gustaría hacerte encarcelar por lo que podría considerar como una agresión a la inviolabilidad de su castillo —dijo Angela brevemente.

—Un día —dijo Giulio— tendré partidarios que igualarán a los del orgulloso Ippolito. Entonces lo enfrentaré, y si fuera necesario luchar hasta la muerte lo haría. Me parece que no hay lugar para los dos en Ferrara.

Los ojos de Angela brillaron de admiración por su amante, pero Lucrecia se sentía triste.

—Deseo que estos problemas terminen —dijo—. Me gustaría ver que sois amigos.

Angela y Giulio se sonrieron el uno al otro. ¡Querida Lucrecia! pensaron. ¿Qué sabía ella de un amor apasionado y de un odio apasionado?

La peste y la hambruna se desataban a través de Italia, y cuando Lucrecia entró en la ciudad de Reggio, donde debía descansar con motivo del nacimiento de su hijo, no se colgaron banderas ni la esperaban multitudes que gritaran para darle la bienvenida. Las calurosas calles estaban desiertas y el pueblo se escondía detrás de los postigos.

Era un espectáculo deprimente para Lucrecia, que tenía siempre conciencia de las miserias de los demás, y su melancolía estuvo presente mientras esperaba el nacimiento de su hijo.

Anhelaba recibir un mensaje alentador de Alfonso. No llegó ninguno. Era como si Alfonso hubiese querido decirle: “Produce el heredero de Ferrara, y entonces te congratularé. Antes de que lo hayas hecho, ¿de qué debo congratularte?”

Había tiernas cartas de dos hombres, y ella sabía que estaba continuamente en los pensamientos de quienes le escribían. Uno de ellos escribía líneas exquisitas de poesía: era Pietro Bembo, el otro escribía como un soldado, cuyas armas estaban siempre a disposición de Lucrecia. Ese era Francesco Gonzaga.

Esas cartas le traían gran consuelo. Le encantaba que Pietro continuara pensando en ella. No podía evitar la risa, cuando recordaba la fría acogida que le había acordado Isabella en la época de su matrimonio, teniendo en cuenta hasta qué punto era solícito y tierno hacia ella el esposo de Isabella. Parecía la venganza del destino por todos los desaires que había recibido a manos de Isabella. Lucrecia estaba convencida de que la orgullosa y dominante mujer, si bien aceptaba las infidelidades de su esposo con otras mujeres, se vería muy descolocada si hubiese sabido que él tenía algún tierno sentimiento hacia la mujer que ella detestaba y cuya posición había resuelto minar.

¿Pero qué importancia tenían estos asuntos? Ahora lo único que importaba era que debía superar ese difícil embarazo, escapar de la peste y dar a Ferrara un heredero sano.

Los mensajeros le trajeron una carta de Alfonso.

Ella la tomó con ansiedad. Por fin su marido parecía haber recordado su existencia. Pero a medida que leía la carta, sus ojos se nublaron por la decepción, pues a duras penas había en esa carta una referencia a ella.

La hizo de lado y pidió a Angela que le trajera a Giulio; cuando llegó, ella le dijo:

—Tengo malas noticias para vosotros dos. Lo lamento mucho.

Esperaron sin aliento que Lucrecia siguiera hablando:

—Es de Alfonso. Ippolito se ha quejado de que hayas asaltado su castillo, liberando a tu capellán el cual, según afirma Ippolito, lo insultó. Alfonso está cansado de la lucha intestina dentro de la familia y afirma que Giulio debe dejarnos inmediatamente. Debes irte muy lejos del lugar de los tumultos, Giulio, muy lejos de todas nosotras.

Angela dejó escapar un gemido, y los ojos de Giulio destellaron.

—No me iré —declaró.

—Giulio, Angela, debéis pensar en vuestro futuro. Debéis obedecer a Alfonso. Sólo si lo hacéis lograré persuadirlo de que acceda a vuestro matrimonio.

Y después de una apasionada despedida de Angela, Giulio partió.

El bebé de Lucrecia nació durante el calor de setiembre. Lo llamó Alejandro, pues mientras lo tenía en sus brazos creía que le podría dar una alegría que la ayudara a olvidar la pérdida del otro Alejandro.

Pero el bebé era muy pequeño. No lloraba, se quedaba muy quieto; no deseaba ser alimentado. Algo andaba mal. Era un niño que no lloraba ni pedía su comida.

Ella anhelaba recibir algunas palabras de Alfonso, pero para llevarle consuelo, sólo estaban las cartas de Pietro y Francesco.

Y una mañana, cuando Alejandro tenía escasamente cuatro semanas, Lucrecia se despertó con un terrible presagio. Sabía que su bebé estaba muerto.

Una carta de Francesco Gonzaga la sacó de su melancolía.

Le enviaba sus condolencias, sus más tiernos pensamientos. Sabía cuánto sufría ella. Pensaba constantemente en ella en esa melancólica ciudad de Reggio. Si ella pudiese perdonarlo por esa intromisión, le diría que no era sensato que se quedara allí. La exhortaba a abandonar Reggio y todos sus

recuerdos: no debía continuar dando vueltas sobre su tragedia. Debía volver a Ferrara, y debía hacerlo en una barcaza, que sería mucho más cómoda en sus circunstancias actuales. Sugería que ella terminara el día en Borgoforte, la pequeña fortaleza en sus posesiones, sobre las orillas del Po. Para él significaría el mayor placer esperarla y entretenerla. Era un rudo soldado y no podía encantarla como un poeta con palabras, pero podía ofrecer algo de igual valor, según creía. Por ejemplo, sabía hasta qué punto ella sufría a causa del encarcelamiento de su hermano. Si se encontraran, podrían discutir este triste asunto. Tal vez él, como soldado, podría sugerirle algunos medios para aliviar el padecimiento de su hermano. Y se esmeraría mucho en hacerlo, porque sabía que el sufrimiento de su hermano era también el suyo.

Esa carta la despertó de su apatía.

La leyó en forma completa y luego la leyó de nuevo. Advirtió que una sonrisa brotaba en sus labios, porque comparaba esas toscas frases con las floridas palabras del poeta Pietro Bembo. Lo que ella necesitaba ahora era la ayuda de un soldado para César. Sólo ayudando a su hermano ella podía olvidar su propia infelicidad.

Alfonso estaba evidentemente enfadado por la muerte del niño y parecía acusarla a ella, en primer término de haber traído al mundo a un niño enfermizo y luego de haberlo perdido. La desatención de su esposo la había herido profundamente, y el tierno interés de este galante soldado la apaciguaba, le hacía dejar de lado su humillación.

Llamó a sus sirvientes y gritó:

—Prepárense para partir. Estoy cansada de este lugar. Volveremos a Ferrara en una barcaza. Pero en primer lugar nos detendremos en Borgoforte.

Hubo bullicio en todo el apartamento. La atmósfera se clarificó. Todos sabían que comenzaban a apartarse de la tragedia que había significado la muerte del pequeño Alejandro.

Francesco estaba tratando presurosamente de transformar la pobre fortaleza, que era todo lo que él poseía en Borgoforte, en un palacio digno de recibir a la mujer que esperaba convertir en su amante.

No había sentido una excitación igual a la de esos días desde la época de su primera juventud. Lucrecia era distinta de todas las demás mujeres. Esa mezcla de pasión latente con serenidad constituía una extraña combinación. El encanto de Lucrecia residía parcialmente en el hecho de que en toda Italia no podía haber una mujer que fuera menos similar a Isabella que ella.

La gentil Lucrecia... la dominante Isabella. ¡Cuánta diferencia! Francesco creía que estaba a punto de iniciar el mayor romance en que había intervenido hasta entonces.

Recientemente se había dicho que ella era la amante de un poeta. ¿Era ella realmente su amante? ¿Había habido amor físico entre los dos? Nadie lo

había probado. Habían errado juntos por los jardines y él le había escrito versos; habían llevado los versos a la música y los habían cantado juntos. A ese rudo soldado le parecía un medio poco adecuado de conducir una relación amorosa.

Sin embargo, no desestimó a Pietro. Deseaba decir a Lucrecia: “Puedo darte todo lo que te dio tu poeta, y mucho más”.

Le escribió incluso sonetos. Se ruborizaba al recordarlos. De todos modos, cualquier poesía le parecía igualmente alocada. En consecuencia, ¿por qué debía serlo la suya más que cualquier otra?

¡Si hubiese dispuesto de un palacio para ofrecerle, en lugar de una miserable fortaleza! Pero no podía invitarla a su palacio de Mantua, pues Isabella estaría allí y sus ojos vigilantes los seguirían, y si bien ella le permitía una amante o dos, nunca perdonaría una relación amorosa entre él y Lucrecia.

Pero debía haber una relación amorosa, aunque fuera necesario que floreciera en una fortaleza.

Sus servidores colgaron magníficos tapices sobre los pilares, los músicos llegaron y se presentó un mensajero con una carta. Francesco frunció el ceño al tomarla, pues advirtió que era de Isabella.

Su esposa le escribía que le habían llegado noticias de que estaba haciendo un esfuerzo por transformar su fortaleza de Borgoforte en un lugar apto para recibir a algunos amigos. Se sentía sorprendida de que debiese enterarse de las actividades de su esposo por otros, en lugar de saberlo por él mismo. ¿No hubiese sido más decoroso, más amable, que él mismo le hubiese hablado de sus planes? ¿Acaso no debía haberla invitado a recibir a sus amigos?

Francesco se hundió en la melancolía. Se imaginó la llegada de Isabella, su decisión de humillar a Lucrecia tal como lo había hecho en toda oportunidad durante la celebración de la boda en Ferrara. Había planeado esta visita como algo preliminar a la seducción. Isabella no podía tener parte en ese plan.

Luego, súbitamente, Francesco dejó de lado su melancolía. En ese momento, se adelantó el gran paladín, y quedó sometido el servil esposo de Isabella. ¡Maldita fuera Isabella! Se había puesto al frente de Mantua, y cien veces, como si hubiese sido un loco, él había cedido ante ella. Pero esto no era Mantua.

Escribió con toda intención una nota a su esposa diciéndole que no le había pedido que viajara a Borgoforte, y que no tenía intención de hacerlo. Ella se había recuperado en fecha reciente de un ataque de fiebre, y no estaba en condiciones de viajar. No sólo él se negaba a invitarla... sino que le prohibía venir.

Despachó la nota y volvió con sus pensamientos a la decoración de la fortaleza.

Pero Isabella no podía ser alejada de sus pensamientos con tanta

facilidad.

Francesco hizo un examen de conciencia, y debió admitir que temía a su poderosa esposa.

Por consiguiente, le escribió una vez más, diciéndole que uno de sus huéspedes era su cuñada, Lucrecia, duquesa de Ferrara, que haría una visita a Borgoforte en su camino de regreso de Reggio a Ferrara. Tal vez sería un gesto elegante que la invitara a visitar Mantua durante su viaje. Estaba seguro de que Alfonso se sentiría encantado de que su hermana recibiera a su esposa.

Después de despachar el mensaje, Francesco se preguntó si era un loco o no. Si durante la estadía de Lucrecia en Borgoforte avanzaba su relación con ella tal como se lo proponía hacerlo, ¿no sería visible a los ojos vigilantes de Isabella?

La barcaza se deslizó lentamente por el Po hacia Borgoforte. Rodeada por los músicos de Francesco, a quienes había dado orden de tocar música suave, el marqués vio aparecer sus contornos a través de la neblina, mientras navegaba entre las orillas densamente pobladas de abedules.

A medida que se acercaba la barcaza advirtió los brillantes colores de los vestidos de las mujeres y vio a Lucrecia, en el medio con su dorado pelo recién lavado, cayéndole sobre los hombros, y con una sonrisa de placer en el rostro. Al pisar la orilla, le tomó las manos entre las suyas y sus ojos, cubiertos por gruesos párpados, brillaron de emoción mientras estudiaba la delgada figura de Lucrecia. Parecía más frágil que nunca, y su pena parecía darle un aspecto aun más infantil.

Nunca Francesco había sentido hasta entonces mezclarse de tal modo la compasión con el deseo. ¡Pobre niña!, pensó. Pobre, pobre niña, ¡cuánto había sufrido!

Comprendió que la estadía de Lucrecia en Borgoforte no iba a ser tan divertida como lo había previsto; dudaba que ella se transformara en su amante mientras estuviera allí. De pronto, eso le pareció carente de importancia: lo único que importaba era lograr que esa joven muchacha sintiera de nuevo alegría.

La animada música parecía fuera de lugar en las praderas cubiertas por la nieve.

Francesco dijo:

—Sabía que amáis la música. Lo único que deseo que sepáis es que mientras estéis en mi pobre fortaleza me propongo hacer todo lo que pueda para lograr vuestra felicidad.

Ella colocó sus manos entre las de él y le brindó su sonrisa infantil.

—Me he sentido más feliz desde que recibí vuestra invitación —dijo—. Me siento más feliz ahora, después de haberos visto de nuevo.

La condujo a la fortaleza. Ella se mostró asombrada de su magnificencia.

—Os habéis tomado muchas molestias —dijo ella.

—Tuvo poca importancia —le contestó él.

—Pero no, es de gran importancia. Fue hecho para que me alegrara. Lo sé.

—En tal caso, si os ha alegrado aunque sea un poco, el esfuerzo bien valía la pena. He ordenado un banquete para esta noche. Vos y yo danzaremos un compás.

Ella sacudió la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pienso que ha transcurrido muy poco tiempo desde que tuve a mi bebé en mis brazos.

—Ha terminado —le contestó él—. Y ninguno puede modificarlo. Debéis tratar de ser nuevamente feliz. Si yo pudiera lograrlo, sería el hombre más feliz de la tierra.

—Temo que ningún hombre esté en condiciones de hacerme feliz.

—Habláis con vuestro dolor fresco auestas. No habrá danzas si no lo deseáis.

Fueron al salón, que con sus murales hábilmente pintados, daba una impresión de vistas abriéndose más allá de las paredes del cuarto. Ella lo elogió efusivamente, lo cual despertó la complacencia de Francesco, pues demostraba que Lucrecia tenía presente todo lo que él había hecho para tratar de seducirla. Pero aun en ese momento ella estaba triste, y su mente giraba alrededor del niño que había perdido.

No pudo hacerle el amor. No pudo incluso hablarle de amor. Sólo pudo demostrarle por medio de acciones que se preocupaba por ella, que su fragilidad lo atraía, que su inseguridad le hacía anhelar protegerla.

No era fácil estar solo con ella en la fortaleza. Únicamente podían hablar durante el banquete o mientras los huéspedes bailaban juntos.

—Sabéis —dijo Francesco con seriedad— que si necesitarais mi ayuda, iría a vos inmediatamente.

—¿Por qué debería yo necesitar vuestra ayuda? —preguntó ella.

—Mi queridísima Lucrecia, vos, que hasta hace poco tiempo estabais protegida por los parientes más poderosos, ahora estáis sola.

Ella se puso enseguida melancólica, pensando en la muerte de su padre, en el cautiverio de César; y lo último que él deseaba hacer era aumentar su tristeza. Pero insistió:

—Alfonso quiere un heredero... necesita un heredero.

—Y yo he fracasado una vez más.

—No le deis más vueltas a este problema. Ahora comprended que si necesitarais mi ayuda en cualquier momento y me lo hicierais saber, en cualquier parte que yo estuviera, me apresuraría a acudir a vuestro lado.

—Sois bueno conmigo —le dijo ella.

Francesco no la tocó, pero ella vio la luz que ardía en esos ojos de pestañas cargadas, que de pronto parecían haber perdido su somnolencia.

—Siempre será mi alegría en la vida... ser bueno con vos.

—¿Por qué sois tan bueno? —preguntó ella. Y como él se mantuvo silencioso durante algunos segundos, ella rió, con cierta sensación de incertidumbre—. Durante mis primeros días en Ferrara llegué a conocer a vuestra esposa como mi más acérrima enemiga.

Los ojos de Francesco ardieron de indignación.

—Ella fue cruel con vos. La detesto por eso.

—¡Vos... detestáis a Isabella, vuestra esposa!

—¿No comprendéis por qué? —El corazón de Lucrecia comenzó a latir algo más rápido; ese hombre estaba logrando hacerla sentir viva de nuevo. Esperó la respuesta—. Es porque me estoy enamorando de vos.

—¡Oh, no! No puede ser así.

—Fui un loco en no comprenderlo antes. ¿Recordáis nuestro primer encuentro? ¿Recordáis cómo me hicisteis hablar de mis batallas? Entonces os consideraba una niña... encantadora, pero sólo una niña.

—Lo recuerdo bien.

—Y os quedasteis en el balcón observándome mientras me alejaba a caballo.

—Giovanni Sforza estaba allí... mi primer esposo.

Francesco asintió.

—Os difamó aun en ese momento, y yo lo odié. Sin embargo, no comprendía por qué lo odiaba.

—Yo pensé que erais un gran soldado, y que si Giovanni Sforza hubiese sido como vos mi actitud hacia él habría sido diferente.

—Lucrecia...

—No debéis interpretarme mal. No puede haber amor entre nosotros dos.

—Pero hay amor entre nosotros dos.

Ella meneó la cabeza.

—¿No os he dicho que os amo?

—Son palabras de un cortesano.

—Las digo desde mi corazón.

—¿Pero qué utilidad tiene el amor si sólo uno lo siente? El amor debe ser compartido para ser hermoso.

—Lo será. Lo será —gritó él, apasionadamente.

Pero ella sólo meneó la cabeza una vez más.

—Os demostraré hasta dónde llega mi amor —le dijo él.

—Os ruego que no lo hagáis. ¿No sabíais que los hombres que me aman son desafortunados?

—Alfonso...

—Alfonso nunca me amó. —Ella se volvió hacia él, sonriendo—. Pero es bueno que me mostréis tanta amabilidad. Sabéis cuán dolorido está mi corazón. Conocéis las desventuras que han caído sobre mí durante este año

tan trágico. Tratáis de alegrarme: es muy amable de vuestra parte. No lo olvidaré.

—Vos no creéis que yo os amo verdaderamente, y que mi amor es mayor que todo lo que habéis conocido hasta ahora. No creáis que los poetas, que tienen el don del discurso florido, pueden amar con la misma pasión que un soldado. Mis versos os hacen sonreír, o podrían hacer que os sonrierais, si no tuvieseis el corazón más gentil del mundo, pero el amor no consiste en escribir en versos. Os demostraré por mis acciones cómo os amo. Tenéis un hermano cuya situación os produce mucho dolor.

Ella contrajo los puños, llena de expectativas, y él sonrió, creyendo haber encontrado el camino hacia su corazón.

—Tengo alguna influencia en este país y en España. Si yo mandara un enviado a la corte de España para solicitar la liberación de vuestro hermano, tal vez mi requerimiento no fuera desatendido. ¿Qué me diríais entonces, Lucrecia?

—Diría que sois el hombre más amable de Italia.

—¿Eso es todo?

—Creo que podría comenzar a amar a alguien que puede hacerme tanto bien.

—¡Hasta qué punto amáis a este hermano!

—Fuimos criados juntos. Existen vínculos familiares. Hemos tenido siempre gran importancia el uno para el otro.

—Lo he oído decir. Creo, Lucrecia —prosiguió con seriedad— que nunca habrá felicidad para vos mientras vuestro hermano esté en cautiverio.

—Es como si fuéramos una sola persona —dijo ella—. Mientras él sea un prisionero, también lo soy yo.

—La prisionera de vuestras propias, emociones, Lucrecia —dijo él—. Habrá alguien en vuestra vida que signifique tanto para vos que aun vuestro amor por ese hermano parecerá de pequeña importancia. Me propongo ser esa persona.

—Olvidáis a Isabella —dijo ella—. A Isabella y a Alfonso.

—No olvido a nadie —contestó él—. Con el tiempo lo veréis. Mañana despacharé a ese enviado a España.

—¿De qué manera puedo agradeceros?

—Entre nosotros —dijo él— no habrá gratitud formal. Veréis que pongo mi vida a vuestro servicio; y a cambio...

—¿Sí? —preguntó ella—. ¿A cambio, que requerís?

—Sólo que me améis.

Isabella aguardaba la llegada de su cuñada a Mantua. Abrigaba sospechas. ¿Por qué Francesco se había vuelto súbitamente tan audaz como para pedirle que asistiera a las celebraciones de dos días en Borgoforte? ¿Y

quiénes eran los huéspedes? ¡Lucrecia y sus miserables asistentes! ¡Todo ese alboroto, todos esos preparativos para esa Borgia!

Sí, Isabella tenía muchas sospechas.

Ese día estuvo casi inaguantable con sus servidoras. Debieron vestirla tres veces antes de que su aspecto la satisficiera.

Le aseguraron que ningún vestido de Italia podía compararse con el que llevaba. Esa Borgia, con su color guinda y oro, parecería grosera a su lado; era delgada, muy delicada. Isabella abofeteó a la mujer que dijo eso.

—¿Acaso estoy loca? —preguntó—. ¿Puedo negar la evidencia que tengo ante mis ojos? No soy ni delgada ni delicada. Estas son cualidades de la Borgia. Pero me parece que tengo formas tan buenas como cualquier mujer de Italia.

Cuanto más aprensión tenía, tanto más deseaba hacer ostentación de su superioridad. Practicó el canto y pasos de danza, como lo había hecho antes de la boda; recorrió sus galerías, admirando sus obras de arte. Esa mujer nunca podía haber visto tales tesoros, ni siquiera en el Vaticano. El pillo que había sido su padre había coleccionado mujeres en lugar de coleccionar tesoros de arte.

Pero lo que más la enfadaba era pensar en el atrevimiento de su esposo Francesco, al desvivirse por una mujer a quien ella había decidido odiar.

Mandó llamar a dos de sus mujeres, que según sabía habían sido amantes de su esposo. Aún eran muy guapas, y ella no les guardaba ningún resentimiento. Aunque él no lo sabía, ella las había elegido para él. Se felicitaba a sí misma de conocerlo tan bien que sabía cuándo estaba decidido a ir de parranda, según decía ella. Eso no la preocupaba. Lo único que ella pedía era gobernar Mantua, y si Francesco estaba absorbido por un asunto amoroso era más probable que le dejara el poder que si se preocupaba por asuntos de estado. A ella le gustaba que él tuviese sus amantes en la propia casa, de tal modo que pudiera ella vigilar el progreso de sus asuntos. Lo que no podía tolerar es que eligiera a sus propias mujeres.

—Debemos mostrar a la duquesa de Ferrara que podemos brindar un banquete tan bueno como cualquiera que ella haya disfrutado en el Vaticano —dijo Isabella—. Y vosotras dos tendréis vestidos nuevos. No tengo tiempo de diseñarlos para vosotras, y en consecuencia seleccionaré de mi propio vestuario los que mejor os caigan.

Las mujeres se sintieron encantadas. Comprendieron de qué se trataba, e Isabella comprendió que podía contar con ellas para que utilizaran todas sus artimañas con el objeto de distraer al marqués de Mantua de cualquier amor nuevo.

Isabella tomó a Lucrecia en sus brazos y le dio el beso de Judas.

—¡Cuánto me deleita verte aquí! —exclamó.

La sonrisa de Lucrecia no traicionó nada. Se quedó de pie ante Isabella, con su aspecto infantil, y sin embargo reservado; no con un vestido de color guinda a rayas de oro sino con telas oscuras que se adherían a su figura y que le sentaban aun mejor que los colores brillantes. A pesar de sus preocupaciones, continuaba siendo una muchacha esbelta y encantadora.

—Ven —dijo Isabella, abriendo la marcha hacia el interior del castillo—, anhelo mostrarte mis tesoros. Mi esposo ¿te ha entretenido de una manera adecuada?

Los ojos de Isabella eran burlones y crueles, llenos de sugerencia, dando a entender que sospechaba que Lucrecia era la amante de su esposo.

Lucrecia replicó:

—El marqués y sus amigos me dieron una calurosa bienvenida en Borgoforte. Temo que mi falta de ánimo los decepcionara.

—Entonces confío en que fueron capaces de levantarlo un poco.

—Siempre es reconfortante contar con buenos amigos.

—Alfonso no se sintió complacido por tu estadía allí como huésped de mi esposo, según deduzco. Es un marido celoso.

—No tiene necesidad de serlo.

La risa de Isabella se hizo sentir con fuerza.

—La duquesa ha hecho un largo viaje —dijo Francesco— y todavía no ha recuperado plenamente su salud.

—Perdonadme —dijo Isabella—. Tengo muy mala memoria. Nos refrescaremos, y luego te mostraré mis pinturas y estatuas. Juraría que raras veces has visto una colección mejor. Me enorgullezco de ella.

Isabella no se apartó de Lucrecia; vigiló a las dos ex amantes de su esposo mientras lo atendían, y debió admitir que parecían groseras al lado de la recién llegada.

Para Isabella, era evidente que Francesco había convertido a esa mujer en su amante o estaba decidido a lograrlo. Con su aire de inocencia, Lucrecia podía sugerir que no lo percibía, pero no engañaba a Isabella. “Es una Borgia”, pensaba Isabella, “y por consiguiente un monstruo.”

En los ojos de Isabella brillaba la luz de las batallas. “No habrá relación amorosa entre estos dos”, se dijo a sí misma. “Preferiría ver muerto a Francesco. Puede tener todas las mujeres del mundo, si lo desea, pero no ésta.”

Era una situación totalmente intolerable para Isabella. ¿Qué estaba ocurriendo detrás de esos ojos sumisos y astutos? ¿Acaso esa muchacha se estaba riendo de ella? ¿Estaba pensando en tomarse venganza por lo que había ocurrido en la boda?

Tomó a Lucrecia por el brazo y con la comitiva dieron la vuelta al castillo, pues Isabella tenía gran deseo de mostrar a Lucrecia los tesoros que poseía. Quería recalcar el hecho de que ella, Lucrecia Borgia, ya no era un poder en Italia, y que aun las posesiones que le quedaban eran inseguras.

Francesco estaba en el séquito, del mismo modo que las dos mujeres a

quienes Isabella había vestido con dos de sus trajes largos más atractivos. Parloteaban con tanta coquetería como sabían, pero Francesco a duras penas se daba cuenta de su existencia.

Lucrecia quedó admirada ante las hermosas obras de arte que Isabella le mostró, y aun ésta, mientras se jactaba de ellas, olvidó por breves instantes su enemistad hacia Lucrecia.

Isabella era una coleccionista nata, con un sincero amor por la belleza, y al detenerse ante el magnífico cuadro de Mantegna que pintaba los triunfos de Julio César, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Lucrecia se sintió afectada de modo similar, y durante un instante eso las acercó.

—Debe ser uno de los cuadros más hermosos de Italia —dijo Lucrecia.

Isabella asintió.

—Pintado para mí por Andrea Mantegna cuando Francesco se convirtió en marqués de Mantua.

Isabella había roto el encantamiento; inmediatamente fue ella misma una vez más. Pintado para mí. Arrogante y posesiva, queriendo decir: “Todo, este castillo, me pertenece, incluyendo a Francesco.”

Había hermosos cuadros de otros artistas de nota; Isabella se había asegurado de que todas las mayores obras de arte estuvieran alojadas en su palacio. Había obras de Costa y Perugino; en su poder estaban los libros más raros; adornos finamente cincelados en oro y plata y decorados con piedras preciosas. Tenía su gruta, a la cual llevó a Lucrecia, y allí, entre las esculturas más exquisitas del mundo, Lucrecia descubrió aquélla que tal vez fuera la más hermosa.

Sus ojos se posaron sobre el *Cupido Durmiente* de Miguel Ángel, que había estado en otros tiempos en posesión del duque de Urbino. Para Lucrecia, representaba algo más que una hermosa obra de arte hecha por uno de los artistas más brillantes del mundo, era un símbolo de la despiadada codicia de Isabella. Lucrecia recordaba que cuando aquéllos a quienes Isabella llamaba sus grandes amigos estaban en apuros sus primeros pensamientos no se habían referido a su seguridad sino al *Cupido Durmiente*, y a pedido de César había desterrado al duque y a la duquesa de Urbino, a cambio de la famosa estatua.

¿Pensaba Isabella en esto cada vez que contemplaba esa estatua exquisita? ¿En qué pensaba ahora? Los ojos burlones de Isabella se cruzaron brevemente con los de Lucrecia, como queriendo decir: “Comprende la clase de mujer que soy. ¡Despiadada con mis amigos, y con mucha mayor razón con mis enemigos!”

Pero había un tesoro que Isabella había dejado para el final para mostrar a su visita. Suponía, correctamente, que le causaría más envidia que cualquier otra cosa que pudiera mostrarle. Era el apuesto y joven heredero de Mantua, uno de los muchachos más hermosos de Italia: Federigo, hijo de Francesco e Isabella, quien necesitaba asegurarse de que Lucrecia, que en fecha tan

reciente había perdido al heredero de Ferrara, tuviera amplia oportunidad de envidiarle el heredero de Mantua.

Esa noche envió a la más joven de las ex amantes al dormitorio de su esposo, pero la mujer volvió y relató a Isabella que había sido despedida. Entonces Isabella envió a la segunda de las mujeres, pero también ésta fracasó y volvió para comunicarlo a su ama.

El dormitorio de Lucrecia estaba bien cuidado. Isabella había decidido que no disfrutaría del consuelo de Francesco durante sus noches de Mantua y después de una visita de dos días, en medio de una gran tensión, Lucrecia volvió a subir a la barcaza y se alejó de Mantua por el río, dejando tras ella a un amante insatisfecho y pesaroso y a su áspera y vengativa esposa.

La barcaza se deslizó en su viaje pausado por el río Po, alejándose de la corriente principal en camino hacia Ferrara, y se detuvo en Belriguardo, para dar algún descanso a los viajeros.

Aquí los esperaba una agradable sorpresa. Giulio estaba en la orilla, dándoles la bienvenida.

Besó ardorosamente la mano de Lucrecia y sus ojos buscaron aún más ardorosamente los de Angela.

—¡Pero... Giulio! —gritó Lucrecia—. ¿No deberías estar muy lejos?

—No temas —la tranquilizó Giulio—. No he violado mi promesa. Alfonso estaba en un estado de ánimo benigno cuando nació el bebé. Me dio licencia para volver a la corte.

—Me alegro, y también Angela se alegrará.

Angela debía alegrarse sin duda alguna. Además, estaba algo ansiosa; su embarazo se acercaba a su fin, y se volvía cada vez más difícil para ella ocultar su estado, que en ese momento varias de las mujeres adivinaban. En consecuencia, por amor a Angela, Lucrecia estaba encantada de ver a Giulio y aun más encantada de que Alfonso hubiese decidido perdonarlo.

Giulio explicó que había venido a Belriguardo para darles la bienvenida, y que iba a cabalgar adelantándose a ellas al día siguiente para avisar a la corte de su inminente regreso.

Lucrecia dispuso que él y Angela fueran dejados solos, y una vez que los enamorados se abrazaron, comenzaron a discutir sus planes.

—Debemos casarnos pronto —declaró Giulio.

—Si no lo hacemos —dijo Angela, con una mueca— nuestro bebé nacerá antes de que lo hagamos.

Giulio vaciló. Le dijo que anhelaba casarse con ella inmediatamente, pero que al mismo tiempo no deseaba enfadar a Alfonso.

—Ya ves, mi amada Angela —le explicó—, después de ese asunto del capellán, me advirtió que no debía haber más escapadas irreflexivas. Si las hubiera, me dijo, tal vez no me perdonara con tanta facilidad la próxima vez.

—No queremos más destierros —dijo Angela.

—No. Pero hablaré con Alfonso. No es irrazonable, y creo que si no hubiese sido desterrado ya podría haber concertado nuestra boda. La amenaza, desde luego, es Ippolito. Me odia, en gran parte porque sabe que me amas.

—¡Maldito sea Ippolito! —murmuró Angela—. Hará todo lo que esté a su alcance para impedir nuestro matrimonio. Lo sé. Pero seremos más listos que él. Lo primero es lograr el consentimiento de Alfonso.

—En tal caso iré mañana a Ferrara y lo consultaré inmediatamente sobre este asunto.

Cumpliendo con su palabra, Giulio parti6 de Belriguardo al día siguiente. Cabalg6 solo, pues no deseaba verse estorbado por asistentes. Había recorrido una escasa distancia cuando vio a jinetes que se acercaban, y sonrió cuando reconoci6 a su medio hermano Ippolito al frente del grupo.

—Te doy los buenos días, cardenal —le dijo en un tono insolente.

Ippolito se detuvo bruscamente y ech6 a su hermano una mirada de odio. Nunca había visto a Giulio tan apuesto, tan seguro de sí mismo.

—Pareces complacido contigo mismo —gritó Ippolito.

—Como lo estarías tú si estuvieras en mi pellejo.

—¿Acabas de dejar a la duquesa?

Giulio asintió.

—Y... a Angela —agreg6 en voz baja.

—He recibido noticias de esa muchacha.

—¿De que está por tener a mi hijo? —dijo Giulio.

—Hablas con orgullo de lo que debería llenarte de vergüenza.

—¿Vergüenza, hermano? ¿Cuándo darías tanto para estar en mi lugar?

Ippolito se sintió embargado por una súbita cólera. Pens6 en Angela y sintió hasta qué punto su deseo por la muchacha se había vuelto importante para él porque contenía más que una necesidad física; la forma en que ella lo rechazaba era el símbolo de mayor atractivo y poder de su hermano con las mujeres. Angela había dicho que le importaban más los hermosos ojos de Giulio que todo el poder y la riqueza del cardenal. Durante un instante la furia de Ippolito se desencaden6 sin control y cuando Giulio estaba por azotar a su caballo para partir, Ippolito grit6:

—Tomad a ese hombre. ¡Sacadle los ojos!

Sus mozos de cuadra vacilaron un instante, pero Ippolito rugió:

—Obedeced, bellacos, si no queréis que aquello que os ordeno que le hagáis os sea hecho a vosotros.

Fue suficiente. Cayeron sobre Giulio, lo mantuvieron con los miembros extendidos sobre el suelo mientras Giulio lanzaba salvajes gritos de agonía.

—Es suficiente —dijo Ippolito, y él y sus hombres se alejaron al galope,

dejando a Giulio enloquecido por el dolor, medio muerto, sobre el pasto manchado de sangre.

Pasaron algunas horas, y un viajero que pasaba a caballo llegó jadeante al castillo de Belriguardo para relatar el terrible espectáculo que había visto en la pradera cercana.

Angela, entre torrentes de lágrimas impotentes, cayó desmayada sobre el piso, en tanto que Lucrecia dio órdenes de que se confeccionara rápidamente una litera y que Giulio fuera traído de nuevo al castillo. Estaba presente un médico, pero ella envió mensajeros a Ferrara, pidiendo que todos los mejores médicos partieran enseguida hacia Belriguardo.

Y Giulio fue traído al castillo, más muerto que vivo.

Cuando Alfonso se enteró de la noticia, se encolerizó con Ippolito y se sintió lleno de piedad por Giulio. Luego lo dominó la aprensión. Lo que había temido siempre acababa de estallar: la enemistad en el círculo de familia.

Su primer impulso consistió en mandar a buscar a Ippolito y castigarlo severamente por el terrible acto que había cometido. Pero recordó rápidamente que era ante todo duque de Ferrara y que no debía permitir que sus sentimientos personales se interpusieran entre él y el bien de su ducado. Giulio tenía escasa importancia para Ferrara, mientras que Ippolito era un cardenal, y como tal permitiría obtener beneficios para Ferrara en el Vaticano. Por consiguiente, Alfonso no podía permitirse impartir justicia a expensas del hombre que después de él era el más poderoso en Ferrara. Además, Ippolito, a pesar de su temperamento altanero e ingobernable, en sus momentos más calmos era un estadista competente, y en muchas ocasiones su asesoramiento había sido invalorable para Alfonso.

Alfonso era un hombre simple, que asumía su deber seriamente. Deseaba hacer lo que era correcto y honorable: acababa de tomar las riendas del gobierno, y deseaba fervientemente que su padre hubiese estado vivo para manejar el terrible dilema en que se encontraba.

Mientras tanto, Ippolito había salido del estado de Ferrara, temiendo el severo castigo que se había ganado; y Alfonso sabía que muy pronto la terrible historia se difundiría en toda Italia, y que todos advertirían la debilidad de una casa real en que los hermanos guerreaban entre sí.

Escribió enseguida a su hermana Isabella y a su esposo Francesco, relatándoles lo que había ocurrido y su carta era un pedido de consejo. Cuando Isabella se enteró de lo ocurrido, se enloqueció por la cólera, pues una de las pocas personas a quienes amaba era su deslumbrante y joven medio hermano Giulio.

Raras veces Francesco la había visto tan conmovida.

—No puedo dejar de pensar en él —gritó—. Mi querido pequeño hermano... ¡cómo es posible haberlo dejado allí, sobre el pasto... en estado de agonía! Desearía matar a Ippolito. Y Alfonso pregunta lo que debería hacer. Debería citar a mi señor asesino a Ferrara y sacarle los ojos. Sería un justo castigo.

Francesco la observaba silenciosamente. “Es extraño”, pensaba, “pero creo que he terminado por odiar a Isabella.”

Sin embargo, Isabella amaba verdaderamente a Giulio. No comprendía el motivo por el cual Alfonso vacilaba. No comprendía que castigar a Ippolito significaría herir su gran orgullo y convertirlo en un enemigo de Alfonso y, por consiguiente, de Ferrara, por el resto de sus días. Ningún daño mayor podía inferir a Ferrara que una lucha entre esos dos hermanos e Isabella. Al instar al castigo de Ippolito estaba incitando también a debilitar esa estructura que era la casa de Este; sin embargo, en medio de su dolor, no podía advertirlo.

¿Y Francesco? Odiaba a la familia de los Este, del mismo modo que odiaba a Isabella. Odiaba su orgullo, esa arrogante presunción de que ellos y sólo ellos eran dignos de gobernar. ¡Qué le importaba la caída de Ferrara! Pero le importaba. El asunto era de gran trascendencia para él. Se sentiría secretamente complacido de ver la declinación de la familia de su esposa. Ferrara y Mantua nunca habían sido verdaderos amigos. ¡Y cómo odiaba a Isabella!

—¿Por qué te quedas ahí de pie sin decir nada? —preguntó Isabella—. ¿Acaso carece de importancia para ti que Giulio haya sido mutilado de esta manera?

—Estoy reflexionando —dijo él. Sus ojos brillaban detrás de sus pesados párpados—. Sin duda alguna, Ippolito debe ser llevado a la justicia.

Ella le tendió la mano y él la tomó.

“De este modo, y sólo de este modo”, pensaba él, “puedo dar rienda suelta a mi odio por Isabella.”

Ella se levantó.

—Enviaré enseguida médicos a Giulio. Por lo menos tiene una hermana que hará todo lo que esté a su alcance para salvarle la vida.

Se envió la respuesta a Ferrara. Pero por ese entonces Alfonso había examinado el tema con la mayor calma, y el duque de Ferrara se había impuesto al hermano sentimental del agraviado Giulio.

Ya había enviado un mensaje a Ippolito. Debía volver enseguida a Ferrara. Su ausencia debilitaba el ducado. Debían permanecer unidos, no importaba lo que ocurriera, contra todos aquéllos que se aprestaban a ser los enemigos del Estado.

Giulio estaba recostado en el oscuro cuarto. Sentía dolor... dolor todo el

tiempo. No podía evadirse del dolor, y aun mientras dormía se veía acosado por sueños de hombres crueles sobre él, con dagas en las manos; sentía de nuevo el dolor punzante en los ojos, y se despertaba, sintiendo aún más dolor.

Yacía inmóvil, odiando... odiando el mundo que había sido tan cruel para él, que lo había hecho fuerte, apuesto, alegre y que en una sola hora le había arrebatado todo lo que hacía buena su vida. El odio dominaba sus pensamientos y había un hombre en quien se concentraba todo ese odio, un hombre a quien anhelaba destruir, del mismo modo que él había sido destruido. El único pensamiento que lo reconfortaba durante esos días y esas noches de dolor era la venganza contra Ippolito.

Yacía recostado en el cuarto lleno de sombras; el menor rayo de luz lo podía hacer gritar de dolor. Pero mientras maldecía su suerte, recordaba que tenía buenos amigos: Isabella, Lucrecia, Alfonso, que habían enviado a los mejores médicos de Italia a su cabecera. No sólo le habían salvado la vida sino que habían impedido que quedara completamente ciego. Ahora sabía que había preservado la visión de un ojo, pues podía distinguir el contorno de los objetos en el cuarto ensombrecido. Sin embargo, mientras daba vueltas en la cama, deseaba que esos gentiles amigos hubiesen sido sus enemigos, que lo hubiesen dejado que muriera, tal como lo había hecho Ippolito.

Lucrecia entró en su cuarto. De formas esbeltas y llenas de gracia, era una presencia perfumada la que se inclinaba sobre su cama. Ella le tomó la mano y la besó.

—Queridísima hermana —murmuró él—. Mi queridísima Lucrecia. Habría muerto si no hubiese sido por ti.

Ella le tocó levemente la frente y él se esforzó por ver su rostro. No había espejos en el cuarto, y no sabía hasta qué punto había cambiado. Le habían quitado las vendas del rostro y al comienzo el aire había sido terriblemente doloroso sobre esas cicatrices.

—¿Puedes verme, Giulio? —preguntó ella.

—Sí, hermana. Tu rostro se vuelve más claro para mí a medida que lo miro.

—Entonces debemos alegrarnos, pues no vas a perder la vista.

—¿Angela? —preguntó él.

—El niño ha nacido —le dijo ella—. Lo hemos mantenido en secreto. No te preocupes. Hemos encontrado padres adoptivos. Serán bien pagados, y tal vez en poco tiempo más estarás en condiciones de reclamar al niño.

—Veo que te has ocupado de ambos, Lucrecia —dijo él con emoción.

—Sentí placer en hacerlo.

—¿Ha estado aquí Alfonso?

—No.

—Dispondrá que se haga justicia —gritó Giulio—. Sé que Alfonso es un hombre justo.

Lucrecia se mantuvo silenciosa, y Giulio prosiguió:

—Toda Ferrara sabrá que Alfonso no permitirá que nadie, aun el gran

cardenal Ippolito d'Este, me trate así.

—Angela espera para verte —dijo Lucrecia—. Y Giulio, hay otro. Ferrante está aquí.

Giulio sonrió. Lucrecia se obligaba a ocultar la repulsión que esa sonrisa suscitaba en ella, pues convertía en grotesca esa pobre cara mutilada.

—¡Ferrante! —dijo él—. Siempre fue mi amigo.

—¡Pobre Ferrante! —dijo Lucrecia. Tendrás que reconfortarlo. Está a la vez furioso y con el corazón destrozado.

—Por mi causa —susurró Giulio—. Mi actitud sería la misma si algo le pasara a Ferrante.

—Te enviaré a Angela —le dijo Lucrecia, y lo dejó.

Sintió el sudor sobre su rostro. Estaba aterrado. ¿Por qué no había espejos en su cuarto? ¿Por qué no se le permitía verse? Siempre se había preocupado mucho por su aspecto, se había pavoneado ante sus sirvientes con sus finas prendas de vestir, les había arrancado halagos. ¿Y ahora?

Angela estaba en el cuarto. Quedó de pie cerca de la puerta, y aunque él no podía verla con claridad, percibió su vacilación.

—¡Angela!

Trató de hablar con calma, pero su voz desfalleció.

Le pareció que Angela tardaba mucho en llegar a su cabecera.

—¡Vaya... Giulio! —susurró ella.

—Angela... acércate a mí...

Ella cayó de rodillas al lado de la cama, y él acercó su rostro al de ella; debía leer la expresión de sus ojos, pero los había bajado. Se estaba obligando a mirar. Lucrecia la había preparado. Aún podía recordar el urgente y triste murmullo de Lucrecia: “Angela, no le dejes saber... espera basta que esté más fuerte. Míralo directamente. Sonríe... no te acobardes...”

Pero la frívola Angela no había aprendido nunca a ocultar sus sentimientos. No podía mirarlo, no se atrevía.

Ella sintió que las manos de Giulio recorrían su rostro; le había tomado el mentón y la estaba obligando a mirarlo.

Lo miró fijamente, retrocedió; no podía ocultar el horror que se asomaba a sus propios ojos, pues en lugar del apuesto Giulio quien la estaba mirando era una espantosa máscara, la parodia de un rostro, cruelmente estropeado, con el ojo izquierdo enormemente hinchado, el derecho sin párpado. Intentó en vano reprimir el estremecimiento que la recorría.

Él la soltó como si fuera un animal ponzoñoso. Se reclinó de nuevo en sus almohadas, con la cabeza vuelta hacia el otro lado.

—Tú... tú te pondrás mejor, Giulio —tartamudeó ella.

Él le contestó:

—Todo el dinero del mundo, toda la justicia del mundo no me comprarán una nueva cara, Angela.

Ella trató de reír, y él detestó su risa. Detestó su debilidad y el daño que ella le hacía. Ippolito no sólo le había robado su belleza, sino también a

Angela. Había eliminado al apuesto y encantador Giulio del mundo y colocado a un monstruoso misántropo en su lugar.

Ella pareció alejarse de la cama. Le habló del hijo, pero él no tenía interés en la criatura, pues ¿qué haría el niño cuando enfrentara a aquello en que se había convertido? Se apartaría con horror. Todos lo harían, en el futuro.

—Santa Madre de Dios —gritó él súbitamente, en su angustia—, tú también fuiste cruel conmigo. Deberías haberme dejado morir.

Angela tenía un solo deseo: escapar.

—Volveré, Giulio —le dijo.

Pero él sacudió la cabeza y no quiso mirarla. Ella se fue y él comprendió que ella nunca volvería, que no volvería la Angela que lo había amado.

Podría haber llorado, pero ¿de qué manera un hombre, mutilado tal como lo estaba él, podía derramar lágrimas? Las lágrimas habrían mitigado su dolor, pero no había consuelo.

La puerta se abrió y alguien entró en el cuarto.

—Aléjate —gritó—. Aléjate de mí. No puedes engañarme. Soy monstruoso... monstruoso... y mirarme es embarazoso para todos vosotros. No me vengáis con vuestras mentiras. No me digáis que seré el mismo una vez más. No sirvo para nada, sino tan sólo para ser puesto en una jaula y llevado en un carro por las calles, para que la gente pueda salir de sus casas para reírse de mí... arrojarme piedras...

—Giulio... Giulio... esto es indigno de ti.

Lo atrapó un par de fuertes brazos y fue abrazado, alguien besaba sus cicatrices.

—¡Ferrante! —dijo—. Viniste, hermano.

—Vine, viejo bribón. He estado aquí varios días. No me dejaban verte. “¡No permitirme ver a mi viejo amigo Giulio!” gritaba yo. “¿Acaso no sabéis que es mi hermano y que él y yo hemos estado juntos en aventuras tan locas que no nos atreveríamos a hablar de ellas a ningún otro?”

—Esos días han pasado.

—Nunca.

—Mira mi cara, Ferrante. Ahora no me digas que estoy tan apuesto como siempre o que lo estaré, que todo será exactamente como era si soy un buen muchacho y tomo mis remedios.

Ferrante tomó la cara de su hermano entre sus manos. Esas fuertes manos no soltaron su presa y no hubo vacilaciones en la mirada que encontró la suya.

—Giulio —le dijo—, ahora yo soy tu apuesto hermano. En tu cara hay cicatrices que no desaparecerán nunca.

—Me has dicho la verdad, hermano.

—¿Dudaste de que te la dijera? Escucha, Giulio, en el futuro las mujeres no van a perder su virtud contigo con tanta facilidad. Pero tal vez lo hagan. Está Strozzi, el inválido. Las damas parecen serle muy afectas. ¿Quién puede responder de las mujeres?

—Ferrante, tratas de darme ánimo. Soy repugnante, una monstruosidad. Lo admites.

—Es verdad, hermano. Pero te acostumbrarás. Debes aceptar las cosas como son.

—Ferrante, dime ¿detestas mirarme?

—Hermano loco, nunca te quise por tus lindos ojos. Nunca me gustaron esas pestañas largas, esos labios rojos. No, era a mi hermano Giulio a quien yo quería. Es el mismo.

—¡Ferrante!

—Vamos, vamos... nada de escenas dramáticas, te lo ruego. Siempre fui malo para esas escenas. Me quedaré aquí, Giulio, hasta que te hayas recuperado plenamente. Tú y yo tenemos mucho que hablar. Alfonso es nuestro buen hermano. Por Dios, Ippolito va a pagar esto.

—Ferrante, hermano... quédate conmigo. De pronto, la vida me parece tolerable.

Entonces Ferrante abrazó a su medio hermano una vez más y Giulio soltándolo, le dijo:

—Hay lágrimas en tus ojos, hermano. Habría lágrimas en los míos si fuera posible. ¿Pero por qué habría que llorar? Yo pensaba que había perdido todo lo que hacía mi vida digna de ser vivida. Fui un loco, Ferrante, en olvidar que en mi vida aún estabas tú.

Lucrecia, un cercano testigo de la tragedia de Giulio, olvidó sus propias penas al contemplarla. Creía que se estaban acercando nuevos problemas. Alfonso nunca llevaría a Ippolito a la justicia, y en la sombría habitación de dolor donde Ferrante era un frecuente visitante, se discutían planes de venganza. Lucrecia sabía que sólo esos planes daban al pobre y torturado Giulio una razón de vivir.

En cuanto a Angela, aterrada de tener que mirar a su amante, ya no apuesto como antes, y cuyo rostro desfigurado la llenaba de horror, Lucrecia creía que lo mejor que podía hacer para ella era lograr que la muchacha se casara y se alejara de Ferrara.

Solucionó la atención del hijo de ese trágico amor del mismo modo que su padre había solucionado el de su propio hijo, el *Infante Romano*, fruto de otra trágica relación amorosa.

Alfonso colaboró en este terreno y por último se encontró un novio para Angela en Alessandro Pío, señor de Sassuolo, que era dueño de un pequeño territorio.

Angela se excitó ante la perspectiva del matrimonio y ante la posibilidad de escapar de Giulio y se absorbió en la preparación de su ajuar. Lucrecia compró un vestido de tela de oro para que la muchacha lo usara en su boda y se sintió feliz cuando la ceremonia terminó y Angela partió, si bien la echó de

menos, por más frívola que fuera, pues la muchacha era alegre y había sido absolutamente leal a Lucrecia.

Sólo mucho tiempo después tuvo el valor necesario para decir a Giulio que Angela se había casado y había partido.

Lucrecia interceptó a Alfonso en su camino al apartamento de Giulio.

—Alfonso — gritó—, debo hablarte... acerca de Giulio.

Alfonso estudió a su esposa. Suponía que era muy hermosa; había oído decir que lo era, era una lástima que no fuera su tipo. Le gustaban las mujeres con buenas carnes. No es que fuera enemigo de cumplir su deber con ella, pero parecía demostrar que era decepcionantemente estéril.

—Se debe hacer algo por Giulio —dijo ella.

Alfonso enarcó las cejas en actitud inquisidora.

—Han pasado todas estas semanas y no se intenta administrar justicia. Esto hace nacer pensamientos peligrosos en Giulio... en Ferrante.

—¡De modo que están complotando juntos!

—No complotan. Desean obtener justicia.

—Estás loca —dijo él— si piensas que puedo permitirme exiliar a Ippolito.

—¿Quieres decir que te encogerás de hombros ante lo que ha hecho?

—Estás hablando del cardenal Ippolito d'Este. No podría favorecer a un bastardo a sus expensas.

—¡Favorecer! No sugerí favores. Sólo justicia.

Alfonso parecía exasperado y Lucrecia, por una vez, abandonó su serenidad.

—Oh, sé que soy sólo una mujer —gritó—. Estoy aquí para tener hijos... nada más. Pero te digo esto, Alfonso: si no administras justicia de alguna manera, habrá problemas entre tus hermanos.

—Se debe evitar a toda costa problemas en la familia —dijo Alfonso—. Planeo reunir a mis hermanos; habrá una reconciliación.

—¡Crees que Giulio se reconciliará alguna vez con Ippolito!

—Debe hacerlo... por el bien de Ferrara.

Con el tiempo Alfonso los convenció de que se reunieran. Se colocó entre ellos, él, el poderoso hermano a quien ambos debían lealtad.

—Ippolito, Giulio, hermanos míos —dijo—, ésta ha sido la cosa más triste que yo he presenciado. Habría dado diez años de mi vida para que esto no hubiese ocurrido.

—No me mires —dijo Giulio con amargura—. Yo fui tan sólo la víctima.

—Giulio, te estoy pidiendo que olvides tus agravios. Te estoy pidiendo

que perdones a tu hermano.

—¿Por que no habla por sí mismo?

—Estoy muy disgustado de que haya ocurrido esto —dijo Ippolito, inclinando su altanera cabeza.

—¡Disgustado! —gritó Giulio—. Yo describiría mis propios sentimientos en términos más fuertes. Agarró una antorcha y la sostuvo sobre su cara. Mírame, Alfonso, y tú, cardenal, mira tu obra. Esta cosa monstruosa que veis ante vosotros es el que era vuestro apuesto hermano Giulio.

La voz de Alfonso se quebró por la emoción, mientras gritaba:

—Detente, te lo ruego. Giulio, mi querido hermano, detente. —Fue hacia él y lo abrazó—. Giulio, me conduelo por ti, hermano. Pero ahora piensa en Ferrara. Piensa en nuestra familia y en aras de nuestros antepasados, que hicieron grande a Ferrara, y en todos aquéllos que nos seguirán, no provoques problemas ahora. Perdona a tu hermano.

Y Giulio, llorando entre los brazos de Alfonso, murmuró:

—Lo perdono. Es asunto del pasado. ¡Viva Ferrara!

Era fácil decir que uno perdonaba, era difícil continuar en esa noble actitud. En su cuarto sombrío el pobre Giulio debía mentir, pues aun después de que pasó un cierto tiempo no toleraba enfrentar la luz. Escuchaba el sonido de una música distante de otras partes del castillo, y reflexionaba sobre los antiguos tiempos.

Ippolito se pavoneaba de sus hábitos, haciendo citas con hermosas mujeres. Era el mismo Ippolito que había arruinado la vida de su hermano y pensaba que había reparado su culpa bajando su altanera cabeza y diciendo que lo lamentaba.

Había un solo consuelo en su vida: Ferrante.

Su hermano pasaba la mayor parte de su tiempo en el cuarto de Giulio, donde hablaban de aventuras pasadas. A menudo lo hacía reír, pero esa risa era seguida siempre por la melancolía. ¿Que podían hacer las memorias del pasado sino conducir al melancólico presente? ¿Por qué no debían hablar del futuro? ¿Cuál era el futuro para él? preguntaba Giulio. Pasaba largas horas en el cuarto sombrío, y si se aventuraba afuera lo hacía enmascarado, para ocultar su monstruoso rostro, aun entonces la gente se alejaba de él, estremeciéndose.

Sólo había una forma de sacar a Giulio de su melancolía, y era hablar de venganza. Venganza contra Ippolito, el autor de sus desgracias; venganza contra Alfonso, que había tomado partido por Ippolito contra su hermano.

Los divertía hacer conspiraciones, fantasiosas conspiraciones que sabían que nunca podrían llevar a cabo.

Ferrante, siempre imprudente, buscaba medios para dar vida a las fantasías de su hermano, y un día Giulio, en un ataque de depresión gritó:

—¡Qué locos somos con nuestras simulaciones! Nuestras conspiraciones nunca estuvieron destinadas a ser llevadas a la práctica. Son juegos ociosos los que hacemos.

Desde ese instante Ferrante decidió que debían tramar una conspiración real, y se puso a buscar conspiradores que se les unieran. No era difícil encontrar hombres que creyeran haber sido maltratados por Alfonso; era aun más fácil encontrar a quienes experimentaban resentimiento ante los despóticos procedimientos de Ippolito. Estaba cierto Albertino Boschetti, que había perdido algunas de sus tierras, de las cuales se había apropiado Alfonso; y su yerno Gherardo de Roberti, que era capitán en el ejército de Alfonso, estaba dispuesto a unirse a la conspiración. Se encontraban con algunos más para discutir los métodos de envenenamiento de los Borgia. Se preguntaban si podían convencer a Lucrecia de que se convirtiera en una de ellos. Abandonaron este intento como algo imposible, pero un sacerdote, Gian Cantore di Gascogna, que tenía una hermosa voz y que por tal motivo había recibido favores del duque Ercole, se unió a los conspiradores por razones propias. Tal vez comprendiera que las conspiraciones no eran serias sino que constituían un simple medio de llevar un poco de excitación a la vida de Giulio. El sacerdote sólo había recibido la amistad de Alfonso, y en realidad lo había acompañado en muchos de sus lances amorosos.

Giulio vivía para las reuniones que se realizaban en su habitación sombría. A menudo de su apartamento salía el ruido de fuertes gritos. Un día, Lucrecia, al escucharlos, sonrió con alivio. No sabía lo que causaba esas risas.

Giulio estaba diciendo:

—En cuanto a Alfonso, no debería ser tan difícil. Tú, mi querido Gian, lo acompañas a menudo a sus humildes burdeles. ¿En consecuencia, qué podría ser más fácil? Logra que algunas de las muchachas te tengan confianza. Págalas bien. Harán cualquier cosa para cobrar algunos ducados. Y cuando haya bebido, átaló a su cama, y luego... no debería ser difícil encontrar a aquéllos que con sus dagas estén dispuestos a hacerle lo que se me hizo a mí.

La mujer era del gusto de Alfonso: voluptuosa y silenciosa. Prefería a las mujeres silenciosas. Habían bebido mucho, y él se sentía somnoliento; yacía extendido sobre la cama, esperando a la mujer, mientras ella rondaba por la habitación.

—Ven, date prisa, mujer —gruñó él.

Pero ella se rió y él se lamentó a medias de haber bebido tanto que se sintiera poco inclinado a levantarse. Ella se estaba arrodillando al pie de la cama.

Él gritó:

—¿Qué haces allí?

Ella continuó riéndose.

No sabía que él era el señor de Ferrara. Una parte del placer en esas corridas nocturnas consistía en que él se aventurara de incógnito.

Dio un tirón al pie. No se movió. Pero se sentía demasiado decaído para preocuparse, y ahora la mujer se movía en la cabecera de la cama.

Extendió un brazo para agarrarla; ella lo tomó por la muñeca y lo sostuvo. Se había movido por detrás de él y, manteniéndole el brazo extendido, lo besaba a intervalos.

Él se puso impaciente; no era hombre que gustara de los preliminares del amor. Le dio a entender que era un hombre práctico, no hacía secretos del propósito que lo había llevado allí. Por consiguiente, la demora lo irritaba. Pero esa noche se sentía extrañamente apático.

De pronto encontró que sus pies y sus manos estaban atados firmemente a los pilares de la cama, y que estaba a merced de esa mujer.

Ahora estaba alerta. ¿Con qué fin ella lo había atado de ese modo? ¿Cómo podía haber sido tan loco de quedarse boca arriba mientras se le hacía eso? De pronto comprendió. Se había deslizado algo en el vino que había tomado para producir esa laxitud.

Estaba en peligro, y la idea del peligro y la necesidad de una rápida acción disipó los vapores alcohólicos que tenía en su cabeza. En ese momento la puerta se abrió de par en par y ahí estaba Gian Cantore di Gascogna, el pícaro sacerdote de voz divina que, al igual que su amo, disfrutaba haciendo una gira por los burdeles.

—Librame, granuja —gritó Alfonso.

El sacerdote se acercó a la cama. Había sacado su daga del cinto. Levantó la mano como si estuviera por hundir el cuchillo en el corazón del duque.

—¡Basta! —gritó Alfonso—. Vamos, viejo bribón. Corta esta soga de una vez. Fue una broma bastante buena, y yo fui su víctima, pero ya ha terminado.

Alfonso había estado acostumbrado a mandar durante toda su vida, y había autoridad en su voz. Su risa retumbó con gran estrépito en su garganta, y el sacerdote, ante el hechizo de esa fuerte personalidad, se inclinó ante la cama y cortó las cuerdas.

Alfonso dio un salto; rió de todo corazón y dio una palmada a Gian en la espalda, llamándolo canalla.

Luego sacó a los empujones a Gian del cuarto. Gian se quedó afuera, del otro lado de la puerta, temblando.

Al llegar la primavera Alfonso partió de Ferrara en una de sus misiones en el exterior y, tal como era la costumbre, designó a Lucrecia como regente. No se podía ignorar a Ippolito, que era muy poderoso en Ferrara —el hombre más importante después de Alfonso— de tal modo que era necesario designarlo corregente.

Lucrecia se sentía feliz de poder contar con la ayuda de su cuñado, pues Ippolito, cuando no padecía por desaires imaginarios a su dignidad, era un estadista de no escasa habilidad.

Pero Lucrecia tenía conciencia de que el odio de Ippolito contra su medio hermano había aumentado a causa del terrible daño que le había hecho. Ippolito no podía alejar a Giulio de sus pensamientos, sabía que muchas personas deploraban lo que había hecho, y trató de adquirir una buena reputación a los ojos de Ferrara. Para hacerlo debía demostrar que Giulio carecía de valor, y como Ippolito tenía siempre muchos espías en el castillo, conocía plenamente las reuniones que se realizaban en los apartamentos de Giulio.

Escuchó gravemente el relato de Alfonso de la forma en que había sido atado a la cama de una prostituta, y Alfonso lo acusó de carecer del sentido del humor. Ippolito no dijo nada. Se proponía dar una lección a todos sus hermanos.

Que la conspiración hubiese empezado como un juego y que nunca hubiese sido otra cosa no le importaba a Ippolito. Estaba decidido a reivindicarse a los ojos del mundo, y al mismo tiempo a echar algún bálsamo sobre su propia conciencia.

No dijo a Lucrecia lo que se proponía hacer, pues creía que podría advertir a Giulio y Ferrante. Ella buscaba continuamente algún medio de hacer feliz a Giulio, e Ippolito no confiaba en ella.

Ippolito descubrió que se había preparado una emboscada para Alfonso en algún lugar de su viaje. Que eso fuera realizado sin entusiasmo carecía de importancia, y que los conspiradores hubiesen esperado en un lugar por el cual Alfonso no pasó era un detalle insignificante. Ippolito arrestó a Boschetti y a su yerno, los cuales, cuando fueron torturados, confesaron que había habido conspiraciones contra la vida de Alfonso e Ippolito, y que esas conspiraciones habían sido tramadas en el cuarto de Giulio.

Lucrecia vino al cuarto sombrío.

—Giulio —gritó, llena de alarma.

Él se sentó y la miró fijamente.

—Alfonso ha vuelto —prosiguió ella—, y algo anda mal. Boschetti y su yerno han estado aquí durante tres días. Están en prisión.

Giulio saltó de su cama: la visión de su pobre rostro martirizado hizo que Lucrecia deseara llorar.

—Son prisioneros de Ippolito —dijo ella—. Se habla de traición.

—¡De modo... que lo ha hecho! Me ha convertido en un monstruo y ahora quiere mi vida.

—Creo que es así —dijo Lucrecia—. Hay poco tiempo que perder. Debes partir enseguida, Giulio. No debes caer de nuevo en las manos de Ippolito.

—¿Piensas que me importa lo que será de mí?

—Giulio, debes vivir. Debes vivir para probar a Alfonso que no tenían la intención de quitarle la vida. Sólo hay una forma en que puedes hacerlo: escapando inmediatamente.

—¿Y dónde debería ir?

—Isabella, tu hermana, te quiere mucho. Odia a Ippolito por lo que te ha hecho. Ve a Isabella. Ella te ayudará. Y su esposo es un buen hombre.

Giulio besó las manos de Lucrecia, y pronto ella tuvo la satisfacción de oírlo galopar, alejándose del castillo.

Pero Giulio regresó a Ferrara. Volvió porque Ferrante estaba en las manos de sus enemigos, y Giulio no podía descansar en Mantua mientras Ferrante era su prisionero. Debía volver para explicar que sus conspiraciones no tenían raíces en la realidad. Habían tenido un centenar de oportunidades para matar a sus hermanos, pero no las habían aprovechado.

Isabella y Francesco habían escuchado los pedidos de Alfonso para que lo hicieran regresar, y le permitieron hacerlo sólo cuando Alfonso les dio su palabra de que la vida de Giulio sería respetada.

Giulio regresó entonces a Ferrara, donde en compañía de Ferrante se vio obligado a presenciar la bárbara ejecución de algunos de sus amigos.

Ippolito había ganado. Había asegurado a Alfonso y al pueblo de Ferrara que su rápida acción había salvado al ducado de una terrible guerra civil y de un derramamiento de sangre. La conciencia de Ippolito estaba a salvo. Había atacado a su hermano en un acceso de cólera; ¡pero vean qué canalla era este hermano: era un traidor a Ferrara!

Giulio y Ferrante fueron condenados a muerte, pero las sentencias fueron conmutadas por una prisión perpetua, y desde ese momento se los colocó en una de las torres del castillo de Ferrara, donde quedaron para acabar sus largas vidas, escuchando la música de los bailes que se realizaban en el castillo, el ruido de la gente que pasaba cerca de los muros. Tan cerca de la vida que habían conocido y sin embargo separados de ella; eran dos hombres jóvenes ante los cuales se extendían largos años, pero cuyas vidas habían terminado.

EL TORO EN EL POLVO

En la torre más alta de la fortaleza de Medina del Campo, César iba y venía por su cuarto, cerrando los puños, mordiéndolos, presa de una incontrolable furia.

—¿Cómo puedo tolerar esta vida? —gritaba a sus asistentes—. ¿Por qué debía ocurrirme eso a mí... a César Borgia? ¿Que he hecho para merecer tal destino?

Sus sirvientes se acobardaban ante él. Podrían haberle contestado que él había encarcelado a muchos hombres, y los había condenado a un destino peor que el que ahora padecía; pero nadie se atrevía a hablarle, aunque su silencio podía irritarlo tanto como las palabras.

No era tratado mal. En España era reconocido como un prisionero de rango. Tenía su capellán y sus asistentes, y no se le negaban enteramente visitas del mundo exterior. Pero para un hombre como César Borgia, que había soñado con dominar a toda Italia, este destino era el más trágico que le habría podido tocar en suerte.

Había momentos de furia en que nadie sabía lo que haría. Durante uno de esos momentos, mientras estaba en la prisión de Cincilla, levantó al gobernador entre sus brazos e intentó arrojarlo por sobre las almenas. César estaba demacrado por la enfermedad y la frustración, pero la cólera le dio fuerza y se salvó la vida del joven gobernador justo a tiempo.

Como resultado, César fue trasladado a esa alta torre en la fortaleza de Medina del Campo.

Cuando miraba a través de su estrecha ventana, podía ver el valle extendiéndose a lo lejos. Se sentaba a reflexionar durante horas, mientras contemplaba esa vista desde la rendija de la ventana. Anhelaba la libertad y todos los días maldecía su infausto destino, hasta tal punto que quienes estaban a su alrededor creyeron que se haría daño a sí mismo.

Entonces pedía material para escribir, con el objeto de dirigir una carta a su hermana.

—Lucrecia —gritaba en alta voz—. Eres la única amiga que tengo en el mundo. ¿Y qué puedes hacer por mí? Eres casi tan prisionera como lo soy yo.

¡Pensar que este nefasto destino pudo estarnos deparado a nosotros... los Borgia!

Se hundía en la melancolía, y nadie se atrevía a acercársele.

Pero hubo momentos de esperanzas. Había oído decir que el rey Fernando no estaba complacido con la obra del Gran Capitán Consalvo de Córdoba, en Nápoles, y que consideraba que era un traidor a su país. Fernando tenía un plan. Liberaría a César Borgia, lo pondría al frente de un ejército y lo enviaría a pelear en nombre de España, contra Córdoba. Córdoba era el hombre que había entregado a César en manos de España, pero ahora para Córdoba no sería un prisionero. Fernando decidió que César era el hombre adecuado para someter al Gran Capitán.

De este modo nació la esperanza. Hubo risas en la torre de Medina del Campo. César gritó:

—Pronto marcharé al frente de mi ejército. Pronto estaré en Nápoles. Moría, amigos míos, por un poco de aire italiano. Pensar que lo respiraré me reaviva.

Discutió sus planes con sus visitantes, pasaba horas enteras extendido sobre el piso, estudiando mapas. Había una atmósfera de excitación en la torre, hasta que llegó la noticia de que Fernando había cambiado sus planes y había partido personalmente hacia Nápoles.

Entonces pareció que la locura se apoderaba de César. Se arrojaba contra las paredes de la torre de tal modo que sus servidores estaban seguros de que se haría daño. Se quedaba de pie cerca de la ventana, mirando hacia abajo, y todos creían que planeaba arrojar al vacío.

El conde de Benavente, un noble que vivía en las cercanías, había visitado a César por curiosidad y había quedado fascinado. Este conde, viendo ideas de suicidio en los ojos de César, le dijo:

—¿Estáis pensando en arrojaros por la ventana, amigo mío?

César contestó:

—Sería una escapatoria de algo que se está tornando rápidamente intolerable.

—Por la ventana, sin duda alguna —dijo Benavente—. Pero ¿por qué saltar? ¿Por qué no bajar por medio de una cuerda?

—Tengo a mis visitantes —dijo César—. Soy tratado como un prisionero de cierto nivel. Pero mis carceleros no permitirían nunca que se me trajera una cuerda.

—Podría arreglarse —dijo Benavente.

Ahora César tenía un objeto en su vida. Su ánimo se levantó y la antigua vitalidad volvió a él. Su capellán y su sirviente García estaban en el complot y con el tiempo, poco a poco, se introdujo clandestinamente la cuerda en la torre.

Llegó el día en que, temeroso de que los guardianes pudieran sospechar algo, César les pidió que no hubiera más demoras. Los trozos de cuerda fueron unidos de una manera segura y se planeó la huida para una noche que con

seguridad sería oscura.

García descendió primero y, para su horror, descubrió, cuando llegó al extremo de la cuerda, que estaba demasiado lejos del suelo para saltar con seguridad. Pero debía saltar y lo hizo. Cayó en el foso que rodeaba al castillo, y se rompió las piernas. Por ese entonces César había descendido y advirtió lo que ocurría; no había más alternativa que saltar; lo hizo, y, al igual que García, se rompió ambas piernas, del mismo modo que las muñecas y varios huesos de los dedos.

Retorciéndose de dolor, maldiciendo su mala suerte, quedó tendido en el suelo. Pero poco tiempo después Benavente llegó de prisa hasta él y al ver su estado lo levantó con la ayuda de su mozo de cuadra y lo puso sobre un caballo.

Los dolores de César eran terribles, pero por lo menos había escapado. En cuanto a García, no había tiempo para salvarlo, pues ya en el castillo se había dado la alarma.

García, que había quedado allí, fue capturado y ejecutado. César, en cambio, fue llevado por Benavente a Villalón, para recomponer sus huesos y recuperarse en medida suficiente para emprender el viaje que había planeado hasta el reino de Navarra, gobernado por su cuñado.

Después de un cierto tiempo se repuso y, después de dar las gracias a su amigo Benavente, partió y con dos asistentes se dirigió a caballo a toda prisa hacia Navarra.

Lucrecia nunca dejó de pensar en su hermano.

Esa época provocaba ansiedad. Julio estaba demostrando ser un papa belicoso y, aunque durante la vida de Alejandro había sido su áspero enemigo, deplorando el ambicioso deseo de someter a los estados vecinos de Italia, ahora que estaba seguro de su propio poder estaba decidido a recuperar los estados papales para la Iglesia; y parecía que su política se desarrollaba según lineamientos similares a los que había seguido Alejandro.

Concertó una alianza con los Orsini, casando a su hija Felice della Rovere con Gian Giordano Orsini; su sobrino Niccolo della Rovere se casó con Laura, la hija de la hermosa Giulia, esposa de Orsino Orsini. Algunos decían que Laura era la hija de Alejandro, pero Julio optó por ignorarlo y la aceptó como una Orsini.

Después de hacer la paz con los Orsini y los Colonna, Julio se sintió seguro en el frente interno; por consiguiente, estaba preparado para conquistar nuevos territorios, y salió para atacar a los Baglioni de Perugia y los Bentivoglio de Bologna.

Los Bentivoglio habían sido siempre firmes amigos de la familia Este, pero Ferrara se había visto obligada a establecer una alianza con la Iglesia. Sin embargo, Julio no había tenido nunca una gran opinión de Ippolito, y lo había

reprobado a menudo por sus vanos vestidos y modales, sugiriendo que se comportaba más como una mujer que como un hombre y que no se conducía de una manera adecuada para un miembro del Sacro Colegio. Además, los recientes acontecimientos de Ferrara, lo habían escandalizado y consideraba que Alfonso había procedido mal al no castigar a Ippolito por su terrible ultraje a Giulio.

Por consiguiente, en Ferrara había rumores de que la amistad entre ellos y el Papa tenía un carácter agitado, y que cuando el Papa hubiese concretado su conquista de Perugia y Bologna, tal vez dedicara su atención a Ferrara.

Lucrecia sentía aprensión y estaba dispuesta a enfrentar cualquier situación de terror que pudiera sobrevenir; no pasaba un solo día sin que pensara en esos dos jóvenes que habían sido sus frecuentes compañeros y que ahora estaban encerrados en la torre del castillo. Se podía desencadenar el desastre, rápido e inesperado. ¿Podría saber lo que ocurriría al día siguiente?

Su vieja amiga, Giulia Farnese, le escribía de vez en cuando. Estaba instalada una vez más en la corte papal, ahora que su hija Laura se había casado con el sobrino del Papa. Giulia recordaba los viejos tiempos en que habían sido constantes compañeras, se habían lavado juntas el cabello y competían por la atención de Alejandro. Escribía sin nostalgia, lo cual significaba que ahora la vida para ella era tan buena como lo había sido en los tiempos de Alejandro; Lucrecia había oído que Giulia, que aún ahora sólo tenía algo más de treinta años, era considerada como la mujer más hermosa y atractiva de Roma. Estaba rodeada de admiradores y aun su joven hija, si bien era una belleza, no podía competir con ella.

Giulia había conocido grandes triunfos. No así Sanchia, su otra amiga. Había muerto recientemente en Nápoles, en la flor de la edad y la belleza, profundamente lamentada por su último amante, Consalvo de Córdoba, el Gran Capitán que había atraído con engaños a César al Castel del Ovo para poder hacerlo prisionero de España.

Fue en esta atmósfera inquieta que estalló la gran noticia.

Lucrecia estaba con sus mujeres cuando oyó que un mensajero se encontraba abajo, con noticias de tanta importancia que se negaba a comunicarlas a cualquiera que no fuera la propia Lucrecia.

El paje se arrodilló a sus pies y le confió la gran noticia: César estaba libre. Había llegado a Navarra. Ahora se estaba preparando para recuperar todo lo que había perdido. Necesitaba la ayuda de la persona en quien confiaba más que en cualquier otra en el mundo.

Al escucharlo, Lucrecia se sintió joven de nuevo. Rió como no había reído durante mucho tiempo. Luego tomó al paje entre sus brazos y le besó la frente.

—Nunca pasarás necesidad mientras vivas —le dijo— por traerme esta noticia.

Lucrecia estaba alegre. Tenía otra razón de regocijarse, además de la huida de César: había llegado un huésped a Ferrara, y se iba a dar un baile en su honor.

No había comprendido el placer que este acontecimiento le daría y se asombraba de poderse sentir tan feliz. A menudo miraba la torre en la cual estaban encarcelados esos dos jóvenes y pensando en el melancólico giro de la vida de Giulio, había estado al borde de las lágrimas. Había rogado a Alfonso, y se permitió que los dos hermanos estuvieran juntos. Ella sabía qué consuelo sería eso para ellos, y por cierto fue un día muy feliz aquel en que se dijo a Giulio y Ferrante que su encierro ya no sería solitario.

Pero no se permitía a Lucrecia que los viera, pues Alfonso había prohibido que se los visitara. Advirtió a Lucrecia que no había que pronunciar más sus nombres. Había demostrado misericordia para sus hermanos, los cuales, según declaró habían complotado contra su vida; estaban juntos en cautiverio, y se les permitía tener una ventana desde la cual podían mirar el mundo. Serían alimentados y vestidos hasta que murieran; Alfonso había encargado a algunos hombres atender ese aspecto de sus vidas. Pero se podía considerarlos como muertos, en cuanto a sus relaciones con todos los demás.

—¿Por qué los tratas así? —pidió Lucrecia—. ¿Acaso es porque tú, al igual que Ippolito, no te atreves a mirar la cara de Giulio y darte cuenta de tu propia injusticia?

Los ojos de Alfonso eran fríos.

—Si te ocuparas de tus asuntos y dejaras los míos para mí solo, me sentiría más complacido contigo —le dijo.

—¿Acaso no es de alguna manera mi asunto? —preguntó Lucrecia con desacostumbrada pasión—. ¿No soy tu esposa?

—Te ruego que lo recuerdes —le contestó Alfonso—. La tarea de una esposa consiste en proporcionar hijos a su esposo, y no has tenido éxito en este aspecto.

Eso la sometió. Se veía siempre sojuzgada por su incapacidad de producir un heredero.

Pero en las semanas siguientes quedó embarazada de nuevo y Alfonso demostró una actitud algo más cálida por ella.

Y ahora debía dejar de pensar en esos dos desdichados prisioneros. Estaba embarazada, y rogaba que esta vez Alfonso no quedara decepcionado. Pero lo que la hacía tan feliz era que hubiera un huésped en el baile el cual, ella no lo dudaba, había hecho el viaje a Ferrara con el fin de verla: ese huésped era Francesco Gonzaga.

Se puso un vestido hecho de tela de oro con terciopelo y brocado; se dejó el pelo suelto, con un gran diamante sobre la frente.

Su viejo amigo, Ercole Strozzi, le susurró que nunca la había visto tan

hermosa como esa noche. Le sonrió muy complacida. Desde su relación amorosa con Pietro Bembo, Ercole Strozzi había sido uno de sus más fieles amigos. Era agradable sentarse con el poeta e inválido para hablar de poesía y de música; y hablar de los días pasados en Ostellato parecía traerlos de vuelta, dotados de una nueva belleza.

Pero esa noche, pensaba en Pietro Bembo como si fuese una figura irreal; ahora ese amor parecía algo que hubiese leído en un poema, demasiado frágil para ser verdadero, demasiado enrarecido para ser real. Y aquí estaba un hombre que era viril, un hombre que haría despertar sus sentidos y hacerla sentir joven, como lo había sido en la época en que había amado a Pedro Caldés y Alfonso de Bisceglie.

Francesco, en calidad de huésped de honor, le tomó la mano y la condujo en la danza, y sus ojos eran ardientes por detrás de los párpados pesados.

—Parecería que hubieran transcurrido muchos años después de que me despedí de vos en Mantua —le dijo él. ¿Isabella os hirió mucho, Lucrecia?

Lucrecia sonrió.

—No —contestó—. En esa época nada podía herirme. Vos me habíais hecho sentir muy bienvenida.

—Me propongo poner una coraza a vuestro alrededor... una coraza protectora para resguardaros contra su malicia. Os odia porque yo os amo.

—Me odiaba cuando apenas os percatabais de mi existencia.

—Me percaté de vuestra existencia desde el primer día en que nos encontramos. Ahora nada se interpondrá entre nosotros. Ni Alfonso ni toda Ferrara. Ni Isabella con toda su malicia.

—No podríamos ser amantes, Francesco —le dijo—. ¿Cómo podríamos serlo? Es imposible.

—¡Un amor como el que siento por vos puede conquistar lo imposible!

—Venid, debemos bailar —le dijo ella—. Somos observados, lo sabéis. Todos se preguntarán de qué estamos hablando con tanta seriedad.

—Deben saber que os amo. ¿Cómo podría actuar cualquier hombre de otro modo?

—Tengo mis enemigos —dijo ella—. Pero bailad, os lo ruego, Alfonso observa.

—Maldito sea Alfonso —murmuró Francesco.

Lucrecia bailaba siempre con la gracia y el encanto más grandes. Había deleitado a su padre y a sus hermanos, y Alejandro hacía despejar el salón cuando Lucrecia bailaba. Aquí en Ferrara llamaba la atención, y muchos observaban cuando ella daba vueltas por la pista.

Esa noche, parecía inspirada. Irradiaba felicidad. Estaba llena de tanta alegría como la que había tenido antes de la muerte de su padre, y los que la observaban se maravillaron.

—Esta noche Madonna Lucrecia está feliz —se decían los invitados el uno al otro, y reían tras sus abanicos. ¿Tenía algo que ver con su atrayente pareja? Francesco Gonzaga no podía ser considerado como un hombre apuesto, pero

se sabía que atraía a las mujeres.

—¿Cómo podemos encontrarnos... solos? —preguntó Francesco apasionadamente.

—No podemos —le dijo ella—. No me lo permitirían nunca. Somos vigilados de cerca. Mi esposo me observa, y me pregunto también cuántas personas de vuestro séquito son espías de Isabella.

—Lucrecia, a pesar de todo debemos encontrarnos.

—Debemos planearlo con cuidado —le dijo ella.

Había otro tema que ella no olvidaba mientras bailaba con Francesco y permitía que sus sentidos se animaran por su deseo de ella: la necesidad de ayudar a César. ¿Quién podía ser más útil a César que el poderoso marqués de Mantua, el gran soldado a quien el Papa había hecho Capitán General de sus ejércitos?

—¿Os habéis enterado de la huida de mi hermano? —preguntó ella.

Él asintió.

—Fue uno de los mayores pesares de mi vida que mis esfuerzos en su favor fracasaran ante el rey de España.

—Hicisteis lo posible para ayudar. No creáis que lo olvidaré nunca.

—Daría mi vida para servirlos.

Lo único que podían hacer era bailar juntos. Sólo así podían tocarse las manos y cuchichear. Bailaron y bailaron hasta la madrugada, y Lucrecia parecía de nuevo una niña.

No comprendió hasta qué punto estaba agotada hasta que sus mujeres la ayudaron a acostarse. Entonces se quedó tendida como en un sueño, con los ojos brillantes, recordando todo lo que él le había dicho, la forma en que la había mirado.

“Estoy viva de nuevo”, se dijo. “César está libre, Francesco Gonzaga me ama y yo lo amo a él.”

Lucrecia se despertó. Aún no había amanecido. Algo iba mal, y mientras sentía el gusto salobre de la transpiración en los labios, de pronto experimentó un agudo dolor.

Llamó a sus mujeres, que acudieron corriendo a su cabecera.

—Estoy enferma —dijo ella—. Siento como si estuviera cerca de la muerte.

Las mujeres se miraron entre sí con alarma. Comprendieron.

Llegaron los médicos; asintieron con gravedad. Hubo cuchicheos en todo el apartamento.

“Fue una locura de su parte bailar como lo hizo. Es seguro que al hacerlo ha perdido al heredero de Ferrara.”

Alfonso irrumpió en su apartamento. Estaba demasiado furioso para contener su cólera.

—De modo —gritó— que has perdido a mi hijo. ¿De qué me sirves como esposa, eh? Bailas toda la noche poniendo en peligro a nuestros herederos. ¿De qué me sirves?

Débil y enferma, ella lo miró con una actitud de súplica.

—Alfonso... —comenzó—. Te ruego por Dios...

—¡Te ruego por Dios...! Por cierto, serás una pordiosera si no cumples con tu deber, mujer. Este es el tercer hijo que has perdido. Yo te digo que no tienes noción de tu deber aquí. Traes costumbres frívolas de Roma a Ferrara. No lo toleraremos, te lo advierto.

Lucrecia asumió un aspecto lánguido, y al ver su fragilidad Alfonso se enfureció aún más. Quería una mujer grande y fuerte, robusta, sensual y capaz de tener hijos.

Conocía los peligros que amenazaban los estados que no tenían herederos. Ippolito ya había creado problemas: estaban los dos prisioneros en la torre del castillo. Debía haber un heredero. Lucrecia debía dejar de decepcionarlo, o bien le sería necesario conseguir una nueva esposa.

Ya no podía tolerar mirarla recostada entre sus almohadones, elegante aun en su estado actual. La prueba que había pasado la había vuelto más delgada que nunca.

—¡Eres incapaz de darme hijos! —gritó.

Salió a grandes pasos del cuarto, y Lucrecia se recostó hacia atrás, agotada y temblorosa.

La melancolía se apoderó de ella. No había noticias de César, Francesco se había ido y había una amenaza en las últimas palabras de Alfonso.

Alfonso recorría a grandes pasos la ciudad. Iba vestido como un mercader común, porque no quería ser reconocido, no deseaba que sus súbditos lo vieran en ese estado de ánimo colérico. Estaba arrepentido de haber concertado esa boda con la familia Borgia. ¿De qué servían los Borgia ahora? Su influencia había muerto con Alejandro. Alfonso no creía que César recuperara algún día sus dominios. Lucrecia aún era rica, y eso era lo bueno, pero no era rica en hijos.

Con toda seguridad no se podía permitir que en Ferrara estuviera con ella el hijo que había tenido con el duque de Bisceglie. Había que hacerle comprender que su posición era muy precaria y que continuaría siéndolo hasta que diera un heredero a Ferrara.

Pasaba por una humilde vivienda, y al hacerlo vio que una hermosa muchacha se asomaba a la calle. Llevaba un canasto, del tipo que se usaba para los tocados, y caminaba con gracia.

Alfonso se sintió inmediatamente interesado, y tan grande fue su interés que olvidó su resentimiento contra su esposa.

Siguió a la muchacha. Ella entró en una de las grandes casas, pero Alfonso comprendió que pronto saldría, pues había adivinado que ella estaba entregando un tocado a la dueña de esa casa.

Tenía razón. Pronto ella apareció. Raras veces Alfonso había visto un rostro y una figura que lo atrajeran con más fuerza. Caminaba con una gracia felina, aunque tenía caderas y busto muy grandes. Su largo cabello caía hasta la cintura, estaba despeinado, tal vez un poco grasiento; su piel era morena. Tal vez ella lo había atraído porque era muy distinta de la elegante esposa que acababa de dejar. La alcanzó.

—Tienes prisa —le dijo, posando la mano sobre su brazo desnudo.

Ella le dirigió una mirada sorprendida. Sus grandes ojos eran suaves y apacibles.

—No tengo prisa —le contestó.

—Está bien, porque me gustaría hablar contigo.

—Debo volver a la casa de mi madre —dijo ella.

—¿La que fabrica tocados? —preguntó él—. Te vi partir con el canasto en el brazo.

De pronto ella lo reconoció: se volvió hacia él y le hizo una reverencia.

—¿Me conoces?

—Os he visto cabalgando por las calles, mi señor duque.

—No temas —dijo él suavemente. Me gustaría conocer tu nombre.

—Es Laura Dianti.

—Laura Dianti, la hija de la fabricante de tocados —repitió él—. Creo que seremos amigos.

Habían llegado a la pequeña casa. Ella abrió la puerta. El interior era oscuro.

—No hay nadie en casa —dijo ella—. Mi madre está en la casa de una dama, haciendo un tocado...

—Tanto mejor —rió Alfonso.

Él la agarró. Ella no se le resistió. Era una mujer de carne y hueso, la mujer que necesitaba para hacerle olvidar su frustrada cólera contra Lucrecia.

Estaba muy contento; y así también parecía estarlo Laura Dianti, la hija de la fabricante de tocados.

Pronto Lucrecia se recuperó del aborto. Ahora había muchos motivos para estar contenta. César era un hombre libre, ella había creído constantemente de una manera tan firme en su destino, tan similar a un dios le había parecido siempre, que en su fuero interno estaba convencida de que ahora lograría todos sus deseos.

Cuando algunos de los cardenales más jóvenes entraron en Ferrara,

precedentes de la comitiva de Julio que en ese momento estaba instalada en la cercana Bologna, Lucrecia se sintió tan animada como lo había estado en el momento de llegar a Ferrara. Olvidó las amenazas de Alfonso porque, rodeada por cardenales, recordó los antiguos tiempos en Roma, el homenaje que esos hombres le brindaron la hizo sentir de nuevo joven e importante.

Francesco pasaba por Ferrara una vez más y esta vez ella estaba decidida a encontrar algún medio de reunirse privadamente. Comenzó a diseñar en forma afiebrada nuevos vestidos, y pasó tanto tiempo ocupándose de estas frivolidades que el fraile Raffaele da Varese, un estricto sacerdote de la corte, comenzó a predicar sermones contra la perversidad de la vanidad femenina, e incluso condenó la utilización de cosméticos.

Lucrecia y sus damas fingieron escucharlo con gravedad, pero hicieron caso omiso de sus advertencias de fuego eterno. Había alegría en los pequeños apartamentos del balcón; y al lado de Lucrecia estaba siempre el poeta renco, Ercole Strozzi.

Alfonso sentía aversión por él; no encontraba ninguna utilidad en los poetas y, dado que había reemplazado a su padre en el gobierno, la vida se había vuelto menos fácil para Strozzi. Ciertas tierras que le habían sido concedidas por el duque Ercole habían sido reclamadas por Alfonso. Strozzi le podría haber perdonado eso, pero lo que lo encolerizaba era la actitud de Alfonso hacia su obra literaria.

Alfonso reía maliciosamente cuando se leían poesías, y muchos en la corte estaban dispuestos a seguir el ejemplo del duque.

Además, Strozzi era un gran amigo de Francesco Gonzaga, y Francesco y Alfonso nunca se habían querido; ahora que Francesco deseaba la esposa de Alfonso, era aun menos probable que se quisieran.

La actitud de patronazgo que Strozzi había asumido sobre Lucrecia durante la relación con Pietro Bembo persistía. Había un fuerte vínculo entre Strozzi y Lucrecia, que ninguno de los dos comprendía. Existía un profundo afecto, si bien en ningún momento se había producido ninguna sugerencia de que fueran amantes.

Ahora Strozzi estaba enteramente dedicado a la hermosa Bárbara Torelli, a quien Lucrecia, después de escuchar su triste historia, había tomado bajo su protección.

Strozzi era un artista, anhelaba crear, y como sentía que su poesía era en cierto modo inadecuada, deseaba utilizar su capacidad creativa para moldear las vidas de la gente que amaba.

Bárbara Torelli había apelado a su piedad, pues la de ella era una historia muy trágica. Se había casado con Ercole, uno de los Bentivoglio de Bologna, un sensualista de la más baja estofa, a quien los cultos modales de Bárbara provocaban un gran deseo de humillarla. En consecuencia, había decidido hacerle la vida tan desdichada como le fuera posible, y su mayor placer consistía en imaginar medios para insultarla. Llegó un momento en que invitó a un obispo a su casa y le ofreció alquilarle a Bárbara durante un cierto

período, por la suma de mil ducados. Bárbara se negó a aceptar la transacción, después de lo cual su esposo le dijo que si ella no accedía la acusaría públicamente de tratar de envenenarlo. La réplica de Bárbara fue dejarlo. Buscó refugio en Mantua y se alojó en un convento, bajo la protección de Francesco Gonzaga.

Fue Francesco quien hizo conocer su historia, y si bien no logró inducir a Ercole Bentivoglio a devolver su dote, se suscitó mucha simpatía hacia Bárbara.

El poético Strozzi se sintió profundamente conmovido por su historia; trató de conocerla, y su encanto y dignidad en la adversidad lo conmovieron tanto que se enamoró profundamente y se casó con ella. En cuanto a Bárbara, encontró en ese segundo Ercole un contraste tan grande con el primero que comenzó a retribuirle su afecto, y el apasionado y tierno amor entre Ercole Strozzi y Bárbara Torelli se convirtió en una fuente de inspiración para muchos de los poetas de esa época.

Lucrecia se había conmovido igualmente con la historia de Bárbara y con la devoción de Strozzi hacia ella, y le pareció la cosa más natural del mundo que ella le ofreciera su protección. Por este motivo Bárbara se convirtió en un miembro del círculo de Lucrecia, y Strozzi anhelaba retribuir a ella y a Francesco todo lo que habían hecho por Bárbara, al mismo tiempo que buscaba vengarse de Alfonso, que no sólo lo había privado de su propiedad sino que era tan grosero que no podía apreciar sus poesías.

Por ese motivo, cuando Francesco llegó una vez más a Ferrara, Strozzi decidió utilizar todo su ingenio para que los enamorados pudieran encontrarse en la intimidad que deseaban.

La relación amorosa de Lucrecia con el atrayente soldado floreció bajo los cuidados de Strozzi, y hubo reuniones entre los amantes mientras Strozzi, Bárbara y los pocos amigos íntimos y de confianza proporcionaban la cobertura necesaria.

Durante esas semanas Lucrecia comenzó a amar a Francesco con la fuerza que llega con la madurez. Francesco declaró que su único deseo consistía en hacerla feliz; ella lo creyó, y de este modo pasaron esas semanas idílicas.

Era de noche, y César, con su ejército, estaba acampado alrededor del castillo de Viana.

Una terrible melancolía se apoderó de él al llegar a la entrada de su tienda y al contemplar el cielo estrellado. Había terminado por comprender que sus sueños nunca serían más que sueños, que había vivido su vida de una manera inconsiderada y no había logrado ver la verdad: que toda su grandeza provenía de su padre.

Ahora, en ese pequeño campamento, el pequeño comandante de esa

pequeña guerra era un hombre decepcionado, un hombre sin importancia.

Él, César Borgia, debía verse a sí mismo en esa noche trágica, tal como era realmente.

Había ofrecido sus servicios a su cuñado, el rey de Navarra, y ésta era la tarea que le había sido asignada: debía romper el sitio del castillo de Viana y derrotar al traidor Louis de Beaumont. Tal vez, si pudiera probar que aún era el mismo César Borgia que había infundido terror en los corazones de tantos durante la vida de su padre, aún lograría la ayuda que necesitaba para recuperar su reino.

¿Pero de qué servía todo? Debía enfrentar la verdad. ¿Qué era ahora de los Borgia? ¿Quién se preocupaba por el emblema del Toro que Pastorea? Alejandro, el más afortunado de los hombres, había muerto en el poder, pero se había llevado con él el poderío de los Borgia.

La esposa de César, Charlotte d'Albret, no hacía ningún esfuerzo por ayudarlo. ¿Por qué debía hacerlo? Él la había olvidado cuando no necesitó de su ayuda. Había escapado del rey de España, y el rey de Francia se había convertido en su enemigo. ¿Cuál era su posición con su cuñado? No se hacía ilusiones. Si el rey de Francia le pidiera que lo entregara, el rey de Navarra no se negaría.

Estaba solo y sin amigos. Había una sola persona en el mundo en quien podía confiar: su amada Lucrecia lo daría todo por ayudarlo.

¿Pero qué era de Lucrecia? Su poder se había desvanecido, como el suyo propio, pues ambos eran Borgia y sus peligros eran también los de ella. Sabía que Lucrecia daría su vida por él, pero era todo lo que podía darle.

“Pequeña Lucrecia”, murmuró, mirando las estrellas. “¿Qué grandes sueños tuvimos en nuestra nurserí, no es cierto? Y sueños aun más grandes cuando nuestro padre gobernaba en el Vaticano. Sueños, mi querida, sólo sueños. Es un hecho que yo no acepté hasta esta noche. Es significativo que lo haga ahora. César Borgia se creía capaz de gobernar el mundo, pero ahora veo que mis ociosas fantasías eran sueños.”

Hubo un súbito tumulto en el interior del campamento. Uno de sus hombres gritó que el enemigo estaba llevando víveres al castillo aprovechando la oscuridad.

—¡A caballo! —gritó César, y saltó sobre la silla de montar.

Pudo ver que la partida cabalgaba con gran prisa hacia el castillo, gritó a sus hombres que lo siguieran, y partió al galope. Avanzó con furia tan loca que se alejó de todos sus seguidores. Alcanzó el pelotón que había hecho la incursión, al cual se habían unido hombres salidos del castillo que, comprendiendo lo que había ocurrido, salían para presentar batalla.

César se introdujo a caballo en medio de todos esos hombres, matando a diestra y siniestra, y gritando triunfalmente mientras lo hacía. Sabía que los otros estaban muy atrás y que estaba solo... solo, rodeado por el enemigo.

Rió para sus adentros. En ese momento de locura, cuando la necesidad de acción se había introducido en su ensueño, había decidido hacerlo.

Estaban todos a su alrededor, escuchó sus risas sedientas de sangre. Oyó su propia risa, profunda, demoníaca. Levantó la espada y arremetió furiosamente.

Es valiente, según dijeron; ¿pero qué podía hacer uno entre tantos?

Cayó, con una risa loca y amarga en los labios, y mientras yacía sangrando por sus muchas heridas, Louis de Beaumont llegó a caballo para ver quién era ese hombre que había buscado con tanto ahínco la muerte.

Fueron muchos los que se inclinaron sobre él para despojarlo de su reluciente armadura y de su fina vestimenta.

Después de hacerlo lo dejaron desnudo para los buitres, y el duque de Romagna y Valentinois, el temido César Borgia, de treinta y un años, no existió más.

Lucrecia estaba soñando con Francesco en sus apartamentos, preguntándose si regresaría, cuando apareció en el patio un jinete cubierto de polvo.

Lucrecia no sabía que había llegado, y fue el fraile Raffaele quien le trajo la noticia.

Se dirigió a ella con ojos severos mientras posaba las manos sobre sus hombros y la bendecía.

—Estáis muy solemne —dijo Lucrecia—: estáis tan afectuoso que me siento asustada.

—Os pediría que os preparéis para trágicas noticias.

Lucrecia esperó, tensa.

—El Valentino ha sido muerto en combate.

Ella no habló; se quedó de pie, mirándolo fijamente, con una expresión en blanco, como si se negara a creerle.

—Es verdad, hija mía — dijo el fraile.

Ella sacudió la cabeza.

—¡Es falso... falso! —gritó.

—No. Es verdad. Murió valientemente y en combate.

—No mi hermano, no César. Él no puede morir en combate. No es posible. Podía hacer frente a todos.

—¿Os gustaría que yo orara con vos? Pediremos coraje para que podáis soportar este dolor.

—¡Oraciones! No quiero oraciones. Ha habido un error. Buen fraile, debéis ir a Navarra. Debéis traerme la verdad. Ha habido un error. Lo sé.

El fraile la miró con tristeza y sacudió la cabeza.

Luego la ayudó a ir a su cama e hizo señas a sus mujeres de que la ayudaran. Pareció carecer de energía hasta que pusieron las manos sobre ella. En ese momento se las quitó de encima.

Miró una vez más en actitud suplicante al fraile antes de cubrirse el

rostro con las manos. La escucharon susurrándose: “¡César... mi hermano! ¡Mi hermano... César! No es posible. No César... cualquiera menos César...”

Les hizo señas de dejarla sola. Lo hicieron y ella se arrojó sobre el piso, mientras continuaba murmurando su nombre.

“Mi padre... Juan... mi primer Alfonso... todos ellos... sí... pero no César...”

Sus mujeres se asustaron cuando vieron que permanecía así durante más de una hora. Acudieron e intentaron levantarla, pero ella no lo permitió. No quiso comer ni beber, pero después permitió que la ayudaran a ir a su cama.

Se quedó ahí recostada, sin consuelo, y en la noche la oyeron sollozar.

Muchas veces ella invocó su nombre; era un gesto misterioso, según dijeron, como si le implorara volver de entre los muertos.

Por la mañana trataron nuevamente de levantarla.

Era un golpe terrible, le dijeron, pero lo iba a superar. Era el choque terrible lo que la había atontado.

—¡Superar esto! —gritó ella—. No comprendéis que César era Lucrecia y Lucrecia, César; y el uno sin el otro sólo está a medias vivo.

Fue Strozzi quien intentó reanimarla.

Le imploró que no cediera a su congoja; aún era joven y tenía muchos años por delante. Comprendía su dolor por su hermano, pero eran muchos los que la amaban y se condolían al ver su duelo. Por ellos, Lucrecia no debía entristecerse, de tal manera que con seguridad moriría de melancolía.

Lucrecia trató de explicar a Strozzi y a Bárbara el vínculo que existía entre ella y su hermano, que había comenzado en los días de la nurserí y había continuado a lo largo de todas sus vidas. Le aseguraron que comprendían, pero que debía sumergirse en algunas actividades, pues en caso contrario perdería la razón.

¿Qué sería de Francesco, que la amaba tan profundamente? ¿Era justo para él sentir tanta angustia al escuchar estos informes de su dolor? Strozzi había elaborado un plan intrincado por medio del cual Lucrecia y Francesco pudieran cartearse entre sí. No debían olvidar que estaban rodeados por espías en Ferrara, y era seguro que Isabella, por ese entonces, estaba enterada del enamoramiento de su esposo por Lucrecia.

El plan de Strozzi consistía en que él le escribiría cartas a Francesco por cuenta de Lucrecia, y que las enviaría a su hermano Guido, residente en Mantua, quien las llevaría a la corte y las presentaría a Francesco. Las respuestas debían venir por el mismo camino. Pero no se atrevían a utilizar sus propios nombres para esta correspondencia, por la posibilidad de que cayera en otras manos; Francesco, por instancia, debía ser llamado Guido, pues las cartas iban dirigidas a Guido, y Lucrecia debía ser conocida como Bárbara. También tenían nombres ficticios para otras personas, como Alfonso, Ippolito, Isabella, a quienes podían referirse.

Lucrecia tuvo que admitir que sería un buen medio para cartearse con su

amante, y lo que necesitaba ahora, en ese momento de melancolía terrible, era un motivo de interés que le permitiera olvidar por un tiempo la muerte de César.

Al comienzo con poco entusiasmo, permitió verse arrastrada a ese plan; y después de algunas semanas comprendió lo que Strozzi había hecho por ella, pues esta correspondencia, que le traía la seguridad de la devoción de Francesco, era, según creyó después, el medio de salvarla de un colapso en ese momento.

Al poco tiempo, descubrió que estaba embarazada.

Alfonso se negó a tomar ningún interés por este embarazo. Se había visto decepcionado muchas veces. Encontraba absorbente a la hija de la fabricante de tocados; lo atraía como ninguna mujer lo había hecho antes, y lo que había pensado que sería un capricho pasajero se había convertido en una relación amorosa que ya tenía cierta duración.

Pasaba mucho tiempo en la compañía de la mujer, y Lucrecia se alegraba de eso. Sin embargo, esta vez estaba decidida a no hacer nada imprudente, y vivió con tranquilidad durante los meses de espera, anhelando la llegada del bebé.

No bailó nunca y puso sumo cuidado en lo que comía. Pasaba el tiempo escribiendo cartas con Strozzi y diseñando las prendas del bebé. Dio instrucciones al grabador de la corte, Bernardino Veneziano, de que hiciera una cuna que sobrepasara todas las otras cunas, y cuando quedó completada los miembros de la corte vinieron y se asombraron ante ella. Estaba hecha en madera dorada, con cuatro pilares en las esquinas. El dosel era una pérgola de ramas y hojas de oro, las cortinas eran de raso y las sábanas en miniatura estaban bordadas en oro.

Sus dolores comenzaron en abril, y hubo excitación en todo el castillo. Pero Alfonso reaccionó partiendo enseguida. No podía tolerar otro fracaso, y no confiaba en que Lucrecia le diera el heredero que tanto necesitaba.

Algunas horas después de que él se fue el bebé nació. Era un pequeño varón, sano, que gritaba fuertemente y que, según declararon todos, no seguiría con toda seguridad el camino de sus antecesores.

Cuando el varoncito fue colocado en los brazos de Lucrecia sintió que se le arrancaba una gran carga de tristeza. Tenía a su hijo y trataría de vivir su vida en él; trataría de olvidar todo el pesar de los años anteriores e intentaría con toda su fuerza dejar de llorar por César.

Alfonso volvió a caballo a Ferrara cuando oyó decir que el bebé había nacido y que era varón y sano.

Irrumpió en el dormitorio y pidió ver al niño. Lo sostuvo en los brazos y rió fuertemente, con gran placer. Este era un verdadero heredero de Ferrara.

—Lo llamaremos Ercole, como mi padre —dijo—. Ven, Ercole, hijo mío,

ven y encuentra a los embajadores que están todos esperando para dar la bienvenida a Ercole, que un día será su duque.

Y en el salón de las audiencias, donde muchos esperaban para ver al nuevo heredero, Alfonso sostuvo en alto al niño, luego le quitó las mantillas, gritando:

—Mirad. Es un niño sano éste, y está provisto de todo.

Hubo un gran regocijo en Ferrara.

Circularon rumores acerca del bebé, pues muchos recordaban la última visita de Francesco Gonzaga y si bien los amantes creían en ese momento que sus reuniones habían sido secretas, tal vez hubiera algún servidor en quien ellos creían erróneamente que podían confiar.

Circularon observaciones encubiertas acerca del aspecto del pequeño Ercole. ¿Era esa la nariz de los Este? ¿Tal vez fuera un poco ancha? ¿Un poco aplastada? ¿Se parecía a la nariz muy característica de cierto marqués vecino?

Lucrecia se enteró de los rumores a través de Strozzi, un intrigante nato que tenía sus espías en todas partes: los desechó por completo. Eran del todo ridículos, según dijo, y todos debían saber que así era.

Pero Strozzi le recomendó que fuera cuidadosa. Ippolito la estaba vigilando de cerca, y ella debía recordar la catástrofe que él había provocado en las vidas de sus hermanos. No debía olvidar nunca a esos dos jóvenes, aún cautivos en su torre. Nadie hablaba de ellos en ese momento, parecían haber sido totalmente olvidados, pero ella no podía olvidarlos nunca, y al recordarlos, debía tener en cuenta el poder y la maldad de Ippolito.

La primera indicación de que Alfonso conocía el amor de Francesco por ella y de ella por él fue cuando envió el anuncio del nacimiento del pequeño Ercole a Mantua. Lucrecia leyó su mensaje y expresó su asombro de que estuviera dirigido a Isabella.

—Veo —dijo— que no mencionas a Francesco Gonzaga.

Ippolito, que estaba con su hermano, dijo:

—Isabella es nuestra hermana.

—Pero Francesco Gonzaga es el señor de Mantua.

—No consideramos necesario hablarle del nacimiento del niño —replicó Ippolito.

Lucrecia no contestó. Alfonso la estaba mirando directamente. En ese momento se dio cuenta de sus sospechas.

Alfonso dijo:

—En breve iré a Francia. Tú serás regente con mi hermano mientras yo esté ausente. Sin duda alguna —agitó las manos— después de los recientes acontecimientos te puedes sentir incapaz de gobernar. Quiero que sepas que Ippolito está siempre aquí para ayudarte... y para ayudarme.

Era una advertencia. Lucrecia regresó a sus apartamentos y envió un

mensaje a Strozzi por medio de su capellán, en quien confiaba por completo. Había estado con César ayudándolo a huir de Medina, había acudido a ella en busca de refugio, y Lucrecia se lo había concedido de muy buena gana; era muy afecta a su compañía, pues se sentaban juntos y hablaban de César durante horas, y así Lucrecia logró conocer detalles de su cautiverio; y cuando hablaba con su capellán era casi como si César no estuviera muerto. Además, este hombre y el paje que le habían traído la noticia eran, según ella lo sabía, sus muy fieles sirvientes, y Lucrecia necesitaba de todos aquéllos en quienes pudiera confiar.

Cuando el capellán le trajo a Strozzi, le relató lo que habían dicho Alfonso e Ippolito.

Todo el amor de Strozzi por las intrigas se despertó. Estaba decidido a lograr que esa relación amorosa prosperara. Escribió una carta a Francesco a través de su hermano Guido, en la cual se deploraba la perfidia de Camillio (el nombre que habían dado a Alfonso) y Tigrino (Ippolito). Camillio partía en breve hacia Francia, y, en consecuencia, ¿por qué Guido (Francesco) no podía hacer una visita a Ferrara en su ausencia?

Isabella estaba furibunda. Toda su maldad contra Lucrecia tenía sus raíces en los celos; y ahora Lucrecia le había infligido la máxima humillación: su esposo estaba enamorado de su rival.

Isabella aceptaba una aventura ligera y pasajera con mujeres humildes; podría haber tolerado un flirteo pasajero y leve con Lucrecia. Pero Francesco había cambiado; estaba melancólico, reflexivo, y había dejado de lado a todas las demás mujeres.

¿Qué poder tenía esa muchacha tranquila y delgada para suscitar tanta devoción? se preguntaba Isabella.

Estaba decidida a arruinar a Lucrecia, y a Francesco también, si fuera necesario.

Cuando pensaba en Francesco, una luz astuta brillaba en sus ojos. En cuanto al marqués, a medida que crecía su amor por Lucrecia, también lo hacía su odio hacia Isabella. Se estaba imponiendo sobre ella, y le recordaba veinte veces por día que él era el gobernante de Mantua y el poder que en una época ella había asumido como si le correspondiera ahora le estaba siendo quitado.

Si a Francesco le ocurría algún desastre en Ferrara, ella no quedaría con el corazón destrozado. Su hijo, Federigo, aún era joven. Si su padre muriera allí habría un regente, ¿y quién debería ser si no la madre del joven marqués Federigo?

Escribió a su hermano Ippolito, ese otro amante de la intriga. No valía la pena escribir a Alfonso; era demasiado prosaico, e Ippolito había tomado aversión a Lucrecia desde el asunto de Giulio y Ferrante, pues sabía que la

simpatía de Lucrecia se había volcado hacia sus hermanos.

Isabella sugirió que tal vez no fuera una mala idea atraer a Francesco a Ferrara y poner allí al descubierto a los amantes. Ippolito debía quemar su carta cuando la recibiera, del mismo modo que ella quemaría las cartas que él le escribiera. Creía que podría haber una considerable correspondencia entre ellos sobre este tema.

Poco después Lucrecia fue visitada por un caballero llamado Masino del Forno, que era conocido como el Modenese; era un hombre muy favorecido en la corte de la familia Este, y Lucrecia sabía que era un gran amigo no sólo de Alfonso sino también de Ippolito.

La conversación fue general durante los primeros minutos de la visita. Masino del Forno pidió ver al heredero y se trajo al joven Ercole. Era un muchacho muy sano, y Lucrecia estaba encantada con él.

Cuando se llevaron de vuelta a Ercole, Masino dijo con calma:

—Qué lástima que las relaciones entre Ferrara y Mantua no sean más cordiales.

—La marquesa es fiel a sus hermanos —dijo Lucrecia cautamente.

—No pensaba en la marquesa. Después de todo es el marqués el gobernante de Mantua. No debemos olvidarlo.

—No lo olvido —dijo Lucrecia.

—En estos tiempos es lamentable que haya malentendidos. Creo firmemente que una visita de Francesco Gonzaga hará mucho por mejorar las relaciones entre los dos estados.

Lucrecia sintió que su corazón daba un brinco. Anhelaba ver de nuevo a Francesco, pero algo en su interior la previno. Sabía que Masino del Forno era íntimo de Ippolito, y desde el momento en que Giulio y Ferrante habían encontrado su terrible destino, ella le temía.

Del Forno prosiguió:

—Creo que si un emisario fuera de Ferrara a Mantua para persuadir al marqués de que viniera aquí, lo haría. Yo mismo viajaría a Mantua con el mayor placer. ¿Podría ir con vuestra autorización?

Lucrecia estuvo a punto de ceder a la tentación, pero era como si el rostro grotesco de Giulio se levantara ante ella para prevenirla acerca de la perfidia de Ippolito.

Contestó fríamente:

—En ausencia de mi esposo, mi hermano Ippolito es corregente conmigo. Os ruego discutáis este tema con él; si él está de acuerdo en que viajéis a Mantua con una invitación para el marqués, yo no pondría obstáculos en el camino.

El Modenese se fue; Lucrecia percibió que estaba decepcionado.

En Mantua Francesco, que esperaba impacientemente las cartas que le

traían noticias de Lucrecia, percibió de pronto un cambio en Isabella. Era menos altanera, menos arrogante, de temperamento menos acalorado. Cuando él afirmaba sus derechos, ella apretaba los labios firmemente, como si quisiera retener palabras que anhelaba formular; y durante todo el tiempo, su rostro tenía un aspecto expectante, como si se estuviera pidiéndose a sí misma paciencia... durante un cierto tiempo.

Isabella estaba complotando. ¿Contra quién? se preguntaba Francesco. ¿Contra Lucrecia? Entonces sería contra él.

¿Cuál era el significado de esa actitud de mirar hacia adelante? Ella estaba como un gato ante una ratonera. ¿Por qué? Había que observar su actitud hacia su hijo Federigo, era indulgente, pero firme. Era como si estuviese decidida a ganar el respeto y el afecto del muchacho, al mismo tiempo que mantenía una actitud represiva sobre él.

Llegó a Mantua un visitante. Vino tranquilo, casi en secreto. Procedía de Ferrara y buscaba una pronta oportunidad de estar solo con el marqués.

Este hombre, Masino del Forno, el Modenés, no resultaba enteramente desconocido para Francesco. Sabía que era un íntimo de Ippolito, y creía que en más de una ocasión había ejecutado misiones de carácter dudoso para su amo.

Francesco estaba caminando por los jardines cuando del Forno se le acercó furtivamente; el Modenés miró por sobre el hombro hacia las ventanas del castillo, en actitud aprensiva.

—Mi señor —cuchicheó—, vengo en una misión secreta, una misión de la duquesa.

Francesco se puso inmediatamente en guardia. Era extraño. ¿Por qué Lucrecia le había enviado un mensaje por medio de este hombre, cuando ya tenían la forma excelente de estar en correspondencia que Strozzi había arreglado para ellos?

—¿Una misión secreta? Me sorprendéis.

—La duquesa anhela ver a vuestra señoría. Desearía que supierais que el duque estará alejado durante muchos meses. Y le produciría gran deleite si pudierais trasladaros a Ferrara... sin ser anunciado... una misión secreta, según creo que comprendéis.

Francesco se volvió hacia el hombre, que no podía saber que él había recibido una carta que debía haber sido escrita en el mismo momento en que del Forno había partido de Ferrara. Era un procedimiento muy sospechoso, y Francesco sintió desconfianza. Pensó en el comportamiento de Isabella en las últimas semanas y sus sospechas aumentaron.

—No dudo —dijo— que si mi hermano de Ferrara estima que debo visitar sus dominios, me pedirá que lo haga. En cuanto a ir en secreto, no veo la ventaja.

—Se me ha encargado —prosiguió del Forno— que os dé esto. Le tendió una miniatura, minúscula pero exquisita. No podía haber error en cuanto al rostro que estaba retratado allí. Era el de Lucrecia. Francesco la miró, y

anhelaba tomarla, pero ahora estaba seguro de que sus enemigos conocían su relación amorosa con Lucrecia, y creía haber comprendido el sentido de la expresión de su esposa en los últimos tiempos.

Ella deseaba verlo atraído con engaños a Ferrara. El hombre que estaba ante él, según creía, era un asesino a sueldo de Ippolito, y posiblemente de Alfonso.

—Os doy las gracias —le dijo— pero no deseo esta baratija, y no comprendo por qué me ha sido enviada.

Después de decir eso se alejó del hombre.

Se dirigió inmediatamente a sus apartamentos privados y escribió una carta a Zilio (Strozzi), destinada a Lucrecia, explicando todo lo que había ocurrido y advirtiendo con firmeza que creía que todos ellos estaban en grave peligro.

Isabella recibió al Modenés y escuchó el relato de lo que había ocurrido. Estaba encolerizada. Era evidente que Francesco no era tan tonto. Podía estar enamorado de Lucrecia, pero no iba a arriesgar su vida.

—Habéis sido torpe —le dijo con brusquedad.

—Marquesa, fui el tacto personificado. Podéis estar segura de que sospechan de nosotros.

—Nunca sospecharían de nosotros, esos dos. Están bobos de amor, como un pastorcillo y su novia. Es ese Strozzi que está manejando sus asuntos. Me parece que es más hábil que mis hermanos. Idos ahora. No podéis hacer nada más. Creo que es mejor para vos que partáis inmediatamente hacia Ferrara. Si el marqués sospechara de vos podríais estar en peligro. Partid enseguida.

Del Forno estaba por demás contento con obedecer y cuando se fue, Isabella se preguntó coléricamente por qué Lucrecia podía inspirar tal devoción, no sólo en Francesco sino en una forma puramente platónica, como parecía que lo había logrado con Strozzi.

Estaba más celosa de la muchacha que nunca. Se podría haber pensado que al estar muerto su padre y su hermano y al carecer ya de importancia para el mundo el nombre de los Borgia ella habría quedado derrotada. ¡Pero no! Pues siempre había alguien que tomaba su partido.

Francesco estaba muy lejos, pero aún le quedaba Strozzi, que tenía poder en Ferrara, el poeta rengo que había tomado a Bárbara Torelli y la había convertido en una heroína pública con los versos que había escrito sobre ella, y que sin duda buscaba la dote que los Bentivoglio estaban decididos a no entregar.

Strozzi debía tener muchos enemigos en Ferrara. No sólo estaba Alfonso, que sentía aversión por él porque era un poeta, e Ippolito, quien no objetaba su influencia sobre Lucrecia; estaban los Bentivoglio, que eran gente violenta y muy reacios a separarse de su dinero.

Isabella reflexionó. Luego escribió a Ippolito.

“Te ruego que quemes esta carta, así como yo quemo las tuyas” concluía. “Pido esto en mi honor y provecho.”

En una cálida noche de junio el capellán que había sido el fiel sirviente de César y que por tal motivo era especialmente querido por Lucrecia, dejó los apartamentos de ésta dirigiéndose a sus propias habitaciones en el convento de San Pablo.

Era una noche oscura, y mientras caminaba por las estrechas callejuelas dos hombres saltaron sobre él. Uno lo asió silenciosamente, mientras el otro, igualmente silencioso, levantó su daga y cortó la garganta del inocente sacerdote. Tiraron el cuerpo sobre las piedras y se alejaron furtivamente.

A la mañana siguiente Lucrecia sintió el corazón destrozado al descubrir que había perdido a un amigo en quien podía tener confianza.

Strozzi vino a verla ese mismo día.

Su felicidad por la niña que Bárbara Torelli acababa de darle se veía ensombrecida por este trágico acontecimiento.

—¿Qué significa? —preguntó Lucrecia.

Él la miró oblicuamente.

—Desde luego, puede haber sido para robar.

—¿Quién asesinaría a un pobre sacerdote para quitarle su dinero?

—Algunos asesinarían a cualquiera para sacarle un solo ducado.

—Estoy asustada —dijo Lucrecia—. Creo que ha muerto porque mis enemigos saben que era mi amigo. Cómo desearía que Francesco viniera, para poder contarle mis temores.

Lucrecia comenzó a llorar silenciosamente. Había querido al sacerdote, y ¿qué daño había hecho alguna vez en su vida? Sólo había hecho el bien.

Al verla en ese estado de desesperación, Strozzi dijo que debían escribir a Francesco y pedirle que viniera a reconfortarla. Strozzi razonaba consigo mismo que Francesco sabría cómo cuidarse y que nadie se atrevería a hacerle daño. Además, sabía que si su enamorado no venía, Lucrecia se hundiría en la melancolía.

“Venid a ver a vuestra Bárbara (Lucrecia) —escribía Strozzi—. “Mostradle que la amáis, pues no quiere otra cosa en el mundo.”

La carta fue despachada y Strozzi se despidió de Lucrecia para visitar a Bárbara, quien, al estar en cama con su bebé, no había oído la noticia de la muerte del sacerdote. Dio instrucciones a sus mujeres de que no se lo dijeran. La clara mente de Bárbara podía leer en la muerte algo que la pondría muy incómoda, y una mujer después del parto necesitaba la serena felicidad que él

siempre había tratado de darle.

Dejó a Bárbara feliz después de que hubieron discutido el futuro de su hija; luego se encerró con su trabajo y escribió una parte de la elegía que estaba componiendo. Al releerla, pensó que parecía melancólica. Escribía sobre la muerte —aunque no se había propuesto hacerlo— pues el recuerdo del asesinato del sacerdote no se apartaba de su mente.

Más tarde, en ese mismo día, volvió de nuevo para ver a Bárbara y cuando dejó el apartamento de ella se dirigió rengueando hacia su propia casa, mientras el ruido de su bastón producía un eco en las calles tranquilas. Fue en la esquina de la via Praisolo y la via Savonarola donde la emboscada lo atacó.

La esperaba, en cierta medida. Había arreglado las vidas de otras personas hasta tal punto que sabía que éste era el fin inevitable del drama.

Estaba desarmado. Las dagas de los asesinos se levantaron contra él. Los enfrentó casi con desprecio. Sabía quiénes eran sus enemigos: era la casa de Este que deseaba eliminarlo. Era Alfonso, quien lo consideraba como el hombre que había concertado las relaciones amorosas de su esposa con Pietro Bembo y Francesco Gonzaga; era Ippolito, decidido a aislar a Lucrecia de todos los que podrían tratar de convertirla en una figura política; era la familia Bentivoglio, que temía que descubriera algún medio de arrancarles la dote de Bárbara.

Luego, de pronto, sintió miedo por Bárbara. Pensó en todas las aflicciones que ella había soportado; en ese momento pensó en ella, débil por el parto. Bárbara quedaría sola una vez más, sola en un mundo cruel.

Pero no había tiempo para pensar. Strozzi se derrumbó contra el muro de la casa Romei, mientras sus enemigos, decididos a que ése fuera el fin, se inclinaban sobre él y hundían sus dagas una y otra vez en su cuerpo moribundo.

Lucrecia estaba desconcertada. César, su capellán y ahora Strozzi, los había perdido a todos. Estaba asustada; nunca se había sentido tan extranjera en una tierra ajena.

Ahora había una sola persona en el mundo a quien podía dirigirse: Francesco.

Francesco debía acudir a ella. Cualquiera que fueran los obstáculos que se interpusieran entre ellos, debía venir.

¿Pero quién le escribiría ahora esas cartas? ¿Quién se aseguraría de que llegaran a su destino? Golpeando a Strozzi sus enemigos la habían aislado de Francesco, el único hombre en el mundo que podía ayudarla.

Citó a los hermanos de Strozzi, Lorenzo y Guido; lloró con ellos la muerte de su hermano y les imploró que remitieran un mensaje a Francesco.

—No hay nadie más en quien pueda confiar —dijo—. Vosotros sois sus

hermanos, y haréis esto por mí.

Lo hicieron, y la respuesta de Francesco consistió en ofrecer una recompensa de quinientos ducados a cualquier hombre o mujer que pudiera indicar el nombre del asesino de Ercole Strozzi.

La recompensa no puso en descubierto al asesino y como se hicieron pocos esfuerzos en Ferrara (donde la policía era famosa por su eficacia) para llevar al asesino a la justicia, se tornó evidente para Lucrecia que, quienquiera que hubiese cometido el crimen, lo había hecho con la connivencia de Alfonso y su hermano.

Transcurrieron semanas llenas de desolación. Lucrecia se sentaba al lado de la cuna del bebé, meditando. Sólo en él podía hallar consuelo pero anhelaba tener un fuerte brazo para apoyarse, y comprendió que antes no había carecido nunca de ese apoyo. Se vio claramente tal como era, comprendió que carecía de la confianza en sí misma que tenía una mujer como Isabella, comprendió que había sido dominada por su padre y sus hermanos hasta tal punto que se sentía débil y perpleja cuando se veía obligada a enfrentar sola una situación. Necesitaba a Francesco, pero él no vino.

Le escribió de nuevo, rogando, pidiéndole que no la abandonara. Estaba dispuesta a ir a Reggio y el viaje de Borgoforte a Reggio no era largo. Debía verlo, aunque sólo fuera en forma breve. Lo necesitaba como nunca lo había necesitado antes.

Partió para Reggio y allí esperó, en medio de una impaciencia febril.

Isabella observó a Francesco con una luz maliciosa en los ojos.

—¿Por qué no te tomas una pequeña vacación? —le preguntó—. Tienes un aspecto cansado, esposo.

Él trató de leer los pensamientos que se ocultaban en la mente de su esposa. ¿Era verdad que deseaba que fuera a ver a Lucrecia para que pudieran asesinarlo como a Strozzi y al capellán?

Isabella... regente de Mantua. Era lo que ella deseaba, y si la vida de su esposo se interponía entre ella y esa meta, estaba dispuesta a sacrificarlo.

Francesco se sentía desgarrado entre su deseo de ver a Lucrecia y su necesidad de preservar su vida, entre su deseo de reconfortar a su amante y el triunfo que significaba ser más listo que su esposa.

“Tan sólo una breve visita”, se dijo a sí mismo. “Un pequeño viaje a Reggio. Podría significar caminar hacia una trampa mortal. Han matado a Strozzi para que ya no podamos arreglar nuestras comunicaciones; la han despojado de sus amigos, la han dejado desolada de tal modo que entraré innecesariamente en la trampa que han preparado para mí. Saben que me implorará que vaya a verla, porque sin Strozzi para prevenirla, ¿cómo puede comprender que se trata de una gigantesca conspiración para matarnos o

arruinarnos a ambos?”

Replicó que anhelaba estar con ella pero que no estaba bien y que en realidad estaba demasiado enfermo para viajar en ese momento.

Cuando en Reggio Lucrecia recibió esta carta, se sintió llena de ansiedad. Francesco enfermo, entonces ella debía acudir a él. No perdería un instante. Llamó a sus asistentes y les dijo que al día siguiente partirían hacia Mantua.

Apenas pudo dormir esa noche, tan ansiosa estaba de iniciar el viaje. Estaba en la cama inquieta, esperando el alba.

La luz del día trajo visitantes al castillo, visitantes importantes, según lo percibió, pues había una gran conmoción abajo y, mientras Lucrecia se levantaba de la cama, el propio Alfonso penetró en el cuarto.

Allí estaba de pie, con las piernas muy separadas, riéndose de ella.

—¿Qué es lo que oigo? —dijo—. ¿Te propones viajar a Mantua?

—Nuestro hermano está enfermo —le contestó ella, aunque su voz vaciló por el temor—. Como no estoy muy distante, pensé que era cortés...

La risa de Alfonso se volvió más fuerte.

—¡Pensaste que era cortés! La razón de tu proyectada cortesía es bien conocida. No irás a Mantua a visitar a tu amante.

—He hecho mis arreglos.

—Entonces los desharás.

—Alfonso, ¿qué puede importarte?

—Esto es lo que importa —le dijo. Se acercó a la cama y tomándola de los hombros la sacudió coléricamente—. Eres mi esposa y la duquesa de Ferrara. Tenemos un heredero, pero debemos tener muchos hijos. Ercole necesita hermanos.

—¿Para... para que pueda... sepultarlos vivos? —gritó ella, en una demostración de carácter.

Él le abofeteó la cara, cruzándosela con su pesada mano.

—Esto es por tu insolencia. —Y repitió la acción—. Eso es por pensar en ponerme los cuernos y en traer bastardos de nariz aplastada a mi hogar.

Ella se acurrucó en la cama. El súbito estallido de cólera había pasado.

—No más disparates —dijo él—. Ha llegado la luz del día. Te vestirás y volveremos a Ferrara sin demora.

—He enviado un mensaje de que iré a visitar el lecho de enfermo de mi hermano.

—¡Lecho de enfermo! No está en un lecho de enfermo. Te lo dice esperando disculparse por no venir aquí ahora. Nada malo le pasa a Francesco Gonzaga. Es hombre de buen sentido. Sabe cuándo es poco sensato continuar un flirteo. —Acercó su cara a la de ella—. Y ahora ha llegado ese momento —agregó.

Ella saltó de la cama.

—Alfonso —gritó—, no me tratarán así. No soy una de tus mujeres de taberna. No soy la hija de la fabricante de tocados.

—No —dijo él—, careces de la libertad que tienen ellas. Eres la duquesa de Ferrara, y en el futuro no lo olvidarás nunca. Prepárate. Tengo prisa y estoy impaciente por regresar.

—Olvidas que soy Lucrecia Borgia y que cuando me casé contigo...

—No olvido nada. El tuyo era un nombre que tenía cierto peso en Italia. No te hacía mucho favor. Tu gloria provenía de tu padre. Ahora está muerto, tu hermano está muerto y el poder de los Borgia está quebrado para siempre. En consecuencia, aplaca ese orgullo que grita “¡Yo soy una Borgia!” Sé inteligente, mujer. Cultiva la modestia. Dame hijos y no tendré nada de qué quejarme.

De ese modo Lucrecia volvió a Ferrara. Mientras cabalgaba al lado de su esposo parecía que las palabras de Alfonso repercutían en sus oídos. Alejandro ha muerto, y con él, el poder de los Borgia; César ha muerto, y con él murió toda esperanza.

Mientras se acercaban al castillo miró la torre más alta y pensó en los dos jóvenes que eran prisioneros y que quedarían allí durante el resto de sus vidas.

Entró con Alfonso al castillo, y al cerrarse las puertas tras ella sintió que era igualmente una prisionera, que compartía el destino de los hermanos.

Había un profundo dolor en su corazón, y el anhelo de ver de nuevo a un rostro amado; y el grito que se levantaba en su interior no era Francesco, sino César.

EPÍLOGO

Lucrecia estaba embarazada. ¡Cuántas veces, en los últimos diez años, había estado embarazada! Y cada uno de los embarazos la dejaba un poco más débil y un poco menos capaz de soportar el siguiente. Sin embargo, nunca se había sentido tan enferma como ahora. Estaba envejeciendo, aunque a veces aún parecía una muchacha, pues había quedado delgada y su rostro nunca había perdido su aspecto de inocencia. Había permanecido serena, aceptando su destino desde el día en que Alfonso la había traído de vuelta a Ferrara y le había dicho con tanta claridad que su futuro dependía de su capacidad para cumplir su deber.

Después de eso había nacido el pequeño Ippolito y Alfonso no estaba disgustado. Ahora había dos hijos para Ferrara. El joven Ercole continuaba lleno de salud.

¡Qué placer experimentaba con los niños! Le habían brindado toda la felicidad de los últimos años. La preocupación de Alfonso con las guerras que en una época habían amenazado Ferrara lo habían mantenido alejado de ella tanto tiempo que después de Ippolito no hubo otro niño hasta que nació el pequeño Alejandro. ¡Pobre Alejandro, ese nombre desdichado! El primero de sus hijos con Alfonso había sido Alejandro, que había vivido menos de dos meses, su segundo Alejandro había muerto a los dos años, lo cual era aún más desgarrador. Pero en ese momento tenía a la pequeña Eleonora y Francesco, el bebé, había llegado al año siguiente.

Había reconquistado su juventud jugando con ellos en el castillo. Eran juegos de guerra y de escondite, y en esos juegos nunca se acercaban a la gran torre en la cual dos hombres que ya no eran jóvenes estaban aprisionados y aislados del mundo.

Cuando se cansaban de jugar llamaban al más pintoresco de los enanos, Santino, que paraban sobre la mesa para que pudiera contarles sus maravillosas historias de hadas. Y mientras hablaba, muchos se deslizaban desde todo el palacio, atraídos por el encanto del narrador de cuentos.

Fueron tiempos felices.

Ella había dejado de afligirse por Francesco Gonzaga. Él había seguido

siendo su muy buen amigo. Necesitaba relatarle las conspiraciones contra ellos y las razones por las cuales había considerado necesario usar de una enfermedad como excusa para no visitarla. Habían descubierto un medio de continuar la correspondencia, y de este modo, durante un cierto tiempo Lucrecia encontró su mayor felicidad.

Hubo un momento en que fue capturado en una batalla con los venecianos y mantenido en prisión, donde sufrió profundamente. Fue entonces cuando todo el mundo llegó a conocer cómo era realmente Isabella, pues se negó a que su hijo se convirtiera en un rehén en lugar de su padre, a pesar de que no podía haber ningún peligro para el muchacho; y entonces se hizo evidente que Isabella quería que su esposo muriera, esperaba que el frío malsano y húmedo de la prisión lo mataría.

Después de eso Francesco nunca fue el mismo, pero hubo un renacimiento de esperanza, un súbito estallido de pasión, cuando las fuerzas papales se levantaron contra Ferrara, y Gonzaga planeó llevarla consigo como su prisionera. Había preparado el Palazzo de Té para recibirla, y las cartas que intercambiaron en esa época parecían las de dos jóvenes amantes.

Era un sueño que no debía materializarse nunca. Alfonso era un soldado demasiado bueno, y su amado cañón le sirvió bien.

Francesco murió al comienzo del año siguiente, y por fin Isabella se sintió triunfante. Pero ese triunfo fue muy efímero, pues su hijo Federigo demostró pronto su decisión de gobernar solo, y la muerte de su esposo, que tanto había anhelado, no trajo ningún poder a Isabella.

Recostada en la cama, Lucrecia pensaba en toda la infelicidad que nunca hubiera debido experimentar. Pensaba en la maldad de Isabella y en el asesinato de Strozzi y el capellán. Pensaba en su amor por su joven esposo, Alfonso de Bisceglie, y en su asesinato sin motivo por alguien a quien nunca había dejado de amar, en mayor medida, según lo creía, que a cualquier otro que hubiera conocido.

Todo podría haber sido muy diferente. Hubiese deseado vivir de una manera feliz y serena, alejada de la violencia, pero los hitos de su vida estaban manchados de sangre.

Acudieron a su mente recuerdos que parecían imponerse al presente; vio el apuesto rostro del Pedro Caldés y recordó la angustia del amor que habían compartido en San Sisto. Hubo muchas reminiscencias de ese amor cuando logró que se le trajera a Ferrara a Giovanni Borgia, el *Infante Romano*, hijo de Pedro. Por fin Alfonso había consentido que viniera Rodrigo, el hijo de Alfonso de Bisceglie. Pobre Giovanni, era un muchacho caprichoso y ella temía que nunca se abriría camino en el mundo. En cuanto a Rodrigo, nunca lo vería de nuevo; había muerto algunos años antes.

—¿Por qué deberías condolerte por él? —había preguntado Alfonso—.

¿Acaso no tienes hijos sanos en Ferrara?

Pero ella se lamentaba. Se lamentaba por el pasado, que había sido tan triste y que podría haber sido tan distinto.

Los dolores la habían atacado aunque el niño no era esperado hasta el mes de agosto. Llamó a sus mujeres, y vinieron presurosas a su cabecera.

Esa noche nació una niña sietemesina, enfermiza, que se negaba a tomar alimento. Fue bautizada en forma presurosa.

Lucrecia yacía en la cama, presa de la fiebre.

Su largo pelo rizado le caía pesadamente por los hombros. Ella levantó sus ojos pacientes a quienes la miraron, y les imploró que aliviaran su dolor.

—Vuestro pelo, Madonna —murmuraron— es muy pesado. ¿Lo cortaremos? Sería una gran comodidad para vos.

Ella vaciló. No podía recordar con claridad dónde estaba. Pensaba en otras largas tardes, que pasaba recostada en un diván, con una camisa morisca, el pelo húmedo a su alrededor; recordaba que lo lavaba con Giulia Farnese, cuyo pelo era igualmente dorado.

¿Cortar su pelo, del cual ella había estado tan orgullosa? No hubiese creído que podría consentir nunca semejante acción.

Pero el calor era intolerable, y ella estaba muy cansada. Asintió lentamente, y se quedó tranquila, escuchando el ruido de las tijeras.

Alfonso se le acercó, y ella advirtió la alarma en su rostro.

“Estoy muriendo”, pensó.

Alfonso se alejó de la cama, e hizo señas a los médicos.

—¿Qué esperanzas hay? —preguntó.

—Ninguna, mi señor. No puede sobrevivir. Ahora está muriendo.

Alfonso asintió con gravedad. Contempló fijamente esa cabeza, antes hermosa, y que ahora había sido despojada de su gloria dorada. Lucrecia... tenía treinta y nueve años: demasiado joven para morir. Le había dado el futuro duque de Ferrara, y con el tiempo se había convertido en una esposa buena y dócil, pero nunca la había comprendido, nunca había querido una dama elegante. Pensaba en su Laura, que se había vuelto opulenta y regordeta bajo su protección; Laura, la hija de la fabricante de tocados, que era la madre de dos hijos; Laura, a quien llamaba Eustoquia, la que concibe bien. Laura, terrenal y apasionada, una mujer a quien podía comprender y que lo comprendía.

Ahora quería una vida más estable; deseaba una esposa que pudiera ser a la vez amante y madre de sus hijos.

Contemplando la vida que se alejaba lentamente del cuerpo de Lucrecia, pensó: “Me casaré con Laura”.

Volvió a la cama. Los ojos de Lucrecia estaban vidriosos y aunque parecía mirarlo, no lo veía. Pensaba en aquéllos a quienes había amado y que

se habían ido antes que ella: su madre, Vannozza, que había muerto el año anterior, su hermano Juan, su padre, César, Pedro, Alfonso de Bisceglie, las personas que había amado como tal vez no había amado a ningún otro. Tres de esas seis personas habían sido asesinadas, y por una sola mano. Sin embargo, lo había olvidado, mientras se alejaba lentamente de la vida.

“Voy hacia ellos” se dijo a sí misma, “voy hacia mis seres queridos.” Sus labios se movieron y a algunos de los que la observaban, en su cabecera, les pareció que murmuraba: “César”.

Un pesado silencio se hizo en el apartamento.

Lucrecia Borgia había muerto.

Esta edición se terminó de imprimir en la
COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA S.A.
Alsina 2049 - Buenos Aires - Argentina
en el mes de julio de 1983.